

SOMONTANO EN ALTO
ESCRITOS (1946-1959) E INÉDITOS
PEDRO ARNAL CAVERO

EDICIÓN, SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN: ALBERTO GRACIA TRELL

SOMONTANO
EN ALTO
DE PEDRO
ARNAL
CAVERO



Pedro Arnal Cavero (1884-1962) fue autor de una obra de capital importancia para la lengua y cultura altoaragonesas. Su vasto conocimiento sobre las mismas se refleja en textos que muestran la realidad del Somontano entre finales del siglo XIX y principios del XX a través de sus protagonistas.

En *Somontano en alto* se recogen alrededor de cuarenta escritos –olvidados durante más de cincuenta años y algunos inéditos– que plasman la lengua aragonesa, la vida tradicional altoaragonesa y la tradición oral de generaciones de somontaneses.

Un testimonio sobresaliente e imprescindible.

Pedro ARNAL CAVERO

SOMONTANO EN ALTO

ESCRITOS (1946-1959) E INÉDITOS

Edición, selección e introducción

Alberto GRACIA TREL

ALADRADA
ediciones

BIBLIOTECA DE LAS LENGUAS DE ARAGÓN
n.º 14

© De la edición, selección e introducción: Alberto Gracia Trell
© De esta edición: Sociedad Cultural Aladrada

Idea de cubierta: Javier Almalé

EDITA:

Aladrada ediciones
c/ Manifestación, 31-2º A
50003 ZARAGOZA
aladrada@gmail.com

ISBN: 978-84-942470-2-6

Depósito Legal: Z-1428-2014

ESTE LIBRO HA SIDO PUBLICADO CON LA AYUDA
DEL DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN, UNIVERSIDAD, CULTURA
Y DEPORTE DEL GOBIERNO DE ARAGÓN

SUMARIO

Prólogo	
Víctor JUAN	7
Introducción	
Alberto GRACIA TRELL	13
Somontano en Alto	39
Tradición oral	283

PRÓLOGO

Han pasado más de treinta años desde que oí hablar por primera vez de Pedro Arnal Caveró. Entonces aún no sabía que dedicaría mi tesis doctoral a los maestros aragoneses del primer tercio del siglo xx ni que mis hijos serían alumnos de la escuela Joaquín Costa de Zaragoza, el gran grupo escolar que Arnal dirigió desde su inauguración en 1929 hasta que se jubiló en 1954. No podía suponer que coincidiendo con el setenta y cinco aniversario de este centro, la comunidad educativa decidiría dar el nombre de Pedro Arnal Caveró al espléndido salón de actos de la escuela. Tampoco sabía que daría clase en la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de Huesca, en el mismo edificio de la antigua Escuela Normal de Maestros, y que Arnal Caveró sería uno de los contenidos que trabajaría con los estudiantes que quieren hacerse maestros porque la trayectoria profesional de Arnal nos ayuda a entender las principales claves de la educación española del siglo xx. Y ya para terminar, hace treinta años tampoco sabía que un día Alberto Gracia Trelle me pediría que escribiera un breve prólogo para *Somontano en Alto*, la antología de textos de Pedro Arnal Caveró que él ha seleccionado cuidadosamente y estudiado con rigor.

Cuando comencé a indagar sobre el pasado reciente de la educación aragonesa, mis lecturas me acercaban permanentemente a Arnal Caveró, un maestro culto, conocedor de las teorías pedagógicas que se ensayaban en Europa, apasionado por la educación pública. Arnal estudió magisterio y bachillerato en Huesca. Obtuvo su primer destino en Artajona (Navarra) y llegó a Zaragoza en 1910, a la escuela de la plaza de Santa Marta. Enseguida se integró en círculos profesionales y sociales de la ciudad. Era un joven brillante, interesado por muchas cosas y de amable conversación.

En 1911 formó parte del primer grupo de maestros pensionados por la Junta para Ampliación de Estudios para visitar escuelas, laboratorios, museos y centros de investigación de Francia y Bélgica. Para Arnal Caveró nada fue lo mismo desde que disfrutó de esa beca: leyó mucho sobre las teorías pedagógicas que estaban transformando las escuelas europeas, mantuvo correspondencia con destacados educadores españoles y extranjeros y, en consecuencia, cambió radicalmente su manera de entender el trabajo de los maestros, el sentido de las escuelas y su concepción del aprendizaje infantil... Puede decirse que Arnal es uno de los representantes de esa época que ya he denominado en alguna ocasión «la edad de oro de la pedagogía aragonesa».

Al regreso de su viaje por Francia y Bélgica recibió la invitación de Antonio Mompeón Motos, director de *Heraldo de Aragón*, para publicar en el periódico las impresiones de su visita a las escuelas europeas. Desde enton-

ces, y hasta su fallecimiento en la primavera de 1962, Arnal se convirtió en un colaborador fijo de *Heraldo de Aragón*. También escribió frecuentemente en la prensa profesional del magisterio. Sus artículos se publicaron en *La Educación*, *El Magisterio de Aragón*, *La Asociación de Teruel* o *El Educador de Huesca*. Un detalle que demuestra el protagonismo de Arnal Caveró en aquel ambiente de modernización es que fuera el maestro aragonés que más escribió en la *Revista de Pedagogía*, el órgano de introducción de las ideas de la Escuela Nueva. En esta revista, Arnal Caveró publicó, en junio de 1936, su último artículo, «La puesta en marcha de un gran grupo escolar». El primer libro para las escuelas de Arnal Caveró fue la *Cartilla Aragón* (1921), dedicada al aprendizaje de la lectura. Su última obra de contenido educativo, *Apuntes de Geografía. Aragón* —un resumen de los asuntos principales que los niños debían conocer sobre Aragón— se presentó unas semanas antes del inicio de la Guerra Civil. Cuando se analiza la educación española del siglo XX enseguida se llega a la conclusión que muchas instituciones, proyectos e iniciativas —quizá las más valiosas y fecundas que nunca tuvimos— desaparecieron en 1936: la Junta para Ampliación de Estudios y la *Revista de Pedagogía*, que ya hemos mencionado, pero también la Residencia de Estudiantes, el Plan Profesional de formación del Magisterio o el Patronato de Misiones Pedagógicas. A estas pérdidas hay que sumar las más dolorosas: los asesinatos, la depuración y el exilio de profesores de todos los niveles educativos. La sublevación militar de julio supuso un brusco corte en la modernización y europeización de

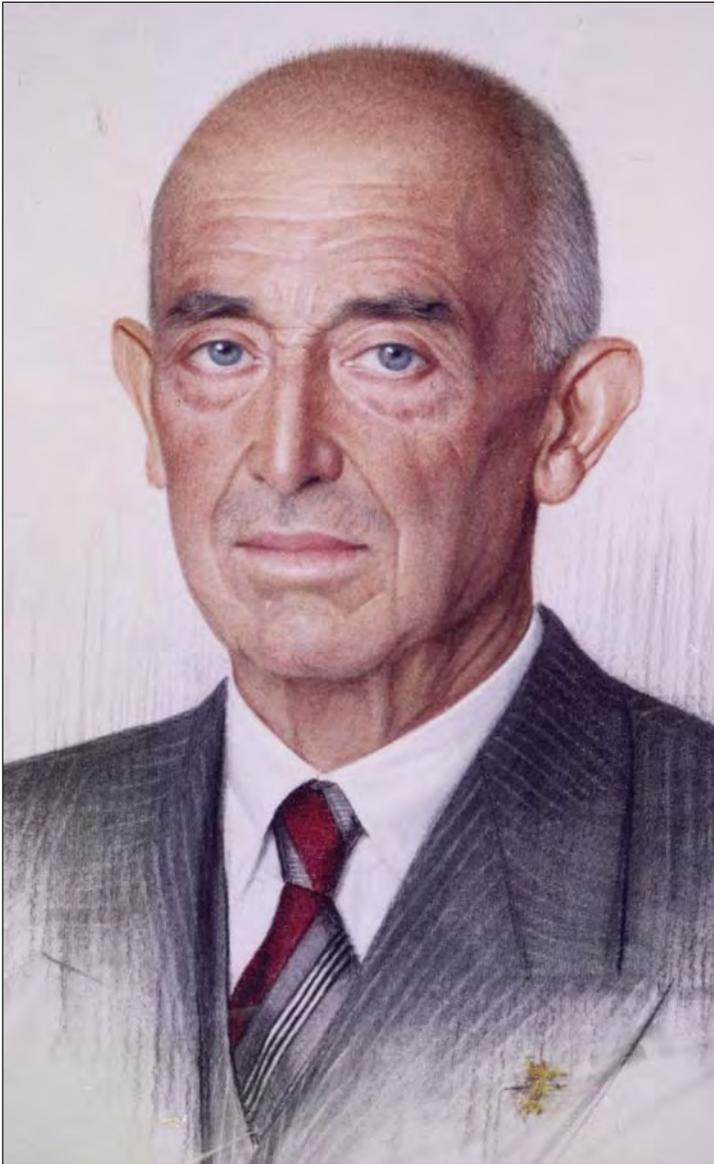
la escuela española. La larguísima dictadura del general Franco sumió a Arnal en un profundo silencio pedagógico y no volvió a publicar ningún libro relacionado con la educación. Condenado a una suerte de exilio interior, Arnal se refugió en el Somontano y dedicó sus libros y sus centenares de artículos y conferencias a las costumbres, las romerías, las celebraciones, los refranes y los dichos o los oficios de ese pedazo de paraíso en la Tierra que para él era el Somontano de Barbastro. Además hay que tener en cuenta que se ocupó de estos temas en un tiempo en el que este patrimonio antropológico no merecía la atención de casi nadie. No era raro que las gentes se avergonzaran de lo que eran, de cómo hablaban, de las *cantas* que escuchaban en las despedidas, en momentos de alegría y cuando el cansancio imponía un alto en el camino. Renegaban de lo suyo como si todo aquello fuera muestra de ignorancia o de escasa cultura. En ese ambiente de falta de amor por las costumbres y las tradiciones aragonesas, Arnal escribió centenares de páginas sobre Aragón y pronunció centenares de conferencias con las que divulgó el patrimonio del Somontano. Escribió en aragonés y empleó en sus libros, en sus artículos y en sus conferencias antiguas palabras con las que él mismo aprendió a nombrar el mundo en su infancia en Alquézar y supo transmitir con ellas la admiración que sintió por aquellos señores de calzón corto, parcos en palabras, sabios en su universo, prudentes y discretos. Recordó con antiguas palabras aragonesas las *lifaras*, los cuentos escuchados en las *cadieras*, las canciones o las tradiciones. Con esas palabras aragonesas –antiguas y siempre vivas– describió el

paisaje en el que transcurrían las vidas de aquellos somontaneses. Este es el Pedro Arnal Caveró que recupera para todos nosotros Alberto Gracia, treinta años después de que yo escuchara hablar por primera vez de don Pedro.

Este es un libro muy importante por muchas razones. Personalmente, marca un hito en mi vida. Es la primera vez que escribo un prólogo para un antiguo alumno, uno de esos estudiantes que han acudido a mis clases, con quienes comparto palabras, ideas y mil complicidades. Con Alberto, a partir de ahora, compartiré este breve texto en uno de sus libros. Y, como se sabe, los libros y las palabras son para siempre.

Víctor JUAN

Director del Museo Pedagógico de Aragón



[12]

INTRODUCCIÓN

Este libro quiere ser una invitación, un estimulante para hacer sentir un deseo de conocer el Alto Aragón y, además, tal vez quiera asomar en él, en el libro, un reproche para quienes, sin conocer nuestra tierra, hablan, escriben, definen y juzgan sobre ese Aragón montaños.

Este libro quiere decir que el Alto Aragón merece, hasta por egoísmo, más conocimiento, más visitas, más estudios, más cálculos, más meditación, más devoción. Su biogeografía, su geografía natural y humana, su sociogeografía, su psicogeografía, su geografía económica, su alma, su historia, su hablar, sus costumbres, su carácter, su idiosincrasia... todo se conoce poco o todo se conoce mal.

Pedro Arnal Cavero, *Aragón en alto* (1940)

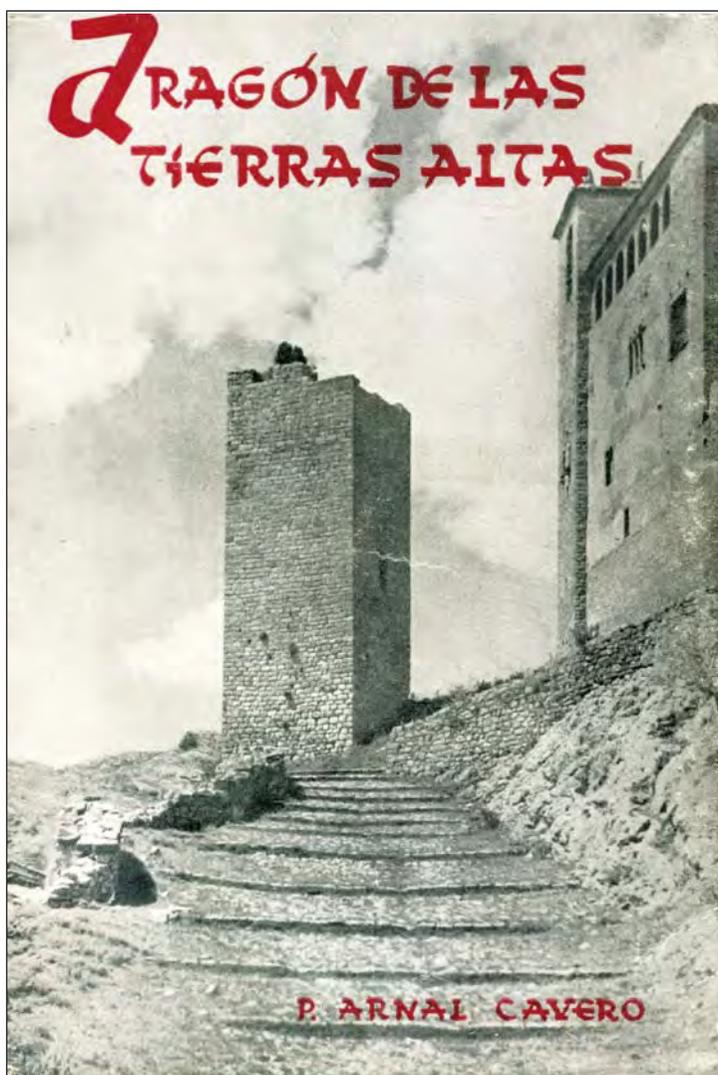
Pedro Arnal Cavero fue profeta en su tierra. Eso sí: solo en vida. Más de cincuenta años después de su fallecimiento ha caído una losa de olvido e ignorancia sobre su vida y su obra¹. Efectivamente, a día de hoy, casi todos sus libros permanecen prácticamente inaccesibles al público general y su recuerdo se difumina en un puñado de calles que llevan su nombre. No obstante, Arnal llegó a recoger en vida el amor y el cariño de muchos aragoneses que le mostraban su admiración, le solicitaban conferencias, le tributaban homenajes y reconocimientos o se preocupaban por su salud².

A pesar de todo ello, ya hace unos cuantos años que los libros de Arnal cayeron en nuestras manos. Recorriendo sus páginas pudimos transportarnos de primera mano a la realidad altoaragonesa de cien años atrás mediante una prosa amena y, en buena medida, en aragonés. Al mismo tiempo, sentimos reflejados nuestros numerosos lazos familiares y emocionales con el Somontano. Tiempo después, la lectura de la maravillosa biografía que Víctor Juan escribió de don Pedro alentó de nuevo nuestra admiración e interés por conocer más y mejor a este personaje excepcional y su obra insigne.

Pedro Arnal Cavero nació el 12 de marzo de 1884 en Bolver de Cinca (Bajo Cinca), donde su padre ejercía de maestro, aunque, siete meses después, la familia se trasladó a Alquezra (Semontano de Balbastro), donde, en un ambiente plenamente diglósico, creció escuchando el aragonés en los pueblos de la comarca: «yo, entonces, oía hablar «basto» como quien oye llover (cuando tanto llovía en mi tierra)»³. Vivió netamente hasta los quince años la vida tradicional altoaragonesa, que, por aquel entonces, estaba ya en trance de desaparición: de los abuelos somontaneses escuchó su lengua, canciones o romances (entre otros, *A Marichuana* o *A Bartola*), *os dichos*, disfrutó de las *bilatas* y, como él mismo decía, pasó media vida en *as cadieras arredol d'as flamas d'o fogaril* escuchando historias, cuentos e incluso *os utilius* de los lobos. La infancia –y el resto de la vida– de Arnal estuvo marcada por el contacto con los viejos somontaneses y, por supuesto, con sus

vínculos familiares en Alquezra, Huerta de Vero, Hoz de Barbastro o Colungo. El Somontano fue su referente vital y el que le marcaría hasta el final de sus días. Como resultado, y también teniendo en cuenta sus posteriores investigaciones, es el profundo conocimiento que alcanzó de la cultura popular y de la lengua hablada en esa parte de la comarca, pero también de otras zonas cercanas, entre final del siglo XIX y los primeros años del XX, y, claro está, de multitud de costumbres y tradiciones altoaragonesas.

En 1899, Arnal marchó a Huesca a estudiar simultáneamente bachillerato y magisterio. Tras el ingreso por oposición en la escuela de Artajona (Navarra) y su paso después por la Escuela Superior de Teruel, en 1910 ingresó en la escuela de Santa Marta de Zaragoza. Desde 1929 hasta 1954, año en que se jubiló, realizó su actividad docente en el zaragozano Grupo Escolar Costa. A pesar de asentarse en la capital aragonesa, don Pedro volvía asiduamente al Somontano y tomaba conciencia de cómo su tierra cambiaba extraordinariamente su forma de vivir respecto a unos años atrás: *os zagals ya no chugaban a pilota en a plaza d'aentro*, muchos paisanos habían emigrado, Alquezra se había convertido en Alquézar o la lengua que hablaban los somontaneses empezaba a ser diferente⁴. En efecto, a lo largo de su vida pasó largas temporadas en el Alto Aragón: era el hombre que, con setenta años, trepaba a los pinos o subía silbando a los lagos de Bachimaña mientras dejaba atrás a los jóvenes⁵. Era también quien, desde la prensa zaragozana, se le consideraba como el «cónsul del Somontano en Zaragoza». Pedro Arnal Caveró cerró sus ojos para siempre en Zaragoza el 27 de abril de 1962.



Arnal fue un hombre muy culto y erudito que poseía una vasta cultura tanto de lo local como de lo universal. Escribía, además, en un castellano pulcro y rico a la par que cercano y didáctico. También usaba con soltura un aragonés espontáneo y vivo. Impartió decenas de conferencias, dio a conocer una montaña olvidada y realizó una fecunda labor divulgadora e investigadora que le supuso el reconocimiento de ser el mayor exponente y conocedor de la lengua y cultura propias de la época. Así lo señaló, por ejemplo, el académico de honor de la Real Academia Española, José Manuel Blecuá, en un artículo titulado «La investigación lingüística y literaria en Aragón», publicado en *Heraldo de Aragón*, donde afirmó que, fuera del círculo universitario (donde cita a Cejador, Miral, Moneva y Del Arco), junto a José Pardo Asso, Pedro Arnal Caveró es un nombre fundamental «por su intensa dedicación filológica». Pocos meses antes de su fallecimiento, Arnal aún manifestó: «tal vez hablemos algún día de estas antiguallas de nuestra habla altoaragonesa y subpirenaica»⁶.

«Fue un enamorado de su tierra, fue uno de los primeros aragoneses que trabajaron por conservar y recuperar una herencia antropológica, cultural y lingüística que corría el riesgo de perderse»⁷. Fruto de este entusiasmo por nuestra tierra y preocupado por diversas cuestiones de la vida social y cultural del momento, colaboró o formó parte de diferentes entidades como la Institución «Fernando el Católico», el Estudio de Filología de Aragón⁸, el Ateneo de Zaragoza, Montañeros de Aragón, el Sindicato de Iniciativa y

Propaganda de Aragón o la Sociedad Aragonesa de Protección a los Animales y Plantas⁹.

En 1944 publicaba *Vocabulario del alto-aragonés (de Alquézar y pueblos próximos)*, editado en Madrid por el CSIC. Motivado, entre otros, por Juan Moneva, Eulogio Valera y Vicente García de Diego, Arnal recopiló algo más de quinientas voces usadas en la montaña y en el Somontano que echaba de menos en el *Diccionario de voces aragonesas* de Jerónimo Borao, al cual Arnal calificó como «un buen diccionario de voces aragonesas, aunque no es [una] obra completa». Es, por tanto, una aportación pionera que complementa la obra de Borao. Se trata de un trabajo fruto de su tiempo, poco extenso –unas 30 páginas– y en el que, desgraciadamente, se introdujeron numerosos errores, ajenos a la voluntad de Arnal, pues, no pudo acceder a las pruebas de imprenta. Además del listado léxico, el repertorio proporciona información fonética, morfológica y sintáctica sobre el aragonés de la zona de Alquezra, pero también, en algún caso, interesantes datos etnográficos¹⁰.

De nuevo, animado por el trío Moneva, Valera y García de Diego, Arnal se propuso recoger refranes y dichos de buena parte del Alto Aragón. El libro con el título de *Refranes, dichos y mazadas... en el Somontano y Montaña oscense* vio la luz en 1953 publicado por la Institución «Fernando el Católico». Es una obra célebre y no superada que recopila un gran número de refranes, proverbios y frases hechas –la gran mayoría en aragonés, a los que hay que añadir alguno aislado en catalán–. En la

parte final del libro, se reedita el vocabulario de 1944, aunque, en esta ocasión, sugerido por Francisco Yndurain, ampliado y corregidos los múltiples errores de la edición original, con el objetivo de proporcionar «al lector la interpretación de muchas palabras desconocidas, si no es aragonés, y somontanés o montañés». Para confeccionar este libro, Arnal tuvo que recurrir a la gente mayor, los buenos conocedores de la lengua y de la tradición oral, pues, los más jóvenes ya no poseían por aquel entonces un gran conocimiento de la lengua aragonesa ni de su cultura. De esta forma, uno de los principales informantes fue su padre, Pedro Arnal Nasarre.

Asimismo, desde temprana edad, Arnal escribió artículos centrados preferentemente en temas educativos y pedagógicos (participó de forma activa en la prensa profesional, entre otros, en *Revista de Pedagogía*, *La Educación*, *El Magisterio de Aragón* o *El Educador*). Del 4 de mayo de 1912 data su primera colaboración en *Heraldo de Aragón*, donde escribió durante cincuenta años y al que fue requerido por su director, Antonio Mompeón, para plasmar la cultura altoaragonesa, pero también publicó, entre otras, en las revistas *Aragón* o *Zaragoza*. A partir del final de la Guerra Civil el peso de la dictadura fue letal para que Arnal dejase la educación como su foco de atención en este medio —algunos artículos le fueron censurados— y se refugió, en buena medida, en las maravillas del Alto Aragón. Son centenares los textos escritos, prácticamente inabarcables, que conforman una obra articulista que acabaría pocos días antes de su fallecimiento.



A través de su pluma Pedro Arnal Cavero evocó la tierra que lo vio nacer con pinceladas maestras sobre su lengua, tradiciones y costumbres —en alguna conferencia las consideró «muchas olvidadas, algunas en trance de desaparecer, otras en pobre existir y solo dándole vida de tarde en tarde»¹¹—. A fuerza de vivir en la montaña llegó a amarla, pues, solo aquello que de verdad se conoce, se estima. Dio voz al Somontano, a sus habitantes, a esos muchos Gracián, mediante un retrato fiel y real de su gente, tan desconocidos —en su forma de ser y en su lengua— entre el resto de aragoneses: «*Hay muchos qu'escriben de nusotros sin conocé-nos y sin saber guaire cómo hablamos por estos andurriales y por estos rincons*»¹²:

*Y nusotros semos tan aragoneses como todos: y de Güesca, d'a montaña u d'o Semontano, qu'hablamos entre nusotros como nos enseñón ya fa güen recau de cientos d'años, como hablón os agüelos d'os agüelos nuestros; pero tamién sabemos decí-le a o pan, «pan» y a o vino, «vino», y bien claro pa que nos entiendan mejor; y tamién nos femos entender con otras maneras d'hablar siempre que seiga menester, y, amás, no nos dejamos n'a pocha ni en os tinteros as palabras que seigan al consonante pa descutir u pa litiguiar, si a mano viene, con presonas más leídas que nusotros.*¹³

Del mismo modo fue uno de los pioneros en el uso del aragonés en la prensa escrita¹⁴ y, en gran parte de esos artículos el aragonés jugó un papel clave¹⁵. Así, por ejemplo, en muchos títulos: «Si fez rudios irez t'a cárcel», «Ninos, tos daré fideus», «As fogueras de San Fabián», «A carrasca d'as Coronas», «Pa Navidad, t'a cadiera», «Pa'l ivierno en o fornaz»,

«Con os fartos de chichas en purnas», «A boira preta», «L'almuerzo d'o sastre», «Nino... ¿pero qu'en teneban?»», «O porrón d'ña Beniteta», «Una basa que s'esbota y un misache bien bogab», «As glarimas de san Lorenzo», «Se'n ha de fer una y gorda», «Y as estenazas d'a cocina», «En pasar d'as sietes cruces todas as basas s'esbotan» u «O sementerio d'a demba».

Bastantes de esas contribuciones fueron recuperadas para los libros *Aragón en alto* (1940) y *Aragón de las tierras altas* (1955)¹⁶. De especial relevancia son los apartados agrupados bajo el nombre de «Un año en la montaña aragonesa» (pp. 136-182) en *Aragón en alto*, dedicados a repasar las labores que se realizaban en todos los meses del año ya que son muy útiles para entender y conocer la vida tradicional de antaño en el Alto Aragón, pues, además, del valor etnográfico, también tiene gran interés lingüístico porque se pueden leer una gran cantidad de textos en aragonés. Lo mismo sucede, aunque en menor medida, en *Aragón de las tierras altas*, donde hay que destacar el artículo «Tres *fablas* montańesas» (pp. 170-174). Sin embargo, muchos otros artículos, hasta la edición de este libro, cayeron en el olvido desperdigados por las hojas de periódicos y revistas.

Dada la situación de la lengua, como es lógico, en muchas ocasiones, las frases y diálogos en aragonés eran puestos en boca de los viejos somontaneses: «Han vuelto a inquirir los viejos amigos somontaneses: *Y d'esto que no cai una gota d'agua ya fa tres años, y de que os siñals son de que no lloverá por abora, ¿qué icen os papels y os d'a ciudá que saben más que nusotros?*»¹⁷ o aquel anciano de San Pelegrín,

Antonio Trallero Mediano, que de joven bajaba andando desde su aldea a Zaragoza el día del Pilar y «*o que más menestaba era o bateaguas, porque entonces lloveba asabelo pa'l Pilar...*»¹⁸. Los jóvenes, seguramente, ya no se avenían a hablar la lengua de sus abuelos, pues, los escritos de Arnal nos relatan otra realidad, otro tiempo, un mundo que ya se fue: «Se nos va. Se nos ha ido ya mucho de aquel Aragón que conocimos a fines del siglo pasado»¹⁹. Quizás también motivado por el carácter de lengua ignota del aragonés, de no aparecer escrita en ningún lugar y por constatar su pérdida, Arnal impregnó de numerosas voces y frases en aragonés gran parte de sus artículos²⁰, independientemente de la temática que abordasen:

Tos quedarez ciegos, se morirán os bajas (caballerías) de bel torzón; vendrá una pedregada que no dejará una estancia ni estaca verde: tos morirez rabiando, tendrez picueta y alferecía (viruela y meningitis) y, amás, no lloverá, no lloverá en to'l año.

«No lloverá, no lloverá», *Heraldo de Aragón*, 23/11/1950.

Os ferfez en as cachiguizas d'os marguinazos se poneban cara a Guara, d'a tierra y d'o restrojo paeceba que brincaba calivo t'a cara.

«Se'n ha de fer una y gorda...», *Heraldo de Aragón*, 18/07/1957.

«Ninos, ya sé que rondaz, que tos gusta barafundiar, que vaz a dormir tarde y que tenez pereza pa ir t'o monte. As zagalas y as borinas tos van a estricallar bien luego si no ponez deseguida pie en parez. Miraz qu'as hembras casi siempre dan desgustos. Antes d'hora no perdez tiempo con as mocetas. Casi todos os males

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

BIBLIOTECA DE TRADICIONES POPULARES

VOCABULARIO DEL ALTO-ARAGONES

(De Alquézar y pueblos próximos)

POR

PEDRO ARNAL CAVERO



MADRID

1944

nos vienen siempre d'as hembras... No hay peor ganau en os lugares, en os montes y en os güertos qu'as mujeres y as crabas... »

«Los grandes males son hembras», *Heraldo de Aragón*, 2/08/1960²¹.

En todo caso, a lo largo de toda su obra etnográfica se encuentran textos en aragonés porque Arnal era plenamente consciente de escribir en una lengua diferente a la castellana. Hay que encuadrarlo, por tanto, junto a otros estudiosos e investigadores con rigor y con excelente conocimiento de causa como el abogado binefarense Benito Coll y Altabás (1858-1930), es decir, entre los altoaragoneses pioneros en el estudio del aragonés como idioma románico²² y que rehuían al mismo tiempo de concepciones baturristas, las cuales rechazaban enérgicamente. En esta línea, la contribución de Arnal al conocimiento del aragonés es clave²³ desde diferentes puntos de vista: toponimia²⁴, tradición oral, vocabulario, etc.

En cualquier caso, su relación con el aragonés, como hemos visto, venía de muchos años atrás. El filólogo francés Jean-Joseph Saroïhandy (1867-1932) –descubridor científico de la lengua– se alojó en 1905 en la casa de Arnal en Alquezra. Pedro Arnal Caveró conocía y leyó obra en aragonés de los escritores Domingo Miral –con quien mantuvo una gran amistad–, Veremundo Méndez, José Llampayas, Cleto Torrodellas o los estudios de Joaquín Costa, Jerónimo Borao, Joaquín Gil Berges, Benito Coll, Mariano Peralta, Manuel Alvar, Juan Moneva, Luis Víctor López Puyoles, José Valenzuela La Rosa o del académico Vicente García de Diego. Es más, en su archivo personal

se conservan varios textos en aragonés ribagorzano como un programa de fiestas del barrio de san Joaquín de Graus de 1954, el romance «Las fiestas del nuestro llugá»²⁵, fechado en Graus en septiembre de 1925, y un pliego de cuatro páginas que contiene los poemas «El san Lorenzo de hoy» y «Graus y *El Ribagorzano*» del escritor estadillano Cleto Torrodellas²⁶, que editó la imprenta La Moderna de Balbastro. También seguía con asiduidad la revista especializada *Archivo de Filología Aragonesa*, que publica la Institución «Fernando el Católico». Sus continuos viajes por todo el Alto Aragón también le sirvieron para escuchar y apuntar el aragonés de otras zonas como Ribagorza, el valle de Vio²⁷, el valle de Puértolas o la Sierra Caballera y recorría frecuentemente Panticosa o Ansó, donde se alojaba en la casa de Jorge Puyó. Su actitud a favor del aragonés incentivó que le escribieran en esta lengua²⁸ y de esta manera se dignificara. Finalmente, le interesaban otras lenguas: durante unas vacaciones en Galicia recogió y apuntó en cuartillas decenas de refranes en gallego²⁹ y conocía la obra de José María Gabriel y Galán (1870-1905) en extremeño.

Arnal quiso mostrar en *Aragón en alto* la lengua y la cultura que conoció de pequeño y quiso darlas a conocer mostrando al mismo tiempo la gente tan olvidada del Somontano y la montaña altoaragonesa. Por tanto, este libro quiere continuar la obra de Arnal y ser una crónica de la vida secular de su país, escrita, en buena medida, en su lengua. Una suerte de continuación de *Aragón en alto*. Un testimonio único e irrepetible de un hombre brillante, conocedor y apasionado, como pocos, de la tierra que lo vio crecer. En

definitiva, es un recorrido por el Somontano de finales del siglo XIX y principios del XX que conjuga la sabiduría de Arnal y la sabiduría del pueblo somontanés suponiendo la única forma de conocer el territorio de hace cien años.

En este volumen recogemos un conjunto de textos de diversa índole pero todos hilvanados con el hilo conductor de la profunda presencia de la lengua aragonesa y de la cultura tradicional somontanesa y altoaragonesa. Por un lado, incluimos textos publicados entre 1946 y 1959 en el periódico *Heraldo de Aragón*, las revistas *Aragón*, del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, y *Zaragoza*, de la Institución «Fernando el Católico». También editamos el extenso trabajo «Villa y aldeas en romería», que en 1946 fue seleccionado por el jurado del I Premio anual de folklore de la Institución «Fernando el Católico» y cuya temática versaba alrededor del «estudio de las tradiciones peculiares de una localidad o región natural aragonesa». Posteriormente, en 1948, fue publicado en la revista *Costumbres y tradiciones* de dicha institución³. Por otro lado, publicamos textos inéditos que se conservan en su archivo tanto literarios como de tradición oral. Entre los primeros, se halla una narración presentada por Arnal al Concurso de artículos periodísticos anunciado por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, y también otro texto ambientado en el Somontano. Aunque Arnal rechazaba la etiqueta de narrador de cuentos para sí mismo³⁰, sí es verdad que muchos textos se pueden considerar cuentos que se basan principalmente en anécdotas o sucesos somontaneses populares que don Pedro conoció y recreó perfectamente en su contexto preciso reproduciendo el aragonés en la boca de sus personajes.

A D. IGNACIO BUERA

Apreable Inacied: M'han dicho en casa Gramiel qu' ha veniu n'os papels que te van a fer un «menaje», u como se diga, y que te van a dar una medalleta. M'alcro; tu toma siempre o que te den y sospira por b que queda.

Ye no sabeba qu' era licho de «menaje», y me ne fu a ver al maestro, que sabe asabelo, pa' que me lo esplicase; y he tenu qu'ir a' m'zalato ta' cereca de Ramillar porque cuando sale d'a' escuela s'en va con os crios o cozer tremoncillo y a buscar cuocos y panpanas pa' studialos. Nusotros ¿t' acuerdas? nos n'ibamos a cozer miedos de picapuercos y nos feban estudiar n' unos libros d'imprenta.

Ya m'ha dicho o señor maestro que te llevarán a comer ta bel hotel u ta bella fonda; pue' que t'os den carne de buco u de choto, y t'os apreten a frente con bel jarro d'iche vino que fan ahora con bordio n'as zudades y que todo ves'suma y amargor. Tamien m'ha dicho que, cuando acabez de comer y vayaz a tomar licho café de mentiretas qu'ahora dan, algún señor muy serio tocará un vaso con una cuchareta, callarán todos y t' empezará a feir cosas que t' ablandarán o corazon y que te ferán plorar; mia, nino: si t'icen bella cosa mala pünchales con a forqueta, son o tenedor, pa' que m'entendas. ¿Pa' que no veniz a comer ta Güera güen cralito con ajacite, güenas magras, güenos crespillos, y güen vino de flor recién espillau? Ya t'acordaras de que tamien en Balbastro, en casa Juan Sudas u en a posada de l' Aguedela, nos fartabamos de comer bien por seis riales; y te lo digo por si determinaz de ventozone por aquí.

Y vino de «Prensa» ya sabes qu' aquí sí se lo heben es jornaleros y os hoyateros. Tamien m'han dicho que vas a fer bodas d'oro. A yo me puez qu' a tu edá no estás ya pa' licho troses, aunque te casen con una vieja que tenga güen gato lleno d'onzas. Ya sabes qu'os que se casan de niños, si quien cumplir se mueren de seculda.

Ya sería gusto si tu rmano viniese del otro mundo y te se presentase cuando esez comiendo...! ¿T'acuerdas cómo iban todos os mozos de Güera y de Alquezra a cazar lordas, a brenpar ya barafundiar con el cuando venibaz os dos por estos los pueblos naestros? D'as pechas d'os pantalons sacaba una zarpada de billetes de banco y les ne daba por cosa. Ya decían todos os d'a redolada que como Ma-

riamed no n'ha habiu tan rumboso y tan campechano.

Ya me dirás qué ye licho d'a medalla d'o trebajo, qu' aquí todos en llevamos de medallas trebajando, porque os brocals d'as botas no cierran bien y s'en va o vino-ta' camisa; y a nusotros nos puez qu' a medalla que te van a dar a tu no será d'ichas...

Güeno, Inacied. A ver si t'animas a venir ta Alquezra y ta Güera pa' sanmligada, cuando ya esten bien maduras as garnachas y as flras. Iremos a cazar langostos, y pajaricos de pingued con a'laicas y cuocos de forno. Ya preparete yo pa'l verano, as vergetas, en o pod.

Y que t'animes, que d'os que comen alguno n'escapa; y nos mandarás os papels y pedioricos que te ponzan o retrato pa' vete si plantas tieso.

Tu amigo que lo es.

P. ARNAL CAVERO.



Respecto a la tradición oral, reproducimos una versión inédita³¹ del «Romance de Marichuana», el romance «A Bartola»³² y los «Dichos del Mairal y su Rebadán de 1918»³³. El «Romance de Marichuana» que editamos se encuentra manuscrito pero la letra no pertenece a Arnal, más bien parece un encargo. En apuntes manuscritos,

Arnal señalaba que este romance pertenecía al siglo XVIII, aunque también en otros escritos señala: «aseguran que es del siglo XVII un romance de mi Somontano en el que aparecen más de veinte nombres de animales a los que se compara la Marichuana»³⁴.

CRITERIOS DE EDICIÓN

Los textos se reproducen tal cual fueron publicados o se encontraban manuscritos. Únicamente para facilitar la lectura de los textos en aragonés, hemos modificado algunas contracciones del siguiente tipo: *n'cerrar* por *encerrar*, *s'taría* por *estaría*, *s'botar* por *esbotar* o *tu'rmano* por *tu hermano*. Del mismo modo incluimos un guión entre las formas verbales y los pronombres enclíticos para evitar posibles confusiones: *felo* por *fe-lo* 'hacerlo' o 'hazlo' o *vela* por *ve-la* 'verla'. Respecto a la utilización de las comillas hemos seguido los usos tradicionales y, finalmente, hemos reservado la cursiva para las palabras o frases en aragonés que aparecen en textos escritos en castellano o que tienen predominio de esta lengua.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de centenares de horas de consulta, de lectura, de trabajo y de estudio de la obra de Pedro Arnal Cavero, pero, sin la colaboración de algunas personas nunca habría sido posible su edición. Así, hemos de agradecer a Víctor Juan, que nos cedió el archivo personal que conservaba Arnal Cavero, a José Ignacio López Susín y Carlos Serrano su colaboración y ayuda en

la edición de este volumen, a Chema Lera —que nos ha atendido y aguantado durante muchos meses con el trato de quien ama su profesión y su tierra—, Elena Monforte y Merche Claver, del Museo Pedagógico de Aragón. Ahora, gran parte de los materiales de Arnal quedan depositados en el Centro de Documentación de dicho museo. Del mismo modo, agradecemos a Óscar Latas sus consejos, a Carlos Olivares Arnal —nieto de Pedro Arnal— y a Chusé Aragüés cedernos un retrato de don Pedro. A todos ellos, muchas gracias. *Y prou que a ra mía familia que, por un regular, m'han empentau pa continuar rechirando —como si pinganetiase— en papels y en lugares por o estudio y o treballo de materials y de personas semontanesas y altoaragonesas que amón a suya tierra y a suya lengua. Y, ye de dar, a B., por tot ixo y por fer tanta luz en tiempos asabelo que foscós y también por o suyo amor. Regular que tos ferá goyo.*

Alberto GRACIA TRELL

BIBLIOGRAFÍA

- ARNAL CAVERO, Pedro (1940): *Aragón en alto*, Zaragoza, Imprenta Heraldo de Aragón. [Aunque no aparece ningún año de publicación, se ha apuntado a que fue editado en 1940. No obstante no descartamos, a partir de varios indicios, que fuera publicado en 1942].
- ARNAL CAVERO, Pedro (1944): *Vocabulario del alto-aragonés (de Alquézar y pueblos próximos)*, Madrid, CSIC.
- ARNAL CAVERO, Pedro (1952): *Del ambiente y de la vida*, Zaragoza, Heraldo de Aragón.
- ARNAL CAVERO, Pedro (1953): *Refranes, dichos, mazadas... en el Somontano y montaña oscense*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico». 2ª edición, Prames, 1997; Tercera edición, Prames IFC – Heraldo de Aragón, 2013.
- ARNAL CAVERO, Pedro (1955): *Aragón de las tierras altas. La montaña, el Somontano, la tierra baja*, Zaragoza, Editorial Heraldo de Aragón.
- ARNAL CAVERO, Pedro (1960): *Por los seres indefensos*, Zaragoza, Tip. La Académica.
- BENÍTEZ MARCO, María Pilar (2010): *María Moliner y las primeras estudiosas del aragonés y del catalán de Aragón*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.

- BENÍTEZ MARCO, María Pilar (2012): *El Estudio de Filología de Aragón en la Diputación de Zaragoza (1915-1941). Hacia un Centro de Estudios Aragoneses*, Zaragoza, Aladrada Ediciones.
- BERDEJO, Gaspar (2014): «Carta abierta: protesta del Semontano», nota de Alberto Gracia Trel, *Fuellas*, 223, pp. 16-17.
- CASANOVA, Emili (2004): «Aragón en el ALPI», en *Estudios e rechiras arredol d'a luenga aragonesa e a suya literatura. Autas d'a III Trobada (Uesca – Alquezra, 17-20 d'otubre de 2001)*, Uesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses – Consello d'a Fabla Aragonesa, pp. 21-94.
- GRACIA TREL, Alberto (2012a): «El pensamiento de Pedro Arnal Caveró en torno a la lengua aragonesa», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 140, pp. 4-19.
- GRACIA TREL, Alberto (2012b): «A obra de Pedro Arnal Caveró arredol d'a luenga aragonesa», *Fuellas*, 209, pp. 27-30.
- JUAN BORROY, Víctor Manuel (1998): *Pedro Arnal Caveró. Un maestro que apenas Pedro se llamaba*, Barbastro, Centro de Estudios del Somontano.
- SAROIHANDY, Jean-Joseph (2005): *Misión lingüística en el Alto Aragón*, edición y estudio de Óscar Latas Alegre, Zaragoza, Xordica Editorial – Prensas Universitarias de Zaragoza.
- VÁZQUEZ OBRADOR, Jesús y JUSTES CARILLA, Rosa (1985): «Contribución al vocabulario de animales y plantas de Rodellar (Huesca)», *Archivo de Filología Aragonesa*, 36-37, pp. 609-621.

NOTAS

1. «Huesca tiene contraída una deuda de gratitud con don Pedro Arnal Caveró, uno de sus hijos más sobresalientes y que más han ennoblecido a su patria chica. Deuda que, sin duda, será saldada por quien corresponda», «Don Pedro Arnal Caveró» se publicaba en *La Nueva España* el 29/4/1962, pocos días después del fallecimiento de Arnal.

2. Son numerosas las muestras que se conservan en su archivo personal. Valga como ejemplo una carta de sor María Mercedes Foncillas Aniés, natural de Sieso de Huesca, que desde el Real Monasterio Cisterciense de Casbas, escribe: «He conocido a V. por sus libros, que me hacen pasar ratos felices leyendo las bellezas de la naturaleza en nuestro país altoaragonés». Incluso también se halla alguna carta fechada en pueblos hoy deshabitados y abandonados como Bibán (Sobrarbe). El propio Arnal proporcionó datos sobre otras localidades actualmente en ruinas como Los Corrales –aldea de Buera– u obtuvo datos paremiológicos de Secorún (en aragonés, Secrún).

3. Pedro Arnal Caveró, «El dialecto del Somontano y el *Diccionario de voces aragonesas* de don Jerónimo Borao», *Heraldo de Aragón*, 15/05/1957.

4. Es en este momento cuando en el Somontano caen en desuso voces como *güello*, que el propio Arnal documenta (1944: 20) y en un papel conservado en su archivo se puede leer: *os güellos y as güellas* ‘los ojos y las ovejas’. Sin embargo, nunca aparece esta voz en su obra posterior, únicamente la correspondiente castellana ‘ojo’. Otros ejemplos son *diens*, *muller* o *treballar*. De otras como *muito*, que recogió Saroihandy (2005: 245), ya no quedaba rastro. Seguramente, Arnal se adaptó a la progresiva castellanización de la lengua propia.

5. Marcial Buj, «Han jubilado a la vitalidad», *Heraldo de Aragón*, 17/03/1954.

6. Pedro Arnal Caveró, «A boira preta», *Heraldo de Aragón*, 20/12/1961.

7. Juan (1998: 102). Afortunadamente, el aragonés hablado en el Semontano ya había suscitado el interés de otros personajes como es el caso del aboscense Vicente Tobeña y Barba (1863-1921), pionero en el uso de la lengua con varios textos en aragonés, ya en 1919. Posteriormente, otros somontaneses realizarían estudios sobre esta variedad como el navalés Privato Cajal Sazatornil (1895-1989) y más recientemente se han unido otros como Bizén Fuster, Paz Ríos, Fabián Castillo o Chesús de Mostolay.

8. Envío un repertorio de voces de Alquezra haciendo caso al llamamiento del Estudio que demandaba colaboración para recopilar palabras y topónimos aragoneses de nuestros pueblos. Para la relación de Arnal con esta institución se puede consultar: Benítez, 2010: 28, 40 nota 16, 121 y 140; y Benítez, 2012: 17. También Mariano Supervía –a quien Arnal conocía– mandó un repertorio de voces de Adahuesca.

9. Formó parte desde su creación, en 1919, de la Sociedad Aragonesa de Protección a los Animales y Plantas, en cuya junta directiva ocupó varios cargos. Asimismo, escribió el libro *Por los seres indefensos* (Zaragoza, 1960) y en su archivo se conservan textos de carácter antitaurino y proteccionista. Recibía boletines e informaciones de la Asociación contra la crueldad en los espectáculos, uno de cuyos fines era la supresión de todo espectáculo en que se maltrate animales (incluyendo desterrar la crueldad en el circo).

10. El opúsculo fue objeto de recensión en revistas filológicas muy prestigiosas por parte de reconocidos filólogos como Antoni M. Badia i Margarit en *Estudis Romànics* (volumen 1, años 1947-1948), quien la consideró «una aportació molt útil perquè implica una localització geogràfica (comarca d'Alquèzar). Per tot això, és una obreta que hem d'acceptar ben de grat» y «ajuda a precisar definicions de mots dialectals, perquè dóna ben sovint locucions i exemples en els quals apareixen les paraules del lèxic»; Francisco Yndurain en *Archivo de Filología Aragonesa* (número II, año 1947) hizo hincapié en los numerosos errores tipográficos y esperaba que «el brevísimo *Vocabulario* hace desear uno más extenso y sistemático que recoja la gran riqueza de formas dialectales de esa comarca»; o Heinrich

Lausberg en *Zeitschrift für Romanische Philologie* (número 70, año 1954), quien la valoró positivamente.

11. «Una conferencia entre dos fuegos», *Heraldo de Aragón*, 12/03/1958.

12. Pedro Arnal Caveró, «Carta de unos somontanos», *Heraldo de Aragón*, 14/04/1955.

13. Pedro Arnal Caveró, «Carta de unos somontanos», *Heraldo de Aragón*, 14/04/1955.

14. Hay que destacar también a otros escritores que usaron el aragonés en los primeros años del siglo XX en la prensa altoaragonesa como el estadillano Cleto Torrodellas (1868-1939), el cheso Veremundo Méndez (1897-1968), el belsetano Leonardo Escalona (1891-1938), el grausino Vicente Barrós (1877-1943), el boleano Agliberto Garcés (1908-2002) o el ansotano Mariano Gastón Longás.

15. Puede parecer una cosa nimia, pero la época no era nada propicia. Como recuerda Eloy Fernández Clemente, alumno de Arnal, «el modo como, contra corriente, hizo por defender nuestras señas de identidad, especialmente el arte, el folklore, la lengua aragonesa, es absolutamente ejemplar», Gracia (2012a: 8).

16. Dejó preparado un libro con el título *Panticosa y algo más de la Montaña y del Somontano*, concebido como la segunda parte de *Aragón en alto* o de *Aragón de las tierras altas*. En 1952 sus discípulos prepararon el volumen *Del ambiente y de la vida* en el cual el peso de la temática etnolingüística es muy escaso al igual que en *Por los seres indefensos* (1960). También tenía previsto recoger en cuatro tomos 150 artículos periodísticos en cada uno y en otro volumen cien trabajos de temática pedagógica.

17. Pedro Arnal Caveró, «Los «milenarios» de ahora y «la fin» del mundo», 24/04/1949.

18. «La lluvia en los días del Pilar», *Heraldo de Aragón*, 12/10/1944.

19. Pedro Arnal Caveró, «Nino, icha pa Navidá», *Heraldo de Aragón*, 30/12/1959

20. Todo este enorme repertorio lo hemos apuntado y documentado en decenas de páginas de cuaderno, que incluye también las cientos de voces o frases escritas en cuartillas. Nuestra intención es

editarlos y contribuir a un mejor conocimiento de la obra de Arnal y del aragonés de la zona porque suministra gran cantidad de información fonética, morfológica, sintáctica y léxica.

21. Aunque aparentemente el texto pueda parecer que destila misoginia, el carácter femenino que se trata hace referencia, como desarrolla el artículo, al género femenino de muchos sustantivos que han tenido connotaciones negativas: «la gripe, las hernias, *as climas, as peras enveradas, as cerollas crudas, a viraga*, la niebla, la riada, la contribución y un largo etcétera».

22. De este modo, la obra de Arnal ha sido citada bibliográfica y obligada en los principales estudios, tesis doctorales y monografías sobre el aragonés, entre otros, de conspicuos romanistas e investigadores como Manuel Alvar en *El habla del Campo de Jaca* (1948), Antoni Badia i Margarit, *El habla del valle de Bielsa* (1950), Pascual González Guzmán, *El habla viva del valle de Aragüés* (1953), Günter Haensch, *Las hablas de la Alta Ribagorça* (1960), Francho Nagore, *El aragonés de Panticoosa. Gramática* (1986), *Gramática de la lengua aragonesa* (1989, quinta edición), *El aragonés del siglo XIV* (2003), Rudolf Wilmes, *El valle de Vió. Estudio etnográfico-lingüístico de un valle altoaragonés* (1996, aunque las encuestas se realizaron entre 1929 y 1932), María Luisa Arnal, *El habla de la Baja Ribagorça occidental. Aspectos fónicos y gramaticales* (1998), María Pilar Benítez, *L'ansotano. Estudio del habla del valle de Ansó* (2001) o Manuel Díaz Rozas *Apuntes de lengua chesa* (2013; aunque el trabajo se realizó en los años 50 del siglo XX).

23. Esta riqueza lingüística ya fue señalada, entre otros, por los profesores Jesús Vázquez y Rosa Justes (1985: 609) que ponían de relieve, además, el conservadurismo lingüístico de zonas no estrictamente pirenaicas. En este sentido, nosotros presentamos una comunicación con el título «La contribución de Pedro Arnal Caverio al conocimiento y estudio del aragonés», expuesta el 13 de junio de 2014 durante las Jornadas «L'aragonés güe, l'aragonès avui, el aragonés hoy», organizadas por la Universitat de Barcelona en colaboración con el Centro Aragonés de Barcelona y la Colla de Charradors «O Corrinche».

24. Por ejemplo, son numerosísimos los topónimos que Arnal cita a lo largo de su obra: Os Ballons, Vallevelita, Planos, Cueva

Chuandana, A Espedolla, O Vallón de Basilio, Campo Luengo, O Bicón, As Vals, As Guartas, Basacol, A Cubera, A Cuesta, As Basas, O Martined, Os Catarrons, Os Lumos, Os Lumeros, As Planas, O Mon o Campanachal. Además, a la toponimia de Alquezra dedicó varios artículos como «Toponimia aragonesa» publicado el 16/01/1952 en *Heraldo de Aragón* y la serie titulada «Toponimia de recuerdos afectivos» publicada entre enero y abril de 1952 en el mismo periódico.

25. Se publicó sin firma en la revista *Fuellas*, número 25 (1981), que edita el Consello d'a Fabla Aragonesa. Salvo algunos rasgos, se trata del mismo texto pero se fechan en diferente año. Aunque vaya sin firma, su autor fue Vicente Barrós como así nos lo han confirmado también Francho Nagore y Chusé Raúl Usón.

26. Fueron publicados por Francho Nagore en *Versos y romances en ribagorçano* (Consello d'a Fabla Aragonesa, 1988; segunda edición ampliada) y más recientemente por Xavier Tomás y Chusé Raúl Usón en *Obra en aragonés ribagorçano* (Xordica, 2011).

27. «*Teixo, teicho* dice la gente del país para citar esta conifera de madera tan rica y solicitada», Pedro Arnal Cavero, «Un santo y un moro frente a frente», *Heraldo de Aragón*, 30/08/1957.

28. Puede verse Berdejo (2014) o, en el archivo personal de Arnal, una carta de sor María Inmaculada Borraz Abadía, del Real Monasterio Cisterciense de Casbas, en la que le escribe buena parte en aragonés. Otra carta de A. Bescós, fechada el 18 de febrero de 1955, señala que los de Ayerbe dicen: «*Hasta que no s'esmicacen os terretros de San Miguel no ha pleviu cosa*». Arnal en un artículo apuntó: «En una carta que he recibido de un pueblo de mi semimontaña, me dice un amigo: «*Regular que irán luego ta Zaragoza ella con bella moceta; ya tos irán a ver...*», Pedro Arnal Cavero, «El complejo y lato género femenino», *Heraldo de Aragón*, 4/04/1956.

29. Una anécdota al respecto es cuando estando Arnal en tierras gallegas vio un barco con la matrícula HU y creía que sus tripulantes serían altoaragoneses, casi corriendo llegó a comprobarlo pero «no hablaban nuestro «montañés» tan abierto y claro, sino un andaluz más cerrado que noche de temporal». Entonces se dio cuenta que HU correspondía a Huelva y no a Huesca. Pedro Arnal Cavero, «Cosas sueltas de un pueblo atado», *Heraldo de Aragón*, 25/09/1959.

30. El crítico literario Luis Horno Liria lo consideró el mejor escritor del Somontano después de Luis López Allué, Gracia (2012a: 9). Por su parte, Ramiro Solans, inspector de primera enseñanza, en una reseña a *Aragón en Alto* señala: «La literatura aragonesa debe a Pedro Arnal Caveno una de sus mejores producciones», *Nueva España*, 7/01/1942, p.2.

31. De Alquezra existen hasta tres versiones diferentes conocidas: la transcrita por el propio Arnal (1940: 96-98), la que el secretario de la villa, Elías Sarrato López, le envió a Saroihandy (2005: 140-141) y la recogida durante las encuestas del *Atlas lingüístico de la Península Ibérica* (1934-1936) que reproduce Casanova (2004: 49-50). En otros apuntes, Arnal señala otros comienzos del romance: *D'ichos tan grans Perineos / me'n baché ta tierra plana...* (del romance «A Marichuana»); *Desde ichos tan grans Perineos / han bachato ta tierra plana*. En Arnal (1955: 172): *De ros altos Pirineos / me'n baché ta tierra plana / pa ver un amor que tiengo / que se llama Marichuana*. Por otro lado, a título de anécdota, nos consta que alumnos suyos aprendían de memoria este romance y todavía lo recuerdan.

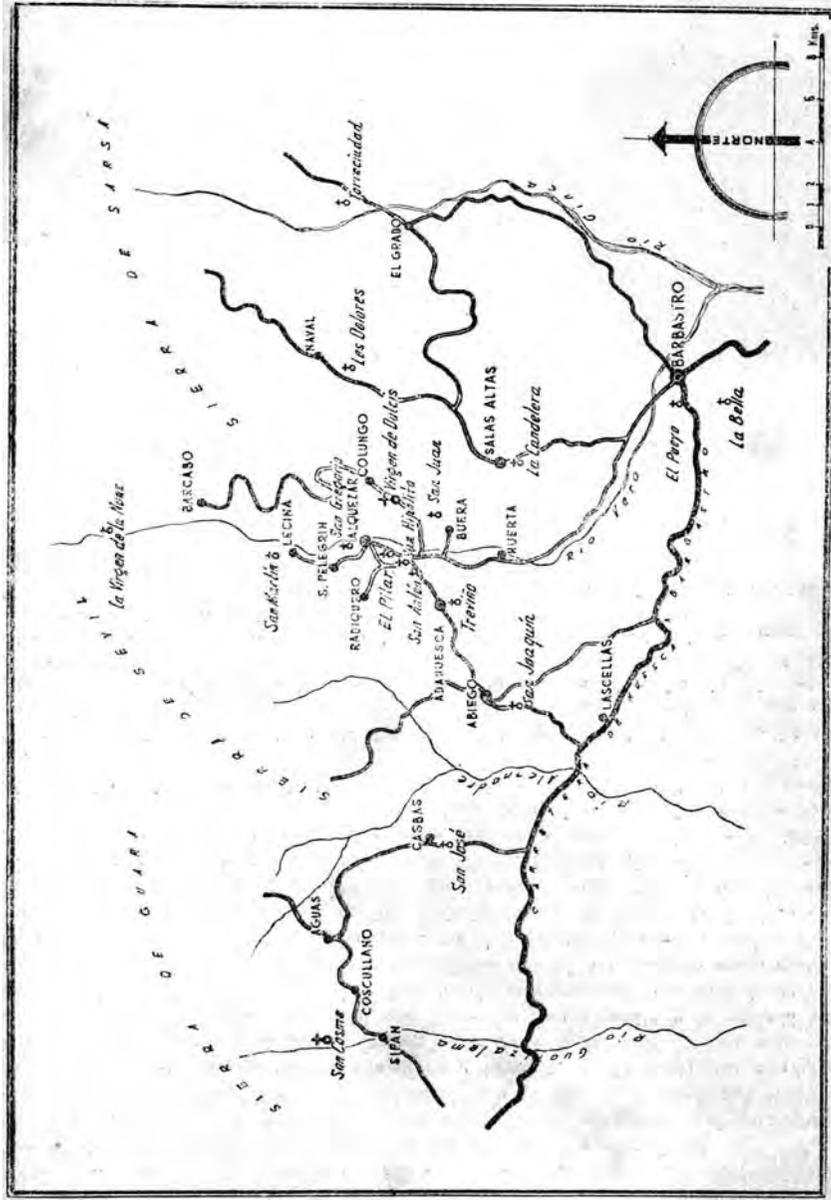
32. Fue publicado en ARNAL (1940: 98-99). Existe otra versión de Alquezra, con pequeñas variantes y apoyándose en la de Arnal, publicada en *La sombra del olvido*, IEA, 2006, p. 406, de Sandra Aragúas, Nereida Muñoz y Estéla Puyuelo.

33. Los «Dichos» fueron reproducidos por Juan (1998: 129-132). Los hemos datado finalmente con la fecha de 1918 y hemos corregido algunos errores. Por otro lado, en menor medida, Arnal recogió otras muestras de tradición oral como la siguiente: *Aire no'n fa, vino no'n be bebiu, si no ye por una micarrona de torta que m'be comiu*; o canciones como esta de la trilla de las eras en verano: *Ojos que te vion marchar / por aquel camino plano, / cuándo te verán golver / con o cañuto en a mano...*

34. Pedro Arnal Caveno, «Irracionalidad», *Heraldo de Aragón*, 23/07/1958.

35. Dada la disparidad de formas de Arnal para escribir las palabras o frases en aragonés a veces en cursiva, otras en redonda o entre comillas, nos ha parecido necesario sistematizar un único criterio. Para discernir, en algunos casos, las palabras aragonesas o castellanas nos ha servido de ayuda el *DRAE* (2001) y el vocabulario de Chesús de Mostolay *El aragonés en el Somontano de Barbastró* (2007).

SOMONTANO EN ALTO



REDOLED, AMBOLLETA Y TORRE*

El cuánto y el cómo en el Somontano oscense y en la Montaña

Hoy llueve en el Somontano. Los picachos de las sierras de Sevil, de Guara, del Tito y de Asque aparecerán mañana con *bolismas y toscón*, todos blancos. Los labradores, todos los habitantes de estos pueblos de los partidos de Boltaña y de Barbastro gozan viendo llover y nevar, *porque han feito a sementera en seco y ni podeba nacer o trigo ni a mistura*; y cuando no hay *babada* ni se va a *bardiar por os pacinos*, *mal año apunta*, y *no se pueden aconortar*. Lluève y *fa frío*; *pue qu'esta noche caiga bella nevadeta*. Y porque llueve, los hombres mismos cogen una *cesteta de patatas d'ichas cuarentenas*, *las llevan ta o forno pa asá-las con chorizo a entro*, y *con güena bota de vino de flor se las comerán en as cocinas con güenas fogueras*, *bien repantingaus en as colchonetas y en as piels d'as cadieras*.

Redoled, ambolleta y torre. Cuando empieza a llover, las gotitas pequeñas que caen sobre los pequeños charcos que se forman entre las piedras de la calle hacen unos circuitos de poco radio, casi imperceptibles y de brevísima duración en la superficie del agua tranquila; *as gotetas solo fan redolez*. Si las gotas de agua son algo más gruesas, entonces ya *fan ambolletas*, que son las burbujas o pequeñas

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 1/01/1946.

ampollas; si la lluvia es fuerte, si los goterones caen gruesos y con violencia, entonces forman *torretas* sobre los charcos, *sobre as basetas, os regueros y os ballos d'agua d'as calles*; algunas veces *paez qu'hirve l'agua*, porque la lluvia torrencial mueve y llena de burbujas y de *torres* la superficie de los charcos, *badinas y basas*. Y dice la gente: había de llover así hasta *qu'os angelicos bebesen a fica morro* desde el cielo.

Esta es la nomenclatura que se deriva del pluviómetro usado en estos pueblos por estas buenas gentes sencillas al hablar del agua caída en los caminos y en los montes: *gotetas; matar o polvo d'os caminos: rujadeta; rujada; andalocio; fer basetas; correr os caminos; salir os caracols; dos, cuatro dedos; media sazón; ha entran l'agua un palmo; una sazón; monte regado; monte empantanado; as güebras fartas; correr l'agua por as güebras; fer mal en os cuatrons; caer as paredes y reventar os marguinazos; fe-sen engullerizos...*

Redoled, ambolleta y torre... Las gotitas del sirimiri vasco serían las que en mi tierra *solo fan redolez* (plural de *redoled*) al caer en agua estancada y tranquila. La *ambolleta* sería la burbuja que se forma al llover de temporal, con cierta intensidad, pero no en fuerte chaparrón; *quando se fan ambolletas...*

«... no hay cuidado que un nublado
las frutas del campo lleve...»

Y cuando hormiguean tumultuosas *as torretas* en la superficie de los charcos es que el agua cae en goterones, en masas más que en gotas; es que la lluvia es torrencial, tormentosa; es que entonces *ya paez que cai l'agua a cantaros...*

La poca, regular o mucha lluvia en el pueblo, sobre las calles y casas, tiene estas medidas, bien arbitrarias

para los que no conocen la vida somontanera: *mojá-sen as calles; escorré-sen as canaleras; fe-sen basetas; fer y correr ballez* (plural de *ballo* y diminutivo); *salir o portal; correr l'agua clara; llená-sen as basas, pozas y pocetas d'os güertos; salir A Cubera...*

Los ríos, barrancos y torrentes dan lugar a esta nomenclatura: *chorros por as leneras d'o molino; enturbiá-se o río; tomar agua o río; salir o barranco u os barrancos; llenar a glera; estroncar as estacadas; enronar as cequias; entrar o río en os reganos; llevá-se o río bel regano; entrar l'agua en os molinos; tapar as arcadas d'os puentes; llevá-se o puente...* En los torrentes puede correr *bella regadura*, bajar *una barranca-deta*, *una tongada*, *una tamborinada* y pueden llegar hasta... *fer estragos*.

El caudal de agua procedente de fuentes, acequias, depósitos, ríos... tiene estas medidas comparativas a términos de fisiología y anatomía humanas: *un chorred como una vena, como un dedo...; un chorro como a muñica, como o brazo, como a pierna, como un cuerpo d'hombre; una regadura, dos, tres... regaduras; una muela d'agua, dos, tres, cinco, veinte... muelas d'agua*. La profundidad del agua *en as gorgas y en as badinas d'os ríos ye hasta la rodilla, hasta a tripa pa poder nadar, un estau, dos estaus, etc.*

Pero no solo se piensa en comer patatas asadas con chorizo, en jugar *a la chica* y en beber botas bien llenas de *vino de flor* en las tardes lluviosas, o de nieve, en mi montaña; también se trabaja, y mucho, especialmente hasta la hora de comer: *ir a luciar t'a ferrería, sacar a zolle y a cuadra, partir leña, esgranar panizo, triar as brisas, esbachocar judías, amontonar fiemo, abrir o cerrar as aguaderas d'os güertos de casa, lavar cubas, enjufrar tonels, coser abarcas y pialucos, repasar os aparejos y as albardas d'os bajos, reforzar os cuevanos, dar una*

güelta por o ganau, mallar glans, desfer tuertas, llevar a pastura a os tocinos...

Si viene mucho aparato y *a boira s'escuelga de Guara* con mucho *rudio*, entonces el nublado impresiona a las gentes, las atemoriza y van a *icí-le* al cura *qu'esconjure a tronada; también a campana de san Gregorio toca bien aprisa, señal de que viene apedregando por as sierras de Sevil y de Reigüero*.

Pero no solo las pequeñas masas de agua y los gote-rones de lluvia tormentosa hacen *torretas* al caer con violencia y peso sobre la superficie de los charcos; si empieza a caer el grano de granizo o *bella piedra como güegos de perdiz, u de gallina, a veces, entonces en l'agua se fan crestas y la surte ta fuera*. Si la gente teme la proximidad calamitosa y dramática del pedrisco encienden, ante imágenes benditas, un cabo de vela que guardaron *d'o molimento* del día Jueves Santo, rezan el trisagio de un libro mugriento que tienen en algunas casas, y en medio *d'as calles fan fogueretas* con flores y yerbas secas, aromáticas, *que echón por as calles* el día del Corpus *pa* que el cura las *pisase* llevando a custodia con Dios en la Hostia Santa.

Si llueve, sea *poqued* o *de güena gana*, *fiendo redolez u ambolletas l'agua*, en estas noches largas, en que las gentes están descansadas *porque no han podiu ir t'o monte*, se bajan a las cocinas uno o dos sacos de judías *pa esbachocar*. Y se oye decir que las alubias que han cogido, o que han desgranado aquella noche, o que sembraron en tal *fajeta*, o que hay que poner *pa almorzar p'os jornaleros* llenarían *una ambosteta, una ambosta, una pochada, una zarpadeta, un capaced, una cula-deta, un costal...* dobles, fanegas, cahíces, etc. Nada más arbitrario que *una zarpada, una zarpadeta*; pueden indicar menos de un litro o varias fanegas de una cosa. *Una cula-deta* es menos de la cuarta parte de lo que cabe en un saco,

sea grande o sea pequeño; un *costal* es media carga de caballería, uno de los dos sacos, uno a cada costado, que se ponen en una bestia o *baje*, bien cargada (o cargado) y a *fajillar*.

Es pintoresco el sentido figurado con que se emplean estas palabras: *tronca, troncada; leña recia; camals*; ramas; ramilla; hojarasca. Algunas veces indican, respectivamente, billete o billetes de 500 y de 1.000 pesetas; de 100 pesetas; de 50 pesetas; de 25 y de 5 pesetas; de 2 y 1 pesetas; monedas de menos valor. *Leña recia* también significa amenazar seriamente, gritar, blasfemar, pegar...

El estiércol, las patatas, los nabos, las uvas... se miden a *corvilletas, a corvillos, a cuévanos, portaderas*, etc.; la *garba* (mies) se cuenta por *gavillas, fajos, cargas, tercenales y faginas*; la unidad *fascal*, en vez de *tercena*, se usa muy poco. Las olivas se miden con cesta pequeña de dos *almudes*, cesta grande de media fanega, *cobano* (cuévano) de seis cestas grandes, *costal*, saco arrocero, saco cahicero, según que sea de veinte dobles o de veinticuatro dobles decálitros, aproximadamente; una balsa, una *algunada, una molida*... son cantidades inconcretas, muy variables; la pasta que resulta de las aceitunas *molidas* por *os ruellos* (grandes cilindros de piedra especial, de conglomerados calizosilíceos) se pone en *espuertas*, y la *prensada* suele tener hasta ocho o diez docenas de *espuertas* que sufren la presión aparatosa, voluminosa y lenta de la prensa, de los *matrazos*, de la *libra* (piedra o piedras de dos, tres o más toneladas de peso); la prensa es un conjunto acoplado de cuatro enormes troncos de pinabets en función de gran palanca de segundo género; la potencia es el peso de la *libra*... de varias toneladas y la resistencia es la pilada de *espuertas* con la pasta aceitosa que se va a prensar. Ya quedan pocos tornos de oli-

vas con prensas de *matrazos*; las modernas máquinas hidráulicas y los motores eléctricos trepan, no sé si en buena o en mala hora, hasta los rincones más escondidos de las montañas oscenses.

Redoled, ambolleta y torre. Si llueve se cogen cahíces de grano; *pies* de olivas; *nietros de vino*; horcas de cebollas; *cañizos de figas* de orejones, *de cerollas...*; sacos y cargas de patatas, *de napos*, de membrillos, *de peras forniadas*, de almendras, de nueces...; *rastras de cascabelicos*, *colgallos d'ugas*, *piazos de mostillo cortau y enfarinau*; *berzas bien pencudas*, *calabazas de rabiqued*; *billotas dulces*, *glans pa os bajés y pa os tocinos...* Si llueve todo *o monte ye una bendición de Dios*; pero si no llueve, *si os tocinos salen con bichiello (triquina)*, *si corre icha clima que fa estar malos con calentura asabelos días*, *si as oliveras tienen a negra y en o trigo sale mucho muergo*, *si se corre a muestra y as ugas anieblan*, *si as judías empiezan con a roya y os güeis con torçons...* *ya nos cale fer robativas y sacar al Santísimo.*

Las rogativas, el Santísimo, la Virgen de Dulcis, las letanías... Pero esto ya no son unidades para pesar, medir y contar, ni son *redolez, ambolletas y torres*, arabescos y filigranas mudéjares, movedizas y fugaces que la naturaleza goza enviando a estas tierras, cuando llueve, para deleite, esperanza y vida de estas buenas gentes.

A D. IGNACIO BUERA*

Apreciable Inacied: m'han dicho en casa Gramisel qu'ha veniu n'os papels que te van a fer un «menaje», u como se diga, y que te van a dar una medalleta. M'alegro, tu toma siempre o que te den y sospira por o que queda.

Yo no sabeba qu'era icho de «menaje» y me'n he iu a ver al maestro que sabe asabelo, pa que me lo esplicase; y he teniu qu'ir a engalzá-lo ta cerca de Ramillar porque cuando sale d'a escuela se'n va con os críos a coger tremoncillo y a buscar cucos y pampanos pa estudiá-los. Nusotros ¿t'a-cuerdas? Nos n'íbamos a coger niedos de picapuercos y nos feban estudiar n'unos libros d'imprenta.

Ya m'ha dicho o siñor maestro que te llevarán a comer ta bel hotel u ta bella fonda; pue que tos den carne de buco u de choto, y tos apreten a frente con bel jarro d'iche vino que fan ahora con hordio n'as zuidades y que todo ye espuma y amargor. Tamién m'ha dicho que, cuando acabez de comer y vayaz a tomar iche café de mentiretas qu'ahora dan, algún siñor muy serio tocará un vaso con una cuchareta, callarán todos y t'empezará a icir cosas que t'ablandarán o corazón y que te ferán plorar; mía, nino: si t'icen bella cosa mala puncha-les con a forqueta, con o tenedor, pa que m'entiendas. ¿Pa que no veniz a comer ta Güera güen crabito con ajaceite, güenas magras, güenos crespillos y güen vino de flor recién espirallau? Ya t'acordarás de que tamién en Balbastro,

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 28/04/1946.

en casa Juan Sudas u en a posada de l'Aguedeta, nos fartabamos de comer bien por seis riales; y te lo digo por si determinaz de veniz-os-ne por aquí. O vino de «prensa» ya sabes qu'aquí solo se lo beben os jornaleros y os boyateros.

Tamién m'han dicho que vas a fer bodas d'oro. A yo me paez qu'a tu edá no estás ya pa ichos trotes, aunque te cases con una vieja que tenga güen gato lleno d'onzas. Ya sabes qu'os que se casan de viejos, si quien cumplir se mueren deseguida.

¡Ya sería gusto si tu hermano viniese del otro mundo y te se presentase cuando estez comiendo...! ¿T'acuerdas cómo iban todos os mozos de Güera y de Alquezra a cazar tordas, a brendar y a barafundiar con él cuando venibaz os dos por estos dos pueblos nuestros? D'as pochás d'os pantalons sacaba una zarpada de billetes de bando y les ne daba por cosa. Ya deciban todos os d'a redolada que como Marianed no n'ha habiu tan rumboso y tan campechano.

Ya me dirás qué ye icho d'a medalla d'o trebajo qu'aquí todos en llevamos de medallas trebajando, porque os brocals d'as botas no cierran bien y se'n va o vino t'a camisa, y a nusotros nos paez qu'a medalla que te van a dar a tu no será d'ichas...

Güeno, Inacied. A ver si t'animas a venir ta Alquezra y ta Güera pa sanmiguelada, cuando ya estén bien maduras as garnachas y as figas. Iremos a cazar langartos, y pajaricos de pingued con alaigas y cucos de forno. Ya prepararé yo pa'l verano as verguetas en o pod.

Y que t'animas, que d'os que comen alguno n'escapa; y nos mandarás os papels y pedioricos que te pongan o retrato pa ve-te si plantas tieso.

Tu amigo que lo es,

P. ARNAL CAVERO.

FALAGUERA, BORINA Y FOLLA*

En la montaña, en el Somontano y en algunos pueblos de la tierra baja se conservan todavía algunas costumbres netamente aragonesas; solo algunas; desaparecen muchas, bien lastimosamente. Por allí, por nuestra tierra, no saben las gentes qué significa la palabra «folklore» ni se explicarían por qué se recurre al inglés para hablar de tradiciones, leyendas, fiestas, maneras y cosas propias de la tierra. Claro es que tampoco tú, lector en estima, si no eres de aquellos andurriales tampoco sabes qué es eso de *falaguera*, de *borina* y de *folla*, pero bien pronto vas a saberlo.

La *sanmiguelada* es el tiempo comprendido entre san Mateo y el Pilar, tiene estos jalones: *san Mateo, torda veo; san Cosme y san Damián debajo de peña están; san Miguel, sanmiguelada; os criaus ta otra posada; la Virgen del Rosario pon o membrillo en l'armario; san Gil, nueces a sacudir; pa'l Pilar si ha lloviu, pon-te a sembrar...*

En estos días suaves, claros, tranquilos de fines de verano y comienzos de otoño no hay prisas en los campos; se terminaron las trillas, no hay que regar tan frecuentemente, se quemaron *os fornigueros, se sembrón os napos...*; *ni as judías encorren, ni as patatas afogan, ni as güebras se'n pasan*. Pero el verano ha sido duro, fuerte, largo... y el trabajo ha dejado a los hombres con ganas de un respiro, de un día de descanso, de un baño largo, de una juerga con

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 12/10/1946.

lifara, de unas horas de *borina*; y el primer día de *falaguera* se organiza la fiesta bulliciosa, pagana sin escándalo, y campestre, o fluvial, según *caigan as pesas*...

Es día de *falaguera*, cuando se hace calma, calor, bochorno, brisa, sol, *serenera* y *cillo* por abajo. La gente joven, mozos y casados, se reparten en dos grupos; unos van a pescar con *tresmallo*, *manga* o *barriadera*, y otros van a cazar perdicés y conejos. Unos y otros marchan ya *a punta sol*. Queda un tercer grupo todavía en el pueblo: los viejos, los comodones, los señoritos... los que han de ir con *os bajés* (caballerías) para llevar los comestibles y bebestibles y para hacer la comilona. La caza y la pesca serán para cenar, en el pueblo, para fin de fiesta y para combustible de la *borina*, es decir, de la juerga: comer, beber, cantar, *barafundiar*, *patantoniar*, rondar y *bromiar*. Los cazadores y los pescadores llegarán a la hora convenida, a las dos, a las tres de la tarde (reloj de Dios), al sitio que determinaron, donde haya *buena mosquera* (buena sombra), y agua fresca para enfriar el vino, y leña seca...: tal *noguera*, un molino, la chopera de Campanachal, la cueva de Chuandana, la *artica* de Frechín, la *caseta* de Fulano... ¡Y qué paellas, qué guisados, qué asados, qué *pucheradas de tordas*, qué cazuelas de pollos, qué pan, qué clarete, qué *malacatón* con vino, qué tortas, qué café, qué licores, qué cigarros, qué guitarrero, qué canturreo y qué buen humor! Y fuego limpio tiro a los *codalgos*, a un sombrero viejo, a una boina mugrienta, a una piedra tirada al aire. Y un reproche, y una burla al cazador que ha estado torpón con su escopeta; y un reponso al que ha dejado *sumarrar* el arroz; y una risotada al que le echan un chorro de vino por la camisa; y un insulto al primero que se deja de comer (*o que no come dimpués de farto no trebaja dimpués de cansau*), y una servilleta y un plato solo para el invitado forastero, para el señorito de la ciudad, para el cura...

Los pescadores han dejado sus camisas y calzoncillos a secar, y los cazadores, sudorosos y jadeantes, se quitan la ropa interna y se zambullen en una *gorga*. Los viejos, los cocineros, los respetables, los señoritos... contemplan y envidian, piensan y añoran. Estos viejos, estos respetables, este Senado y este Sanedrín, esta «mesa de edad»... son, la mayor parte, los que siempre llevan en el bolsillo el auxilio de una *folla*. Una *folla* es la lámina de acero de una navaja; una navaja pequeña, fea, sin muelles ni punta peligrosa, vieja, semioxidada; es el despectivo de una navaja; es, en fin, una pequeña navaja que solo sirve para cortar cosas blandas, delgadas, comestibles. Ser viejo de *folla en pochá* quiere decir ser un hombre de edad, que no tiene dentadura, que emplea constantemente su navajeta para poder comer; ellos mismos dicen que llevan siempre *a boca en a pochá*. *Si llevas en a pochá os dientes di-les adiós a os parientes*.

Cuando ya s'abaje o sol, o cuando ya se faiga de noche montarán en sus machos o en sus borricos los de folla en pochá, irán directamente a su casa, cenarán un plated de sopas, y a la cama a dormir, a pensar, a cuidarse del reuma, del bronquio chillón o de las agruras del estómago relleno. Los demás, la gente de bronce, los que quieren mocear a pesar de su madurez y los que no se avienen a envejecer irán a cenar, pero bien tarde a una casa fuerte del pueblo; comerán la caza, la pesca y todo complemento que se les antoje del gallinero, del aprisco o de la despensa; beberán de lo añejo hasta forzar las leyes de impenetrabilidad bailarán con bel palo d'escoba vestiú de mujer, y a borina durará hasta qu'os gallos señalen que va a venir el alba.

Y... «*que Dios nos dé güena salud pa juntá-nos otra vez l'año que viene...*» dirán estos buenos amigos del

Somontano que se permiten la expansión de una *borina*, en la *sanmiguelada*, aprovechando un día de *falaguera* que invita a zambullirse en el río a mozos y jóvenes, a seguir a las perdices a jóvenes y a mozos, y a pasar unas horas en a riera, o en o molino u en bella cueva a estos veteranos del campo que jamás se sentaron en un sillón de dentista y que siempre llevan *n'a pocha una folleta pa poder comer menos mal*.

Hemos dicho que solo para el invitado forastero, para el señorito de la ciudad y para el cura había servilleta, vaso y plato. Es que todos los demás comían a rancho y bebían de la bota, grande y *pansuda*, y sin hacer puente. Nosotros hemos sido parte de las tres secciones: pescador, de estudiante; cazador, después, invitado de la ciudad, y cazador o pescador, además, algunas veces. Pero queremos repetir que se hacía distinción especial y honor señalado al cura del pueblo, o a los curas del pueblo de la villa que rara vez faltaban a la reunión del río o del monte. A la *borina* nocturna ya no asistían; la caza, la pesca, la charla, la libertad de dicción y de acción eran plato muy fuerte y picante guiso para ellos y discretamente, razonablemente hacían siempre y hacían bien en suprimir la coacción de su presencia.

Aquellos curas no faltaban a la comilona anual de la *sanmiguelada* organizada por los respetables en edad, dignidad y cargo, por cazadores y por pescadores del pueblo, de los pueblos, tal vez, y más de una ocasión hubo en que algún joven beneficiado, buen tirador o pescador inteligente, era el jefe de tierra o el mandón en el agua. Y... ¡cómo queríamos, cómo respetábamos, cómo obedecíamos todos los del pueblo a los curas aquellos que eran nuestros mejores amigos! No había mozo, entonces, que

se quedase en la plaza ni que se escondiese en un portal para no ir a cantar el rosario por las calles. Desde aquel tiempo siempre hemos creído que jugar a la pelota, tirar a la barra, cazar y pescar con los mozos del *lugar* son perfectamente compatibles con la teología, con la filosofía y con la moral; que tan precisas son unas cosas como otras, y que solo un fino hilo de estambre es capaz de conducir por buen camino a toda una mocedad, por rebelde que parezca, si se sabe tener talento, perseverancia y gracia; mano izquierda, dicen otros.

Estas fiestas campestres de la *sanmiguelada*, en el Somontano, tenían radio grande alguna vez porque eran los mozos, solo los mozos, de dos, tres, o más pueblos próximos los que se citaban en un lugar estratégico y conveniente para la gran comida fraterna. Por la mañana, tras las perdices y los conejos, los barbos y las *madrillas*; la tarde y la noche eran marco de ruidosa *borina*, intercambio de afectos, de promesas y de obsequios; los disparos, y las guitarras destempladas, y las canciones sin ritmo ni consonancia avisaban, en cada *lugar*, la vuelta de los alegres.

Pero... ¡y otro «pero» lastimoso! Ahora no se juntan los mozos de varios pueblos para cazar y pasar el día amigablemente, en *borina* en aquellas *rieras*, barrancos, arboledas o molinos. En cada mozo, en cada casado, en cada viejo y en cada joven hay un lacero, un cepero o un huronero, y todos, pero separados, van a la busca y captura de un par de conejos para venderlos por cinco o seis duros, y los días de *falaguera* van tras las perdices para cobrar muchas pesetas por cada pareja; ni hay veda que valga ni hay leyes que se guarden; lo que hay es, de pueblo a pueblo, rencores, amenazas, denuncias y rozamientos, porque unos y otros invaden ajenas jurisdicciones y montes extra-

ños para cazar, porque no se respetan viñas ni almendrales, porque las huertas y los cerrados reciben demasiadas visitas de indeseables con saco al hombro.

Pero... y último «pero». Estamos en fiestas, queden para otros días lamentaciones y tristezas. Hoy, lector, guarda en tu imaginación la estampa de lo que es y de lo que era, para la *sanmiguelada*, en nuestro Somontano, una comida en el campo entre gentes de rompe y rasga, cazadores, pescadores, señoritos de ciudad, honorables del pueblo, viejos y jóvenes; y solo para hombres.

¡Cómo guisamos los hombres en el campo, sin mujeres que se nos rían!

AS GUICHAS D'O SASTRE*

Iñor Gregorio, el sastre de villa y aldeas, porque en aquellos pueblos solo él cortaba y cosía envolturas y sacos para hombres, era gran comedor, bebedor resistente y aguantable y un ejemplo viviente de estómago a prueba de bombas. En su juventud había hecho alarde de su *ferramienta*, de su dentadura, rompiendo vasos de vidrio y platos de loza con los dientes.

Iñor Gregorio iba de casa en casa y de pueblo en pueblo a coser, de jornal; cada traje completo le costaba tres días; cobraba sus buenas doce pesetas, si las tres prendas eran para hombre, por toda la obra; si el traje era para un chico se consideraba bien pagado con diez o con ocho pesetas, según el desarrollo del paciente, pero, además de cobrar esos treinta, cuarenta o cincuenta reales, comía y almorzaba en la casa donde trabajaba. Todavía nos parece verlo por los caminos o por las calles llevando bajo el brazo su máquina de coser que movía con manubrio adosado al volante; y todavía nos duelen muslos y vientre por las costuras pétreas, en crestería de cordillera brava, que quedaron en unos pantalones de pana que me hizo en los felices años de chico travieso, cuando cada mes rompíamos un traje... de dos duros subiendo y bajando por los árboles a comer frutas, o a coger nidos. Después aprendi-

* Publicado en *Aragón*, noviembre-diciembre de 1946, número 201, p. 96.

mos, porque la pedagogía nos lo decía, que solo los niños que son perfectos ineducados y chicos salvajes, en el buen sentido de la palabra, en la edad de niños, son: los que suelen ser hombres completos cuando llegan a edad de hombres; pero, y no hay que decirlo muy fuerte para que nos crean, de hombres y de chicos somos muchos los pluscuamimperfectos; y volvamos al sastre, que nos espera.

Iñor Gregorio, o sastre de Alquezra, fue un día a un pueblo vecino, y visitó cuatro o cinco casas para quedar conformes en la fecha en que había de volver para trabajar en su importante obra misericordiosa y espectacular de vestir gentes con prosopeya. Y en las cinco casas almorzó; en una, un huevo frito, en otra, una tortilla; en otra, un huevo y una *chulla de magro*; en otra, dos huevos. Y no había almorzado. Así lo aseguró formalmente, seriamente, al llegar a casa de Carruesco cuando y a ponían la mezcla (el cocido) para comer, a las once de la mañana, y la mujer, que sabía bien la obligación de dueña de rumbo y la devoción del sastre glotón, le hizo dos huevos fritos y una buena *chulla de magro* (cortada gruesa y grande de jamón); y entonces, y dando gracias a Dios, dijo el sastre que ya había almorzado, al fin, pues en las otras casas solo le habían dado un trago en algunas, y desayuno en otras: es que en mi tierra el almuerzo del sastre es la *chulla* y el par de huevos; aunque tome en diez casas un huevo frito y una *chulla* en cada una el sastre comilón, dirá que no ha almorzado. El almuerzo no consiente, por propia estimación, rebaja alguna de los dos huevos fritos aprisionando una buena suela de tocino *magro*. Y si vas a mi Somontano, lector en estima, di que eres sastre para que te den un señor almuerzo. Pero vamos a las guijas, a las almortas que llaman los que hablan fino, a las *guichas* de los campos de mi pueblo.

Iñor Gregorio fue a coser a una casa dos trajes de *patén pa os dos moços que teneban qu'ir t'a fiesta de Colungo*. Por la mañana, al empezar el trabajo, una *tajadeta* de torta y una *copa d'anís pa desayunar*; después el consabido almuerzo de *sastre, bel par* de huevos *con güena chulla*; trago a las diez, como los jornaleros del campo, y, al mediodía, a comer. Entre otras cosas de mayor cuantía el artista del cosido y del cortado comió, tragó, un plato de guijas, crudas por su calidad o por no haber cocido bien; además ya no podía masticar bien porque los abusos de su juventud le habían abierto grandes portillos, *en a ferramienta d'a boca*. Más tarde merendó y, a su hora, cenó *con todos os hombres que ya habían veniu d'o monte*.

Y, cosa rara en él, no había hecho bien la digestión de la comida; toda la tarde *le corrión as tripas asabelo y no le pasaba bien o clarete*. Después de cenar *aumentón as rayadas n'a tripa y as agruras en o'stomago*. Y el buen hombre, antes de ir a dormir *se'n fue a bajá-se os pantalons a descomer*, a desproveerse, a exonerar su vientre voluminoso y dolorido; y la operación, la función y el acto tuvo lugar en una plazoleta frente de la casa, sin más luz que la de unas estrellas, escondidas entre nubes; allí quedaron las cosas tragadas y no digeridas en montón informe, no visible por la oscura *escureldá* pero sí olible por el cuánto, el qué y el cómo del acervo... depositado.

¡Qué satisfecho, qué en paz, qué descansado quedó el *sastre* después de su descargo! Como un bendito durmió toda la noche. Y horas y horas estuvo lloviendo copiosamente para mayor euforia.

Al siguiente día, una mañana limpia y clara, un cielo azul y un sol naciente de luz deslumbrante empujaron a la dueña de la casa a abrir pronto ventanas y puertas. Desde

el balcón vio en la plazoleta algo blanco, limpio, amontonadito y casi ordenado, y bajó a recogerlo si era cosa de provecho, como buena montañesa, *recojona de todo o que vey...* Y era una *zarpadeta de guichas*, blancas, enteras, limpias, gordas, tiernas y frescas. La lluvia de la noche las había aislado, lavado y purificado; la lluvia disolvió, separó y arrastró toda impura impureza, si es que hubo en el vehículo, como ocurre en la farmacopea, y quedaron las guijas, las almortas, *as guichas*, en el mismo sitio en que las plantó la noche anterior una función fisiológica... de actos incompletos.

También comió *guichas* el sastre aquel nuevo día. ¡Y qué tiernas, y qué cocidas y qué... sabrosas estaban! ¡Cuánto mejor guisadas y comestibles estas que las del primer día! Indudablemente las habían enternecido, arreglado y aromatizado la saliva, y el jugo gástrico, y la bilis, y el pancreático, y el intestinal, y el de las glándulas de Liberqung, y la lluvia copiosa y el relente de la mañana, y el ensayo de digestión del día anterior...

Por la noche, después de la lluvia y del hallazgo, la dueña de la casa estaba contenta y habladora. Oigámosla:

—Ñor Gregorio, ¿l'han gustau hoy as guichas? Hoy sí que m'han saliu bien cocidetas y, amás, bien baratas: me las healcontrau en un montoned en a placeta esta mañaneta; no las he tenuu que lavar porque ya estaban limpias; se conoce que anoche se le cayón a alguna vecina que llevaría bel agujero n'a pocha o bella cesta con o culo roto...

Ñor Gregorio no le dio importancia a la confesión de la mujer. Siempre había dicho que *teneba estomago de butre* y dientes de lobo... Y *teneba*, también, ¡qué buenas tragaderas!

AS FOGUERAS DE SAN FABIÁN*

Llega el verano con su cortejo de fiestas y expansiones populares, y me dicen que hable, mejor, que escriba, de las hogueras de san Juan, en esta revista, orgullo, honra y fama de nuestra región aragonesa; pero es el caso que en mi tierra no hacemos hogueras cuando ya estamos en plena siega y el sol abrasa la tierra y quema las espaldas; en mi pueblo, en mi villa, bien famosa y bien antigua, se nacen, se encienden las hogueras, las grandes fogatas, en pleno invierno, para san Fabián, cuando las heladas, la nieve y el viento glacial tienen ateridas, *enchervedidas* las manos de los labradores y cuando todos buscamos un rincón *d'a cadiera, n'a cocina, con güena troncada u con bella charada d'aliagas bien copudas*. Y vamos a decir cosas de las hogueras de mi Somontano, para San Fabián, en enero; pero también queremos recordar ideas de las hogueras de san Juan para que nuestros lectores amigos no vayan a creer que no sabemos nada de historia, ni de geografía ni de religiones, y de cultos, y que somos unos... incultos.

Hubo un pueblo, hace más de 25 siglos, esencialmente religioso, pero supersticioso como todos los orientales, y que vivía unido a sus tradiciones como la almeja a su concha, como la noche al día, como el dolor a la vida; un pueblo que tuvo en un principio idea de un Dios único,

* Publicado en *Aragón*, abril-mayo de 1947, número 203, pp. 30-31.

pero que cayó pronto en un grosero politeísmo del cual tan donosamente se burlaba Juvenal. Este pueblo es Egipto, nombre que conserva todavía, como conserva sus instituciones, su sabeísmo, su fetichismo, a través de los siglos. Aquel Dios que concibieron en un principio, aquel solo poder lo fraccionaron indefinidamente instituyendo como una serie de reinos de taifas, como una jerarquía feudal de dioses que se llamaron Amón en Tebas, Ra en Heliópolis, Phtah en Menfis con sus mesnadas de alodios representados por Horus, Tifón Apis... y animales inmundos, endiosados por la imaginación oriental.

En Egipto todo era dios menos Dios hasta que se operó un sincretismo religioso fundiéndose las divinidades particulares en Osiris, dios de los Abydos, de los Incas y de algunos pueblos más de la antigüedad. Osiris, pues, concretó, fusionó aquella multitud de dioses que «hasta en los huertos nacían»; y es lógico que aquellas gentes, no iluminadas por la revelación divina, eligieran por un dios al sol, porque lo consideraban como el genio benéfico que les proporcionaba luz, calor y vida. Desde entonces las principales fiestas consagradas a Osiris se celebraban en los comienzos del solsticio de verano; y este culto naturalista tributado por todos los pueblos de la antigüedad, no solo por los egipcios, se ha conservado hasta nuestros días, y por eso es costumbre, encender hogueras o hacer candeladas durante la noche del 23 de junio, como lejano recuerdo del culto rendido al astro del día cuando llega aparentemente al trópico de Cáncer, cuando, para nosotros, es el día más largo de luz solar del año.

En mi tierra, en mi antigua y nombrada villa del Somontano no se encienden fogatas para San Juan. En Alquézar –Alcázar, Altemir, Albajar, Almazor... todo

huele a puro árabe— se encienden grandes hogueras el día de san Fabián y de san Sebastián, el 20 de enero, cuando las heladas, cuando los vientos glaciales y cuando las nieves hacen que las gentes se arrimen al fuego, llenen las cocinas patriarcales, rodeen las fogatas *pa que no se'n vayan y con güena boteta de garnacha u de clarete, güena flamada n'as fogueras y güena patatada n'o calivo*. Pero mejor será, lector en estima, que tú mismo veas qué pasa el día de san Fabián en mi pueblo. ¿Quieres venir conmigo? Yo te acompaño a gusto y, además, te ofrezco allí una humilde casita.

Ya hemos llegado al pueblo. Son las siete, las ocho, o las nueve de la noche del día 19 de enero, víspera de san Fabián. Buena cena. A dormir pronto; a descansar de las fatigas del viaje. Encontraremos la cama muy caliente, pues allí, para compensar el frío de las habitaciones, ponen la *tombilla y paez qu'entras en l'horno*. A las cuatro o las cinco de la mañana te despertarán algunas detonaciones imponentes, pero no te asustes; serán unos trabucazos en la plaza mayor, hechos a bocajarro de un montón de leña rociada con media lata de petróleo: es que los mozos han encendido así, para ahorrar cerillas, la gran hoguera que no se acabará hasta la media noche venidera, pues se amontonan enormes troncos de una *olivera* entera y secular, o una gran *noguera*, o todo un *cachigo*. Seguramente que los mozos han entrado bien en el código para reunir allí, durante la noche, la gran *troncada*, pero bastante trabajo les ha costado y, además, todo lo hacen en honor del santo. De todos modos, en el olivar, en el campo, en aquel *pacino*, en aquel *cachigar* o *carrascal* han quedado más y más *arbolazos... pa otro año, si a mano viene*.

Hemos almorzado *chinflaina con chireta* y vamos a misa mayor, que hace ratos que están *bandiando as campanas grandes*. Pasaremos por la plaza y veremos cómo la gente se detiene alrededor de la hoguera comentando y haciendo suposiciones sobre el origen y el amo de tanto combustible en llamas. Alguna puya, alguna indirecta, alguna alusión, cuchicheo y *riseta* descubren la víctima de aquel año. Allí están... ¡allí estaban! los *amos* de casa Pardina, de casa Fantoba, de casa Laplana, de casa Ayerbe, de casa del Médico, de casa Sancho... Algún *charrico* decía: *Iñor Antonio, iñor Ramón, iñor Gregorio, caliente-se bien que pue que tenga usted más drecho que ninguno d'a villa en esta foguera... Y allí mismo, bien cerqueta d'a brasada, en a tabla de Frechín, cuelgan... ¡colgaban! güenos «escapularios» con a riñonada tapada por o sebo (corderos, crabitos, algún carnero u bel choto como un güey de grande)*. Pasaremos por varias calles para que los forasteros conozcan toda la villa; en todas veremos su correspondiente hoguera, y advertiremos que se han encendido en las *replacetas*, en los sitios en que la calle quiere ser una *miajeta* más ancha. Pero sigamos, que la cuesta para llegar a la colegiata es dura y larga, y, además, *as campanas ya han tocau medio...* Las hogueras de las calles, las hogueras satélites están encendidas de sol a sol. Al anochecer, la casa de turno de cada calle recogerá la *brasada* para hacer la *lifara*, la merienda cena, costumbre y rito.

Antes de la misa mayor había procesión. No importa que no hayan dormido los mozos en toda la noche, azacanados, en un alarde de fuerza y esfuerzos, en cortar con hachas y tronzadores el árbol corpulento y en arrastrarlo en grandes trozos, hasta el centro de la plaza donde yacen abrazados y abrasados; no importa que no hayan dormido esos mozos de puro acero; subirán a la iglesia mayor y llevarán y escoltarán a *peaina* con san Fabián y san Sebastián.

Cuando la procesión pase por cada calle, los vecinos irán sumándose a las largas filas de hombres, pero antes avivarán el fuego de su hoguera echando en ella cuanto pueda arder rápido y espectacular, hasta el punto de que en alguna calle las grandes llamas irreverentes impiden el paso de andas, banderas y santos. Y estas buenas gentes, medio montañeras medio somontanesas, no saben nada, ni lo necesitan saber, de Osiris, ni de las fiestas de los egipcios en el solsticio de verano, ni del paso aparente del Sol por el trópico de Cáncer, pero no se extingue en ellas la devoción, la fe, la religiosidad y culto a sus santos predilectos, patronos y amigos.

Por la tarde habrá vísperas. Algunos corrillos de hombres se jugarán *a la chica*, al *truque* o al guiñote *bel jarro* de vino en algún *solanero*, en alguna galería orientada al sur, *en o recholau u en bella cocina*. No faltará la partida de ilustrado, de *julepe* o de *manilla* en alguna casa buena, entre los selectos, en una mesa con buen brasero en los pies y un tapabocas grande, como manta de viaje, para tapete y mullido de las cartas, mugrientas tal vez: hay que hacer tiempo hasta la hora de cenar.

¡Qué brendas, qué lifaras en todas las calles de la villa el día de san Fabián! La reunión tiene lugar en alguna casa buena y grande de cada calle. Es el único día del año en que también las mujeres de cada calle cenan, cantan, beben, bailan, rajan y *barafundean* con los hombres y casi como los hombres. Los más viejos *no salen d'o rincón d'as cocinas, y en as mesas d'as cadieras se comen su plated de sopas, una verdureta, bella pizqueta, una miajeta de turrón y un vased de vino; y t'a cama deseguida, antes qu'a gente joven empiece a fer o loco, porque a borina ya ha empezau desde que comenzó a brenda...*

La carne guisada, la carne entre dos fuegos, la carne asada, la carne mechada... y el *vino de flor*, y el clarete, y el *poncho*, y los licores, y la torta, y el turrón... fuerzan en los estómagos las leyes de impenetrabilidad y en los cerebros ponen nubes y trastornos. De cuando en cuando saldrán los hombres a las galerías o a los balcones y gritarán con toda la fuerza de sus pulmones esta consigna: ¡Viva san Fabián y san Sebastián...n!, grito que repetirán, a cual más ardoroso, sentido y fuerte, los de otras calles, y también, en eco imponente de media noche en silencio, las piedras, las barranqueras, las montañas que rodean al pueblo. Y la gente sencilla y buena de los lugares vecinos escucharán con unción la llamada y rezarán, con fe y esperanza, a los santos protectores de aquellos rincones escondidos en los repliegues de las estribaciones pirenaicas... Pero con honda pena tenemos que recordar el «parecer» de Jorge Manrique:

«Cualquier tiempo pasado fue mejor...»

O PORRÓN D'ÑA BENITETA*

*En a branquillera d'o portal de Laplana, en a plaza d'aentro d'Alquezra, dimpués de cenar, se reunían unos cuantos mozos casi todas las noches, para el estío: los sábados y vísperas de fiestas era mayor y más segura la reunión, con o sin guitarras. Nosotros, los dos o tres estudiantes de la villa, mezcla de mozos y señoritos, también íbamos alguna vez, en vacaciones de verano, sobre todo si habíamos de hablar de la cacería o de la *pescata* organizada para el día siguiente. Pero aquella noche, víspera de san Hipólito, no teníamos que preparar escopetas ni morrales, *tresmallos ni barriaderas*, ni al monte ni al río pensábamos ir; *as palladas, as güertas, os fornigueros, a procesión* y a medio día fiesta del día venidero eran antes que *a siera* y *que os conejos de Arpán u as perdices de Barricolla*.*

Recordamos el hecho como si hubiera sucedido ayer, el «ayer» lindante al «hoy» presente, no ese «ayer» de hace treinta, cuarenta o más años, que ayer es todo lo ido, pasados los minutos, los días, los años o los siglos. En el banco del portal de casa Laplana, sentados sobre las *losas* pulimentadas por tantas *posaderas* y por tantas generaciones, estaban aquella noche, tomando el fresco, Burrel, Fumanal, Sesé, Gregoried de Martinjuán, Mata, Salvador, Domingo... Y nosotros también llegamos empujados por la mala luz para leer en casa, y por la aversión a cafés y a cochitriles y, también, por afecto,

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 7/12/1947.

por camaradería, por amistad con todos los mozos, muchos de los cuales habían sido compañeros de escuela, y más listos y más aplicados que nosotros, algunos. Siempre tuvimos delante, en la primera sección, a Villacampa, a Naval, a López, a Buil... Formábamos el grupo de segundones con Luis Cuello, con Fermín Santamaría, con Manuel Carruesco, con Alfaro, con Abizanda...

Aquella noche recordábamos los mozos y los estudiantes la época de nuestra niñez, cuando la fiesta de la villa era en pleno agosto, para san Hipólito. El «despertar» con música de gaita, ¡qué bien la tocaba el señor Pepe de Frechín! y muchas voces en polifonía concerada pero en oportunidad dudosa:

San Hipólito mártir,
mártir glorioso,
que sufrió en el martirio
firme y gozoso...

Hoy es día
en que las tres Marías
bajan al sepulcro
a ver el Señor,
luego al Ángel
les habla y les dice
que ha resucitado
el hijo de Dios...

San Hipólito mártir
en este día
bendice a sus devotos
con alegría...

Las *albadas*, la procesión con san Hipólito, cargado de las primeras uvas *everadas*; la carrera de chicos; la misa de capilla;

la ronda con *servilla* y *mairalesas*; los trabucazos desde la *plana* de la iglesia; la recogida de ramilletes y de tortas blanqueadas; los partidos de pelota; los juegos *a manilla*, *a julepe*, al *arrastrau* y *a la chica*... ¡Con qué religiosidad, bondad y virtud sin trampa! Pero un buen año se juntaron en la Casa de la Villa el cura mayor, el alcalde y concejales, el maestro, algunos contribuyentes de influencia y los mozos viejos, y acordaron trasladar la fiesta mayor de la villa al día 8 de noviembre, san Nicóstrato, patrón de la localidad, santo milagroso al que Alquézar debía tantos favores, prodigios y gentilezas. Y el traslado se hizo sin discusión ni protesta alguna por varias razones: mejor tiempo para venir forasteros, menos ocupaciones urgentes en el campo y en la huerta, mejor tiempo para conservar la carne de las reses que se matan en cada casa; *vino de flor* recién encubado; tiempo fresco para bailar, para jugar a la pelota, para tirar a la barra, para correr y, sobre todo, porque no se tenía que comer abadejo ni sardinas en el segundo día de la fiesta. Es que los forasteros, chungones e irónicos, se reían y se burlaban de nosotros diciendo que la fiesta de san Hipólito era fiesta de campanas con abadejo. Se referían a que el segundo día de la Virgen de agosto, la Asunción de María a los Cielos, no se podía comer carne y había que obsequiar a los huéspedes con abadejo, con sardinas *u con peches d'o río*.

De estas cosas hablábamos, estos recuerdos traímos a colación los mozos y los estudiantes, también mozos por edad, pero sin callos en las manos, ni ceñidor, ni pistola del quince, ni cuchillo *crabitero*. Y como tanto se habló de abadejo y de sardinas alguien dijo: *¡Qué bien cairía ahora un trago güeno de vino fresco!* Y añadió Burrel: *Así, n'as escaleras d'o patio, tenez o jarro; si en querez, empujaz a puerta pero ye vinada y está como un pichau...* A nadie satisfizo el ofrecimiento: pero Fumanal, o José de Román, que era un demonio para las ocurrencias, dijo: *Miá que porrón tan lleno tiene Beniteta n'o balcón; zamos a bebé-nos-lo*

y a juar a tinaled cuando no quede ni una gota de clarete? Y, sin discusión, se aceptó la propuesta. Nos beberíamos el clarete que llenaba un porrón puesto a refrescar, en uno de los dos balcones de Beniteta, pero no romperíamos el recipiente ni nos tragaríamos los vidrios rotos; como los gatos con el asador del cuento, era un caso de conciencia.

Sopena y Beniteta tenían su casa en la *plaza d'aentro*, en la del interior de la villa, la plaza empedrada con *ruellos de glera*, la plaza que fue zoco árabe hace siglos, rodeada de portales, hoy plaza de don Rafael Ayerbe, el cura de los almen-dros, mi maestro de latín. Sopena y Beniteta eran alpargate-ros; no tenían hijos, habían estado en Barcelona años y años, en su juventud y de allí trajeron un sobrino, para ahijarlo, pero Salvador no *aturó* allí y volvió a su Cataluña cuando ya era un chicarrón. Sopena era recio, socarrón, serio, fuerte, ingenioso y con unos bigotazos de carabinero que siempre acariciaba. Beniteta, su mujer, tenía gran viveza y actividad, era limpia, delgada, nerviosa, dicharachera, optimista... Los dos trabajaban en el portal, en el cubierto de su casa, haciendo alpargatas *a lo miñón*, valencianas, negras cerradas, pero todas de buen *cañimo* de Borja. Se trataban a cuerpo de rey, Frechín les vendía la mejor carne, y Pardina les propor-cionaba el mejor *morapio* (vino) que tenían en su bodega. Tenían *buen gato*, es decir, «perras»; dineros para que todos lo entien-dan. Para el verano siempre había desocupados viéndoles trabajar y hablando con ellos; nosotros, los estudiantes, pasábamos horas y horas en aquel portal de tan buena som-bra fresca, paso obligado de mucha gente; frente a la casa de Sopena y Beniteta había un comercio y en él había y vivía una guapa chica; seguramente que ella era la razón de nues-tra permanencia en el portal de Sopena mañana y tarde.

Volvamos al porrón. Los balcones de casa de Sopena estaban bajos; con una escalera de doce *escalerons* sobraba escalera para subir al balcón y coger el vino emporronado. Y

escaleras, en una localidad de tantos olivares y de frecuentes *olivadas*, entonces había a docenas en cualquier portal o cubierto, sueltas o atadas, en los techos o adosadas en las paredes, descansando sobre maderos cruzados o echadas sobre estacas fuertes clavadas en los muros. *Bien cerca d'a plaza*, decía Gregoried, *tenez escaleras sueltas, aunque las queraꝝ de más de veinte escalerons: en o callizo de Cascaro, en o cubierto d'a place-ta de Toñed y en o pasador de Sarrato las tenez...* Y vino la escale-ra, y se subió al balcón; y se bajó el porrón; y bebimos el vino, tan ricamente; y el porrón volvió al sitio en que estaba, ileso pero *sin gota*; y la escalera se colocó de nuevo en su depósito y guarda, y, bien pasada media noche nos fuimos a dormir, bien tranquilos de no haber hecho ninguna fechoría, ni *trapi-tiesta*. Ya hacía dos horas que era san Hipólito, cuando vinie-se el alba saldrían a cantar *as albadas*, antes de entonar las estrofas de «despertar» con gaita y voces potentes:

Desde la Cruz del Coso
hasta la fuente
se le perdió a la niña
cruz y pendiente.

Desde la Cruz del Coso
hasta el Mercado
se le perdió a la niña
lo que ha ganado...

Si me dejas, me verás
como a los malacatones,
qu'en cuanto se cain del árbol
ya los pican os gurriones.

Sopena y Beniteta, como siempre, habían dormido como benditos y, como siempre, madrugaron aquel día en cuya madrugada se había «evaporado» el vino del porrón, pero no el continente, que allí estaba tan ufano pero bien

laso. Y empieza lo cómico, Beniteta, la señora Benita, se levantó antes que su marido y vio el porrón vacío. Se calló y dijo para su capote: *A güena hora se levantará hoy icbe endino, farto de vino como estará toda a noche...* Pero Sopena se levantó en seguida, fue al balcón a sacar el vino antes que llegase el sol para calentarlo y, al ver *sin gota* el porrón pensó: *Esta puñetera s'ha bebiu esta noche casi un jarro de clarete; por astí estará en bel rincón, durmiendo la mona...* Pero Beniteta estaba tan fresca y tan serena haciendo el almuerzo antes de emprender la faena diaria. Y todo eran puyas, y todo eran indirectas, y todo eran reticencias, y todo eran segundas intenciones:

—*Nino, hoy no tendrás muchas ganas d'almorzar; con a tripa llena poco podrás poner más...*

—*Ya charrarás, ya, to'l día, hasta que te se pase a basemia u duermas como un lirón...*

—*Miá como estarás que no t'has sabiu atar as apargatas...*

—*Pa icho tú tiens a lengua bien suelta y os ojos bien turbios; no t'habrás lavau por no tocar l'agua y pa no malmeter o vino clarete qu'has trasegan...*

—*Calla, borracho, aún me ferás creer que t'has levantau esta noche a cerrar o balcón porque se portiaba con l'aire que s'ha moviu d'o puerto...*

Y así pasó toda la mañana. Cada uno pensaba que el otro se había chiflado el porrón de vino; pero, también, cada uno se sorprendía de que el otro trabajase, anduviera, hablase, canturreara, subiera y bajase las escaleras con normalidad, como siempre. Y cada uno sabía que jamás el otro había bebido más que un par de *traguetes* en cada comida, nunca ni medio porrón entre comer y cenar aunque cenasen y comieran mucho y bien. Pero. Pero... el porrón bien lleno quedó cuando fueron a dormir, y bien vacío estaba a la mañana siguiente. La cosa era, pues, des-

concertante pero cada uno de los dos tenía la seguridad plena de que había sido el otro el que hizo pasar entre pecho y espalda *a gargalled* o *a ficamorro* todo el clarete recién traído de la bodega de Antonio y Pardina.

Sopena y Beniteta, viejos ya, pero sanos, fuertes, listos, de buen humor, con perras abundantes y sin preocupaciones familiares, empezaron a pensar formalmente en que lo del porrón, ya después de haberlo tomado en serio y luego en broma y chacota, que lo del vino había sido cosa de brujería, y no de sonambulismo, porque un jarro de vino bueno sin tener muchos algodones (comida) en el estómago, emborracha al más pintado, y ellos se levantaron serenos, claros, frescos y razonados, como siempre. Ya decían, ya, las viejas y los chicos que por el *callizo* de Donel había brujas todas las noches y que en el Bicón, en la Cueva de la Reina, había *incantaus*.

Nosotros, los estudiantes, oímos comentarios de este sucedido, durante unos días, cuando pasábamos las mañanas viendo trabajar de alpargateros y mirando hacia los portales de enfrente para ver a la moza guapa de nuestras quimeras. Nosotros nos sonreíamos y nos mirábamos para decirnos: ¡Qué tontos son y qué agudos somos nosotros! Pero Beniteta, lince y mal pensada, ahora muy bien pensante, sorprendiendo un mohín nuestro muy significativo y unas preguntas indiscretas e inoportunas, tuvo un pronto y exclamó vehemente: *Puñeteros, endemoniaus... ¿a que babéis siu vosotros os que os bebiez o clarete y tos habéis reinu de nusotros?*

Y nosotros ¡cómo habíamos de negar y mentir, si el mentir es cobardía, y si el catecismo dice que no se debe mentir ni para salvar a un hombre de la muerte!

El porrón de vino puesto al fresco en un balcón de Beniteta fue, para los mozos, una agradable bebida; para la gente de la vecindad fue la comidilla de la semana.

RECUERDOS DE TIEMPOS MEJORES*

Aquellas virtudes, aquella moral, aquellas benditas costumbres y aquella convivencia afectiva y sentimental van desapareciendo, bien lastimosamente, hasta de los rincones de mi tierra. La Edad de Oro, a que se refería Cervantes, ha llegado, en muchos pueblos de los valles pirenaicos, hasta hace pocos años. Había muy poco «tuyo» y escaseaba mucho lo «mío». Casi todo era «nuestro». Se cedían, se prestaban, se dejaban las cosas, y no se medían, ni se pesaban ni se contaban minuciosamente, sino «a ojo», a «poco más o menos», a conciencia en la devolución y en el trato. El vender y el comprar, cosa bien poco corriente en la vida social pueblerina, no tenía unidades fijas por la ciencia; eran cantidades «de buen cubero», eran porciones, trozos, cargas, sacos y montones sin medidas de precisión, sin nonius ni cuentagotas. Por aquellos malos caminos y cabañeras iban las recuas y los carros cargados con la doble cosecha, la de la tierra cultivada y la de la buena fe, y por las carreteras firmes y lisas de ahora llegan hasta las aldeas, en modernos y potentes coches, otros padres del sistema métrico, otros Jorge Juan, y Antonio Ulloa, y Gabriel Ciscar, y Delambre, y Mechain... arrellanados entre el estraperlo, la amenaza y el dolor. Y, naturalmente, tanto nos enseñan las gentes listas de la ciudad que, a pesar de nuestra rudeza y palurdismo, ya hemos aprendido que hay qui-

* Publicado en *Aragón*, número 206, enero-febrero-marzo de 1948, pp. 6-7.

los de ochocientos gramos, *arrobas* de treinta *libras*, gato por liebre, y guiso de conejo, pero sin conejo.

En los t́mpanos de cubas y toneles se hacían rayas que indicaban los *nietros*, los cántaros o los jarros de vino que se sacaban, se cedían o se devolvían. Unas piedras de *glera*, unos cantos rodados, hacían de *carniceras* (la *carnicera* era una unidad de peso, algo mayor que el quilo), de *cuarterones* (nueve *libras*), de *libras* y de *onzas*. La carne que diariamente se sacaba de la carnicería se contabilizaba haciendo en una caña (*taja*), un corte o muesca por cada unidad de peso. El pan, blanco o de moreno, no se pesaba jamás, y el aceite se cedía, se vendía, se prestaba o se adelantaba midiéndolo con pucheros de equivalencia más o menos equivalente. Los sacos, los *capazos*, los cuévanos, *corvilletas*, cestas y *portaderas* se llenaban sin *caramuellos* y sin *culiar* para que nadie se perjudicase en el trato; y el precio de la mercancía, si es que se cambiaba por dinero, era cosa sagrada y obligada: era *a conforme*. La *zarpadeta*, la *ambosteta*, la *culadeta*, la *palladeta*... eran términos de comparación, de medida y de cálculo de un convencionalismo pintoresco y desconcertante, pero jamás se abusaba de la ignorancia o de la bondad de ninguno de los interesados en el manejo, en el cuento y en el trato con estas cantidades tan poco unificadas. Un *palmo* de longaniza, un *atau* de morcillas, un *costal* de *bordio*, una *forca* de cebollas y una *rastra* de *casca-belicos*, si se daban a devolución, nunca el reintegro se medía con jeme ni se le restaba peso ni unidad alguna al préstamo. Árbol por árbol; *fajo*, *por fajo*; *carga*, *por carga*; *pochada*, *por pochada*; *capaced*, *por capaced*, como si fuese «ojo por ojo y diente por diente», pero para que no se ría, para que no se riese Tallón, no se miraba si los dientes eran de igual tamaño o si los ojos tenían color idéntico.

tico: «O que pierda yo lo ganarás tú, y en paz». «Hoy pa tú y mañana pa yo, y Dios con os dos.»

El agua para regar; para llenar un cántaro, o una balsa, o un pozo; para moler trigo; para las pilas del abrevadero... se medía por semejanza y comparación con cosas bien corrientes y conocidas, y así se decía, y se dice, que un chorro o caudal es como el dedo, como la muñeca, como el brazo, como la pierna, como un cuerpo de hombre... Una «muela» es la cantidad de agua necesaria para hacer andar una rueda de molino. Un *estau*, dos *estaus* o más de agua es la profundidad de un pozo, de una *badina*, la altura de un balcón, de un tejado, o de un árbol. El *estau* es la altura de un hombre, y vaya usted a ver entre qué límites variables está la unidad *estau*. La regadera, el *arriador*, el *pozal*, los *argados*, la *fajina*, la *jarmentera*, el *forriquero*, la *mandilada*, la *esportonada*, la *cahizada*, la era, el *cancillo*, el *cuastrón*, el *tornallo*, la *regla*, la *banasta*, el *banastón*, la *palluzada*, el *bación*, la *calderada*, la *tumbada*, la *tamborinada* (no es medida de tambor, sino de riadas y de acequiadas), son conceptos, son ideas que allí tienen una magnitud y un valor precisos y constantes; las referencias en la conversación o en el trato e intercambios son siempre bastante concretas, fijas y, sobre todo, nobles: *Si te piden un corvillo de glans pa os bajas* (un cesto de bellotas de roble para las caballerías), cuando te devuelvan el préstamo te darían, entonces, una *ambosta* más, en reconocimiento del favor recibido. Y el *pizco* de masa para el *pan de puea*, en el horno; y las *encletadas* (majadero) en los campos y en las *dembas*; y las *tornajuntas*, y los jornales a cambio, y el sembrar a medias... todo, todo lo que suponía prestación, adelanto, cambio, trato y arreglo se hacía *a conforme*, a conciencia, a beneficio del más necesitado y del más débil.

Pero esto, desgraciadamente para todos, ya se va acabando. También la gente de los pueblos montañoses se electriza por influencia, se pervierte por contacto y se intoxica con el ejemplo. La ciudad ha penetrado, sin respeto y sin fervor, en el santa santorum de su vida sencilla y virtuosa, y ahora aquellas gentes humildes, ignorantes y primitivas se revuelven con las armas que la insensatez y la codicia pusieron en sus manos callosas y ante sus ojos deslumbrados. Ya no está en mi tierra aquella Arcadia feliz de hace cincuenta, treinta, veinticinco años. La Montaña, y el Somontano, y la Tierra baja de nuestro ejemplar Aragón, poco a poco son absorbidos, conquistados, incorporados al ambiente mefítico de la vida moderna. Y esto es un mal sin remedio. Y en ese mal...

«Gemid, humanos: todos en él pusimos nuestras manos».

VILLA Y ALDEAS EN ROMERÍA*

Villa y aldeas. Tiene mucho de historia en la Historia esta Villa, el «Toledo de Aragón» como la llamó muy ciertamente un gran escritor aragonés, que, por eso, por ser un gran escritor aragonés, hubo de marchar a Madrid. Castillo y fortaleza, colegiata, palacio de reyezuelos moros, cobijo, y defensa, y último recurso y parapeto de grandes señores y de reyes cristianos que, alguna vez durante la reconquista aragonesa, tenían que abandonar Huesca y Montearagón, su fuerte más fuerte; museo en que todavía hay pinturas murales y retablos de gran valía, y capiteles románicos de toda pureza y filigranas góticas y mudéjares y cuadros de Murillo, de Alonso Cano y del Tiziano, y orfebrería y alhajas, y ornamentos, y objetos del culto en plata y oro y pedrería, y ternos de maravilla, y claustros, y órgano de gran catedral, y famas, y recuerdos y tradiciones que perduran... Pero ¿no hemos dicho todavía que esa Villa está en la provincia de Huesca, partido de Barbastro y que su nombre es Alquézar con todos los pergaminos, construcciones, raíces y psicología oliendo a cosa árabe? Que lo digan si no, las casas de Altemir, de Almazor, de Albajar los callejones, los portales, la plaza que fue zoco...

Villa y aldeas. Pisando montaña, pero más en somontano y cara a la tierra baja, están Alquézar y su corte de

* Publicado en *Costumbres y tradiciones: folklore aragonés*, 1948, pp. 35-84.

poblados: Radiquero, San Pelegrín, Buera, Colungo, Los Corrales, Asque, Lecina, Bárcabo, Huerta de Vero, Alberuela, Adahuesca..., pero a los de Adahuesca no les place ser feudales de Alquézar; ahora es villa y tienen cuartel de la Guardia Civil, y tienen farmacia, y tienen empalmes de carretera que no hay en Alquézar. La Historia y el Arte quieren vivir en paz; no quieren discusión ni disputas con los convecinos: «Villa y aldeas» por tradición es un hecho geográfico e histórico en el tiempo y en el espacio, tal vez una reminiscencia de aquellos *quiñones* que en Aragón hubo en la Edad Media.

Villa y aldeas. Una línea de paz formada por trincheras, fuertes castillos y alambradas separan la montaña de esta zona, de este rincón aragonés, de este valle y cuenca del Vero en un repliegue de algunas estribaciones pirenaicas. Las trincheras serían los ríos Alcanadre, Valced, Vero, Ramillar... que pasan hondos y estrechos entre las sierras que allí mueren; las alambradas son los matorrales de *aliagas*, arto, espinos, zarzales, coscojares, arizones..., plantas, arbustos, que forman setos con defensas que hieren, pinchan y rasgan al que pisa las faldas y flancos abruptos de los montes bravíos, y los fuertes y castillos serían los santuarios, los monasterios y las ermitas que coronan los altos cabezos que descansan en la cúspide de las sierras, que pisan las pequeñas planicies y coronas: san Cosme, san José, san Joaquín, Treviño, san Gregorio, san Antón, san Hipólito, san Macario, san Fabián, la Bella, la Candelera, los Dolores, san Juan, la Virgen de Dulcis...

Pero san José, de Casbas; y san Joaquín, de Abiego; y Los Dolores, de Naval; y La Bella, y El Pueyo, de Barbastro; y La Candelera, de Salas Altas; y El Treviño de Adahuesca... solo reciben, anualmente a los devotos

de su municipalidad y ya no se ven aquellas romerías que en el siglo pasado fueron extensas e intensas. A La Bella y a Torreciudad, en el borde del Cinca, aguas arriba del puente de El Grado, todavía van las estériles de mi tierra a implorar la gracia de un hijo. La sepultura de san Baladrán aún se ve arañada por los que, furtivamente y a punta de navaja, arrancan trocitos de tierra caliza porque, llevándolas siempre en el bolsillo, no les dolerán las muelas ni la cabeza: a esto se le llamaba antes «fe»; ahora le decimos «sugestión». San Gregorio, de Alquézar; san Fabián y san Macario, en los llanos, entre los viñedos de Salas y de Pozán; san Juan, cerca de Buera... ¡cómo saben qué ha sido la guerra pasada y cómo han quedado sellos y certificados en sus cuatro paredes! San Antón, y El Pilar, y san Hipólito, cerca de Alquézar, a la entrada de la Villa, han resucitado, han vuelto a la vida de devoción; en las rejas se vuelve a poner *tremoncillo* (tomillo) cuando está en flor, lirios, rosas de galabardera, romero... *y ya se veyen otra vez perras, rials y bella peceta qu'echan, os que pasan, por l'anjered d'alambrada; y ya icen misa bella vez; y bel sábado ya se vey qu'han encendiü a lampara pa toa noche, y bien atizada, amás...* Y algo más vamos a decir de san Cosme y san Damián; y, por último, aquí si que... «y principal», de la Virgen de Dulcis, en el corazón geográfico topográfico de «Villa y aldeas» y en el alma y en el corazón de todos sus habitantes, especialmente de los que cumplimos los veinte años hace ya una veintena y una treintena, y más... años.

Vamos, pues; volvamos, pues, a san Cosme, con más años y con menos alegrías que teníamos cuando íbamos siendo chicos. Pero, antes de llegar a san Cosme, podíamos dar un vistazo en el Abadiado, otro *quiñón* aragonés, en las estribaciones de Gratal y de Guara, a la

ermita de la Virgen del Viñedo que preside, como la Candelera de Salas Altas, una zona de viñas al pie de sierras bien orientadas al Mediodía. Y también, ya que estamos cerca de Huesca, podíamos ir a Lierta, a una «horica» de Bolea, a ver cómo ha quedado San Julián, un santuario que está en una cueva, bastante descuidado ya hace tiempos. Y ya sabemos qué ríos dirán las gentes del contorno: nos contarán lo del águila.

En San Julián, como en muchas de las ermitas de mi tierra, vivía un ermitaño que se alimentaba con limosnas que daban «para el santo» y su casita, y con el producto de conejos, gallinas y alguna cabrita *pinganetera*. Pero hacía mal negocio con las gallinas; una águila se cebó en sus dominios, y en todo descuido la gran rapaz se llevaba una pieza. Un día se atrevió la ladrona a coger un gallo estando el ermitaño a la vista de su corral, y el hombre, mirando cómo volaba con su presa entre las garras el águila ejemplar, la maldijo diciendo: «¡ojalá san Julián te vuelva en piedra...!» Y así fue, al decir de la gente del país; hay unas rocas muy altas junto a la ermita, y en lo alto de la peña se destaca un saliente calizo, obra «escultórica» de los siglos y de los agentes atmosféricos y físico-químicos, que representa una gigantesca águila que lleva, colgada del cuello, una gallina, o gallo, o algo que se le parezca. Y esta creencia, esta tradición, hizo vivir casi rico muchos años al ermitaño que tanto poder tuvo con el santo.

San Cosme y san Damián

Pero... si «Villa y aldeas» no tienen ningún que ver con los catorce pueblos que pertenecen a la jurisdicción votiva y procesional de san Cosme... Pero no importa. Son muchas las gentes de toda la provincia de Huesca que van a San Cosme, sobre todo en la otoñada, a fines de sep-

tiembre, cuando hay muchas uvas por los caminos y pocas faenas agrícolas de urgencia y precisión. La romería y la procesión son obligada el día 27, el día de la fiesta de los dos hermanos médicos, santos muy milagrosos, para los devotos y autoridades de los catorce pueblos de su *redolada*. Nosotros, y, como nosotros, las familias de pueblos distantes de San Cosme, íbamos a San Cosme en grupos, en caravanas, montados, muchos; andando, algunos, y, en carro, bastantes; seis, siete, ocho, diez horas de caminos de carro y herradura; ahora, que ya hay más carreteras y más coches y más *autos*, hay menos tiempo, menos gana, menos ilusión y menos religiosidad para ir a los santuarios.

San Cosme es un pequeño poblado de devociones. Una iglesia bastante grande, cuatro pequeñas ermitas «a tiro de bala» (San Miguel, San Úrbez, San Gregorio el Grande y la Virgen de Fabana), una casa antigua para el prior y sirvientes, y una casa moderna para hospedería, oficinas y anejos. Este santuario está en las faldas de la sierra de Guara, a cinco leguas de Huesca, al nordeste, cerca de la carretera que pasa por Loporzano, Sipán, Aguas... Pertenecen aquellos terrenos a los duques de Villahermosa. La iglesia está en la concavidad de una roca, como San Julián, como San Juan de la Peña. Cuando éramos chicos jugábamos *a midas* y a engañar:

*San Cosme y san Damián
debajo d'a peña están;
l'uno come queso, l'otro come pan:
¿Cuál ye o más agudo...?*

Y según la contestación decíamos con aire de vencedores una frase no muy piadosa ni muy académica. También dice así la gente devota y fiel de los dos santos:

*San Cosme y san Damián,
que debajo una peña están;
con médico u sin médico,
si enfermas, te curarán.*

Porque las gentes sencillas de mi tierra confían en san Cosme y san Damián para sanar de todos los males que la ciencia no puede curar. Y la especialidad curativa y sanativa que se atribuye a estos santos es la de las hernias en los niños, milagro que se verifica así:

El niño toca las estatuas de los dos santos y besa sus manos y pies (los de los santos, naturalmente); el grupo escultórico, de madera de cerezo, obra de los comienzos del siglo XI, ha de estar alumbrado con tantas velas de cera como años cumplidos tenga el paciente. Seguidamente hay que beber agua de una fuente que hay en peña viva, junto al presbiterio, y después de rezar una oración, el enfermo va a otra fuente, llamada la Fuente Santa, cerca del santuario, que arroja un caudal abundante y que también recibe el nombre de Manantial de la Salud Pública; hay que ir por la noche llevando, el niño y dos personas mayores, velas encendidas. La fuente brota junto a una higuera secular de cuyo tronco y ramas (*camales*) penden aparatos ortopédicos, fajas y vendajes que allí dejaron los curados. El niño lava, moja solamente, la región en que tiene la hernia, y dicen los mayores puestos de rodillas uno a cada lado del enfermito:

*Dámelo, Juan;
tómalo, Pedro;
tómalo malo,
y dámelo bueno.*

El milagro no se suele hacer esperar. El niño lee, si sabe, o escucha la historia de la vida, martirio y prodigios de

los santos, especialmente los relatos de milagros referidos en el concilio de Niceno sobre curaciones maravillosas.

Son muchos los enfermos y los ya sanados que van descalzos desde sus pueblos hasta besar los pies de los santos hermanos y médicos celestiales. Y hay que suponer cómo llegarán estos héroes de la fe y de la promesa al santuario después de caminatas de varias horas por caminos pedregosos, por sendas de cabras y por flancos abruptos de la sierra adusta, entre matorrales espinosos y secos.

En nuestros buenos tiempos de chicos de pueblo llevábamos todos *midas* de san Cosme. La *mida* tenía la virtud sobrenatural de no enfermar nunca el que la llevase atada a la muñeca o en el cuello. La *mida* era una cuerdecita delgada, de dos cabos o hilos, de dos colores, generalmente rojo y blanco, o azul y blanco, de algodón. Las comprábamos al ermitaño que venía a «Villa y aldeas» un par de veces al año con su «capillica», alforjas al hombro y unos sacos que se llevaba repletos de limosna sobre los lomos de un buen burro. Las *midas*, los amuletos, habían de llevarse siempre, día y noche, atadas con soltura, en la muñeca los chicos y los hombres, a modo de pulsera, y en el cuello las chicas y las mujeres a manera de collar o gargantilla. Por medio *almud* de trigo o de judías; por media *libra* de aceite o por un real teníamos *midas* para todo el año la familia entera. Naturalmente, estaban bendecidas el día 27 de septiembre y pasadas por las manos de los dos santos. ¡Y qué desilusión la nuestra cuando ya empezábamos a estudiar bachillerato y nos juraban hombres serios que habían visto al ermitaño de San Cosme comprar en Barbastro, en casa Calonge, cajas y cajas de madejas de algodón *pigo*, es decir, de dos colores...! Y como llevaba fama de estar rico aquel ermitaño y ya empezábamos a

leer cosas de mitología y cuentos fantásticos, pensábamos en que nuestro santero era otra edición, pero más modesta, del rey Midas, aunque sin orejas de burro. A este ermitaño se le convertían en campos, en casas, en olivares y en buenas onzas de oro los paquetes de algodón *pigo* que compraba en Barbastro. ¡Cuánto mejor sería ignorar muchas cosas y qué bien dice el Eclesiastés que toda ciencia añade nuevo dolor...!

Y emprendíamos el regreso todo el grupo. Pronto se deja la barranquera subiendo otra vez a una llanura, a un *carrascal*, en la misma falda de la sierra de Guara, frente a ella que nos mira seria y muda. Pasaremos por Aguas, Labata, Sieso, Casbas, Alberuela y Radiquero; comeremos junto a una fuente de las muchas que encontraremos en el camino: en una buena sombra *amallataremos* (descansaremos) y haremos una «siestecica», volveremos a aparejar *os bajés* (las caballerías) y a puestas de sol, en Alquézar. Ahora ya hay carreteras por las que se puede hacer la excursión más cómoda, más larga por los rodeos, pero más rápida, si vamos en coches ligeros. Nos parece una profanación ir a santuarios por carreteras y bien arrellanados, *bien acoflaus* en los *autos*. La romería, la visita a santuarios y ermitas, pide caminos abruptos, bosques, viñedos, olivares, sierras, torrentes, zarzas, barrancos, sendas, breñas y malezas. Desde lo alto de la cuesta, al coronar un encinar de bajo porte, espeso, y de tierra rojiza, volveremos hacia atrás la cabeza, diremos «adiós» a san Cosme, rezaremos en voz alta, en polifonía de cuerdas desiguales por edades y sexos el último «Padrenuestro...» y diremos: «Hasta *l'año* que viene, si Dios quiere...» Y pensaremos en Antonio F. Grillo. Porque desde el camino de san Cosme a Alquézar, siempre a la vista de Guara y de Sevil, veremos ermitas, santuarios y monasterios sobre las lomas de las sierras,

pero no como palomas, no esas «casitas blancas» de las sierras cordobesas; estas ermitas oscenses son de piedra arenisca, y los ventarrones, las ventiscas, la lluvia y las inclemencias que envían los picachos de Sevil, y Guara, y de Gratal, pardean los muros, pero los fortifican. Aquí no hay dulces esencias de limoneros, ni de verdes naranjales, pero sí de pino y de romero, y de espliego, y de tomillo. Aquí no trina la alondra, pero sí reina el águila, y también... ¡un día! cantaban y rezaban los ermitaños. Aún creemos que las aguas de estas fuentes están benditas, y que en estos sitios olvidan nuestras almas los desengaños, y que aquí sí que nos envuelve la luz divina. Entre nubes, allá arriba, cerca de la nieve, se divisa San Gregorio:

¡Muy alta está la cumbre.

La cruz muy alta!

¡Para llegar al cielo...!

¡Cuán poco falta!

Ya estamos en nuestra casa otra vez, en «Villa y aldeas», en un rincón peñascoso de complicada geología. Arriba, arriba, dominando el poblado, que tiene la forma de media luna, para confirmar el nombre árabe de la villa, está el castillo que fue temido y temible, la colegiata que fue famosa y rica, palacio y plaza fuerte, fuerte inexpugnable durante siglos y siglos. Abajo, muy hondo, el río que ruga y alborota entre peñascos deshaciéndose en espumas, pero luego empezará a perderse, luego irá muriendo poco a poco para dar vida, fronda y riqueza a las huertas de Alquézar, de Buera, de Huerta, de Pozán, de Castellazuelo, de Barbastro, sobre todo, y aún le quedan palabras y afectos para saludar y abrazar al Cinca caudaloso, imponente y fiero. Desde arriba, desde la *plana* de la iglesia y colegiata, se ven bien todos los pue-

blos de la *redolada*, «Villa y aldeas» y otros lugares más grandes y chicos, y los Pirineos, y Turbón, y Cotiella, y Peña Montañesa, y la sierra de Estadilla, y las *ripas* de Alcolea, y Alcubierre y Moncayo, y tierra Huesca, y Guara, y Sevil, y San Gregorio... y en medio de este círculo de horizonte de gran radio el valle y cuenca del Vero salpicado de Villa y aldeas, y en medio, entre campos de «pan llevar» y olivares centenarios, un *casalicio* grande, blanco, bien *vistero*, silencioso, llamativo y centinela: es el santuario de la Virgen de Dulcis. Lector, *mañana nos ne vamos a ir ta Dulcis; ¿quies venir con nusotros? Iremos poca colla; pocos pero güenos; nos n'iremos con misa, por Campanachal; nos llevaremos as escopetas y subiremos por Ramillar, que bel conejo cairá u bella perdiç abocinaremos. Os críos, as mujeres, el cura y os que no se traigan escopeta, que vayan, con os bajas y a comida, por Güera... ¡y que no empiecen a misa hasta que llegemos; os qu'hemos d'ir cazando bemos d'ir a punta sol...!*

A Dulcis, *ta Dulcis*, se va por estas razones y motivos, en estas circunstancias, pocas y formas:

A familia
Unas familias
Con o sin misa
De cacera
Pa un día de borina
Pa da-les n'a cabeza a os de Güera
A juar a pilota
A conocé-sen
A palabrá-sen
A capitular
Por amonestá-sen
A casá-sen
De tornaboda

De romería
De rovativa
De gracias
Villa y aldeas
Toda a redolada...

A FAMILIA

La familia, una familia entera de «Villa y aldeas», los de una casa cualquiera de Alquézar, o de los pueblos próximos, y de los agregados del *quiñón* van a pasar el día a Dulcis casi siempre para cumplir una promesa o un voto que se ofreció durante una enfermedad, en una atribulación, en un peligro, en el momento *en que bella boirota s'escolgaba d'a sierra y veniba apedregando* cuando se había de sortear el mozo para ir soldado, cuando la mejor mula o *macho* tuvo un *torzón*, *cuando se moriban de banzo asabelas güellas y crabas...* Porque la Virgen de Dulcis es el consuelo, el paño de lágrimas, la despensera, la bienandanza, la gran médica, la última instancia de todo el país. Es, de especial manera, la abogada de tartamudos (bambucientes), y de sordomudos, y de tardos y torpones en la expresión oral, de afásicos y de inexpresivos. La familia va en su carro, ahora que ya hay carreteras, o caminos vecinales, o camino de carro hasta la ermita, o van en caballerías algunos y andando los más jóvenes y fuertes. La familia, una familia, va casi siempre con misa y comida, es decir, que va el cura del pueblo, o un cura de la Villa, y allí pasan el día, y allí comen, beben, juegan, meriendan, rezan el rosario y tan contentos y felices, vuelven al anochecer a su casa y lugar.

UNAS FAMILIAS

A veces son varias familias de un mismo pueblo las que van a pasar un día a Dulcis. Esas familias suelen tener gran relación y afecto por razones de parentesco,

de antigua amistad o de vecindad de casas e intereses. Entre todos ya forman caravana por el camino, y campamento en los olivares que rodean la ermita: los hombres recogen leña de los árboles y arbustos secos del barranco vecino; las mujeres sacan de las alforjas, de los *argados* y de los cuévanos los comestibles y bebestibles que más tarde trasegarán; improvisan una cocina ayudadas por los mozos que traen *losas* pesadas, y arreglan asientos con albardas, monturas, colchonetas y mantas; los chicos *van a mirar nidos*, si es primavera, o a *racimar*, si es otoño y las viñas están ya vendimiadas, o juegan a la pelota, o sacan agua de la cisterna, por mandato de los mayores, pero no para beberla, sino para guisar y para refrescar el vino. Si se echa a perder el día guisarán en las cocinas del santuario; y en alguna de las salas destartaladas o en los grandes pasillos de balcones con ventiladores *ferán mesa redonda*, sin redondez y sin mesa. Naturalmente, antes de estos preparativos se va a saludar a la Virgen; después oirán misa con unción y recogimiento, y como ha de ser laboriosa y meticulosa la tarea de guisar la comida, *pa que se desayune mosén, le frién os bigadetes d'o cordero, u le asan unas costilletas de ternasco, u se le ponen en as brasas unas zaborretas de pollo que son bien tiernes...* Y los hombres, por no dejar solo al cura, «se sacrifican» volviendo a almorzar y echándose unos piscolabis extensos e intensos. Nada raro será que por debajo de *bella olivera, u en aquella marguin, u en o romeral d'astiván, u en o tronco d'aquella planzoneta* pase, nazca, se incube o se robustezca un idilio y un amor... Y si no ha pasado ya abril («no me digas viva en cesta si no pasó Santa Valdesca»), desde *a placeta d'afuera mirarán ta Sierra Guara el cura y os hombres y si veyen bella mijeta de blancura dirán aquel refrán tan de mi tierra: «Mientras en Guara veigas nieve como una coda*

de golondrina no tiens segura ra viña». Pero rezan otra «salve» a la Virgen y, aunque no se desfaiga aquella brenca de nieve qu'bay en Guara, se'n van contentos con la ilusión, con la seguridad de que ya no se chelarán as viñas por esta primavera.

IR TA DULCIS CON MISA O SIN MISA

Va una familia o van algunas familias a pasar un día, o medio día, a Dulcis, pero puede ir o no ir con ellas el cura del pueblo; si las acompaña el cura de su parroquia, u otro sacerdote amigo o de la familia, se dice que van «con misa». Otras veces van «sin misa» y, cuando esto ocurre, entran en el pueblo de Buera, cuyo párroco está ya avisado con antelación y es él quien, andando o en montura, va al santuario a celebrar. De todos modos, por derecho, por costumbre, por contrato y ordenanza, por diplomacia y buen gobierno, el cura de Buera ha de saber siempre quiénes y cómo van y cuándo a Dulcis. La Virgen se apareció en Alquézar, en la subida de la colegiata, pero marchó al monte de Buera y allí quiso que se edificase su santuario: *Por icho a tos os de Güera «les paez que tienen a Dios d'a garra...»* ¡Cuántos años vivió aquel *mosén* Juan al que llamaban «One, One», amarillo-verdoso-negro, delgaducho, que siempre que se ponía a predicar, pero solo desde el pie del altar y bien que sin pretensiones, cogía el hisopo, lo esgrimía y lo manejaba como látigo, como bastón, como batuta y como puntero. Decía en una ocasión el bueno de *mosén* Juan: *«En esos lugares d'abajo tienen picueta (viruela) porque quieren, no'n tendrían si subiesen a decí-le una misa a nuestra Virgen de Dulcis...»*

DE CACERA

Los cazadores de Alquézar, de Colungo, de Salas, de Huerta, de Radiquero..., sobre todo los mozos, van alguna vez en verano y comienzos de otoño a cazar por

Barricolla, Ramillar, Viñamatriz... Si van en cuadrilla, y unidos los de dos o más pueblos, suelen ir a comer a Dulcis; a comer y merendar a un tiempo, porque hasta las tres o las cuatro no terminan de *navesar por os montes detrás d'as perdices*. Otras veces la reunión y comilona después *d'a cacera* se hace *en a Cueva Chuandana, en o molino de Salvador*, o en chopos de Campanachal, junto al río, porque se juntan cazadores y pescadores. Muchas veces estas reuniones son cosa importante y seria, pero la seriedad y hasta la cabeza suelen perderse a medida que avanza el banquetazo; aunque se cace poco y se pesque poca cosa, no faltan corderos, patos, pollos, paellas, tortas y otras cosas. Tampoco faltan, alguna vez, curas, maestros, alcaldes, secretarios, médicos... Las mujeres no tienen baza ni cabida; *en estas borinas os hombres se lo fan todo*; guisan mejor que ellas, pero gastan más. Cuando se hace en Dulcis la reunión, no hay que decir que es sin misa, pero nadie saldrá de aquellas sombras sin entrar a ver a la Virgen y a rezarle una salve. Cuando la pólvora no valía tanto, por la tarde, después de merendar, se tiraban docenas de tiros al blanco de una piedra, de una boina, de una media teja, de un sombrero, de un plato, de un membrillo... arrojados al aire. Alguna guitarra se tañía y a veces, por la noche, ya en el pueblo, o al siguiente día, había una continuación, una segunda *lifara o brenda pa comé-sen a caza y os peches y pa pasar cuentas*; y entonces sí que *teneban* las mujeres parte y arte en el condumio. En estas fiestas camperas, en Dulcis, en la *riera*, en la sierra o en los montes, solos los de un pueblo de «Villa y aldeas» o los de dos o más localidades juntos, pocas veces, muy pocas veces estaban *os de Güera*. No ha habido en años pasados, gran reciprocidad afectiva; una serie de imponderables distanciaba siempre a la gente moza; *y amás qu'os de Güera nos cazan As Planas y Mondod*,

nos pescan o río, entran n' o monte d' abajo a furoniar y nos patean as güertas...

PA UN DÍA DE BORINA

Algunas familias de uno o de más pueblos, unidas por parentesco, por amistad o por intereses y negocios, con motivo de una festividad, de la llegada de unos parientes, de algún amigo de la ciudad, por ser el santo de uno, por festejar un hecho feliz, por volver del servicio un mozo, en fin, por una causa de alegría y gozo, iban a Dulcis a pasar un día agradablemente. Generalmente va también un sacerdote: un familiar, el cura del pueblo o el párroco de Buera. La misa y la oración, la comida pantagruélica y el beber sin límites, el jugar y el bailar, el *barafundiar* y el apostar... se mezclan, se confunden, se complementan y se hacen compatibles, como si Baco y Mercurio, *dimpués de que la Virgen fa a vista gorda*, presidieran la vida espiritual y material de estas gentes fundamentalmente cristianas. Gonzalo de Berceo y el Arcipreste de Hita no verían nada pecaminoso ni inconveniente en estas expansiones.

A JUAR A PILOTA

Se podía jugar bastante bien a la pelota en el santuario de Dulcis; el suelo duro de la plazoleta y la pared limpia meridional para frontón hacían «un trinquete» *como o de Balbastro cuasi*. Y *pa da-les n'a cabeza a os mozos de Güera* unos jóvenes casados o solterones, de Alquézar, de Salas, de Huerta o de Colungo, se desafiaban, se apostaban, *s'echaban ronca a juar a pilota*; los que perdían los partidos (uno o dos, a dieciocho tantos) pagaban la comida y la bebida, el café, las copas y puros. *O rayador se sentaba en as escaleretas, y con a punta d'a navaja feba rayas en una piedra d'arena pa saber os tantos que feban cada lau...* El rayador, el contador que tiene la

misión sagrada de anotar con rayas los tantos de cada bando, tiene, además, la misión de un juez de juego para fallar las jugadas dudosas que suelen dar motivo en apuestas y partidos reñidos, para discusiones acaloradas. La jugada puede ser buena, mala, falta y muerta. El volver la pelota, el sacar y el defender puede hacerse raso, a bolea, al aire, de bote, a *chamalandrón*, de *chapada*, a sobaquillo... Otro actor es el que trae y reparte vasos de vino o copas de anís a los jugadores y al *rayador*. Va y viene con mucha prosopeya y afectación desde la bodega próxima a la plaza con su jarro de vino, su botella de aguardiente y un vaso o una copa; alguna vez se reparte una torta de bizcocho, de aceite, *pastillo*, galletas, *barretas de turrón*, *bel crespillo*... según el tiempo y rumbo de los contrincantes. En estos partidos de desafío en que se juegan *a brenda* suele haber público que anima, que protesta, que acusa o defiende a uno o a otro bando. Y la gente en seguida dice quién va a ganar, aunque se equivoque de medio a medio, porque en el *pie ya s'ha visto a traza de cada uno*. El *pie* es el primer tanto, que no se cuenta; es la jugada que da el derecho de sacar, a quien lo gana, y por lo mismo de hacer jugadas y tantos válidos. «*Mia tú que si los dejasen zapateros...*»

TA DULCIS A CONOCÉ-SEN

Cuando se proyecta una boda entre dos familias de pueblos diferentes, suelen ir a pasar un día al santuario de Dulcis los familiares y amigos más íntimos de los presuntos contrayentes. Naturalmente, los novios invitan a lo mejor de sus amigos y amigas, y los padres a los más destacados de sus pueblos respectivos. Buena comida, baile, animación, alegría, juegos, confidencias y confianzas, acaso los primeros chispazos de un amor que nazca entre un mozo amigo del novio y una moza del otro pue-

blo. En otros tiempos destacaba un tipo singular en estas fiestas; era el *aponderador*. El *aponderador*, ya hombre que va de capa caída en estos tiempos en que todos nos conocemos, fue el amigo de la casa, el confidente, el medio administrador, tal vez el compinche y facilitón del *amo* mayor. El *aponderador* tenía la misión de *aponderar*, de exagerar riquezas, bienes, cosechas y virtudes de la casa, de los *amos*, de las fincas, de los créditos, del novio o de la novia... En boca, en gestos, en ademanes del *aponderador* los cien *pies* de olivas algunos años eran de doscientos *pies* todos los inviernos, los ochenta *nietros* se convertían en ciento cincuenta; *y todo o lugar le debe al amo, y as mejores mulas d'a redolada son as d'él, y con as onzas que tiene cargaría un macho, y solo n'a demba cogerà este año trigo pa tres años, y o mejor ganau de recrío que se verá n'a feria de san Andrés será todo d'esta casa...* Naturalmente, que el novio o la novia y la casa en tanta alabanza *han teniu güena cosa de compromisos pa fer boda con as casas más ricas d'a tierra baja, pero...* Y aquí hacía un guiño y un mohín el locuaz *aponderador* como queriendo decir: ¡Ustedes si que han sabido llegar a tiempo *pa poné-sen as botas!*

A PALABRÁ-SEN

Ahora sí que va en serio el noviazgo y se camina derechamente, oficialmente, rápidamente a la boda espectacular y rumbosa. «*Ya han in ta Dulcis a palabrá-sen...*» se oye decir a *comadres* y vecinos. El *apalabrá-sen* no tiene la extensión ni la intensidad festiva del jolgorio anterior. Es una entrevista íntima para cambiar impresiones, fijar el día, y sitio, y circunstancias para las capitulaciones, señalar poco más o menos el día de las amonestaciones y el de la boda, calcular quiénes y cuántos han de ser los invitados forasteros, fijar *espaderos* y acompañantes... Ya no tiene papel *l'a-*

ponderador. Ahora los padres y los novios y algunos parientes más próximos, hermanos, tíos, y nadie más; suelen comer en el santuario, volverán juntos hasta *bel esbarro* (empalme de dos caminos que conducen a pueblos distintos) o hasta el puente de Buera, se darán palabra formal «como si fuese una escritura» novios, padres y familiares, se despedirán *escorbando güenas botellas* y... hasta otro día. Claro está que es la familia del novio quien ha llevado la comida: cordero, pollos, judías *d'aceite (bochetas)* con tocino y chorizo, *vino de flor d'a cuba grande recién espirallada*... ¡pero las tortas, clarete, licores y café son de la casa de la novia! Los puros los reparten los hermanos del novio. No van al banquete ni a la fiesta íntima los criados de las casas; solo asisten *as guisanderas*.

A CAPITULAR

Hubo una época en que casi todas las bodas de «Villa y aldeas» se formalizaban ante notario en la Virgen de Dulcis. Si era buen tiempo, que no era preciso tener cubierto y resguardo cerca, muchas bodas de Alquézar y pueblos de su *quiñón* y radio, e influencia, y casi todas las de la *redolada* se tramitaban, en los contratos sobre bienes y dotes, debajo *d'a carrasca d'As Coronas*, encina secular, gigante, frondosa, ejemplarísima que se verá desde más de treinta pueblos del Somontano. Este árbol importante tenía su trono y su tronco, su reino e imperio, su señorío y mando, en una meseta entre los viñedos, olivares y campos de Abiego, Lascellas y Adahuesca. Aquel don Ramón Loscertales, aquel señor bondadoso y discreto, aquel caballero notario que parecía la encarnación huida de un cuadro del Greco, cuántos cientos de capitulaciones redactó en Dulcis y en *a Carrasca d'As Coronas!*

«¿Cuántos han capitulan n'a carrasca y en Dulcis...» Dicen con sorna e ironía en sentido recto y en lenguaje figurado los viejos de mi tierra! Porque algunos mozos, alguna moza, algunas gentes firmaron allí su rendición incondicional, su pérdida de libertad, su esclavitud, su pobreza y su desgracia para toda su vida. El literato, el hombre culto que esto lea recordará, seguramente, aquellos versos de Lupercio Leonardo, el filósofo de los poetas:

¿Quién casamiento ha visto sin engaños
y más si en dote cuentan la hermosura?
o menos es la hacienda o más los daños,
y al fin lo que parece más segura
no está sin una punta de locura
y a veces con remiendos de otros daños...

¡Y qué anécdotas y qué diálogos, y qué detalles, y qué miserias, y obstinaciones, y qué desconfianzas, y qué desprendimientos, y qué larguezas, y qué rumbosidades..., en fin, qué gama y qué variedad de cosas y de hechos nos contaría, si viviese, sobre capitulaciones y contratos matrimoniales en Dulcis y en Carrasca, aquel viejo notario de Adahuesca...!

POR AMONESTÁ-SEN

El día en que amonestaban a los novios acostumbraban a ir a Dulcis las dos familias con algunos parientes o amigos de la mayor intimidad y confianza. Decían las mujeres de aquellos pueblos: «*Mañana les echan as tres n'una a os de Fulano y Mengano*», indicando que las tres amonestaciones, las tres proclamas las leería el cura en una sola vez, cosa de distinción y rumbo, en la misa del siguiente día. Y como en los pequeños pueblos había solo una misa y los novios y familiares no suelen ir a la misa en que habían de oír y escuchar sus propias amonestaciones, pues iban a

Dulcis a oír misa y a almorzar, y así huían de molestias, de miradas, de cuchicheos, de felicitaciones, besuqueos, preguntas, curiosidades y *alparcerías*. «No hay mejor *moceta* bajo a capa el cielo...», decía de la novia algún allegado. «*Mañana nos n'iremos ta Dulcis con os novios*», decía un criado mayor de mulas encargado de las monturas. «*Y paez que s'anubla; no sé si cairán gotetas* (llovizna), *pero gotetes* (tragos de vino) *no faltarán, no. As dos botas grandes van llenas d'o mejor morapio* (vino) *d'a bodega...*»

Después de oír misa se almuerza largo y recio en alguna de aquellas salas destartaladas, llenas de ratoneras, de goteras, de nidos de golondrinas, de ventiladores y ventanicos en los balcones carcomidos por los años y la incuria. No es raro ver, en la oscuridad de un espacio, murciélagos en los techos y maderos, colgados en péndulo, pero no saben historias estas gentes de mi tierra; si no, creerían que encontrar esos mamíferos voladores en el día de las amonestaciones era cosa de mal agüero, como creyó aquel oficial al servicio de Jaime el Conquistador al acampar para tomar Valencia a los moros...

Es costumbre llevar *crepillos* para postre si es tiempo propicio, si hay borrajas. El *crepillo* es una hoja de borraja pequeña y tierna, ahogada en huevo, aceite, azúcar y harina de flor, bien frito todo: es riquísimo postre. Los novios tendrán solo una servilleta para los dos, ya en simbolismo de unión, de confianza e intimismo; naturalmente, se sentarán muy juntos para que la servilleta sirva a los dos. Esta costumbre nos recuerda otra que hay en Suecia y en Noruega: el novio trabaja meses y meses en la preparación y en la ejecución de un simbólico regalo, una cuchara y un tenedor unidos por una cadenita de anillos, todo de madera, de un solo tallo o rama de árbol, todo esto sin haber

roto ni un eslabón, sin solución de continuidad, trabajo benedictino, inteligente, de arte y gusto. El día de la boda comerán los dos con aquella cuchara y tenedor, unidos, juntos, de una sola pieza... en significación de que así mismo ha de ser toda su vida.

No van chicos (críos, *familietas*...) a estos actos de ritual, íntimos, serios y decisivos; *ya les feba goyo venir pero s'han teniu qu'aconortar*... Y es que los chicos pasan buen día cuando van a Dulcis porque no dejan en paz la campana, el huerto, las pelotas, las cadenas y *pozales* de la cisterna, las golondrinas, los murciélagos, las *almendreras*, los sembrados, las viñas... Pero los chicos de ahora no van como íbamos nosotros cuando éramos chicos. Ahora ¡no hay tiempo para ir a santuarios ni a ermitas!

A CASÁ-SEN

Se'n van ta Dulcis a casá-sen. Sí, pero ahora hay menos bodas en Dulcis. Aquellas bodas de rumbo, aquellas *tornabodas* espectaculares, ruidosas, de derroche y nombradía ya no se ven en el Santuario ni en Villa y aldeas. Ahora ya no hay bodas con *espaderos* como ha habido hasta hace unos veinte años.

Os espaderos eran unos mozos, del pueblo o forasteros, pero amigos del novio. Los *espaderos*, mozos de *fachenda* y *rasmia*, atronaban el espacio con los trabucos que disparaban, espaciados y cronometrados a voz de mando y con significación concreta. Dos disparos imponentes señalaban la salida de casa de la novia; otros dos disparos fuertes y secos indicaban que los novios entraban en la iglesia: los *espaderos* siempre iban en cabeza de la comitiva. Empezaba la ceremonia. En el atrio, en un rincón, mirando al techo sus bocazas impresionantes, cuatro, seis, ocho trabucos, «naranjeros» unos, y *recortaus* otros,

con una carga de pólvora de medio palmo o más, atacada fuertemente con fuerte baqueta de hierro y gran fulminante en pistón de sombrerete, esperaban erguidos y silenciosos el momento solemne y de ritual. Los chicos de entonces, los que habíamos ido a la ermita con la boda, o todos los chicos del pueblo, si la boda se hacía en la iglesia del *lugar*, ¡con qué interés, con qué atención, con qué temor y admiración, y con qué envidia mirábamos los trabucos formidables y a los *espaderos* fastuosos con sus trajes nuevos y flamantes! Uno o dos mozos no habían entrado a *ve-los casar*, habían quedado a velar las armas *pa que bel zagal no fese bella diablura y hubiese un que sentir...* Los chicos, sin gran respeto al lugar sagrado, gente de poca *cholla* y de poco *calitre*, salíamos y entrábamos corriendo del altar a la *lonjeta* y del atrio al altar. En el momento en que la novia decía «sí quiero», los mozos *espaderos* salían a buen paso de la iglesia, cogían sus trabucos, arrimaban la culata al tronco de un árbol, a la esquina o a la pared más próxima y disparaban haciendo las detonaciones temblar la casa de Dios y haciendo que el eco fuese volando por toda *a redolada pa que saben todos qu'a novia ya había dicho que sí*. Se volvía a disparar cuando la boda entraba en el pueblo y, por último, la última descarga se hacía bien a media tarde, cuando ya se había comido, cuando se iba a tomar café, cosa esta última exclusiva de las grandes solemnidades. Y aquellas montañas, aquellas rocas, aquellos flancos peñascosos de Guara, de Sevil, del Tito, de la Cunarda... aquellas barranqueras hacían rodar en torrente invisible de ondas la noticia a Alquézar, a Buera, a Adahuesca, a Colungo, a Asque, a Radiquero, a Huerta, a Lecina, a Salas...

Ahora no hay bodas con *espaderos* ni con ritos de la Edad Media. ¿Dónde estarán ya aquellos trabucos que se

heredaban como reliquias y se guardaban como documentos de historia? Jamás fueron los trabucos de aquellas gentes de mi tierra armas ofensivas ni respaldo de *trabucaires*, de facinerosos, ni de contrabandistas. ¿Dónde dormirán ahora aquellos vejestorios de armas «de ruido y pocas nueces» sus glorias pretéritas? Aquellos fanfarrones pero inofensivos trabucos de mi tierra nos dieron las primeras lecciones de historia de Aragón, de historia de España y de más lejanas historias. Aquellos trabucos de los mozos bravos, fornidos y valentones de aquellos pueblos nos hablaban de los coraceros austriacos del siglo XVIII; de los célebres mamelucos de Napoleón, del mosquetón obussier y trabunero, primer ingenio francés que sembraba balines y postas; del arcabuz, del mosquete, del mortero primitivo, del trabuco de borda, del trabuco de parapeto... nos hablaban de nuestros guerrilleros, de nuestros «majos», de nuestros bandoleros honrados que si quitaban a los ricos, también favorecían mucho a los pobres. Cuando llegaron las pistolas del «quince» se arrumbaron los trabucos pasando, como decía Pedro A. de Alarcón, a *Cosas que fueron...*

Aquellos olivares, *aquellas oliveras milenarias d'o camino de Dulcis*, aquella plaza de armas del histórico castillo de la Villa («castrum vigetum») que conquistó Sancho Ramírez, aquellas rampas, aquellas torres y murallones, y aquellos ajimeces y muros almenados, y aquellos blasones que recuerdan grandezas y triunfos, ya no se conmueven al pasar las procesiones y las bodas de rumbo, porque no hay trabucos que los despierten. Aquellos espaderos de hace treinta o cuarenta años ya son viejos. Cuando los vemos, cuando hablamos con ellos, cuando nos tienden sus manos curtidas y callosas, nos aturde un complejo de inferioridad; nos parecen más montañeses, más somontane-

ses, más aragoneses y hasta más españoles que nosotros, los señoritos de la ciudad...

DE TORNABODA

Después de celebrada la boda, después de comer y *barafundiar un rato*, a la *tardada*, si no se quedaban os *forasteros a fer* noche, los que habían venido invitados de los pueblos próximos volvían a sus casas con cierto empaque, rito y espectáculo. Si la boda había sido en el santuario o en lugar distinto al que iba a vivir la novia, entonces la *tornaboda* era toda una procesión de gente y un alarde de monturas bien enjaezadas, de atuendos lujosos y de criados fanfarrones. Si en la *tornaboda* iban los novios, porque la novia iba a la casa del novio, a otro pueblo distinto al suyo, entonces tenía ya un carácter más formal, serio y heterogéneo, porque iban los padres y familiares de los contrayentes, las amigas de la novia, los *espaderos* para actuar nuevamente, ruidosamente, a la entrada del *lugar*, y tantos criados como cabalgaduras fuesen llevando mujeres montadas. En cabeza de la romería, de la caravana, iban los recién casados sobre la mejor *mula d'a redolada*, con jalma y aparejo nuevo, y cabezana brillante, y cincha de cuero, y *rabera* y *petrel* con *claus* de color del oro, y con un letrero en las ancas, obra del esquilador, que decía: «vivan los novios», o «vivan mis amos» si el hermoso ejemplar, mula o *macho* era de la casa del novio o de la casa de la novia. Tomaba posesión la nueva dueña (*a dueña choven*) de la casa, propia ya, por ser la esposa del heredero; se cumplían ritos, fórmulas y costumbres, se obsequiaba en grande a los acompañantes, se quedaban unos días con el nuevo matrimonio la madre y hermanas de la novia, se hacía la descarga final a la salida del pueblo, y toda la comitiva volvía a sus casas de los diversos pueblos de «Villa y aldeas».

(Ahora y ya hace muchos años, es y era impropio llamar «aldeas» a pueblos de quinientos o más habitantes.) El nuevo matrimonio con los familiares suyos, solos, pero todos los de casa, iban a Dulcis, «con misa» a dar gracias a la Virgen algunos días después del ajetreo de la boda, del visiteo y de la nueva adaptación. Acaso los de la otra casa, los de la familia del otro pueblo, salían también para fundir, confirmar, consagrar más la unión y el cariño.

TA DULCIS DE ROMERÍA

La romería propiamente dicha a la Virgen de Dulcis, al santuario, a la ermita de Dulcis, «Villa y aldeas» la celebra siempre en la primera quincena de mayo, cada pueblo en distinta fecha; los alcaldes y curas de cada localidad se ponen de acuerdo, pero siempre ha de ser la villa de Alquézar la preferida en elegir día y condiciones.

¡Cómo estaban los campos, los olivares, las viñas, las huertas, los barrancos, los montes y los caminos en aquellas primaveras lluviosas, templadas, alegres y prometedoras...!

¡Qué verdor, qué lozanía, qué frondosidad y desarrollo en todo lo cultivado! Los montes aquellos, aquellos yermos, y sierras, aquellos caminos entre árboles y arbustos sí que eran los montes de «las aromas» como se lee en el *Cantar de los Cantares*: tomillo, romero, espliego, aliaga en flor, pino, lirios blancos y morados, rosas silvestres en las punzantes galabarderas, espino blanco, precursor de la *olivada*; mucha *muestra* (flor) en los *nerales* y *oliveras* de todos los Planos; golondrinas; el *purpuz* cantando (abubilla) con su penacho de plumas como cresta de gallo; las cepas con tanto *pampano verde* y tantas *ugas* en flor; el río con tanta agua *majenca* y tanta madrilla en *os risos*; tanta gente, tanta cordialidad, tanta comida, tanta alegría, tanta animación, tanta paz, tanta unión y, sobre todo, tanta juventud...

Porque teníamos ocho, diez, doce, quince años... ¡Qué vida tan feliz y dichosa aquella, en todo y en todos! ¡Y qué hondo cala el fervor religioso en estas gentes, en estas mañanas de primavera, entre estas sierras y montes...!

Algunas veces, la romería a Dulcis, el ir *ta Dulcis*..., tenía lugar el mismo día en que se hacía alguna de las letanías de mayo para no restar al campo trabajo y asistencias. *A punta sol* salía de la iglesia, en dos hileras, la procesión sin más símbolos que una bandera y el cura revestido con capa, y se iba a San Hipólito, al Pilar o San Antón. El sacerdote cantaba, en modulación gregoriana:

*Ab omni malo...
ab omni peccato, peste, fame et bello...
Ut fructus terra dare et conservare dignéris...*

¡Con qué emoción, con qué unción, con qué esperanza y con qué humildad contestaba el pueblo!:

*Libera nos, Dómine...
Te rogamos, audi nos...!*

Y a correr ta casa; a echar una copa, a coger as alforjas bien preparadas y arregladas, a aparejar y a salir t'a Calle Nueva u t'o camino San Antón pa ir en cuadrillas y en recuas ta Dulcis. Si el mismo día 3 se celebraba la excursión, visita y fiesta, antes de ir teníamos los chicos y chicas de las escuelas otra letanía que decir: invocar a Jesús mil veces, y así, si durante el año *quereba tentá-nos el diablo, se'n iba con a coda entre as garras porque deseguida* le decíamos esto:

*Apártate, Barrabás,
porque con yo no vendrás
porque el día Santa Cruz
dije mil veces «Jesús».*

Por lo general, la romería a Dulcis se celebraba y se celebra todavía, pero con menos asistencia y más tibieza, el día 9 de mayo o el 8 o el 10, si era domingo la fecha consuetudinaria. El párroco ya lo había advertido, desde el pie del altar un domingo antes, y el alcalde lo había mandado pregonar para conocimiento de toda la Villa.

Era y es (ahora no tanto) día de ajetreo en las casas *el* víspera de la romería a Dulcis. Las mujeres andaban azacarnadas preparando la comida extraordinaria: buena carne de ternasco, conejo casero, lomo de cerdo con buen *lardo* (manteca), *bella gallina gorda y mala ponedora*, *tortas*, *pastillo*, *almendras tostadas*, *paella (pa nusotros) pa empezar*, *pan bien tierno que s'esbrisne n'a boca...* y, claro es, *vino de flor recién espirallau*, clarete, anís, tal vez café, *a baraja*, *güenos puros...* La física miente; las leyes de impenetrabilidad no existen en las alforjas ni en los estómagos en esos días de romería a Dulcis. Para comer, bajo los olivos milenarios o a la sombra de encinas (*carrascas*) seculares, o en aquellas salas destartaladas, o en aquellos pasillos de yeso en plastones, o sobre los yerbines de la plazaleta, o en la orilla del barranco próximo, o en los yermos vecinos, o en el romeral de al lado... se juntan dos o tres familias por razón de parentesco, de vecindad, de afecto, de posición social... En la mejor sala, y sobre una mesa larga y ancha se pondrá la comida para el ayuntamiento, cura o curas, secretarios, maestros, médico, sacristán, alguacil. El alcalde tiene la obligación, y a mucho honor, de proporcionar montura de confianza para llevar y traer al cura párroco. Sobre el aparejo, o albarda, si es que prefería eso, hay que poner una hermosa piel de oveja, curtida, bien lanuda, y teñida de azul, precisamente de una de las reses que se sacrifican el día en que hace su fiesta la cofradía (*a cofadría*) de san Fabián; el *macho*, mula, burro ejemplar, yegua o caballo que ha de ser montado por el

cura tiene, también, comida especial, tres *almudes* de cebada (*de bordio*), que el ayuntamiento adquiere y que en los presupuestos municipales tiene su puesto correspondiente y su partida; la paja no tiene asiento ni valor determinado. También el secretario y el organista suelen gozar del privilegio y distinción de proporcionarles montura con aparejos y estribos. El alguacil guiará con prosopopeya al solípedo, o al *burricau*, que lleve, *en os argados la comida pa'l ayuntamiento, cura o invitados, y en a riera d'o Puente Güera, a mitá camino*, montarán los que han andado una hora, y seguirán a pie otro tanto camino los que han desmontado a medio trayecto.

La salida del pueblo, de la villa, del *lugar* o aldea, se anuncia a toque de campana, a volteo. Los mozos y mozalbetes van delante del grueso de la expedición, marchan por sendas y atajos, de avanzada, entran en Buera en las casas de parientes o amigos, allí comen torta y beben vino o anís; unos esperan al resto de la comitiva y otros se adelantan al santuario, a la ermita, *a bandiar* (a voltear la campana) o *a juar a pilota*. Claro es que todos los mozos del pueblo no son «vanguardistas»; los que tienen «algo que perder»... se quedan para formar grupo de parejas, montadas sobre buenas caballerías, si el noviazgo está adelantado y consentido, o para ir de acompañante, «de pie», de criado de confianza, si el cortejo se inicia y si el rendaje solo tiene balbuceos. Y siempre hay alguna escena cómico-trágica en los caminos, a cargo de las mujeres sobre todo, porque los hombres hacen correr en los llanos a las caballerías, y la mujer que no tiene costumbre, *trazas* ni picardía para ir montada, cae al suelo o pide socorro y ayuda para no caer y *pa no fer réir*. Alguna vez chorrean lastimosamente aquellas alforjas blanquísimas de lino, las que hiló la abuela hace ochenta años, porque en el galope, en el descuido o en la torpeza se volcó o se rompió un

puchero, una botella o una fiambarrera, y el aceite, la grasa, el vino o la salsa dan fe de vida escapando a su encierro y de su funda.

Llega la gente y la recua a la ermita. Todos se afanan en actividades diversas, lo mismo hombres que mujeres, chicos que grandes: quitar los aparejos a las caballerías, atarlas o darles una *sogada*, elegir sitio para cocinar y comer, traer piedras para asientos y para improvisar un hogar en que cocer la comida, traer y buscar leña de árboles y arbustos viejos de las cercanías, cambiar algo de indumento y de calzado las mujeres que más han de trabajar... y en seguida a visitar a la Virgen, rezar una salve, o dos o tres avemarías. A encender el fuego, seguidamente, asar o freír *bella zaborreta, os figadez* (hígados), *bella pizqueta d'escrebas* (de non), *bella costilleta pa* echar un piscolabis, y luego a la misa solemne que cantarán en polifonía desconcertante e inarmónica casi todos los hombres viejos, y tal vez *un grupo de mocetas porque os zagals d'ahora son unos guajiros, y unos malos pezolagas, y unos descreius, d'a piel del diablo*. Avivan el fuego, en cuanto salen de misa, los más impacientes por comer pronto, pero siempre se come tarde. Y muchos le preguntan al cura que ha celebrado: «*Mosén, ¿no le roñan as tripas? Eche-se un goted pa engañar-las*». Pero sí se come tarde... ¡cuánto y qué bien se come! Y se bebe y se fuma, y se copea, y hasta *se fa bel corro pa juar a la chica, al siete y medio, al guñote, al julepe* y las mujeres al *tonto, al oré* y a la *treinta y una*. Y los mozos a la pelota en la plazoleta del santuario, y todos los chicos, con tantas pelotas como chicos, no dejan en paz salas, pasillos, paredes y patios. Tal vez haya algo de baile al son de una guitarra y una *mandurria*. Algún viejo gruñón y criticón *d'ichos qu'a todo l'han* de poner peros decía: «*En Dulcis en estos días de romería, la*

Virgen se'n va ta'l cielo, y se quedan pa guardar a casa san Fartín, san Borrachín, san Bailín, san Charrín y san Jueguín».

Y a despedirse de la Virgen. Se reza el rosario cantando el primer misterio. A veces se reza también el último cantando distinta avemaría, es decir, que se suele cantar dos oraciones a la Virgen con distinta tonadilla, las mismas que en la villa se cantan los domingos en los rosarios de mañana y tarde por las calles; se cantaban; ahora son muchos los domingos en que el rosario se reza *n'a iglesia d'abajo* (San Miguel), pero no se recorren las calles ni el popular canto se prodiga. El sacerdote, los curas están cansados todos los domingos porque han tenido que ir a celebrar a dos pueblos distantes, por malos caminos, habiendo tenido que madrugar mucho; además la gente ha estado toda la mañana en el monte, sobre lodo en los *reganos*, y prefieren quedarse, por la tarde, en el café jugando, *copiando* o bailando. Hasta el juego de pelota se va perdiendo; a la barra, hace años que nadie se entrena ni tira.

Se vuelven a aparejar *os bages* (las caballerías), las mujeres recogen todos los utensilios y menesteres para hacer la comida, vuelve vacío todo, a las alforjas, *argados* y sacos, pero en fiambreras, pucheros o cazuelas se llevan restos de la comilona para los viejos, chiquillos, enfermos, impedidos... que se quedaron en casa; y estas sencillas gentes que por su edad, achaques y por tener que atender a niños o a enfermos no pudieron ir a Dulcis, comen con unción, religiosidad y fe todo lo que vuelve de la ermita, y lo comen rezando, como cosa bendita, pues el agua de la cisterna es, para aquellas buenas gentes, agua milagrosa y santa... ¡Qué lastima es que se pierdan poco a poco, o muy deprisa, estas creencias puras e inocentes de aquellas gentes fundamentalmente cristianas y bondadosas! Y... *cara ta*

casa; t'Alquezra antes que se faiga de noche por os caminos; aún tenemos qu'entrar en Güera a ver a os parientes y, amás, nos estaremos bel rated ebandando un trago... (naturalmente el trago o los tragos no son de agua del río ni de fuentes, sino de anís o de vino que todavía manan de las botas, si se les aprieta bien as tripas pa que pichen as zagueras gotetas que quedaban). Y que Dios y la Virgen de Dulcis nos dé güena cosa de salud pa golver al año que viene... ¡Amén!

TA DULCIS, DE ROGATIVA

Hace años «Villa y aldeas», y otros pueblos que se agregaban, iban en peregrinación, en procesión seria y triste, descalzos muchos hombres y hasta mujeres, en rogativa a la Virgen de Dulcis a pedirle perdón, consuelo, alivio, favor y gracia. Fueron a la ermita todos los pueblos *d'a redolada* cuando el cólera hizo estragos; después, siendo nosotros ya chicos y hasta mozos, han ido de rogativa varios pueblos, y Alquézar en cabeza, por una epidemia grave de *picueta* (viruela) que hubo en el país; cuando la gripe, el año 1918, mataba a tanta gente joven; y, antes y después de esta fecha, por la sequía, azote de Aragón frecuentemente, desde hace unos cuarenta años, cosa que ya predijo Colber en su fúnebre profecía y avisó a los países que iban dejando sus montes desnudos por el incendio, el hacha, la desidia, el carboneo, la ignorancia y la maldad.

El alcalde y el párroco de cada pueblo, de acuerdo con el sentir y deseo de las gentes, señalaban el día, distinta fecha para cada localidad. La campana mayor, dando solo medias vueltas, lentamente, seriamente, acompasadamente, y solo una campana, avisaba el acto religioso *el víspera* de ir a la ermita a implorar salud o lluvia. Cuando salía el sol, salía la procesión del pueblo, muchos hombres, casi todos los que podían resistir la caminata, y bastantes muje-

res. Los hombres llevaban, los que eran cofrades de la de san Fabián o de la cofradía de la Sangre de Cristo, sus túnicas moradas o negras, como si fuesen a un entierro. Una bandera negra o morada, de una de las dos cofradías, iba delante, junto a los chicos mayores de la escuela, con su maestro, y entre las filas de hombres, al final, y al comienzo de las filas, pelotón, mejor, de las mujeres, el alcalde y los concejales acompañaban al cura que llevaba delante y cerca al sacristán, con sotana y roquete, portando la cruz de plata de la parroquia, valiosa y pesada por lo que, en el camino, se turnaban voluntarios para llevarla enhiesta.

Se cantaba el rezo del rosario con una entonación triste y monótona en las avemarías, se recitaba, un canto también sencillo y en modulación larga y tono bajo, estrofas y versos alusivos como se indica en lugar aparte: aún recordamos estos:

*Verás los campos
del todo secos;
de ti esperamos
pronto el remedio.
Agua te pedimos
que todo se seca,
árboles y frutos
que tiene la tierra.*

Porque hace unos cincuenta años, y por gracia especial del señor obispo, fueron los de «Villa y aldeas» a Dulcis, en rogativa porque no llovió en tres meses, y a traer a la Virgen a Alquézar, a la magnífica colegiata y rica iglesia en cuyas proximidades se había aparecido, según tradición e historia, fe y señales. Y llovió antes de terminar la novena que se hacía y a la que asistía la villa entera y también gentes que venían diariamente de los pueblos

vecinos. ¡Y qué fiestas, y qué fiestas hubo cuando se volvió, en procesión, a la Virgen a su casa y santuario!

Cuando iban de rogativa aquellas gentes, nadie llevaba comida, ni licores ni monturas, ni trajes ni vestidos alegres o vistosos. Se asistía a misa y, en seguida, se volvía la procesión al pueblo, a comer a casa. Alternando con el rosario y los cantos de rogativa, se rezaba como en las letanías de mayo, invocando a la Trinidad, a la Virgen María, a los ángeles, patriarcas y profetas, a los apóstoles, evangelistas, mártires y confesores, doctores, vírgenes, viudas, santos y santas... para que nos libren del mal del pecado, de la ira, de la muerte repentina, de las insidias del demonio, de la mala voluntad, del odio, del relámpago, de la tempestad, de los terremotos, de la peste, del hambre, de la sequía, de la guerra...

TA DULCIS, A DAR GRACIAS

Había llovido; y los campos, *en sazón, farta a tierra*, volvían a estar frondosos y prometedores. Sí, había llovido mucho, tal vez antes de terminar la novena de rogativa que se hacía ante la imagen, cuando se había traído la Virgen a Alquézar. Cuando empezaba a llover, cantábamos los chicos:

*Ya caen gotas
y pilotas
y cordones
pa mis botas...*

*Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva,
os pajaricos cantan
a la seis ya se levantan...
llama ya a Perico*

*que está bien dormidito
pa fer unas basetas
en o chorro d'as fajetas...*

Cuando, después de haber llovido, después de unos días de nublados, *de boira preta y de güenos andalocios y chaparrons*, cuando el sol asomaba vergonzosamente entre nubarrones, decíamos a coro:

*Sol y soled,
pa hoy y pa mañana
y pa toda la semana...*

S'había regau o monte; manaba A Cubera ¡habían reveniu as fuentes! os barrancos habían saliu todos poco u mucho... Había que volver a su casa y ermita a la Virgen de Dulcis en procesión alegre y bulliciosa, y había que ir a celebrar misa «de tres en ristre», bien solemne, con sermón, con música de «armonium», con danzantes y gran fiesta para darle las gracias, si no se había sacado de su santuario.

A esta fiesta semirreligiosa, semipagana, fiesta de iglesia y fiesta profana, iban siempre «Villa y aldeas». Alguna vez asistía el obispo de Huesca; recordamos haber visto en una ocasión a don Mariano Supervía, prelado que no llegó o que no ha llegado a santo todavía porque tenía poca talla y poco peso... Entre obispo y paje (don Guillermo Legaz, que vive y que viva muchos años), pues... unos ochenta quilos, o menos.

Cuando «Villa y aldeas», es decir, cuando los de Alquézar, Buera, Colungo, Asque, Huerta, Radiquero y San Pelegrín iban a Dulcis a dar gracias a la Virgen por haber llovido o por haberse terminado una grave epidemia, todos los pueblos iban en procesión llevando en ella, en *a* mejor *peaina*, el santo, Virgen o santa, patrón o patro-

na del pueblo; se llevan todas las banderas y estandartes de que se disponía, los faroles más grandes y majos, las cruces parroquiales, el «armonium» de san Miguel, de Alquézar... Naturalmente, las procesiones eran cosa formal, seria y vistosa a la salida de los pueblos, en un trayecto de un par de kilómetros, o menos. Hasta después de pasar Buera y la pequeña ermita de san Juan no se volvía a formar la procesión; en un trozo de camino antes de llegar a la ermita de Dulcis se formaba la manifestación religiosa y así entraba la gente, formada y cantando, en la iglesia. Antes y después de la procesión, delante de ella y detrás de ella, iban las caballerías con buenas cargas de comidas y bebidas, y las monturas de curas, autoridades, secretarios, ricotes, gordinflones, *siñoricos* y mujeres poco andadoras. La priora, las *mairalesas* y un grupo, un pelotón, un montón de mozas, una masa de chicas, doncellas y mujeres, queriendo sobresalir en piedad y devoción, rodeaban *a peaina* del santo, de la santa o de la Virgen acompañándola a la ida y a la vuelta. Los mozos formaban grupo aparte, en las avanzadas, con las banderas grandes, pecadas, altísimas, todas de raso y seda, con cordones *pa fer a cortesía*. A la salida del pueblo y a la entrada en la ermita se cantaban, en algún misterio del santo rosario, las avemarías de los días grandes, en variedad de voces, tonos, timbres e intensidad.

Los mozos tenían a gala, a orgullo, a honra y valentía, a majeza y habilidad, el llevar las banderas de todos los pueblos, desde la salida de su lugar hasta la misma ermita de la Virgen de Dulcis, altas, enhiestas; si hacía viento, el rico tejido de seda ondeaba en el aire, y el forzado mozaillon que la llevaba, enganchada el asta en una fuerte correa sujeta a la cintura, dominada con sus brazos de acero y manos de tenazas sudaba y jadeaba pronto por el enorme

esfuerzo que se necesitaba para sostener el equilibrio. Alguna vez, cuando en el camino se hallaban árboles corpulentos que se entrecruzaban sus ramas, no había más remedio que inclinar las banderas hasta cerca del suelo, operación y maniobra en la que ayudaban otros dos mozos sosteniendo a la gigante con dos cordones de seda terminados en flecos como lloronas, artísticos y valiosos. Estos bravos mozos de mi Somontano no saben que, cuando inclinan las banderas bajo los grandes árboles en los caminos estrechos, rinden homenaje, saludan a Dios en su obra, se postran ante la naturaleza en un panteísmo inconsciente. El duque de Aumalé, cuando pasaba con sus ejércitos por la Champaña, hacía que sus soldados rindieran sus armas ante los viñedos ubérrimos, símbolo de aquella Francia de entonces, de su riqueza, de la paz, del trabajo, y de la perseverancia inteligente en aquel cultivo e industria en aquel tiempo. Así, nuestros mozos y nuestras banderas se inclinaban en saludo y en reverencia ante los olivares, ante las huertas, ante los campos, que verían más bendición de Dios si los hombres fuesen mejores, si trabajasen más, si dedicasen más esfuerzo e inteligencia a cultivos y a trabajos agrícolas.

Cuando la procesión entraba en la ermita de Dulcis, los mozos de vanguardia, con sus banderas, hacían *la cortesía*. El que llevaba la enorme y pesada bandera y los dos jóvenes que llevaban los cordones se situaban sobre una margen al borde del camino, sobre una pequeña altura o sobre unas piedras o pared. El abanderado, serio, noble, callado, imponente... imprimía a la bandera un movimiento de vaivén sobre las cabezas de los fieles, especialmente al paso del sacerdote, de las andas, autoridades y personas destacadas. Los mozos de los cordones, con vista, maestría y rapidez, tiraban o aflojaban por un lado, alternativamen-

te, para rectificar cualquier error o distracción que pudiera traducirse en golpe o molestia a los homenajeados. La tela, el raso y seda de la bandera, había de rozar ligeramente las cabezas descubiertas de los hombres y las mantillas de las mujeres. El extremo alto de la bandera, coronado siempre por unas cintas, una cruz de plata o un ramo vistoso trazaba en el aire una curva airosa de ecuación desconocida y no calculada, como si se quisiera escribir en el aire un «ocho» tumbado, como si se quisiera trazar un signo del infinito... matemático, como si ese acto de hacer *la cortesía* tuviese un valor mayor que toda cantidad asignable. Y algo imponderable, y algo inefable hay en todas estas costumbres y ritos religiosos y folklóricos de mi Somontano. ¡Y qué pena nos da el ver cómo se van perdiendo esencias y virtudes, bondades y hechos! Pero... ¿quién será aquella hermosa muchacha, guapa y sanota, buena moza, esbelta, morena, de ojos brillantes y serenos, airosa, buen tipo, cara de inteligente y de bondad... Esa moza tan bien vestida que por un momento ha visto cómo la seda de la bandera ha envuelto su cabeza y ha mezclado el rojo del tejido con el carmín puro y propio y con el rubor de su cara bella? ¡Cómo nos podía decir quién es esa linda muchacha el mozo apuesto y gentil que tan bien sabe hacer *la cortesía*...!

Y por culpa de las banderas pudo haber una tragedia en el camino, regresando de Dulcis, un día consagrado a agradecer a la Virgen el beneficio de una lluvia implorada con reiteración y angustias días antes. Y es que siempre hay pequeñas rivalidades entre los mozos de los pueblos, si por medio andan mozas, prerrogativas y banderas en competencia: así ocurrió el hecho: debió ser en mayo de 1897.

Ya habían llegado las procesiones de cuatro pueblos. Sus banderas descansaban de pie, apoyadas en un rincón,

en un diedro formado por dos paredes, una perteneciente a la casa aneja al santuario y otra a una de las entradas a la iglesia. La nuestra, la bandera de nuestro pueblo, era algo más, poco, muy poco más alta que las otras. Pero faltaban tres procesiones con sus banderas, y pronto iban a llegar porque ya se veían ondear airoosas y retadoras por los llanos y campos de san Juan, sobresaliendo de los altos olivos y hasta de las *carrascas* más grandes. Temíamos los chicos, que la bandera de Buera fuese la más alta de todas, pues se había corrido por todo el contorno, por toda la *redolada*, que habían puesto un empalme en el extremo superior, cubierto por el tejido de seda; además, también los de Huerta de Vero traían bandera nueva, por cierto que la traía desde el pueblo, sin descansar, el mozo de casa Lorén en un alarde de fuerza, de resistencia, de voluntad y de hombría. De todos modos, nosotros, los chicos, los de la sección de mayores de la escuela de niños de la villa (Inocencio Villacampa, Antonio Naval, José Felipe, Antonio Buil, Manuel Carruesco, el que esto recuerda y escribe, ahora todos con nietos, sesentones, gracias a Dios), determinados a que si nos ganaban a bandera alta fuesen los de Huerta, pero no, de ninguna manera, los de otros pueblos (es que los de Huerta y los de Alquézar siempre se han tenido gran afecto y especial trato), hicimos una pequeña travesura que a nosotros nos pareció una demostración de ingenio, de talento, de ocurrencia feliz y hasta una prueba de valentía y de orgullo santo. Las banderas descansaban en un lugar, sobre el suelo, en un rincón en que crecía la hierba en abundancia, lozana y alta; buscamos una piedra algo plana, la ocultamos entre la frondosidad de la hierba, entre tres y cuatro de nosotros (ninguno éramos Alonso de Céspedes) elevamos nuestra bandera dejándola descansar sobre la disimulada piedra, y

podimos ver con alegría pueril y sin remordimiento de conciencia, que nuestra enseña subía un palmo por encima de las otras. Y llegaron las otras procesiones; sus abandonados, después del rito de la cortesía, iban dejando sus insignias, sus respectivas banderas, junto a las otras, sobre las otras, formando un haz de astas, de cordones, de telas de seda, de cintas y de lazos. Y resultó que la bandera de Huerta sobresalía de todas; que la de Buera se quedaba ligeramente baja con relación a la nuestra; que nadie ¡qué dicha! sabíamos una palabra de las oblicuas que se apartan más, igual o menos del pie de la perpendicular, y por esa razón geométrica algunas banderas parecían más cortas; que el subterfugio o pecadillo se llegó a descubrir; que los mozos de Buera tiraron al barranco la piedra que hacía crecer banderas; que hubo un poco de runrún; que los autores de la travesura nos llamamos prudentemente retirándonos mohínos, y que quedó entre la gente moza un poco de rescoldo...

Después de comer bien, beber más, tomar unas copas aquí y allá, en cada corro de gentes reunidas de sobremesa... sobre el suelo de los campos y olivares, aun se formó baile, partidos de pelota y grupos de *chiqueros* y *juleperos* y del *siete y medio* (los que jugaban a la *chica*, al *julepe* y al *siete y medio* con barajas mugrientas de naipes arqueados como tejas). Pero el sol bajaba deprisa; había que volver a los pueblos, y se empezaron a formar las procesiones mientras quedaban recogiendo las cosas los que habían de venir con las cabalgaduras e impedimento detrás de las procesiones. Al llegar a Buera, aquel runrún y aquel rescoldo que se advirtieron en la ermita volvieron a dar fe de vida en reticencias, malas caras, indirectas y alusiones; entre los bandos de mozos de dos pueblos cristalizaron querellas, enfados y rivalidades; y cuan-

do temíamos todos que iban a relucir al aire cuchillos y pistolas, llegó la pareja de la guardia civil acompañada de algunos alcaldes y hombres de buena voluntad, y se impuso el orden, el silencio en el hablar ofensivo y amenazante, y se mandó que los abanderados continuasen la marcha en cabeza de la procesión respectiva. Pero, a la salida del pueblo volvió la cuestión a agriarse porque unos mozos decían que si tal bailadora no quiso bailar con ellos, que si tal procesión debería ir detrás de aquella otra, que si tal alcalde no tenía por que *meté-se* con los de otro *lugar*, que si las banderas, que si esto, que si lo otro, que *os majos s'iban a acabar bien luego...* (En fin, cosas del mucho beber, y fumar y bailar...). Unas piedras que alguien, escondido tras una tapia, tiró a la bandera de Huerta, la más alta, cuando ya las procesiones de Huerta y Alquézar habían salido del pueblo, vinieron a insultar a los dos pueblos, unidos siempre, y a agravar la cuestión. En una era volvieron a reunirse, en tropel, unos cuantos jóvenes, y, después de palabrotas, acusaciones y amenazas, un matón forastero (no de Alquézar), fue a obligar al mozo de la primera bandera, cuchillo en mano, a que se detuviese porque si no... Y entonces Pedro Canced (Pedro Rodellar, el *amo* joven de casa Canced, de Alquézar) sacó una pistola del «quince» de aquellas de dos caños que llevaban balas como *cergiellos*, y ya iba a ponerla en la nuca del matón insolente y provocador, para enviar al otro mundo al indeseable, cuando la oportunidad, la serenidad y la valentía de la maestra de Alquézar en aquella fecha, doña Julia Paraíso y Lasús, hermana de los Paraíso de tanto renombre en Zaragoza, sujetándole la mano y el arma evitó una tarde trágica. En seguida llegó la Guardia Civil; y el juez de Buera; y aquel inolvidable cura de Alquézar, *mosén* Joaquín Ariño, el que

jugaba tanto y tan bien a la pelota con todos los mozos; y el maestro de Alquézar a quien debemos todo lo que somos en cuerpo y alma y todo lo que tenemos en materia y espíritu, y otros muchos más que supieron zanjar con energía, con justicia y con rapidez aquel comienzo de drama. Y Pedro Canced, a quien todos los chicos mayores de la escuela vimos empuñando la pistola para tomar justicia y hacerla por su mano, fue en adelante el héroe de la villa, para nosotros, el defensor de la razón, el valiente, y el decidido. Pedro Canced volvió a la villa con nuestra procesión, con todos los de Alquézar; el juicio celebrado en el mismo camino, junto a una encina corpulenta sobre las que se apoyaban cuatro o cinco grandes banderas, ninguna menos de unos quince metros, absolvió a nuestro convecino. ¡Qué razonables, y discretos, y justos, y sensatos estuvieron todos los que intervinieron en dar antecedentes, en ser testigos y en apreciar atenuantes y eximentes...!

Dios, la Virgen de Dulcis, los santos de aquel hermoso día de mayo, la Providencia, en fin, dispuso las cosas de tan feliz manera que no fuese aquella fecha de triste memoria para «Villa y aldeas». Pero nosotros, los chicos y chicas mayores de Alquézar, los de las secciones de adelantados... en estatura, y en edad, y en resistencia, que habíamos presenciado el prólogo de una tragedia inminente, tuvimos aquel día la primera taquicardia, el primer trauma psíquico de la serie que nos guardaba el curso de nuestra vida. Se hizo noche cerrada ya cuando aún estábamos entre los olivares de las Planas y las viñas de las Cuestas. Todos íbamos serios, temerosos, apiñados con un poco de rabia, y aunque hubiésemos llegado a casa con sol no hubiéramos puesto los ojos, ni la atención, ni la esperanza en aquellos *cuatrones* de trigo de Campanachal que eran una bendición de Dios;

ni en las huertas lozanas en verduras y hortalizas; ni en aquellas viñas de tanta arma, verdor y *ugas* en flor; ni en aquellos olivares de rama como albahaca, de *planzones* con *pollizos* como *mayos*, de *nerales* con tanta muestra que las ramas parecían ramos; ni en aquellas *costeras* «tupidas» de romeros, de *espigol*, de *tremoncillo*, de *bucheras*, de *coscolleras*... todo lozano, todo verde, todo milagros del agua y del sol; *ni en aquellas marguins con tanta yerba pa pajentar; ni en aquellas almendreras con tanto almendrico tierno; ni en aquellos barrancos con güenos chorros d'agua pa regar as eras de judías y os cancellos d'as patatas.* ¡Qué encanto de montes, de cultivos, de cosechas, de ambiente, de ciclo, de esperanza..., todo por obra y gracia de Dios, todo por la Virgen de Dulcis *qu'había feito* llover tanto cuando *ya s'iba a perder todo...!* En Campanachal, en Mondod, en los Reales, en Os Ballons y en *as valletas* había corros de trigo tumbado por tanto llover, y decía la gente yendo a Dulcis: *güena señal; «trigo echau levanta al amo...»*

Pasó sin más duelos ni quebrantos, sin desgracias y sin dramas, sin deshonor y sin tragedia, aquel día de mayo en que la incomprensión, el matonismo, el orgullo mal entendido, el amor propio, la tozudez, la ignorancia, la *fachenda* y el alcohol, sobre todo el alcohol, estuvieron a punto de escribir con sangre, y odios, y rencores, la fecha memorable. Pero entre «Villa y aldeas» quedó algo de desazón, algo inconcreto e imponderable, algo de desconfianza y de tibieza que podía cristalizar el día menos pensado en una reticencia provocadora, en un chispazo que iniciase un incendio. Y esto había que evitarlo. Y había que hacerlo pronto porque el verano *s'echaba encima* con sus caceras, *pescatas* y fiestas de pueblos, y los mozos de localidades diversas no faltaban a esas reuniones en el campo, en el río, en las plazas y bailes de «Villa y aldeas». El cura, el maestro, el alcalde, el juez, el organista, el secre-

tario y tres o cuatro de los mayores contribuyentes de Alquézar, todos buenos amigos que a diario se reunían en una o en otra casa, planearon la empresa y la pusieron en práctica, así:

Un día de verano, cuando la gente labradora andaba azacanaada en acarreos, trillas, riegos, eras y pajares, los de Alquézar citaron a comer unos pollos *a la chilindrón*, en el molino de Salvador, junto al puente de Buera, en un chopar en que hay una fuente muy buena con agua helada para refrescar el vino, citaron y acudieron todos los llamados, a los párrocos, alcaldes, maestros y ricotes de cuatro localidades. Derivación y efecto de aquella reunión en que unos pollos pagaron el pato y unos jarros de clarete hicieron hablar abundante y claro fue la paloma blanca que marchó a Huesca, personificada en dos párrocos, un maestro y un alcalde, a hablar con aquel pequeño obispo de tanta virtud, y paciencia, y bondad, como escaso de peso, de estatura y de voz, con don Mariano Supervía. El santo varón escuchó razones y trazó normas; volvieron los comisionados a sus pueblos, y a los dos días no había chico ni chaco en todos los pueblos de la *redolada* que no supiesen hasta el menor detalle qué fiesta se iba a preparar en Dulcis *pa abril u mayo* del año venidero, una fiesta que no se olvidaría jamás y que daría honra, gloria y fama a «Villa y aldeas», y que desagruaría a la Virgen de Dulcis, y en que todos los mozos harían las paces delante del señor obispo.

En cada pueblo se formó una comisión para preparar el día que había de ser sonado e inolvidable. Los mozos que habían sido los *mayorales* en las pasadas fiestas de cada lugar se reunían con las autoridades siempre que los citaban el cura o el alcalde. Esos mismos mozos fue-

ron los encargados de ir a Huesca a *apalabrar* la música *d'aire*, de ir a los pueblos vecinos a invitar, con meses de anticipación, a otros mozos que habían de ir en representación de sus respectivas localidades; y las mozas también tendrían que pensar en adornar *peainas*, arreglar mantos, elegir *mairalesas*, preparar *cabelleras* y sabinas encaladas¹. El papel más importante en la fiesta proyectada tenía que estar a cargo de Alquézar, la villa de más fama, autoridad, mando, historia y gobierno *d'a redolada*. Y los de Alquézar se comprometieron a llevar «armonium», a cantar misa de capilla, a llevar danzantes, a traer y llevar al señor obispo en coche y en mula (no había *auto*; la carretera solo llegaba a Lascellas, y el camino desde Lascellas a Alquézar, pasando por Abiego y Adahuesca, era malo para todos, peor, naturalmente, para los señores obispos), los de Alquézar tenían que llevar también *os dichos*, y al diablo, y al ángel, y habían de ir de uniforme los chicos y chicas de las escuelas.

A DULCIS «VILLA Y ALDEAS» Y LOS PUEBLOS DE LA REDOLADA

El gran día, la gran fiesta en Dulcis, la mayor concentración de fieles y devotos de la Virgen..., fue en mayo,

1.- Las *cabelleras* son unos *tiestos* (cántaros rotos o macetas grandes para flores), con tierra-*fiemo* en los que se siembran trigo, maíz, cebada, calabaza, judías, garbanzos, etc. unas semillas de cada cosa; se deja el sembrado en la oscuridad de una bodega y las plantas nacen formando, verdaderamente, una *cabellera* blanca y rubia espesa y vistosa, resultado de una ausencia de clorofila y de fototropismo positivo. Las plantas, las macetas, las *cabelleras*, siguen así unos días hasta que la luz del día pone verdor, fortaleza, desarrollo normal en los sembrados, y se añade a las macetas de plantas «anémicas» arcos de mimbres, cintas, lazos, adornos y serpentinas que forman conjuntos de arte y de paciencia, de gusto y de gran volumen. Como las plantas privadas de luz y en espesura suben mucho, las ignorantes y sencillas mujeres de mi tierra dicen que crecen tanto *pa* ver mejor a Dios del Cielo.

a fines de mes, cuando las huertas no requieren el riego a día fijo, ni los *hordios* (cebadas) están para secar, cuando no requieren trabajos urgentes ni precisos las viñas, ni los olivares, ni los ganados, ni los huertos, ni los *reganos*, cuando teníamos nuestros felices y dichosos diez años, a fines del siglo que ya pasó. «Villa y aldeas» echaron el resto en todo; solo se quedaron en casa *os agüeletes, as famiñetas* (niños de poca edad), *bel malo* (enfermos) y algún *impediú*. Los pueblos de la *redolada* (Salas Altas, Salas Bajas, Pozán, Lecina, Bárcabo, Azara, Azlor, Abiego...) y hasta lugares de tierra de Huesca y ribera del Cinca, también dieron mayor o menor contingente. La familia de los señores Paraíso (don Basilio, don Romualdo, don Francisco, don Valentín y doña Julia), de modo especial don Romualdo Paraíso y doña Julia, que fue maestra de la escuela de niñas de Alquézar, visitaba alguna vez el santuario de la Virgen de Dulcis, y, para una fiesta tan señalada cinco o seis mil devotos, encargó a dos casas de Zaragoza la construcción de dos magníficos y grandes faroles, artísticos y valiosos, y además un rico estandarte de seda, bordado con hilos de oro y plata. Las mayores, y más nuevas banderas, las andas (*peainas*) más adornadas, lo mejor, lo más lujoso y de más valor y mérito de todas las iglesias del contorno se llevó, en procesión, a Dulcis.

Los chicos y chicas mayores de las escuelas de Alquézar habíamos de ir uniformados de blanco y azul, todos con alpargatas blancas para hacer mejor la caminata de dos horas a la ida, por la mañana, y otras dos horas por la tarde, al regreso. Poco, muy poco tiempo nos quedó para mirar los libros un mes antes del acontecimiento; dedicábamos nuestras actividades y pasividades a ensayar cánticos y versos, la misa de capilla y las avemarías solemnes; pasábamos tardes enteras viendo

cómo se adiestraban los danzantes con sus vistosos palitroques y su laberíntico árbol de cintas, haciendo y deshaciendo arabescos, plegando y desplegando adornos y conjuntos. Aún suena en nuestros oídos aquella musiquilla en «ritornello» que movía a compás piernas, brazos, cabeza y palos de los danzantes, música que no copiamos toda en este trabajo porque en Huesca y su provincia no hay danzante que no la sepa, ni músico que no la toque, ni archivo que no la conserve, ni fiestas de san Lorenzo en que no se recuerde y se reviva. Pero se ignora el autor de esa música tan sencilla, que tanto se pega al oído, tan retozona, tan descriptiva y apropiada. Y es la misma para los palos que para las espadas, es decir, que golpean y se mueven al compás de la misma música lo mismo cuando bailan, danzan, trenzan y tejen al ritmo de los golpes con los palos que con los choques de las espadas. Para el trenzado y destrenzado de las cintas, que se enrollan y desenrollan en el artístico palo de unos tres y medio o cuatro metros, la música que guía los pasos y movimientos de los danzantes suele ser la de un vals cualquiera, pues es, realmente, el baile al compás, y al ritmo, y al aire de un vals lo que practican los artistas en ese ejercicio vistoso y sorprendente de nuestro folklore somontanes. Los gorros o sombreros, anacrónicos e impropios en adornos y colores de ir en la cabeza de un hombre, son una balumba, una deliciosa algarabía de ramos, de cintas y de lazos que no describimos por ser cosa muy vista en todo Aragón, en todos los sitios donde actúan los danzantes, y son muchos los pueblos y las pequeñas ciudades de las tres provincias en que los hombres danzantes de la localidad lucen con orgullo y prosopeya el indumento en churriguerismo desconcertante. Y... ¡qué manera de *bandiar* (voltrear las campanas) *el* vís-

pera de ir a la ermita y el día en que fuimos, al salir la procesión por el camino de san Antón...! Los mozos querían llevar los trabucos naranjeros para tirar trabucos al llegar a Dulcis, pero las autoridades, con mejor acuerdo, no lo permitieron; claro es que nada hubiera ocurrido, porque ya en aquellas fechas todos los mozos y todos los pueblos, por deseo del señor obispo y por consejo de los alcaldes y guardia civil, eran buenos amigos; pero el afán de ser y de parecer valientes, «majos», atrevidos y «héroes» hubiera llevado a algunos jóvenes y *casaus* a poner enormes cargas de pólvora en los cañones, y algún trabuco se hubiera hecho trozos llevándose alguna mano del *espadero* insensato, como le ocurrió en una boda reciente al mozo de casa de Arnal, de Huerta de Vero. Un fraile del Pueyo, de Barbastro, había de subir a predicar, pero ya se corrió por *a redolada* que, por fin, no podía venir el obispo, que estaba delicado. ¡Vaya viaje que hubiera hecho desde Huesca, tan lejos, horas y horas en coche, horas y horas montado en alguna mula por barranqueras, caminos llenos de *gradones* y de *bardizales*, de *barças* y de pedruscos! Claro es, a nosotros, a los chicos, incapaces de entender razones y motivos, nos defraudó ausencia de tanta calidad: ¡Tan majos como íbamos a ir, tantas cosas que habíamos de cantar, y las comidas que se habían de consumir... y no vernos, ni escucharlas, ni probarlas el señor obispo...! Alguien decía: ¿Cómo va a venir el señor obispo a un *casalicio* viejo, sin *blanquiar*, lleno de *regatas* (grietas), lleno de goteras, de nidos de golondrinas, de *ratilla* (ratones), *desmantelau*, sin *sillas pa sentá-se...* y va a dejar un palacio con lujos y comodidades? Y tenían razón los comentaristas. Lo que debió ser una casa en que viviera una comunidad tal vez de unos quince o veinte religiosos; lo que sería

después, acaso una casa de labradores, porque el ermitaño o santero cultivaría los campos y olivares que fueron de la Virgen, en fin, todo aquel edificio y pequeña iglesia adjunta que hace cientos de años tuvo espacio, solidez, higiene y misión, ahora, y hace más de treinta años, solo es un caserón vetusto, inhabitado la mayor parte del año, visitado con lastimosa infrecuencia, olvidado de propios y extraños.

Había *albadas* (alborada) aquel día, y además, cantarían «el despertar de san Hipólito» con música de gaita y campana y voces de tenor y bajo, que solo una o dos veces al año se podía escuchar, o en alguna fecha; y solemnidad muy extraordinaria. La verdad era que para una veintena de hombres de Alquézar, los organizadores y cantores de la fiesta, ¡buen día de trabajo iban a tener! El canto religioso, «el despertar de san Hipólito» se hacía antes de amanecer: las *albadas*, cuando ya se hacía de día, pero antes de salir el sol; este era el canto profano, sin ser verdadera «ronda», y solo se recitaba una estrofa y el estribillo delante de la casa en que había una moza o dos, claro es².

Los danzantes, «los Dichos», «el Ángel» y «el Diablo», la Misa de capilla «de tres en ristre» (de terno) que, con el «armonium», cantarían *os d'Alquezra...* solo esos números bastaban para que se llenasen de forasteros los alrededores del santuario. Y sí que había «Dichos». Andrés de Pera iba todas las noches a la Casa de la Villa a aprenderse unos versos que hacían el señor Elías, el secretario, y don Pedro, el maestro. Pero, como no venía el señor obispo, no habría «Ángel ni Diablo»; no podría ver el sencillo, creyente y devoto pueblo congregado cómo el Ángel pisaba a Satanás, le clavaba su

2.- Véanse, al final del trabajo unos compases y notas de la música.

espada y le hacía morder la tierra, revolcándose en ella rabioso, impotente y vencido. El diablo hubiera sido Manuel Salamero, que tenía la voz de calderas de Pedro Botero, que ponía la cara fea y que era muy peludo; para caracterizarse solo necesitaba estar un mes sin afeitarse, enmascararse nariz, frente, orejas y manos con *foliín d'oculo d'a sartén*, llevar un *forcón p'atizar o fuego* del infierno y ponerse una especie de mono rojo y negro que guardaban, de otras veces, en un arcón de la Casa de la Villa. Y ¡qué paradoja! Manuel Salamero, hijo del «Diablo», de Salamero, padre, que había hecho ya de diablo en fiestas antiguas, era uno de los hombres más buenos, más trabajadores, más honrados y religiosos que había en Alquézar. Pero hacía tan bien el papel de personaje del averno que no podía encontrarse actor más a propósito para tal menester.

¡Dios no quiso que fuésemos «el Ángel»! Ya se hablaba en nuestra casa (¡pobre madre, que había subido al cielo meses antes!) de alas que armarían en Barbastro, de muletón para reforzar los costados en que se habían de coser las alas, de sandalias pintadas con purpurina, de piqué blanco para no sé qué, de una corona que tenía un Niño Jesús del cuarto de la abuelita, casi tan alto como un chico corriente... Y es que nuestra voz, estatura, pocas «chichas», cara sin curtir y, sobre todo, el ser monaguillo y tener algo de esa facultad de los tontos que se llama memoria, eran condiciones que pocos podían lucir y aprovechar.

Pero... ¡no fuimos el Ángel de la fiesta, porque la fiesta se quedó sin diablo y sin ángel!

¡Pobre literatura aquella de los versos que ya empezábamos a escuchar y a leer Salamero y nosotros!

Recordamos todavía estos fragmentos:

ÁNGEL. ¿Qué haces aquí, Satanás?
Vete de aquí ahora mismo;
márchate ya a los infiernos,
que tu casa es el abismo.

DIABLO. Yo aquí tengo mi poder
y que nadie vea engaños;
yo soy el jefe supremo
de los réprobos y malos.

ÁNGEL. En día tan memorable
y en fiesta tan señalada
la Virgen quiere que aquí
no haya gente desdichada.

DIABLO. Yo aquí tengo mi quehacer
entre tanta gente extraña,
que algunos que están presentes
ya me entregaron su alma.

(El diablo, al decir esto, hace ademán de mirar, como si quisiera encontrar y señalar a alguien entre los espectadores, y esto alarma y ruboriza a timoratos que hacen mención de esconderse o de taparse la cara temerosos de ser señalados por el dedo de Satanás.)

ÁNGEL. Huye de aquí ya, impostor,
que a la Virgen desagrada
que un demonio traiga aquí
alma negra y negra cara.

DIABLO. Tú eres chico y no comprendes
que en este mundo embustero
hay quien tiene buena fama
y es más malo que el *Dulero*.

(El *dulero* fue un pastor de caballerías que según recordaban los más viejos robó, asesinó y se escapó a Francia de donde jamás volvió. El ganado, al quedar

abandonado por haber huido el pastor, destrozó muchas huertas, comió *charrachón* en flor, bebió mucha agua turbia del río y murieron de *torzón*, casi todas las caballerías.)

ÁNGEL. Ya se impacienta la gente
por verte aquí tanto rato:
en nombre de Dios te digo
que te hundas en el acto...

.....

DIABLO. ¿Qué yo no soy poderoso?
Dígalo toda la tierra.

ÁNGEL. Si tienes algún poder
es porque te di licencia.
Bajaste del cielo empíreo
a las profundas cavernas.

DIABLO. Yo le di a Napoleón
osadía y muchas fuerzas
para conquistar a España
y a otras más grandes potencias.

ÁNGEL. No pronuncies más palabras;
muerde, de rabia, las piedras;
Dios me manda que esta espada
te corte el cuello y la lengua.

(El diablo al oír pronunciar el santo nombre de Dios y al ver que la gente hace la señal de la cruz, porque todos se santiguan, cae al suelo, rueda sobre la tierra y se hunde en una pequeña zanja preparada de antemano, disimulada y tapada con unas hierbas; entonces el Ángel se pone de pie, sobre Satanás y hace ademán de clavarle la espada por la boca mientras el público aplaude; alguna buena mujer llora enternecida infantilmente, sin hipocresía ni doblez,

viendo cómo triunfa el Ángel chiquito en la lucha con el temible y temido diablo...)

Pero no hubo función: no tuvimos que ser actores con aquella comedia; no hubo representación en que la virtud, el Ángel, el poder de Dios, habían de aniquilar y hundir al pecado, al diablo, a las tretas infernales. El acto solo tendría efectividad si venía el señor obispo, pero como no vino, como no pudo venir nos quedamos sin llegar a ser ángel..., aunque ya pudimos ver algo de lo mucho que se necesitaba solo para aparentarlo. Hasta entonces se recordaba dos o tres ocasiones en que hubo, en que se recitó y declamó el diálogo del ángel y el diablo, siempre en fiesta muy extraordinaria, estando en la ermita gentes de muchos pueblos. Supimos entonces que después del cólera y después de una gran lluvia que puso fin a una sequía aniquiladora fueron a Dulcis a dar gracias a la Virgen, y en las dos ocasiones se lucieron, en su papel respectivo, el ángel y el diablo. Y damos fe de que ya no ha habido desde entonces hasta ahora, ni fiestas memorables, ni aglomeraciones de miles de fieles en procesiones devotas, ni obispos presidiendo actos solemnes, ni diálogos celestiales... Tampoco ha habido, gracias a Dios, por «Villa y aldeas» ni por la *redolada* más epidemia de cólera ni endemia de *picueta* (viruela), ni pandemia de otros morbos; pero sí que ha habido sequías, y heladas, y filoxera, y *apedregadas* (pedriscos), y guerra y otras calamidades; y sí que algún pueblo aisladamente, calladamente, casi vergonzosamente, como ocurrió el año de la gripe, algún pueblo aislado fue a Dulcis a agradecer a la Virgen su protección y amparo: sí; pero aquello de antes... ¡no vuelve, desgraciadamente!

¡Ah, los «Dichos» ya es otra cosa! Los «Dichos» se recitaron entonces y se han dicho dos o tres veces más,

después, cuando los ánimos están dispuestos y propicios a la broma, a la juerga, al optimismo y a la ironía «en pica-dillo» y en indirectas. Es que los «Dichos» son, para aque-las gentes, plato apetitoso y de fácil digestión, y les place que toda fiesta sea un conjunto de heterogéneo sabor y guiso. La romería, la visita a Dulcis, una fiesta en Dulcis, ha de ser una función religiosa y panteísta, y paganía, y cívica... casi a un tiempo, simultáneo todo en el tiempo y casi en el espacio.

YA TOCAN PA OS DICHOS

Los corros de charlas animadas después de bien comidos, bien bebidos, bien cafeteados y bien copea-dos; los corros del *truque*, del *julepe*, de la *chica*, del *siete y medio...*; los partidos de pelota; el baile; los idilios; las *cha-pas*; la siesta... todo se deshace y se esfuma, todo termina y se apaga, y enmudece porque *ya tocan pa os Dichos*. El alguacil de Alquézar da una vuelta alrededor del san-tuario tocando una trompeta, la misma que emplea cuando va a pregonar «de orden del señor Alcalde...»; esa trompeta en su función disolvente de grupos dis-persos, activos y pasivos, traslada poco a poco a toda la gente al lugar próximo en que se van a decir los «Dichos». Unas *costeras* de suave declive, en forma de anfiteatro, hacen el teatro de la naturaleza: olivares, cerros, con *carrascas* de poco porte, *bucheras*, *cachiguizas*, *fajetas de mixtura*, romeros, *aliagares*, almendros, el barranco al final de la *valleta...* La gente se aposenta en márgenes y *tornallos*, *marguinazos* y peñascales, yermos y subidores. *A catrinalla, os de poco calibre* se arraciman en los troncos y en las ramas fuertes de los olivos secula-res, negruzcos, retorcidos y chaparros como los de Getsemaní. En una pequeña explanada, donde mueren

los flancos poco abruptos, se sientan, sobre piedras, sobre aparejos, sobre unos bancos de la iglesia, sobre las pocas sillas de la ermita, las personas de autoridad, gobierno y mando. Y aparece Andrés de Pera, el bardo, el trovador que se yergue altivo en prosopopeya y afectación, como si se sintiese pastor en Parsifal. La gente aplaude y anima en polifonía desconcertante; tiene prisa porque después aun merendarán bajo los ramajes, y algunos tienen a tres, a cuatro horas sus pueblos y sus casas; más tarde no estarían las lenguas para hablar cuerdo, ni las cabezas para equilibrios porque, a última hora, hay *qu'èchar l'arranque*, y el *arranque* es la despedida bebiendo sin miedo ni continencia. El alguacil, de orden del señor alcalde, vuelve a hacer sonar la inarmónica y vetusta corneta: silencio; empiezan *os dichos*.

*Güenas tardes, caballeros,
ayuntamientos y curas,
y a todos ichos qu'están
por os arboles y alturas.
No estez muchos n'os tozals
que romperez as calzillas,
qu'as aliagas punchadoras
fan sangre n'as pantorrillas.
Si después de bien comius
vas a bajá-te os calzons
ves-te-ne lejos, bien lejos,
pa que no baiga mal olor.
Si hay algún caramocano
que quiera barafundiar
que se'n vaya de repente
qu'aquí solo yo he de hablar.
Hay aquí pocos gabachos
y berceros abundantes;*

*algunos sucarracristos,
 figons que son poco listos
 y cazoleros tunantes.
 También hay latacineros
 y tres de San Pelegrín,
 y por icho que son pocos
 son de peor avenir.
 Poco cantan estos gallos;
 y os pereros sin chistar,
 porque os de mala cabeza
 no les dejan canturriar.
 Vinateros fanfarrons
 con boticas y porrons;
 os cheseros pocos vienen
 porque os viejos burricaus
 ni sin carga se sustienen.*

(Después de cada alusión la gente aplaude; nadie se ofende por lo que diga el hombre de los *dichos*. Es que cada pueblo tiene un cognomen y un apodo. A nosotros, a los de Alquézar, nos llaman «*mala cabeza*»; a los de Huerta, «*berceros*»; a los de Adahuesca, «*gabachos*»; a los de Buera, «*figons*»; a los de Bierge, «*sucarracristos*»; a los de Colungo, «*latacineros*»; a los de Salas, «*vinateros*»; a los de Alberuela, «*cazoleros*»; a los de Los Corrales, «*gallos*»; a los de Lecina, «*pereros*»; los de San Pelegrín, son «*pocos y de mal avenir*»; los de Azlor son «*cheseros*»... Y sería curioso, pero largo, contar historietas y anécdotas que explican y justifican esos sobrenombres y esos «*sambenitos*»).

Sigue ahora la parte «*seria*» de los Dichos, que dicen así:

*Siñores:
 Ayer tarde estuve en Güerta
 a [a]justar un fajo alfalz*

*pa engordar a mi caballo,
que ya ven qué flaco está.*

(Saca un caballo de madera, desvencijado, más Clavileño que caballo de Troya, lo muestra al público, y la gente ríe infantilmente).

*Hordio no puede comer
porque ahora está mudando,
estos días ha cumplido...
¡...solo sus veintidós años!
Así qu'ajusté el alfalz
me'n subíe ta casa Andresa
porque allí van a beber
tos os arrieros d'Alquezra.
A las seis salíe de Güerta
y me'n subíe hasta o molino
y a puro de caminar
ya llegué al escurecido,
y me recibió muy bien
aquel señor Bernardino
que se'n bajó ta o corral
y agarró un gallo lucido.
Lo pelamos, lo cocíamos,
y dimpués nos lo comíamos;
cuando fuemos a dormir
estábamos ya capinos.
Ya de día me'n fue a Güera;
ya llegué noche cerrada
y m'entré en casa de Ríos
que tiene puerta n'a entrada.
Y m'agüespedó muy bien
aquel amigo del alma;
ya se lo tendré presente
cuando él venga ta mi casa.*

*A lo que venía el día
le die preno a mi caballo;
pa sacar estar jornadas
ye muy preciso cuidá-lo.
Ya montaba en mi caballo
a las seis de la mañana;
por os llanos de San Juan
me paeceba que volaba.
Cuando ya llegué a San Juan
sintí unas campanadas,
y se paró mi caballo,
y era que las doce daban.
Allí me puse a pensar
cómo feba yo as jornadas;
si otro las fa en media hora
yo hi puesto seis horas largas.
Cualquiera lo pue comprar
cobrando tan güena fama
pues pa un viaje muy ligero
ye cosa proporcionada.
Caballo, ya estás contento
qu'has feito güen ejercicio;
ves-te-ne ya a pajentar
ta iche cuatrón de panizos.
Queden-se con Dios señores,
que me'n voy hasta Monzón
y voy a llevar en ancas
a María Perallón...*

Para que el lector pueda tener idea de la socarronería, de la segunda intención, de la ironía que ponen en esos «dichos» ha de saber que la tal Andresa jamás daba a nadie de beber, ni siquiera agua, que nada cuesta, y por su tacañería y egoísmo era famosa.

Advierta, además lo que sigue: desde Güerta (Huerta de Vero) hasta el molino hay sobre un kilómetro de distancia, y desde el molino hasta Güera (Buera), yendo muy despacio se llega en tres cuartos de hora.

Los llanos de san Juan, por la pequeña ermita del tal santo, se reducen a tres o cuatro campos de seis u ocho hectáreas entre todos, en un camino de un par de kilómetros desde Buera a la ermita de la Virgen de Dulcis.

Por allí no hay ningún *cuatrón de panizos* (maizales), sino un *carrascal* en donde viven y de precario, *aliagas* punzantes y *barzas* (zarzas) terriblemente espinosas.

Monzón está a ocho horas de mal camino, y María Perallón era la moza más voluminosa, más insociable, más arisca y más *moregona de toda a redolada*.

LA VIRGEN DE LA NUEZ

Donde nace el Vero, por las sierras de Sasa, de Arcusa y derivaciones de las de Sevil y Sobrarbe, hay otro grupo de pueblecitos, otra unidad, otro *quiñón* a efectos de romerías y visitas colectivas a ermitas y santuarios. Estos pequeños pueblos, casi ninguno de más de cuarenta vecinos y muchos de una docena de casas, y de menos todavía, son: Santa María, Lecina, Bárcabo, Betorz, Almazorre, Hospitaled, Erípol, Arcusa, Sarsa de Surta, Las Bellostas, Castellazo, Paules... Junto a Santa María había una gran *noguera* (nogal) en cuyo tronco, «que no lo abrazaban tres hombres» apareció una Virgen. Allí mismo, junto al nogal y cerca del pueblo, se edificó «en tiempo inmemorial» un santuario, el de la Virgen de la Nuez; el pueblo se llama, desde entonces, Santa María de la Nuez. Lo que es la Virgen de Dulcis para «Villa y aldeas» es la Virgen de la Nuez para esta *palladeta* de pueble-

tes que se han citado ya. Y en estos pequeños pueblos y aldeas, más lejos, más incomunicados del «mundanal ruido...» se conservan tradiciones, costumbres, religiosidad y fe más y mejor que en «Villa y aldeas» a donde llegan, hace unos años, los *autos* porque hay carreteras, y la radio porque hay luz eléctrica, y los periódicos porque hay correos, y cafetines porque hay más vicio y holgazanería que en los rincones montañoses.

Damos fe de que, aun después de esta maldita riada pasada de la guerra, que tantas riquezas espirituales se ha llevado para siempre de estos pueblos oscenses invadidos, todos los años van en romería a la Virgen de la Nuez, en procesión, los habitantes de esa docena de poblados escondidos. Van el día de Pascua de Pentecostés, Pascua granada, como se dice aquí con propiedad botánica, y tienen su misa solemne cantada por todos, en algarabía anárquica y desconcertante, y tienen gran comida, baile y fiesta. Y una cosa curiosa: porque los pueblos son pequeños, en cada uno y por turno riguroso, dos hombres, dos *amos* de dos casas son, para aquel día, los alforjeros; es decir, que dos hombres se encargan de la comida de cada pueblo, de llevarla en grandes alforjas montados sobre buenos *machos*, antes que las procesiones cierren los estrechos caminos de herradura o las sendas de cabras, tortuosos y sinclinales. Y otra cosa que no hemos visto en San Cosme, ni en la Virgen de Dulcis: aquí, en la ermita de la Virgen de la Nuez, cada pueblo tiene una sala en la casa grande aneja a la pequeña iglesia, cerrada, con mesa o mesas, sillas, bancos y algún armario, y solo los del pueblo respectivo pueden disponer de aquella habitación, y allí comen juntos los de cada *lugar* o aldea. Pero esto no es inconveniente para que después de comer en su correspondiente comedor-sala-salón-cocina

y estancia los de cada *lugar*, todos se junten en los campos que rodean la ermita, y beban, y jueguen, y bailen, y hablen, y discutan y critiquen. Hay obligación de ir, por lo menos, dos personas mayores de cada casa. Antes de misa se forma la procesión general que recorre el perímetro accidentado de tres pequeños campos propiedad de la ermita, que rodean el santuario, y van juntas todas las banderas en cabeza, luego los hombres, siguen las cruces parroquiales y los curas en un grupo, y, por último, las mujeres; así no hay rencillas, ni distinciones, ni postergaciones por que vaya una procesión la primera y tal pueblo quede el último.

SAN MARTÍN DE LECINA

Muy cerca de Lecina, al terminar el barranco de La Choca, que es límite con el monte de Alquézar (¡qué conocida tenemos esta barranquera los cazadores de jabalíes...!), hay ahora cuatro paredes, recuerdo de una pequeña ermita, la de san Martín, que hubo hasta el verano de 1936. Se dice que los de Lecina la van a reedificar pronto; ellos no fueron los que quemaron la imagen del santo, representando el momento en que daba a un pobre la mitad de su capa, ni los que destrozaron el tejado e instalaciones: estos buenos vecinos nuestros, como casi todos los de «Villa y aldeas», ni son malos ni son incrédulos, ni son iconoclastas. La ermita está bajo una gran piedra, formando concavidad, en forma semejante a San Cosme y a San Juan de la Peña, pero este San Martín tenía una casita de humildísima humildad y pobreza.

No es tradición, ni cuento, ni anécdota; pasó lo siguiente: los de Lecina iban, en procesión, a celebrar una misa a la ermita de san Martín, un día a principios de verano, todos los años. Después de la misa cada uno de los

vecinos marchaba a trabajar al campo, al monte, a la huerta, como un día cualquiera de labor. Hace unos treinta años hubo una gran *apedregada*, un pedrisco, el mismo día en que habían ido por la mañana a la misa en procesión. La gente creyó, que la tormenta aniquiladora, que *no dejó estaca verde*, que no dejó una *estapencia*, era un enojo, un castigo del santo, por no guardarle fiesta todo el día; determinaron, por aclamación, «*coram populo*», hacer las cosas bien y completas en lo sucesivo; desde entonces se hace fiesta todo el día, y tan contentos el santo y sus fieles: no ha vuelto a *apedregar*.

¡«Villa y aldeas» en romería! La gente de la Villa, los habitantes todos de los pueblos y aldeas de aquellos rincones montañoses y somontaneses van todavía, pero mucho menos que antes, y esto es lastimoso, y esto es gran pena, van aún en romería a Dulcis, y en la *sanmiguelada* van familias y pequeños grupos a San Cosme, al Pueyo, a San Joaquín, a La Bella, a Torreciudad, a San José... Una enfermedad, una calamidad, un mozo que va a ir soldado, una caballería que estuvo en trance de muerte, una buena o mala cosecha, *una clima que corre*, un temor, unos celos, un *mal dau*, un trauma psíquico, un ganado epidémico, un aniversario, una boda en proyecto, una oferta, *os enemigos*, un embrujamiento, una aparición quimérica, una imaginación en desvarío... Toda una literatura de la Edad Media sobre posesos, espíritus, hadas, trasgos, duendes, silfos, demonios y demás personajes de la fantasía y del ensueño, se confunden y se entrelazan entre lo real con lo ficticio, la leyenda con lo inverosímil, la conseja con la historia, el mito con la religión, la creencia con el misterio, la mitología pagana con la mitología gótica, la magia con los *incor-*

taus. Una balumba de cosas, un acervo, una confusión de ideas y de pensamientos, una mezcla de ignorancia y de fe, de esperanza y de egoísmo, de simplicidad y de inocencia, de bondad y de ancestrismo abigarrado, atormentan la mente de estas buenas gentes, y van al santuario de su particular devoción a contar sus cuitas y deseos al santo o a la virgen de su devoción, de su confianza y de mis confianzas. Para un observador, para un psicólogo, ¡qué campo de investigación, qué laboratorio y qué fuente es la vida humilde y monótona de estos habitantes ignorados!

Nosotros seguimos el consejo de Navarro Ledesma. Alguna vez, aun en invierno, cuando la nieve baja del cielo abundante, preferimos pasar una semana en aquellas cocinas patriarcales del pueblo a estar horas muertas en un salón caliente de algún casino de la ciudad; pero lo que si hacemos, ya hace muchos años, es pasar un mes del verano entre el Somontano y la montaña. Ni las playas cantábricas, ni los hoteles del Pirineo permiten veranear en plena Edad Media, como puede lograrse en estos rincones donde se toma el fresco de los siglos que no han pasado, donde se vive y se ve vivir en un régimen de primitiva y patriarcal inocencia entre sierras y peñascos que la Naturaleza fabricó para que unos cuantos pueblecitos de hombres y mujeres del campo, discretos y sabios en su ignorancia, permaneciesen allí encerrados, lejos del vano ajetreo mundanal, libres de las molestias del trato humano en exigencia social. En este rincón de «Villa y aldeas», lector en estima, hay una casa humilde; por ser de nuestros mayores, es nuestra; por ser nuestra, es, también, tuya: si alguna vez quieres refugiarte en un sanatorio del cuerpo y en un remanso del espíritu, dispón de ella³.

3.- Leyendas –intencionadamente dejamos de consignar leyendas y tradiciones que se refieren a la Virgen de los Dolores, a la Virgen de Dulcis, a San Hipólito...

Y es que la buena fe, la buena intención de aquellas gentes unidas a la ignorancia atribuyen a vírgenes y santos milagros poco edificantes, venganzas fulminantes, desgracias terribles, muertes repentinas... Son muy simplistas en sus raciocinios estos habitantes de la montaña y somontano.

Se cuentan cosas que para la bondad, la sencillez y la religiosidad de aquellas gentes son estímulos y son santos temores, pero son errores e irreverencias, irrespetuosidad y ofensas que no debe admitir una persona sensata, juiciosa y culta: *que se estojó, que s'esnuó n'o recantillo d'o güerto o moxed de casa de... porque su padre no quiso ir ta Dulcis un año; que a Fulano (un amo de una casa buena de la Villa) lo mató un rayo porque no iba ta misa d'as ermitas cuando va todo o lugar; que a iña Fulana (una pobre paralítica) la castigó la Virgen porque no quiso llevá-la n'a procesión, el día de los Dolores, cuando era moza y su novio no la dejó; que a o criau de casa d'Altemir, que era boyatero, le cayó una peña y lo mató porque una vez, de crío, le tiró un peñazo a un santed que había en San Hipólito y le rompió una mano...* y así, semejantes creencias han llegado de una generación a otra hasta nosotros, atribuyendo o vírgenes y santos unos poderes que ellos reconocen como castigos de Dios en venganza de lo que hacen los tibios, los irrespetuosos y los malos. Pero, repetimos, estas creencias son hijas de la religiosidad y de la buena fe de la «santa ignorancia» de muchas gentes fundamentalmente buenas, supersticiosas por herencia, por devoción, por «trop de zéle», por temor de Dios... conjunto desconcertante y paradójico de las mentes complejas de estos rudos habitantes, atormentados en su infantil deseo de penetrar en misterios y en causas vedadas a los humanos. Acaso tenga razón aquel pensador: «no hay psicología más complicada que la de todo hombre ignorante y sencillo».

De todos modos ¡qué razón tenía san Agustín!: es más fácil gobernar bien y, conducir al cielo a un pueblo de ignorantes, pero buenos, que no a los que son muy inteligentes, tal vez demasiado inteligentes, sin creencias en el poder de Dios ni en las intrigas del demonio. Y en «Villa y aldeas», y en toda aquella *redolada*, todavía van las gentes a romerías, y ponen en las rejas de las ermitas sándalo y romero, espliego y tomillo, lirios y madreselva...

Y... que por muchos años nos llamen anticuados e ignorantes los ultracivilizados del «Kulturvölker», vacío de creencias su corazón metalizado.

AVEMARIA «DE GRACIAS»
(Solemne)

1^o Coro. 2^o Coro.

Dios te Sal-ve Sal-ve Dios te Sal-ve Ma-

ri- a lle- na e- res, Men- e- res de

gra- cia; el Se- ñor es con- ti- ga ben- di- ca tu e- res, en- tre

1^o Coro. 2^o Coro.

co- das las mu- je- res en- tre co- das las mu- je- res.

2^o Coro.

y ben- di- to es el fru- to

de tu vien- tro Je- sus Je- sus.

AVEMARIA CORRIENTE
(Romerías)

Dios te Sal-ve Sal-ve Ma- ri- a lle- na

e- res e- res de gra- cia e- res de gra- cia; el Se-

ñor es con- ti- ga ben- di- ca tu e- res, en- tre

co- das las mu- je- res las mu- je- res, y ben- di- to es el

fru- to de tu vien- tro Je- sus, de tu vien- tro Je- sus.

AVEMARIA DE ROGATIVA

Dios te Sal-ve Ma-ri-a He-na e-res de gra-cia, El Se-ñor
 es con-ti-go ben-di-ta tu e-res En-tre to-das las
 mu-je-res; y ben-di-to es el fru-to de tu vien-tre Je-sús.

AVEMARIA CORRIENTE

(Días de romería)

Dios te Sal-ve Sal-ve Ma-ri-a He-
 na e — res de gra — ci-a de
 gra — ci-a de gra — ci-a gra — ci-
 a El Se-ñor es con-
 ti — go ben-di-ta tu e — res en-tre
 to-das las mu-je-res y ben-
 di-to es el fru-to de tu vien-tre Je-sús.

CANTO DEL «DESPERTAR»
(Día de San Hipólito)

Coro.



San Hi - pó - li - to má - tir, mor tir glo - rio — so
 San Hi - pó - li - to má - tir, en es - te di — a

que su - fríe en el mar tí - rio tir - me y ga - zo — so.
 ben - di - ce a tus de - vo - tos con a - le - gri — a

Solo ad libitum.

Hay es di - a en que las tres Ma -
 ri — as ba - jan al se - pul - cro a ve - er al Se - ñor.
 — lue - go el An - gel, lue - go el An - gel les ha - blay les
 di - ce, que ha re - su - ci - ta - do el Hi - jo de Dios.

CANTO DE ROGATIVA



Ve - rás los cam - pos, del to - do se - cas, de Tí - es - pe - ra -
 mas so - lo el re - me - dio. Ve - dio, so - lo el re - me - dio

LA «ALBADA»,
(Ronda del día de Dulcis)

Des-de la cruz del Co-so ha-n-ta la fue-n-te, se le per-di-o a la
ni-ña Cruz y pen-di-en-te Des-de la Cruz del Co-so has-tá el mer-ca-do
se le per-di-o la ni-ña lo que ha-ga-na-do Si me de-jas
me ve-rás co-me a los ma-la-ca-
to-nes que en cuan-to se caen del ar-bol
ya los pi-can los gu-rrio-nes ya los -es.

DÍAS DE MATAR AL «AMO»*

Enero, febrero... En la montaña y en los pueblos somontaneses hay poco trabajo en el campo en este tiempo invernal. Los días cortos y fríos, lluviosos o de nevada, obligan a los hombres a estar en la cocina haciendo fogatas y gastando leña. Una noche, después de cenar, oirá la dueña: «*No fez cosa estos días; desde que tos levantaç estaç a esgarmanchons en a tizonera; y s'acaban as rebailaderas (patatas muy menudas), as cols de pelar, os glans (bellota de roble), y no tenemos bordio ni panizo. ¿Pa qué no matamos al «amo» a semana que viene, ahora que nos vaga? Con dos tocinos no tendremos pastura pa medio mes; amos a matar o guarro y dejaremos o flajenco pa más alante...*»

El matar un cerdo de diez, doce o más *arrobas* es un acontecimiento familiar que exige una semana de ajeteo, preparativos y trabajos. Hay que ir a Salinas de Hoz o a Naval, cruzando La Cunarda y la sierra de Asque a traer una o dos *cargas* de sal; hay que hacer una *carga de aliagas* bien copudas *pa suarrar*; hay que ir al molino para tener harina *para masar y pa fer tortetas*, hay que ir a Barbastro a comprar arroz *p'as morcillas*, canela basta y fina, pimienta, clavo, vainilla, nuez moscada, unas *varas de bodillos pa fer más mondongo, bel besugo y bella barra de marzapán pa os cortantes*, para los matarifes.

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 19/01/1950.

Son imponentes, dan escalofríos, atemorizan los preparativos *pa matar al amo*. El gancho terrible de acero y afiladísima punta; el enorme cuchillo—puñal para el degüello; la *breca de senera*, con su cordel, para cerrar la horrible puñalada; las *cazoletas* y cazos de bordes cortantes para pelar; las calderadas de agua hirviendo, los anchos cuchillos como tremendas navajas de afeitar, para rasurar la piel *sucarrada* y *escaldada*; el hacha con cazo para cortar las partes duras; las *aliagas flameadoras*; la gran bacía; el cazuelón de un cántaro para recoger los borbotones de sangre; el *carrazón*; el travesaño; la *tranqueta*, el *tricallón* y el *ramal samu-guero* para colgar desde el suelo de la *saleta* al techo del patio el cerdo pelado limpio y blanco; cuatro, cinco hombres forzudos y remangados, con práctica, premeditación y alevosía en estos menesteres sangrientos, la moza de pecho con delantal blanco hasta el plural, brazos desnudos y toca alba para agitar la sangre en el cazolón y que no se cuaje... Y, claro es, los chicos de la casa, los de la vecindad, y casi todos los del *lugar*, si no estaban en la escuela, habían de presenciar el sacrificio aparatoso y cruento. Un mocete atrevido cogía la cola del animal dándose importancia; otro, el de la casa o el más allegado, esperaba a que le diesen *a vechiga pa hinchá-la*, y los más se ofrecían para *mandalejos* con la esperanza de que *bella torteta* sería, al día siguiente, el pago deleitoso a su oficiosidad y presteza.

Desde cerca del techo del patio hasta casi tocar el suelo con el morro inofensivo está el ejemplar de doce, catorce *arrobas* tal vez, o *tocino más grande d'o lugar*, al decir de las *comadres* y *parentalla*. Y llega el momento solemne: desde la cola al morro, de arriba abajo, el más diestro en *descuarterizar* rajará en dos profundos y largos cortes el cuerpo colgante del cerdo mayúsculo para separar la empana. Se verá el interior del animal limpio y sano: ni en

las grasas ni en los músculos, ni en las tripas se ven *bisiellos*, (*bichellos*: triquina); y entonces los *cortantes*, los matarifes y sus auxiliares piden *o porrón*. Beben en ritual: nada dicen, pero el trago es prueba de que el cerdo irá a la *saladera*, *no t'a femera*; como otras veces ha ocurrido.

Ahora los centros de actividad y de interés estarán en *o reposte* y en la cocina, a cargo de mujeres principalmente. Hay que repelar *p'aprovechar as zaborretas*, hay que hacer morcillas y cocerlas a calderadas, *y o mejor brodio pa llenar a escolaneta*, el enorme morcillón *pa una brenda de borina*. Hay que hacer largas longanizas, y chorizos, faena que exige cuidados destreza, costumbre y gusto. Y hay que hacer, y cocer, y encañar dos o tres o más calderadas de *tortetas*, operaciones; en las que intervienen afanosamente *os de poco calitre y a catrinalla*: la indigestión en los chicos de la casa es cosa que nunca falla. Y en la gran artesa o sobre tablas bien dispuestas se pondrá la *saladera* con los dos pernils, dos delanteros, dos blancos, el espinazo, con *a coda*, las dos orejas, *as varillas*, las cuatro patas y tal vez, *bel costillar* si el cerdo era enorme y viejo. El lomo, la costilla selecta y tierna y mucha longaniza a trozos, se pondrán con *lardo*, laurel y especias en grandes; *cazolones*... ¡Y... lo que todavía queda por aprovechar, hacer, guardar, devolver, decir y comentar! No se ha de olvidar tampoco el capítulo de los regalos: hay que llevar *presente* al cura, a los maestros, a los parientes, a los más amigos, a los vecinos coadyuvantes...

Una estampa montañesa y somontanesa: días en que se mata al «amo»; semana de *matacía* del cerdo que, en unos meses, ha acaparado los cuidados, atenciones, gastos, desvelos y hasta caricias de toda la familia. ¿Prosa en tono menor estas notas, y de bajo vuelo este intento de descripción, de una costumbre de aldeas? ¿Esto es, también,

algo que se parece al folklore porque hay, en este suceso pueblerino, mucho de tradición y de leyenda? «Lo que no es folklore es pedantería», ha dicho refiriéndose a una nota de A. Machado, don Manuel Blecua, ese maestro y catedrático excelentísimo, doctísimo doctor y profesor en tantas disciplinas del saber. ¿«Mester de juglaría» en fondo y forma, de estos recuerdos de la vida pasada en aquellos rincones poco conocidos de las estribaciones pirenaicas?

«...que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente...
¡Y ríase la gente!»

Pero no solo Luis de Góngora poetiza, eleva y dignifica derivaciones de un tema de cochiguera y piara. Samaniego, Iriarte, Gabril y Galán., y tantos poetas, y literatos, y prosistas han escrito, dicho y compuesto cosas de estos prosaísmos de la vida material y prosaica... Que le pregunten al «Rey que rabió», y a sus ministros y generales, cómo eran las magras con tomate que devoraban...

Un jamón con chorreras será siempre un símbolo, y, además, un ideal de todos los incapaces de todo otro ideario más elevado y menos seboso. Y un hermoso jamón con guirnaldas ¿no ha sido el alma de las más caras canastillas que hemos visto todos en Navidades y que no todos hemos catado?

ÓYEME, ESCÚCHAME, JUAN*

Tenía ganas de verte, Juan, amigo desde que estábamos juntos en la escuela, en la plaza y en la Cruz de la Calle Nueva; desde que íbamos a nadar, a *mirar nidos y a parar losetas*. Te encuentro, desde el año pasado, mucho más viejo, seco, tristón y acobardado: por Dios, Juan, ¡que no se diga...! He llegado de la ciudad hace dos horas y he querido verte y estar un rato de charla contigo. Óyeme, escúchame, Juan. ¿Qué te pasa? He visto, desde el coche, tu campo de Las Planas con mal *sementero*; tu viña de San Julián, sin podar y casi yerma; el olivar de La Cuesta, sin *bribar* y sin *jabrir*... ¿Qué haces, Juan?

—*¿Qué quiés que faiga...! Sembré con poco tempero; no eché abono porque no'n teneba y no labré bien porque as caballerías están flacas y solo en tengo dos, y viejas. No les puedo dar bordio porque ye caro y no tengo dineros pa comprá-lo. As viñas no las he labrau ni las he podau. ¿Pa qué? Se mueren as cepas; el año pasau ya no fizegon ugas, y este año os vastagos no tendrán ni dos palmos. As oliveras se secan y las vamos rancando con toza y todo, como as cepas, pa leña. No ha lloviu bien ya fa más de tres años: ¡qué quiés que faiga...!*

—Oye, Juan: he visto en la huerta, junto al río, que todavía lleva un poco de agua, que has sembrado alfalfa y

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 2/04/1950 y, reproducido después, en *Del ambiente y de la vida*, Zaragoza, Editorial Heraldo de Aragón, 1952, pp. 251-254.

patatas. ¿Por qué no has plantado *pellas* y cebollas que te proporcionarían mucho dinero? En la ciudad pagamos por una col siete pesetas, y por una cebolla un duro...

—No he plantau hortaliças porque o río se secará pa'l verano. As coles y as cebollas que vusotros pagaz tan caras, a nusotros nos la compran a rial. Os que se fan ricos, con os dineros vuestros y con os sudores nuestros, son os que no trebajan; os que van y vienen sin miaja de miedo ni de vergüenza.

—Escúchame, Juan: en Barrancofondo he visto que has hecho un pozo. ¡Cuántos días te habrá costado hacerlo...! ¿Has logrado ver agua?

—Me dijón que sacaría agua, pa poder regar o cuatrón, dos hombres que dicen que son adevinos. Ni una gota d'agua he podiu ver; solo salagón, y seco; me foy cuenta de que ya m'he feito a fuesa pa que me entierren allí cuando me muera.

—Oye, Juan: tienes muy poco ganado. Las cabras y las ovejas se alimentan paciendo en los yermos y sierras. ¿Cómo no tienes más cabezas?

—¡Pa qué! O ganau flaco no vale pa cosa, y en o monte no hay una estapencia verde. No nos quieren comprar, si no ye a cuenta cançiones, ni una res. Como tendremos abundante leña d'olivera este año, porque las tenemos que rancar de secas, o poco ganau qu'hay en casa nos lo comeremos asau: así nos moriremos fartos de craba y de güella flacas y duras.

—Oye, Juan: sé a que a tus dos hijas las envías al monte, con el ganado o con las caballerías, y que tu hijo va de jornalero, y que cuando cobra, los sábados, gasta en el café el puñado de pesetas que le han dado. ¿Por qué no envías a tus hijas a la escuela, y a tu hijo a servir de mozo de mulas, a la casa de Mairal, o de Muzás, o de Olivera, o de Laspuertas... y cobraría, limpias y de una vez, unos miles de pesetas?

—*¡Pa qué! As zagalas, en cuanto saben leer y escribir, se'n irían ta Barcelona. O moxed, si se viesse con trescientos duros juntos, deseguida se fería en Balbastro un traje de señorico, una gabardina, zapatos de pijauto y se pondría un reloj en a muñica.*

—Oye, Juan: veo que tienes la casa agrietada, con goteras, los pisos con el yeso suelto y los maderos del techo saliéndose del medianil. ¿Cómo no la reparas, la aseguras y la blanqueas?

—*¡Pa qué! ¡Allí tengo yo os dineros pa comprar material y pa pagar a os piqueros! Si s'estoza bel día, o lugar está con a mitad d'as casas cerradas; si nos coge debajo, así habíamos ya acabau de penar, y alabau sea Dios.*

—Mira, Juan: viniendo de la ciudad he visto Gratal con gorro, calzada en Moncayo y *valencianas* por Salas y por Estadilla; hace bochorno alto y llevaba *redol* el sol. ¿No te parece que va a llover?

—*¡Bien, llover! Antes, ichas señales eran bien seguras; ahora nos engaña todo, hasta as cosas que no son hombres.*

—Escúchame, Juan: he visto que ni en San Antón, ni en la Virgen del Pilar, ni en San Joaquín de Abiego, ni en San Hipólito... había, en las rejas, tomillo, lirios, ni romero en flor. Sé que a las novenas solo van cuatro mujeres y dos viejos. ¿No hacéis rogativas a Dulcis, al Socorro, a Los Dolores, a Torreciudad?

—*¡Pa qué! Ahora son otros tiempos que cuando tú y yo éramos críos: ahora no nos vaga d'ir t'a iglesia. Estamos trebajando hasta os domingos, y no podemos comer ni aun así; ahora no ye como antes.*

—Óyeme, escúchame, Juan: dices que ahora son otros tiempos, que ahora no es como antes. ¿Son los tiempos de ahora más malos que los que conocimos o somos nosotros,

todos, los que hemos empeorado hasta merecer toda maldición y desventura?

—Yo no sé cosa d'icho. Vusotros, os que estaz siempre con os libros, con os periodicos y en as ciudades, sabrez más que nusotros. De malo ¡sí que me paez a yo que sabez güena cosa...! Os tontos y os trebajadores d'os pueblos no femos as guerras, ni a vida cara, ni pasamos os días sin fer cosa, charrando, mintiendo y poniendo a mal a unos con otros. Vusotros, ¿por qué sabez fer llover cuando ye preciso y qu'haiga paz en to'l mundo?

—Oye, Juan: no te desesperes ni hagas juicios temerarios. Solo Dios sabe quién es bueno y quién es malo, y él proveerá. Oye, Juan: ¿Has visto ya golondrinas, tomillo en flor y rositas blancas, sencillas, en las galabarderas de los caminos? Ya sé que no ha llovido por estos pueblos, pero sí, poco o mucho, más poco que mucho, en otras tierras. Ha llovido ya algo hasta en Monegros. Algún día verás regados tus campos, viñas y olivares. ¿No ves, Juan, como...

«Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?»

Juan, mi buen amigo,

«¿Tienen ya ruisseñores las riberas?»

Juan, este buen amigo, este viejo amigo Juan está en mi pueblo, donde no ha llovido bien hace más de tres años, donde mueren las cepas, y los olivos, y los almen-dros. Pero también hay otros amigos Juan en muchos pueblos de mi tierra; y en el Campo de Cariñena; y en toda la ribera del Huerva; y en Monegros; y en todos los poblados, grandes o chicos, de la línea de Utrillas...

Y nos llegan al alma el pesimismo, el derrotismo, la cobardía moral, el escepticismo, la desventura, el infortunio de Juan, de tanto amigo Juan como tenemos en tantos pueblos aragoneses.

UNA BASA QUE S'ESBOTA Y UN MISA CHE BIEN BOGAL*

El calendario es buen amigo de los funcionarios del Estado. Con frecuencia nos obsequia con algún día de fiesta fuera de concurso dominguero; y, además, tiene la gentileza, de vez en cuando de juntar su regalo con el día del Señor. Vienen bien dos días consecutivos de vacación. Si el habilitado y el cajero fuesen tan dadivosos y liberales para nosotros como es el almanaque...

Dos días de fiesta son siempre una invitación, una tentación para un viaje corto. En cuatro horas, dos en tren y dos en coche ligero, nos plantamos entre las montañas y el Somontano. En dos días estamos cuarenta horas en nuestra casa pueblerina, en las *cadieras*, junto a la fogata, las más de ellas, bien acompañadas de viejos amigos y de familiares viejos. No falta el señor Ramoned; y siempre nos trae una botella con clarete de aquellas viñas de Vallevelita. El señor Antonio nos dice *que ya no vale pa cosa; que ye una basa que s'esbota: me fan mal os riñons, as garras no me saben tener, os piezs y os dedos d'as manos me s'binchan por as noches; me se fan talarainas en os ojos, y pa comé-me una crosteta de pan estoy rosigando una hora porque os dientes ya se'n fuen, y as muelas se cansón d'estar n'a boca*. Y, para fijar bien los términos de la comparación, nos decía:

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 1/02/1951.

¿T'acuerdas d'aquellas basetas que fëbamos pa regar en o barranco de San Julián con ruellos, con levas, con torruecos y con bardo, que luego feban tripa, y regatas (grietas), y aujeros, y que se reventaban y s'esbotaban? Pos así estamos ya os viejos: como as basas que s'esbotan.

Hay en el pueblo, hay en la villa somontanesa cura nuevo y maestro primerizo. Pregunté por ellos a los viejos amigos septuagenarios y me dieron noticias acompañadas de comentarios y de filosofías bien discretas. Si oímos, si escuchamos a los viejos de mi tierra cuando hablan de todos *os que no se fan callos con a jada* nos dirán esto: «*Pa bien ir en os pueblos el medico que seiga viejo; el maestro, choven; el cura, de media edad, una miajeta palomo (entrecano); o boticario, cocho; l'albeitar, que tenga bajas y labranza; l'alcalde que no seiga rico ni masiau pobre, pa que no deje robar y pa que él no robe; o secretario, ni masiau listo, pa que no se reiga de nusotros, ni muy tonto pa que nusotros no nos reigamos d'él; l'amigo, ni siempre metiu en casa nuestra ni qu'esté un mes sin verlo...*» Y con marcada intención, y, con referencia a lo que pasó en tal o en cual casa, recordarán aquello...:

*Yo teneba una viñica;
la podaba y la arreglaba;
le daba una laborcica...,
y otro me la vendimiaba.*

Gracián hubiera dicho que el amigo ha de ser como anillo al dedo; ni tan prieto que haga daño, ni tan ancho y holgado que se pierda fácilmente. Estos buenos hombres viejos de mi tierra miran con prevención *a os que charran por os codos* y desconfían del que *se mete en camisa d'once varas*. El arcipreste se hubiese confirmado al sentir sensato: «Non seas mucho parlero, non te tengan por mintroso».

Queremos saber más cosas del maestro y de la escuela. Nos dicen del nuevo profesor que *ye un misache bien bogal*, y añaden: *Nos paez qu'aturará en o lugar porque le fa goyo a moceta d'a tienda que ye una zagala guapa, rica y güena...* Traducido al español mondo y lirondo, es así: «Es un joven trabajador o de buena voluntad, complaciente, que se afana en el cumplimiento de su obligación: nos parece que permanecerá, que no se irá pronto, que estará mucho tiempo en el pueblo porque le hace gozo una chica, la chica de la tienda...».

Pero... la botella de clarete que vino oronda y comprometedor, y más jarras de garnacha, y además, unas buenas tazas de *poncho* ya se han *trasegau* para cocer la merienda que fue abundosa y animada. Y nevaba copiosamente, y se decía que por la tierra baja, la antesala de Monegros, llovía mucho. Se comentaba el año en perspectiva. *Pa o trigo y p'as viñas ha lloviu y ha nevau prou; pa os barrancos y p'as oliveras aún tiene que caer güena cosa d'agua. Ni mana A Cubera, ni as fuentes d'A Cuesta. Habeba de llover hasta qu'os angelicos bebesen a ficamorro desde'l Cielo...*

Nos dicen que no está llena todavía la balsa de Basacol, *una basa que no s'esbota* porque no tiene dique, pared y muro de piedra. Si se llena y si la fuente de San Pelegrín no *rebla*, tendrán asegurado el riego todos los huertos, *hortales* y *fajetas* de la villa desde O Vallón de Basilio hasta As Guartas d'a Espedolla. El plato de *recau* no les faltaría a estas pobres y buenas gentes que con tanta miseria se conforman y se contentan.

Bueno, muy bueno este tiempo para pasar unas horas en estas cocinas patriarcales, en estas *cadieras como dembas y como camas*. ¡Cómo calienta, conforta y alegra el fuego viendo nevar o escuchando la música monocorde de la lluvia

en temporal! Y hasta Semana Santa no tendremos días libres para dejar de ser cangilón de noria ciudadana y poder volver nuevamente a estos rincones. Entonces si Dios es servido ya verdearán los sembrados, los miles de almendros estarán cuajados de flor; los montes llenos de aromas, las viñas, con gruesas *borras* (yemas); los olivos, como ramos de albahaca; el cielo azul, el aire tibio, los pájaros parladeros, y los corazones de estas buenas gentes hendidados de esperanza y de optimismo.

Y nosotros nos saturaremos otra vez, Dios mediante, de olivares, de pueblos, de montes, de caminos y de veredas; y miraremos, desde lo alto de los *tozales*, aquel horizonte desde los Pirineos hasta las Ripas de Alcolea, y desde el Moncayo hasta la sierra de Estadilla, y volveremos a estrechar las manos callosas, y acaso temblonas, de estos hombres recios, nobles, buenos de mi Somontano, de mi tierra y de mi pueblo. Nos diluiremos otra vez, nos incrustaremos otra vez más en cuerpo y alma en el país, en el paisaje y en el paisanaje.

BARAFUNDEROS

A TRES MANTAS DE LA CIUDAD*

Hace unos días, pocos, fuimos desde Zaragoza a Huesca en un coche enorme, corredor y cómodo: en un «Leyland». En Huesca ya nos esperaba un «Hispano» de turismo con el motor potente iniciando el vuelo hacia las montañas y con tres familiares somontaneses. En el coche grande diluido entre medio centenar de viajeros de la mayor heterogeneidad urbana, éramos como «El hombre ente desconocido» del célebre libro del doctor Carrel. Del coche grande se llevó al chico el breve equipaje y nos agradó ver con qué facilidad, solicitud y gentileza entregaba el inglés (el coche inglés) al «Hispano» lo que nos había guardado y retenido algún tiempo. Y pensamos nosotros: ¿será esto un símbolo y un augurio feliz de cosas mayores?

El coche pequeño... «sube, corre, vuela; traspasa la alta sierra, domina el llano...», y a la hora de cenar ya estábamos, ¡y qué bien!, en una *cadiera* típicamente pura de la cocina patriarcal *d'a mejor casa d'o lugar*. Hacía casi frío, y el fuego era un elemento decorativo y clemente. A la mañana siguiente, el 28 de mayo, apareció la cumbre de Guara cubierta de nieve recién caída del cielo. Dormimos como benditos bajo una mullida y gruesa estratificación de man-

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 6/06/1951.

tas de lana: habíamos pasado la noche a tres mantas de la ciudad: la distancia astronómica, geográfica y climática entre dos lugares se puede decir de muchas maneras. La magnitud y la cantidad en el tiempo y en el espacio tienen proporciones y unidades desconcertantes e inconcretas. Desde aquí a Madrid hay 340 kilómetros, o solo 300, o más de 400, según el camino y vía que se elija; y el viaje exige un tiempo de diez minutos, de cuarenta y cinco, de cuatro horas, de siete, o de quince días, o de un mes... según sean la velocidad y el tinglado. El metro, el barómetro, el termómetro, la hora, el paso, las sentadas, las sudadas y las mantas de lana pueden medir con nonius o a ojo de buen cubero toda distancia terrestre. Aquella noche dormimos al pie de la sierra con tres buenas mantas cuando en Zaragoza solo era un estorbo: estábamos, pues, a tres mantas de la ciudad.

Barafunderos y barfulaires en un pueblo montañoso en un recoveco de la sierra, a la vista de Guara: no, no decimos qué pueblo es. Y tuvimos suerte en llegar aquel sábado para cenar junto al fuego, porque hacía frío, y para dormir como lirones bajo la gruesa capa de tres recias mantas de lana. ¡Si hubiésemos ido un día antes...! Un viejo jornalero de la casa, un servidor vitalicio de nuestro pariente nos lo decía con estas palabras: *Si hubiese veniu ayer, mica hubiese dormiu. Os barafunderos y os barfulaires d'o lugar, os misaches de poco calitre, le fizon una esquillada a Juaned, qu'era viudo y se golvió a casar; paeceba qu'habeaba una tronada por icha calle; no sé d'ande pudon sacar tantos trucos, y esquillons, y esquilletas, y latas, y calderos viejos, y trincolas, y ollas rotas pa fer tanto ruiiu por ichas leneras d'astí bajo...*

¡Os barafunderos y os barfulaires! También en mi pueblo, cuando éramos chicos y mozos, había *misaches de poco cali-*

tre que hacían ruidosas cencerradas, alguna vez, y que casi siempre terminaban en la bodega de los recién casados segundones, junto a una cuba *espirallada* o cerca de un tonel de clarete que sostenía un buen pernil y un par de panes tiernos y blancos. No hay memoria en mi pueblo, en mi Somontano, de que se aplicase a ningún *barafundero* aquel artículo 589 del viejo Código Penal que multaba con el pago de cinco a veinticinco pesetas al culpable de romper el sosiego público nocturno.

Os barafunderos, y más concretamente *bel par de barfulaires*, también hacían en aquellos pueblos, *bella enramada d'as malas*. Una *enramada d'as malas* consistía en colgar de un balcón bajo, de una ventana o de la puerta de la casa de una moza veleta, caprichosa, casquivana o burlona el esqueleto de un *carnuç* (la osamenta de un *baje* o caballería), y en embadurnar pared y puertas con pez, *con morgas*, *con aceite chinebro* e inmundicias. Alguna vez salieron a relucir cuchillos de un hermano, de un vecino, de un padre o del nuevo novio de la coqueta para medirlos con los que llevaban *os barfulaires* de la venganza aparatosa, visible y mal oliente. *Os barafunderos* eran otra cosa; eran los rondadores a deshora, los que alborotaban en vez de cantar, los incansables en trasnochar y en el jolgorio, los que iniciaban toda *lifara*, baile, bullicio, *ronca*, juego y barahúnda. A los *barfulaires* los impulsaban la vergüenza, la burla, el rencor, el *de yo no t'has de reir*, pero casi siempre obraban en justicia y en defensa de la propia dignidad y majeza holladas por *bella pelafustana*. —*Bel*, *bella*... significan «alguno», «alguna»; *bella cosa* es «mucho» o «mucha», «muchos» o «muchas» en mi tierra—.

Había otras *enramadas* más propias, más poéticas, más elevadas en espiritualidad, en sentimientos y en pruebas

de amor y de pleitesía. Un domingo de primavera, un día del Corpus, un día de san Juan o de san Pedro... Josefina, Pilar, Teresa o Marieta abrían su balcón o ventana, cuando el sol era recién nacido, y quedaban sorprendidas en emociones y en éxtasis. La divina inquietud en dos corazones, los comienzos felices de un noviazgo o la gentileza de uno o de varios mozos de los más serios, formales y solventes de la villa habían formado unas guirnaldas o manojos, o ramos con menta con madreselva, con sándalo, con rosas y azucenas, con claveles y *clavelinas*, con albahaca, con ramas de cerezo llenas del fruto deleitoso o con pimpollos de olivo en flor, símbolo y promesa de cosecha y de bienandanzas. Tal vez la doncella guapa, digna y buena había escuchado aquella noche una copla amorosa o una *albada* alusiva, y la agitación en su alma limpia y pura no la dejó dormir, y madrugó, y fue a su balcón, y miró al cielo con misticismo suplicante.

Las *enramadas* de flores, de plantas olorosas y bellas, de ramas de frutos vistosos y primerizos; y las albadas cuando Dios amanece por Oriente; y la copla intencionada en aquellas rondas con *servilla* y *mairalesas*... han venido a nuestro recuerdo, a nuestros viejos recuerdos, al leer una conferencia que ha publicado, y que pronunció en Huesca, don Miguel Sancho Izquierdo: «Lecciones de buen amor en la literatura aragonesa». Y... ¡con qué pena tenemos que decir que todo eso pasó, tal vez para no volver! Sería una lástima, una vergüenza y un pecado que eso no volviese a renacer en ese Somontano de las bellas cosas y de nuestros hondos afectos: don Miguel, muchas gracias por su envío y gentilezas.

PA 'L PILAR TE LO DIRÉ*

—Nina, pero... ¿te vas a casar con o moxed de casa Fabián?

—Pa'l Pilar te lo diré.

—¿Tenez muchas olivas en a Valle d'o camino d'o Molino?

—Pa'l Pilar te lo diré.

—¿Me dejarez bel tonel, si tos sobra, pa llená-lo de garnacha d'As Planas?

—¡Ay, nino! Pa'l Pilar te lo diré.

—¿Me podrez vender bella zarpadeta de judías de San Cosme, d'ichas de careta que tenez en As Basas y en O Martined?

—Pa'l Pilar te lo diré, si Dios quiere...

Y si se pregunta por la *sementera*; y por el *macho* que se compró en *feria Balbastro* y por o *vino de flor que fizo o tufo sin as brisas*; y por o *ganau que va a bajar d'a montaña*; y por a *barra-ca pa cazar tordas*; y por o *cañimo de simiente*; y por as *ugas pa colgar*; y por o *mostillo enfarinau*; y por o *napar d'o tornallo de Campanachal*; y por a *moceta que fue a servir ta casa Mairal*, y por muchas cosas, hechos y actividades agrícolas, domésticas y pueblerinas, siempre en este tiempo que media entre la *sanmiguelada* y *Tosantos*, se contesta así: *pa'l Pilar te lo diré, pa'l Pilar hablaremos, p'aquellos días del Pilar lo arreglaremos.*

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 12/10/1951.

El día del Pilar, los días del Pilar son hitos, son referencia, fecha obligada, tope, centro de interés en la vida religiosa de aquellos pueblos, en los acontecimientos familiares, viajes, cálculo de cosechas, pagos y cobros... Parece que eligieron a la Virgen del Pilar como testigo, presidencia, abogada y consejera, ama, impulso, y señora de toda actividad de trabajo, de pensamiento, de oración, de fe, de esperanza. Para la gente sencilla y buena, humilde y trabajadora de aquellos pueblos montañeses y somontaneses no hay octubre sino *sanniguelada* hasta el día del Pilar y *os días* del Pilar hasta llegar a *Tosantos*. Pilar se casará el día del Pilar, y Pilar se llamará a *primera moceta* que tenga el matrimonio, y pocas son las casas que no tengan fiesta familiar el día del Pilar porque celebran su santo y su Virgen la dueña, o la dueña y la hija, tal vez la dueña, la hija y la criada.

Cuando éramos chicos oíamos decir a los viejos que el día del Pilar *se'n iba a zaguera golondrina que s'había quedau pa decí-le «adiós» a la Virgen*. También aseguraban que el día del Pilar aparecía, en la *placeta* de la pequeña ermita, cubierta de césped y yerbas, o *primer manto pa la Virgen*, de estrellas, refiriéndose a la escarcha, a la *rosada*, a los pequeños cristales de hielo que se observan ya en estos días otoñales, en las mañanitas serenas, tranquilas y frías de mi montaña. Aquellas buenas gentes estaban en la creencia, también de que el día de san Juan verían el arco y la rueda de santa Catalina a la salida del sol; que si se calienta la ropa interior (*a muda*), para el invierno, con llama de *espi-gol* (espliego) cogido el día de san Agustín, los sanos no enfermarían en todo el tiempo de los grandes fríos, nevadas y hielos, y que los enfermos se curarían; y en las *midas* de san Cosme; y en los *crepillos* de la Virgen de Marzo, y que san Mateo traía la primera torda...

Cuando éramos chicos nos decían nuestros mayores, padres, abuelos y tíos, que aquel angelico de piedra que hay en la hornacina de la ermita, a la entrada de la villa, recibió una pedrada en el brazo, tirada por un *boyatero* renegador y malo, y le rompió el brazo que cayó al camino de san Antón, y que el *boyatero* se quedó muerto, en castigo de Dios por ofender a la Virgen y a san Hipólito. Ahora nos acordamos de aquellos versos de Antonio de Trueba:

«¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!»

No, no se trabajaba entonces el día del Pilar. Aunque la tierra tuviese sazón, no iban a sembrar; aunque el lagar (o *trujar*) estuviese alto, no se encubaba; aunque faltasen unos *cobanos de fiemo* (estiércol) en unas *fajetas* próximas, no se llevaban. No es la fe, no es la religiosidad, no son las creencias, ni las devociones, ni los cultos como eran en nuestros años de chicos y de mozos; pero en los pequeños pueblos y aldeas de mi tierra todavía es muy frecuente oír esa contestación en referencia a tiempo, a promesas, a afirmaciones: «*Pa'l Pilar te lo diré*». Es que para el Pilar se *ajustan* las bodas o se realizan; para el Pilar se sabe ya si habrá buena, regular o mala cosecha de olivas; para el Pilar se sabe si la *sementera* se hace en buenas condiciones o si se hará tarde, mal, o ni bien ni mal... *Pa'l Pilar veremos qué año pinta*. Si hay grandes temporales en este tiempo, el año agrícola pinta bien porque se siembra a gusto, se asegura la aceituna y el agua en las fuentes, barrancos, balsas y ríos:

«Lleva tras sí los pámpanos octubre
y, con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre... »

Dijo Lupercio de Argensola, los Argensola, los grandes poetas de nuestro Somontano.

Pa'l Pilar te lo diré... Pa'l Pilar veremos si te podemos pagar... Y *pa'l Pilar* se resuelven, y antes más que ahora, los pequeños problemas, los conflictos intrascendentes de créditos y deudas, las cuestiones familiares y afectivas, los acontecimientos entre familias pueblerinas somontanesas, porque *pa'l Pilar* ya se cuenta con la buena, o con la mala, o con la nula recolección de olivas, de patatas, de vino...; con la promesa de ganados, y, sobre todo, con la perspectiva de una buena o mala *sementera. Pa'l Pilar...*

«ya sale el sol de las mañanas tibias;
ya sale el sol de las montañas buenas;
sol de salud, incubador de gérmenes,
sol de fecunda sementera... »

Trina la alondra en el silencio de los campos de aromas, de tonos y de reflejos embriagadores e inefables. No aparecen todavía los aquilones glaciales y recios ni las tormentas terribles amenazan desolación y ruina. Si llueve, el agua es bendición de Dios y promesa del cielo: «No hay cuidado que un nublado –los frutos del campo lleve–; –porque cuando llueve, llueve...– aceite clarificado». Las gentes se las ingenian para que el agua de lluvia que corre por los caminos, arrastrando estiércol y mantillos, entre en los olivares y riegue los olivos seculares, los *nerales* imponentes y los «manzanillas» de verde frondoso y copudo. ¡Qué delicia es ver el olivar cargado, como este año están en mi tierra todos, haciendo ya *corona as oliveras pa'l Pilar...!*

Quando éramos chicos había mucha viña en mi tierra. El día del Pilar ponían *en a plaza d'aentro*, una prensa de hierro, y *en a Callenueva* otra de sirga, con dos cara-

colas, digna de figurar en un museo de antigüedades, *pa sacar vino de prensa* y *pa fer vinada pa'l invierno*. En aquel tiempo casi virgiliano, de égloga, patriarcal en aldeas y pueblos somontaneses, Baco, *a esgarramanchons* en un tonel y con un tirso en la mano, debía brindar con un vaso de vino de Salas o de Huerta a los borrachos de Goya, a Gonzalo de Berceo y a Boudelaire. Ceres, sin Termoforias ni Eleusinas, contemplaría compasiva a las pobres gentes que solo cogen trigo para unos meses y al gañán que mira al cielo cuando dobla el surco.

Cuando éramos chicos costaba venir a Zaragoza dos días, medio pan y seis pesetas. Hasta Lascellas o hasta Angüés, en burro, o en *macho*, o a pie. Hasta Huesca, algunos andando y otros en aquellos carricoches tirados por mulas o caballejos. Había que dormir en una posada, en aquella posada de san Lorenzo, y al día siguiente se solía llegar a Zaragoza en un tren mixto, lento, bailarín y cochambroso. ¡Con qué envidia y admiración mirábamos a los valientes y poderosos, a los afortunados que se atrevían y que podían ir a Zaragoza a las fiestas del Pilar! ¡Cuándo, Señor, cuándo podríamos ir a ver aquella ciudad, aquel río, aquella Virgen y aquella iglesia de las que contaban tanta emocionante maravilla...! Pero también los somontaneses de Huesca teníamos un san Lorenzo que no estaba a la zaga de ningún santo ni santa del cielo; y sucedió un día que dos buenos viejos casi se pegaron en discusión acalorada sobre quién era de los dos más aragonés, más agradecido y mejor cristiano, uno por pilarista y otro por lorenzano. La cosa tuvo gracia, intención y chispa, pero aquí no cabe hoy la narración; tal vez algún día digamos en *Heraldo de Aragón* qué pasó y cómo acabó el incidente.

Hace bastantes años, *pa'l Pilar* subían a la montaña *amos* y criados de las casas ricas somontanesas a buscar, a *apalabrar*, a contratar jornaleros y cogedoras de olivas, porque en estos días ya se sabe en mi tierra quién cogerá cien o ciento cincuenta *pies* de olivas, en qué casas de Hoz, de Colungo, de Alquézar, de Radiquero, de Salas... empozarán dos, tres, cuatro... cientos quintales de aceite. Ya se habla *pa'l Pilar* cuándo y cómo *habrá que fer a rematadura*, fiesta de un paganismo inocentón y sin pecado aunque se cante el romance de «Marichuana» y se baile, *a trepuzones y fartos de poncho, a balsurriana*. Y habrá de olivar a olivar, de *colla a colla*, de *tajo a tajo*, puyas, canciones de picadillo, reticencias, roncas y alusiones de «aquí estoy yo»:

«...icen qu'iñor Juan de Sancho
lleva cuatro manirroto;
cogeremos as olivas
güen rato antes qu'ichos otros...»

No, la verdad es que no sabemos, y eso que estamos ya en el Pilar, *si a zagala de Matietas se casará con o moxed de casa Fabián; ni si podrán vender os de Chapa bella zarpadeta de boliches a Marieta Pablo; ni si en casa Carpi está a llave de Virgen de Nieves...* Lo que sí se sabe ya en estos días del Pilar es que hay *olivada* en todo el Somontano; que han *revenueu* algunas fuentes y barrancos; que los montes están verdes y prometedores; *que no s'han escaldau os puertos*, y... que van muchos a Zaragoza, a las fiestas del Pilar, en tres horas, sin medio pan, pero con cuatro billetes *d'os grandes n'a pocha escondida d'o chaleco*.

EL DÍA DE AÑO NUEVO*

En aquellos pueblos montañoses y somontaneses, los chicos teníamos bien poca baza en funciones, costumbres y vida social de Nochebuena, de Navidad y de Reyes. El día del «ayuno» nos enviaban con engaños o con *barretas* bien pronto a la cama para que los mayores pudieran comer a sus anchas *pastillos* y *peras forniadas*, beber garna-cha y *poncho*, bendecir *a tronca de Navidad* y, a las doce, marchar a misa gallo. Al día siguiente nos contaban cómo iban los pastores, el *repatán* y el cordero, de majos, de ufanos y de limpios en la misa de medianoche. En la misa mayor oíríamos los villancicos, el órgano a toda trompa y registros, las panderetas, las *pulgaretas*, los aceros y, sobre todo, la gaita de Frechín: como el señor Pepe nadie sabía tocar aquel instrumento suave, armonioso y dulce. Para Reyes éramos un estorbo *os críos, a catrinalla*, en las casas en que se sacaban «damas y caballeros»; y entonces eso de los juguetes era una cosa que sabíamos de oídas; y eso de ir a esperar a los Magos *con a faldeta mojada* y una caña verde, con cierzo, hielo o con nieve, y a las doce de la noche, tampoco nos hacía felices. Pero el día de Año Nuevo ya era otra cosa.

Os críos, a catrinalla, toda la grey infantil, la población escolar completa invadía calles, *placetas* y callejones asalta-

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 1/01/1952.

ba las casas, vociferaba, corría y *trucaba con ruellos* en las puertas cerradas, después de salir de misa, el día de Año Nuevo. Casi toda la chiquillería, sin distinción de clase, de edad, ni de sexo, gritaba desde la entrada de cada casa: «Ay, María! *¿dan cabo d'año?*» Y las mujeres *daban cabo d'año*, poco o mucho, bueno o malo, a casi todos los pedigüeños. Naturalmente, salían de la casa más o menos satisfechos según fuesen los chicos o chicas parientes, hijos de vecinos de muy amigos, de jornaleros o de menos afecto y trato. Pero casi todos volvían a casa a la hora de comer ya hartos de cien cosas y, además, *con as pochas, bel capacico, bella cesteta, bel talego, bella caracolera u bel saqued llenos de nueces, pansañas, mostillo, enfarinau, figas, cerollas, peras forniadas, orejons, almendras, cascabelicos, torta, belulo, billotas, tortetas, bella perreta...* no había *moced*, no había zagal que volviese a casa descontento; vivían casi todos en un ambiente material y espiritual tan pobres y bajos que un puñado de cotufas, *bel carambelo u bella galleta* eran cosa bastante buena para llenar de gozo y de gusto su alma y su apetito.

También nosotros íbamos a coger *cabo d'año*, pero éramos... otra cosa. No íbamos con los que corrían, gritaban y golpeaban las puertas. No llevábamos cestos, ni saquetes, ni cosa alguna para llenarla, ni entrábamos al buen tuntún en cualquier sitio. Solo subíamos a saludar a los tíos, a los parientes más lejanos, a los amigos íntimos de los padres, a los más vecinos en topografía y trato. No íbamos a pedir, como la chiquillería incivil y desmandada, pero tomábamos lo que nos daban: alguna peseta, monedas de dos reales, trozos de mazapán, cajitas de dulces, peladillas, *barretas* de guirlache, chocolate, quesitos de turrón blanco y negro de avellana y almendra... Nos parece que en este momento en que escribimos todavía somos chicos y que hablamos con tía Teresa (tía Teresa nos daba

¡un duro!), tía Raimunda, tía Antonia, *mosén* Joaquín, la señora Joaquina del Barbero, el señor Gregorio Fantoba, Burrel, Buil, Naval, Tomás, Villacampa, doña Manuela, tía Marieta, Pardina, Sarrato...

Éramos chicos y recordamos con placer que todos los del pueblo fuimos amigos inseparables en la escuela, en las calles y plazas, en los juegos, en nuestras travesuras por huertos, triador, eras y corrales. En la escuela estaban delante de mí, Inocencio, José del Cestero, Naval y Buil. Todos viven, y Dios haga que podamos decirlo muchos años. Ninguno era rico, tampoco pobre. Y no hemos olvidado jamás una advertencia que hizo un día de Año Nuevo una mujer vecina a nuestra casa a sus dos o tres hijos que salían a pedir *cabo d'año*: «*Ninos, ya sabez t'andetez qu'ir; no llamez en as casas d'os ricos, que no tos darán cosa; ni entrez en as d'os pobres, que tampoco sacarez brenca: pa ellos les n'habían de dar...*»

Afortunadamente para nosotros pasaron años y años sin comprender el significado, tal vez la intención, acaso el reproche y la protesta semioculta que había en las palabras de aquella buena y sencilla mujer. Estamos por creer que no había malicia en el consejo, y que fuimos y que somos nosotros los que nos pasamos de listos en nuestra torpeza, poco cristiana al suponer una reacción social y moral negativa y destructora que no existió ni en intención ni en deseo. Tal vez la maldad se iniciase viendo cómo en la ciudad y en el ambiente de otras gentes, y en libros y en estudios hallábamos invitaciones reiteradas para pensar de modo equivocado y poco piadoso. Fue preciso vivir en grandes ciudades para creer que pensando mal acertaríamos siempre en adivinar intenciones y en desentrañar propósitos envueltos en reticencias, en rencores o en ame-

nazas: «No llamez en as casas d'os ricos que no tos darán cosa, que no tos abrirán, que no se tratan con os pobres...»

Años después, muchos años después de aquel día de Año Nuevo, nos hizo recordar Rubén Darío la precisa súplica al niño Dios recién nacido: «Tiende tu mano sobre las fieras; que brillen tus divinas banderas de la generosidad y de la paz al sol de las buenas intenciones; vierte la comprensión, la esencia de la vida y la caridad sobre tanta alma triste, rencorosa, loca y equivocada que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida...»

Si estuviésemos en el pueblo tal vez sentiríamos la pena, y la vergüenza, y acaso un poco de responsabilidad colectiva al ver que no veíamos ya chicos que pedían *cabo d'año* el día de Año Nuevo, porque vivan sin fe, sin inocencia y sin amores, en ninguna casa de aquellas que no podemos ni queremos olvidar.

CHICO, YO NO, ¿Y... TÚ?*

El *amo* de casa Altemir y el dueño de casa Almazor hacían buenas migas siempre; quiero decir que eran muy amigos; se los veía juntos horas y horas, durante el verano, en la sombra del olmo de la Calle Nueva y, para el invierno, en *o Recholau* de la *plaza d'afuera*, resguardados del viento de Guara, o en *o solanero d'o güerto d'Albajar*, al sol tibio y clemente que iba por encima *d'a boira que morriaba por Os Lumos*. —Altemir, Almazor, Albajar... Alquézar y Alquezra, de Alcázar; todo es recuerdo de árabes—. Ninguno de los dos podía trabajar ni ir al monte. Tenían una enfermedad igual y contraria. Uno pecaba por carta de más y otro pecaba por carta de menos. Uno tenía que ir cada media hora *ta un rinconed pa fer una baseta o un reguered*, y el otro necesitaba asistencias y sondas para los claros desalojamientos, dos o tres entre noche y día.

Un viejo, pues, estaba en constante movimiento por la alta frecuencia; el otro, menos viejo y menos pobre, era un acumulador; la retención, el depósito de lo filtrado no hacía ni corriente ligera, ni débil chorro, ni siquiera goteo. Decíanse en recíproco reflexivo y profético: *nino, a yo y a tú luego nos llevarán t'astí bajo, a femar malvas* (al cementerio, a servir de abono a las yerbas del camposanto).

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 14/01/1953.

Había muerto don Ventura (don Buenaventura Abadía). ¡Qué buen médico fue don Ventura! Conocía a la vecindad y a los pacientes tanto y tan bien que recetaba muchas veces desde su casa, la mejor de la villa, sin necesidad de ir a ver al enfermo. Y vino «al partido» un médico joven, y, con él, ciencia fresca, métodos nuevos, maneras y modos de última moda, deslumbrantes y hasta revolucionarios: las inyecciones, los análisis, las tabletas, los cultivos... y no los «rayos» porque allí no había entonces ni luz eléctrica. ¡Qué era eso de las sanguijuelas, de las sangrías, del hierro rusiente, de las cataplasmas, de la leche de burra, del agua *senera* y de mermasangre, de los baños con agua de ceniza y de los paños quemados con anís de enrejadas!

El médico joven visitó a los dos viejos aquejados de viejo mal. Lo primero que dispuso fue un análisis de la orina de cada enfermo. Recordemos, pensando en el sondeado, zarandeado y retentivo enfermos aquella prosa rimada de no sé qué vate («vate, bate y vet»):

«...Galeno ya lo decía; / que la retención de orina / es una grave dolencia. / Un buen hombre la sufría, / y su mujer lo exhortaba / a que paciencia tuviera. / Mira, esposo, le decía: / piensa en lo que Job pasó. / A lo que él respondió: / Sí pasó, pero... meaba».

Y en seguida se cumplió lo que el médico había dispuesto. En una *redometa* se puso orina de uno, y en un *pomed* se echó la secreción excrementicia y renal del otro enfermo. Marieta d'o Piquero pondría las dos botellitas en una *cesteta* con paja, y marcharía a Adahuesca por *o trastallo d'As Sarripas*, para llegar antes, y dejaría en la botica los dos frascos con su líquido amarillento y cetrino.

Pero a Marieta se le ocurrió entrar en una viña a coger un racimo de uvas y, al saltar una margen, se rompió una de las botellas cayendo todo el contenido a tierra. No se alteró gran cosa la joven andarina. Precisamente tenía en Adahuesca una tía. Ella, la tía, le daría otra *botella*, y en esta pondría, de su propia cosecha, igual cantidad de caldo que la que se había derramado en la viña tentadora.

Don José era un buen boticario y sabía de cosas laboratorios y de químicas. Don José estaba siempre en su farmacia o en la villa aunque no era cojo (dicen en mi tierra: *o medico, viejo; o cura, choven; o maestro, de media edá; o boticario, cocho y el alcalde rico pa que ... ¡amos, ya m'entiendes!*). Marieta dijo al licenciado docto (don José Rodellar): *Que tome estos pichaus pa que los prebe, y aquí tiene esta carteta del medico; y dígame cuándo golveré a buscar a contestación...*

Los familiares de los dos viejos estaban impacientes. Tenían que esperar *bellos dos u tres días* para saber el resultado. Los enfermos, por sugestión esperanzadora, se sentían mejor; no tenían tantas molestias, desde *a riñonada t'abajo*, las partes innobles del cuerpo, según la Medicina antigua.

Don José anduvo dos días a vueltas y revueltas con tubos y probetas, agitaciones y reactivos, sedimentos y citrocitos, cilindros y cristales, gérmenes y células... Pero no acababa de ver claro en una preparación, y, para salir de dudas, ¿hizo las pruebas del ratón y de la ranita que habían de resultar positivas... a seis meses fecha? ¿Se adelantó treinta años al saber actual?

Cuando el médico recibió el resultado del análisis quedó desconcertado un momento. Claro es que todo quedó clarísimo cuando el doctor «confesó» a Marieta d'o

Piquero; y la insulsa mujer, que sería mamá pronto, no pudo ocultar su ignorancia pueril y bobalicona. El médico dijo, medio en broma medio en serio, que uno de los dos enfermos era un hombre nunca visto y que estaba en trance muy... embarazoso.

Al día siguiente volvieron a juntarse los dos viejos *en a Cruz d'a Calle Nueva, en l'ormo*, y decía uno al otro: *Este medico me fa reir: icho qu'ha dicho ye una tontada: lo qu'es yo, nino, ya t'aseguro que no estoy miaja así: ¿y... tú, cbico?*

L'ALMUERZO D'O SASTRE*

No había otro sastre en «Villa y aldeas» que *iñor* Gregorio. *Pa fer bel pantalón, bel chalequed y bel calzón* sí que había en cada pueblo alguna *sastresa*, alguna mujer que cosía, principalmente, sayas, chambras, *bel gabaned* y hasta alguna *brusa*.

Iñor Gregorio trabajaba día y noche quince días antes de la fiesta de Buera, de Asque, de Colungo, de Radiquero... cosiendo trajes de pana o de *patén*. En ese trabajo intensivo también tenían buena parte sus dos hijas, Marieta y Felipa, *dos mocetas bien guapas, bien güenas y bien trabajadoras*. Pero pasaban semanas enteras sin dar un punto, sin *fer* un ojal ni echar una *culera* nueva o una rodillera. Tal vez aquellas largas holganzas en el oficio fuesen debidas a la calidad de las telas de entonces. Un par de *pantalons* de pana duraba tres o cuatro años llevándolos *tos os días t'o monte*. Una chaqueta, de pana o de *patén*, que los labradores solo usaban para ir a misa, si hacía mucho frío o si iban *ta bella fiesta*, tenía cara de nueva durante seis u ocho años, o más.

Iñor Gregorio, para no olvidar el oficio en los meses en que la artesanía no daba señales de llamar en su puerta, iba de pueblo en pueblo «a por atún y a ver al duque».

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 25/03/1953.

Visitaba las casas de amigos y clientes, comía en ellas mucho y bien, bebía más y mejor, *cobraba bel duro que le debaban d'atrás*, y, además, tomaba medidas de alguna prenda o traje que le encargaban. La tela casi siempre había de elegirla y comprarla él mismo, en Alquézar; pocas veces la subían de Barbastro porque, en aquellos tiempos, sobre todo en invierno y en otoño, ir a la ciudad era un heroísmo y una quiebra: salir de casa antes de venir el día; llegar al pueblo bien de noche; *bardiar* por Lacuarcos y por las huertas de Barbastro; tener que pasar el río descalzos o sobre los lomos de un *burricau de miaja confianza*; *pagar a comida en a posada de la Aguedeta*; *perder un día de jornal y, además, i-sen algunas pesetas en frioleras y cotufas pa os críos u pa bel antojo d'a mujer*. Si *iñor* Gregorio recibía, en los pueblos que visitaba de vez en cuando, encargos para coser tres o cuatro días, subía a su casa de la villa y volvía al *lugar* en que sus servicios y trabajos eran tan misericordiosos y espectaculares: ¡Aquellos hombres, mozos o chicos con un traje nuevo de *patén* o de pana tan «a la última moda» era una cosa curiosa y digna de ser vista y de ser descrita! Pero, ¡por Dios!, no lo hagamos, que aquel bueno de Gregorio fue amigo noble de mis mayores. Recordamos haberlo visto por los caminos llevando él, bajo el brazo o sobre el hombro, su *maquineta* de coser movida a mano, a manubrio torturante y trabajoso.

Fue a Huerta de Vero *iñor* Gregorio, a buscar trabajo y a *sacar a tripa de mal*, un buen día de primavera. Llamó y entró en casa Naval, allí le dieron un *plated de sopas y un güego frito*. Fue en seguida a casa de Beturián y allí echó, entre pecho y espalda, una buena *chulla de magro* con otro huevo frito. En casa de Pano le preguntaron si había almorzado, y él respondió que no: allí lo *agüespedaron* con otro plato de sopas y una tortilla de dos huevos.

Seguidamente, en casa de Cavero, cuando le preguntaron si había desayunado respondió que sí, *que ya lo teneba en os talons*, pero que no le habían dado de almorzar todavía: salió de casa de Cavero llevando en su estómago insondable, como fosa de Tuscarora o como gaita zamorana, el añadido de medio palmo de longaniza con medio *pan untau con lardo*.

¡No había almorzado *iñor* Gregorio, *o sastre*...! Y tenía razón. Fue, por último, nuestro hombre a la casa de Mairal, a la casa más rica y fuerte del *lugar*; ya sabía bien aquello de que...

«El que a buen árbol se arri...
buena sombra lo cobia...»

Claro es que en aquella casa solo cosía para los criados vitalicios; para el señor Juan (el cantor en toda liturgia eclesiástica y *tión* empedernido); para Salamero, que fue mozo de *fachenda*; para Lorenzo; para Paco, el de Aneta... Y no faltaban en aquella casa de tres pares de mulas gente menuda que usaran y gastasen chaquetas y pantalones, abrigos y chalecos, pero eran los sastres de Barbastro o los de Huesca los que se las entendían con Manuel, con Modesto, con Luciano y con Joaquín, chicos de colegio y futuros labradores y *amos* de casas ricas del Somontano, maridos de herederas de renombre y fama. No, allí no tenía más clientela que la de servidores y encargados, pero eso no importaba para que Isabel invitase a almorzar al señor Gregorio y, después, a comer. Y aceptó el buen hombre del dedal, de la aguja y de la *maquineta* al hombro la gentileza de la dueña de casa Mairal, entonces muy joven y guapa. El almuerzo fue el plato de sopas, dos huevos fritos con su gran *chulla de magro*, y una *miaja d'adobo pa mojar pan tierno y enfilar clarete*: por fin había almorzado,

como Dios manda y como es uso y costumbre, el señor Gregorio.

Ya se sabe en la Montaña y en el Somontano: el almuerzo *d'o sastre* ha de ser, por lo menos, un plato de sopas que no lo salte un gitano; dos huevos fritos con una tajada de jamón como *una suela d'abarca*, o medio palmo de longaniza; y, naturalmente, pan abundante, blanco y tierno, y vino a discreción en cantidad y en clase. ¡Aún hay clases! ¿Había de almorzar un sastre, que va a jornal en el pueblo de casa en casa y con a *maquineta* bajo del brazo, como almuerzan los jornaleros y criados de mulas, de *jada*, o los *cbulos* de cántaro, *canastón* y leña?

PA QUE TA CUERDES, PRECISO..*

No somos cuentistas. No hemos nacido para contar ni para escribir cuentos ni para pensar una novela. No tenemos imaginación, ni fantasía, ni talento para componer y redactar unas páginas de un trabajo en que la verdad poética, la verosimilitud, pudiera tramar una prosa más o menos literaria que fuese un cuento: nosotros solo sabemos y solo queremos decir la verdad a secas.

Nos dicen con relativa frecuencia que deberíamos escribir cuentos aragoneses. No lo hacemos porque no tenemos seguridad de hacerlo bien. Solo hemos leído, y hace años, media docena de buenos cuentos aragoneses. Generalmente no conoce la psicología del montañés quien escribe muchos cuentos de ellos; por esa razón inventan dando pocas veces bien en el clavo. «*O porrón d'iña Beniteta*», «*O sementero d'a demba*», «Chico, yo no, ¿y tú?», «*¿T'has mojavau, mosén Arán?*», «*L'almuerzo d'o sastre*»... y muchos artículos más, publicados en *Heraldo de Aragón*, podrían pasar por cuentos aragoneses poniéndoles un poco de teatro, hinchándolos algo con el *cañuto de caña* del que habló Cervantes. Y precisamente nos acordamos hoy de Preciso. Vamos a contar un sucedido; una lección ingeniosa y de efectos definitivos.

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 1/05/1953.

Preciso era un hombre algo zafio, ineducado, atrevido, *metomeentodo* y *revisalsero*. Mal trabajador, pasaba la vida teniéndola frecuentemente en trance de perderla, poniéndola colgada de un ramal o sogas con la que se ayudaba a bajar y a subir por rocas, peñascos y *ralleras* para coger en las *fajanas* yerbas, flores y raíces de plantas medicinales, aromáticas y «milagrosas» que vendía por los pueblos de alrededor.

Preciso, y lo llamaban así porque era en todo tiempo y lugar *tan preciso como os perros en misa*, pasaba horas enteras viendo cómo jugaban a la pelota los mozos los domingos, y *a la chica* los hombres más viejos, y escuchando las conversaciones en *corrillos* y en *solaneros*. Cuando hacía mal tiempo, y era de noche, no tenía reparo alguno ni pizca de vergüenza en subir a las casas «buenas» de la villa en donde se reunían propietarios, curas, médico, maestro, secretario, guardabosques... a jugar a *manilla*, en una *saleta* o comedor, con buen brasero bajo la mesa bien arropada con una manta de viaje o un tapabocas de mozo *fachendoso*. En otra *meseta*, al lado de la entapetada, casi siempre había un plato de galletas, o almendras, o nueces, o rosquillas... y una jarra o una botella con vino clarete, o garrucha, y un vaso para todos.

Un día, ya al anochecer, Preciso subió a casa de Laplana en donde jugaban a la malilla (*a juar a manilla*) el señor Elías, y Burrel, y Buil, y Sopena... El entrometido, el *tan preciso como os perros en misa*, el burdo, y antipático, y pesado, *motilón* llegó, vio, bebió, se sentó pegado a la mesa entre el señor Elías y el señor Sopena. Se puso de tal modo incrustado, interpolado (*como piojo entre costura*), con los brazos cruzados sobre el tapete y sobre las cartas, mirando los naipes a derecha e izquierda, hablando indis-

creto y comentando inoportuno que el señor Elías no pudo ni quiso aguantar más impertinencias y decidió escarmentar al intruso para siempre. El calorcillo del brasero; el mullido tapabocas de la mesa; los efectos del largo trago del buen vino; el ambiente tranquilo y la zafiedad del patán hicieron que Preciso se durmiera, y hasta que roncara echada su cabezota, con el aditamento de una boina mugrienta y astrosa, sobre sus brazos peludos y manazas callosas, semitumbada su media humanidad sobre la mesa de juego, limpia y limpio.

Mientras dormía groseramente y roncaba con escándalo Preciso, el señor Elías dijo, con señas más que con palabras, qué iban a hacer él y los demás jugadores. Todos hicieron la comedia bordando su papel. La pesada broma y eficaz remedio fue todo esto y fue así:

El señor Elías y el señor Sopena habían de ser los principales actores de la trama. Apagaron el quinqué y cerraron la puerta para que en la *saleta* no entrara persona alguna ni la luz de la cocina, algo distante, pudiese aclarar la escena. Simularon seguir jugando; en voz alta, gritando a ratos, dando golpazos en la mesa, apostrofándose, inculpándose discutían una jugada. Los jugadores colaterales empujaban y zarandeaban a codazo limpio al feo durmiente; Burrel daba en las espinillas de Preciso y el señor Buil empujaba la mesa hasta mover hacia atrás al huésped vitalicio y antipático. Se apaciguaron, por fin, los ánimos; se hizo la paz después de la trifulca, el juego siguió tranquilo y normal, y la «oscura oscuridad» lo invadía y lo presidía todo:

—La *manilla* de copas.

—La sota.

—También tengo copas.

—*¡Ya serán bien pocas!*

—*Lo menos me'n queda ocho...*

—*Chico, pos si no ye en una carta todas...*

Pero Preciso ya no dormía. Los gritos, la discusión acalorada, los golpes, los empujones... lo habían despertado. Pero no veía. Se restregaba los ojos, los abría desmesuradamente, los movía a uno y a otro lado, ¡pero... no veía! Y empezaron los clamores. Y empezaron a salir san Antonio, y santa Lucía, y san José bendito, y santa Rita, y el santo Ángel de la Guarda, y «¡Dios mío!», y «¡Virgen santísima!»... de la boca y del corazón desesperados del atribulado y descompuesto Preciso que *s'había quedau ciego repentinamente*. Y pedía auxilio, y llamaba a don Ventura, y clamaba al cielo y a todos los santos de la corte celestial. La oscuridad seguía absoluta en la habitación. El señor Elías cogió entre sus manos la cara de su víctima, le dijo que levantara la cabeza, que mirase al quinqué (no había luz eléctrica todavía), y que abriese bien los ojos para ver si él advertía algo raro. Y seguía la comedia dramática:

—*Pos chico, Preciso, yo no te veigo cosa en os ojos, y o quinqué alumbra bien. Pue que tengas bella busca (partícula; pequeño estorbo) en a niña d'o lau drecho, que paez que o tiens una miajeta royo; pero icho ya te lo mirará mañana don Ventura cuando faiga güen sol. Y mejor será que te'n vayas ta Balbastro y te veiga uno entendiu en ichas cosas d'a vista, que son delicadas y peligrosas... ¡Mía que si te quedases ciego!...*

Se compadeció el señor Buil, el estanquero, y tuvo una salida airosa y diplomática: *Que traigan un candel d'a cocina, a ver si vey. Preciso no tiene costumbre d'alum-*

brar-se con petrolio, y a luz de tubo le habrá feito mal esta noche en os dos ojos...

Tardaron en ir a la cocina; el señor Ramón trajo, por fin, un candil agonizante, oscilante y triste, y Preciso vio. Claro es que también se volvió a encender el quinqué, y Preciso veía mejor con luz más intensa, y también vio Preciso, y comprendió, y supo que le habían jugado una mala partida, una broma inolvidable, una lección dura.

Preciso, pa que t'acuerdes. Y Preciso no volvió a estorbar a los que jugaban *a manilla* en casa Fantoba, en casa de Tomás, en casa de Buil, en casa de Ricardo, en casa de...

«NINO, PERO.. ¿QU'EN TENEBAN?»*

Hoy es el plato una caracolada. Después de estas lluvias, tan *tardanas* como tranquilas y modestas, los caracoles camparán a sus anchas por las huertas, barrancos y *rieras*. Habrá caracoladas con *ajaceite*, y buenos tragos de vino *p'afogá-los* en todos aquellos pueblos de *reganos*, de huertos y de *chimiaizos*. También a la ciudad llegan esos lentos moluscos terrestres, a fuerza de arrastrarse, pero sin prosa ni teatro de Echegaray. Y decimos que los caracoles también llegan a la ciudad porque hemos leído que para el día de san Pedro preparan los pescadores zaragozanos, estos buenos y simpáticos amigos nuestros, grandes paellas, caracoladas y otros cultos al buen yantar.

Por asociación de ideas han venido a nuestra memoria recuerdos de nuestra vida veraniega en aquellas *brendas* en el Molino, en Campanachal, en Cueva Chuandana y en el Puente Buera. Pero hoy despreciamos las fuentadas de conejo montés, de perdices, de pollos, de cordero y de *crabito*, y volvemos a los caracoles con *ajaceite*. *Peches y bella trucha*; caracoles; *ajaceite*; *pan d'o forno d'abajo*; *vino de casa Pardina...* y veinte años, y vacaciones, y no tener pena ni miedo al mañana ¿se podía tener más felicidad en aquellos rincones apartados del mundo y de las vorágines?

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 19/06/1953.

Peped y Toñón eran dos compinches, vecinos, amigos inseparables, de un pueblo vecino al nuestro. En cuanto empezaba el calor y todo bicho viviente salía de sus casillas y de sus agujeros, los dos hombres iban a la caza, a la pesca, a la busca y captura de todo lo que podía llenar sus estómagos de saco arrocero: ranas, *langartos*, *niedos*, *doliqueras*, *grallas*, caracoles...; sobre todo, caracoles, y también caracolas, *as crabas* como allí llaman al molusco terrestre de concha blanca y de cuatro palpos, a las hembras según ellos creen.

El víspera de San Juan hubo tormenta y cayó agua abundante. Quedó la tarde serena y tranquila la noche: buen tiempo, propicia ocasión para salir los caracoles, *pa correr os caracols por os marguinazos y por os bancals*. Toñón y Peped cogieron sus talegos *fanegueros* y marcharon a coger caracoles. Volvieron cargados de ellos. Por unanimidad, «nemine discrepante» y sin discusión, tomaron el acuerdo en firme, que el tambaleo ya vendría más tarde, de comer, *pa brenda*, dos almudes de caracoles con *ajaceite*, cada uno. Y dicho y hecho. Comieron *pa brenda cena*, un tercio de *fanega* de encascarados entre los dos y, naturalmente, bebieron el vino que requería tan gran caracolada. También fue natural, clara, sin rodeos, espontánea y fulminante la indigestión aquella noche. Pero Toñón *esbotó* y se pudo levantar, *pa comer*, al siguiente día. Quien estaba *cruzau* en la cama, *pa morí-se deseguida* era Peped. Las vecinas habían diagnosticado y pronosticado «coram populo». Peped *teneba una especie de torzón, como as mulas y os machos, menos a crisma*. Otras veces ya había atravesado ocasiones parecidas, pero siempre había reventado en vida, pero ahora, decían: «*d'esta sí que no'n saldrá!*» ¡Llamaron al médico de Alquézar, excelente doctor, gran clínico,

buen psicólogo y conocedor de toda flaqueza y de todo hartazgo de la gente de la *redolada*.

Bien poco tuvo que ver, que preguntar y que mirar el buen médico para saber qué tenía y qué se había de hacer para que no muriera de *torzón* Peped, o *d'as fartallas*.

—Pero, hombre, Peped —le dijo el médico—: ¿no sabes que los caracoles son muy indigestos; que es peligroso comer más de una docena; que cada caracol, si no se mastica bien, y tú no puedes molerlos porque no tienes muelas, se ponen en el estómago como un *cerjúello* gordo cada uno? ¿Y dices que te has comido un par de *almudes*? Pues si no sacas esos caracoles tendré que abrirte la tripa desde el *melico* (ombligo) hasta el vedado.

—*Entre yo y este* (dijo Toñón que estaba junto al amigo) *nos ne comiemos solo cerca de cuatro almudes, pero con ajaceite, con pan y con asabelo vino.* Y Peped, que pudo hablar con tantos apuros como dolores y agonías, dijo: *don Ventura, a yo no m'han feito mal os caracols..*

—Pues ¿qué te ha hecho mal, infeliz?

—*¡As cascas!*

Y Toñón preguntó, sorprendido y atontado:

—*Nino, ¿qué teneban cascas os caracols que nos comiemos ayer?*

El lector, especialmente la lectora melindrosa y delicada, meliflua y adengada dirá ahora: ¡Qué animales; qué brutos; qué buitres...! Y nosotros diríamos para su conocimiento y gobierno que Toñón y Peped eran unos precursores de la ciencia actual, difusa y confusa, intensa y

extensa. Peped y Toñón se adelantaron a su tiempo y al tiempo nuestro. ¿No se recomienda ahora para crecer, para curar, para engordar, para refortalecerse, para fortalecerse, para rejuvenecer y para embellecerse tomar cal, caliza, mármol y piedra litográfica en comprimidos, en sellos, en inyecciones, en tabletas y a cucharadas? Pues ¿qué hicieron Peped y Toñón sino hartarse de caparazones calizos al llenar sus enormes andorgas con casas a cuestras de los caracoles heréuleos?

Peped y Toñón no sabían químicas, industrias, laboratorios, farmacias y medicinas. No eran doctos en ciencias naturales ni les importaba gran cosa lo que decían de los caracoles Cuvier, Larnark, Fergusac y todos los médicos y sabios del mundo que tratan de «tú» a los gasterópodos, pulmonados y sin pulmones, conchados del género «helix», moluscoides y nocturnos animalitos de baja escala zoológica, pero sabían de *brendas* y de *lifaras* caracoleras, de *torzones* y de purgas más que todos los doctores juntos. Toñón y Peped eran unos tíos muy grandes: unos «machotes», como dice ahora la gente fina.

A JUAR EN O RICHOLA U*

Cuando éramos chicos, y cuando fuimos mozos y estudiantes, ¡cuánto y qué bien jugábamos a la pelota, a mano, todos los chiclones y jóvenes del pueblo, de todos los pueblos del Somontano! Las primeras tres, cinco o diez *perretas* que podíamos recoger eran para comprar pelotas. Las pelotas de peseta o de seis reales que subían los mozos de Barbastro, eran un sueño para nosotros. También hacíamos, forrábamos y cosíamos pelotas los chicos, con arte, con gusto, con ilusión, y con destreza casi perfecta. *Si en o Recholau d'a Calle Nueva (a plaza d'afuera)* jugaban los mozos o los hombres casados, nosotros lo hacíamos en *a placeta de San Miguel o en o corral de Pardina*. Unos y otros jugábamos hasta en la *plaza d'aentro*, que estaba y está empedrada en arabescos desde que fue zoco moro aquel rincón de Alcázar, después Alquezra y ahora Alquézar, residencia que fue de taifas y de *fidalgos*.

Nunca hemos sabido qué origen, qué significado, qué historia tiene la palabra *recholau*, la pared y *placeta* del juego de pelota en la villa altoaragonesa: «rechazo», «rebote», «rechoncho» o poco alto, ¿tendrán alguna relación con *o recholau* de nuestras actividades lúdicas en los años felices de la infancia y de la juventud? También allí jugábamos a *marro*, a «conejito», a *galgo fino*, a «negro», al «vino blanco»,

* Publicado en *Aragón*, julio-octubre de 1953, número 228, p. 4.

a *arrima costillas*, a *l'alforjeta*, a «palmos», a «burrico falso»... y a *fer basetas* si había llovido o bajaba o *ballo*. Jugábamos a la pelota partidas de 18 tantos y, además, el «pie». Tampoco hemos podido averiguar si eso de «pie» es importación francesa, catalana o berebere. Jugábamos a sacar por arriba, por abajo, con falta y sin falta; a bolea, a bote, a *chamalandrón*, a sobaquillo, a *chapada*, a raso...; jugada buena (*güena*), mala, muerta; «a ellas» (iguales o empataados); zapateros; tres a un rey; echar ronca... El *rayador* decía si era buena, mala, falta o muerta una jugada y, además, guardaba la botella de anís, las galletas o el jarro de vino que se jugaban. La *leñera*, las *escaleretitas d'a Cruz*, *as branquilleras* y *o yerbín*... se llenaban de gente que gozaba viendo jugar tanto y tan bien; si jugaban *mosén* Joaquín, *mosén* Celedonio, Atanasio, Joaquined de Chapa, el maestro Plácido... hasta las mujeres, al salir del rosario, se paraban para verlos jugar. Algunas veces los chicos nos acercábamos todo lo posible, llenos de curiosidad, de admiración, de envidia y de temor, al sitio donde los mozos jugadores habían dejado sus chaquetas, chalecos, garibaldinas, ceñidores... Entre la ropa, sobre todo si jugaban forasteros de *fachenda* y rompe y rasga, se veían brillar los mangos nacarados de puñales y de cuchillos, la culata de un revólver o los gatillos relucientes de una pistola de dos caños, «del quince», con balas como *billotas d'a carrasca de Jenaro*. Las pelotas, impulsadas por los brazos de acero de aquellos mozos de bronce o de aquellos casados fornidos, volaban frecuentemente hasta las *fajetas* de Ayerbe, hasta el huerto de Domper, o hasta el conejar del médico; los chicos nos disputábamos el honor de llegar antes que los mozos, corriendo, a buscar las pelotas huidizas.

Dos, tres horas jugando a la pelota, mano a mano, dos a dos, tres a tres, uno contra dos o más...; y con un sol

abrasador o con un frío glacial. Sudábamos la gota gorda, hasta en invierno; teníamos la cara roja, el corazón alborotado y los pulmones jadeantes. Si pasaba alguna mujer con su cántaro lleno de agua fría, de La Pozaca, corríamos hacia ella y bebíamos *a ficamorro* hasta llenar el estómago. Entonces, venturosos y felices, nada sabíamos de congestiones, de pulmonías, de meningitis, de indigestiones, de arterias, ni de válvulas, de órganos ni de músicas. Un par de alpargatas, de *cañimo* puro, costaba dos reales y nos duraba seis meses aunque jugásemos todos los días. Aquellas que llevaban los mozos de fanfarria, valencianas, de «dos ojos», *a lo miñón* con hiladillo muy ancho... valían sus dos pesetas, y se las ponían *pa juar a pilota* después de llevarlas un año *mudans*, bailar cien horas en veinte meses y *carriar* dos temporadas.

Ahora apenas se juega a la pelota en los pueblos de mi tierra. Aquellas manos duras, diestras y callosas de los mozos, ágiles en los saques rasos, en las boleas y en las *chapadas*, ahora se pulen y se cuidan con potingues de manicura en algunos casos y casas. Los frontones, y *fronteras*, y fachadas tienen grietas, agujeros, *escorbones* y relieves; las *placetas* y suelos son *barranquizos*, *basetas*, regueros y pedregales, las pelotas, botando, rebotando y chocando en tanta arista, vértice y hoyo se rompen si alguna vez se juega, se deforman y se convierten en poliedros irregulares; los cuerpos de la mocedad se afeminan y blandean, y muchos espíritus, impulsados por la molicie, por el alcohol y el vicio, se desequilibran con vistas al código, a la holganza o a la esquizofrenia. Ahora los mozos no llevan, afortunadamente, trabucos, cuchillos, ni pistolones «del quince», y sí zapatos de ante, reloj de pulsera, corbata de seda, cosméticos y perfumes. Aquella majeza, aquella bravura, aquella *fachenda*, aquella fortaleza de cuerpo y de alma, de

voluntad y de nobleza... ¿qué se hicieron? ¡Qué metamorfosis regresiva sería precisa y bendita, para que la juventud de los pueblos rurales volviese a los cauces que hicieron a sus padres y abuelos tan hombres, tan trabajadores, tan enteros, tan sanos y tan... pelotaris!

Ahora ya no oímos, cuando vamos a los pueblos somontaneses, que los mozos digan: *¿Amos a juá-nos a bren-da a pilota?* Los jóvenes del campo, enseñoritados y presumidos, si viven en lugares próximos a una ciudad o villa, chica o grande, el domingo lo pasan muchos en la población diluidos en el café, en el bar, en los toros, en el cine, en el fútbol (escrita así la palabra «fútbol», española), acaso en bailes y en otros sitios en que no nos hemos de meter. ¡Con buenas *maderas* volverán al pueblo para trabajar en la tierra al día siguiente...! Si los mozos pasan el día festivo en el pueblo, se levantarán al mediodía porque pasaron la noche del sábado en la taberna o en el café, comerán poco, de prisa y mal, volverán al juego de naipes y barajas con mugre, al coñac (eso de «jeriñac» no cuaja bien), al vermut, al anís de enrejadas, al vinazo, al puro... pura tagarnina, a las «banderillas» que pinchan el estómago, al palmo de chorizo indigesto y caro... Ahora los mozos no tienen tiempo ni de rondar, ni de bailar con aquella inquietud semisanta del buen amor, ni de cortejar con juicio e ilusión, ni de ir a cenar a su casa. Saldrán del café, muchos de ellos, en compañía de casados y de *mindans*, cuando ya se haga de día el lunes: *Post festum, pestum.*

No, no se juega ya, casi, a la pelota en los pueblos de mi tierra. Y... ¡qué lástima es que haya tantos señoritos y tan pocos mozos!

AS GLARIMAS DE SAN LORENZO

¡Esto ya es demasiado hotel! Hotel en Panticosa, hotel en Ordesa, hotel en Arguis... Hoy emprendemos otras rutas más humildes y más duras. Vamos a pueblos, aldeas, ríos, sierras y andurriales montañoses. Hasta Huesca hemos bajado desde el Parador de Arguis, el reposadero al pie de Monrepós, con Enrique Pardo Canalís; y nos ha dicho el culto y querido amigo que quería quedarse en Huesca unas horas, antes de volver a Madrid, para ver el Museo Provincial, el claustro de san Pedro el Viejo y la catedral. Para ver, puede ser, para aprender, no. ¿Le falta saber alguna cosa a Pardo Canalís? Que se lo pregunten al «Lázaro Galdeano», y a su alma, el señor Camón.

Hoy, a las nueve, hemos llegado a Huesca. A lo largo del Somontano, un coche ligero nos ha permitido pasar por media provincia y con tres horas de sol ya estábamos en la montaña, entre Naval y Graus, sobre una corona, mirando, contemplando, admirando, bien de cerca Peña Montañesa, Cotiella y Turbón, entre Monte Perdido y el Aneto, los dos gigantones bien visibles de esta maravilla pirenaica. Solo por estar media hora en esta altura y en día claro se puede dar por bien empleado un viaje desde Zaragoza. Ahora vamos al pueblo próximo. Desde la galería alta de la casa solariega de los Muzás y de los Nacentas,

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 26/08/1953.

Paco nos señalará los quince pueblos que se divisan, y nosotros diremos: esa sierra de ahí es la de Estadilla, a cuyos pies tiene mucho que perder (de chichas, no; de intereses, sí) Pablo Cistué de Castro.

Un fenómeno tan rápido como vistoso nos ha hecho mirar al cielo, lleno ya de luminarias: una estrella fugaz ha corrido por el espacio dejando una estela de fuego larguísima y breve: *una glarima de san Lorenzo*. Es que estas gentes montañesas miran constantemente al cielo y saben mucho de él, tanto o más que aquellos pastores del Himalaya precursores de la astronomía. Estos hombres de la montaña saben qué hora es de día y de noche, sin más que mirar al sol o a las estrellas. Estas buenas gentes saben bien *que pa mitad d'agosto corren as glarimas de san Lorenzo*. —A las estrellas fugaces, bólidos, aerolitos, núcleos cósmicos... que por la noche recorren distancias enormes en el espacio, dejando rectas de luz vivísima y breve, los llaman en estas aldeas y pueblos *as glarimas de san Lorenzo*—.

Y... ¡qué coincidencia esta noche ha llegado al pueblecito lejano y escondido el *Heraldo* de ayer, del día 21 de agosto! —¿Habrà algún rincón aragonés al que no llegue el gran diario?—. En primera página y con tipografía de pontifical se advierte al mundo que en la acera de enfrente ha brillado el fuego infernal de la bomba de hidrógeno, por activa y no por pasiva, propia y no venida de otros cielos. Otra ley de otro Talión se ha formulado en reto: gesto por gesto y bomba por bomba. ¿Cuáles serán el ojo y el diente, los dientes y los ojos de aquel ojo y de aquel diente japoneses? ¿Dónde se escribirá la página en que continúe el otro Apocalipsis?

Pero... volvamos a san Lorenzo. Y también a Santiago, que a los dos santos se les tiene gran devoción en estas

montañas. Estas sencillas, creyentes y buenas gentes del Alto Aragón no saben nada –¡bendita y dichosa ignorancia!– de esos ingenios diabólicos modernos, ni de proyectiles dirigidos, ni de las terribles aplicaciones físico-químicas de propiedades y de cuerpos que Dios dio al hombre para su bien y este dedica al mal. Estas gentes creen que las estrellas fugaces son lágrimas de san Lorenzo que llora en el cielo porque somos malos y no nos podrá ver en su compañía después del juicio final; y dicen que los aviones son cosa de brujería, y que los hombres sabios son demonios que tienen envidia y rencor a Dios.

L'aire d'o puerto ye frío esta noche, y nos hemos refugiado, después de cenar, en la recocina de esta gran casa de Muzás. *En to tiempo ye güena una calentada*, y no molesta, ni mucho menos, el fuego discreto de unas tozas de *carrasca*. Un viejo criado de la casa, que fue mozo *fachendoso* de mulas en sus buenos tiempos, nos cuenta cosas de san Lorenzo y de Santiago. Oigámoslo, escuchémoslo:

O tión de casa d'o pelaire se'n fue ta Güesca, a pie, con l'alforjeta al hombro, cuando teneba trenta años, pa ver os danzantes y a san Lorenzo. Vido a procesión; y cuando le dijón qu'aquel santo chicote que pasaba era san Lorenzo, dijo: ¡Güen chasco me llevo! Santos solo de medio cuerpo, yo en conozco asabelos: ¡tamién yo soy casi santo...!

Cuando yo era moxed estaba de repatán en Matidero, y m'a cuerdo qu'el cura, el día de Santiago, dijo que o santo mató dos mil moros. Al año dimpués tamién nos sermonió y nos dijo: Hoy ye Santiago: gran santo, d'os santos más grandes del cielo; guerriaban con un caballo blanco, mató a tres mil moros... Y o ferrero, que s'acordaba d'o sermón del año pasau, deciba: ¡Chico, chico, qué santo! cuánto más viejo ye, más valiente ye: cada año mata a mil moros más...

Desde La Corona hemos oído algunos disparos de escopeta. Nos invitan los amigos de un pueblo a una cacería que se organiza para mañana, «con todas las de la ley»: agosto, hurones, preseras, galgos, montes vecinos de distinto término municipal... Por algo y para eso estamos en veda, no solo en esta provincia sino en todo Aragón: ¡qué pena y qué lástima de riqueza que se pierde! Pero mañana, Dios mediante, cuando los cazadores y la jauría nos despierten, al alba, Paco Nacenta y yo emprenderemos la marcha hacia un gran camino que corre: hacia el alto Cinca. De él hay mucho que decir y mucho que esperar.

PARECE UN CUENTO ESTA HISTORIA*

Hay algunos pueblos somontaneses que están en la montaña propiamente dicha, en tierras oscenses, y hay aldeas y lugares que se dicen montañeses y están más lejos de las sierras que algunos del Somontano. Las áreas de dispersión de los dos hechos geográficos y la nomenclatura y clasificación en las dos zonas son cosa muy convencional y libre.

El alcalde de un pueblo semimontañés, y de esto hace ya muchos años, recibió una comunicación del gobernador de la provincia diciéndole que era precisa su presencia y la de los concejales en su despacho oficial de la capital en un día que ya señalaba el escrito. Y precisamente estaban en los días de más apuro por la siega porque los trigos se habían secado rápidamente; *cuatro días de falaguera los puso amarillos y blancos, as cabezas s'esgranaban sin tocá-las, solo con ve-las y mirá-las. Amás, por as Ripas d'Alcolea y por más abajo d'a sierra d'Estadilla s'asomaban ya as valencianas, y todos teneban miedo de que bella boirota s'escolgase de Guara y alguna pedregada no les dejase una estapencia en as tierras.*

El alcalde *trucó* en la puerta de la casucha del alguacil. Bajó el servidor del pueblo (campanero, sacristán, enterador, pregonero, peatón, medidor y *pelaire*) y al ver al alcalde con un papel en la mano, antes de saber nada pre-

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 27/02/1954.

guntó: —*¿Ya ha veniu Barrabás?* Barrabás era un hombracho antipático, mal carado, barbudo y rechoncho que cobraba la contribución, por las buenas o por las malas, en toda la *redolada*. —*No*, dijo el alcalde. *Ye menester que les digas a ichos deseguida que mañana, cuando se faiga de noches, qu'acudan ta Casa o Lugar* (*ichos* eran los concejales).

Tronada de mañanas y junta de tardes no t'inamores guaires, dijo Ceped, el concejal más remolón y colmilludo del ayuntamiento. Es que en muchos pueblos del pie de las sierras se guardan tristes recuerdos de tormentas mañaneras, devastadoras por la piedra, la inundación, los rayos y el huracán. Además, las sesiones del concejo suelen celebrarse en casi todos los lugares de mi tierra los domingos, después de misa. Y toda convocatoria a deshora y a desdía era de mal agüero, y a todos *les veniba bien mal, y a todos les feba mal, y a todos les feba mal pleito venir d'o monte antes con antes*.

—*Os seis* («sais») lo dicen aquí; en el Somontano, no), *os seis tenemos qu'ir ta Güesca* el lunes, sin falta, dijo el alcalde, sin esperar a que el secretario iniciase protocolos, formalismos y ademanes de leguleyo. *Qu'as mujeres tos preparen a mejor ropa que tengaz*.

Había que ir a Huesca, pues, y a Huesca fueron *en a tartana d'o Molinero d'Abiego con o que fizon trato*. Fueron todos temerosos e intrigados, sorprendidos y, sobre todo, preocupados porque ellos *cosa sabeban d'etiquetas, de finuras y de cumplius*. El alcalde —el cargo imprime carácter y obliga a desenvolturas expeditivas— les dio una lección de urbanidad, de cortesía y de corrección y les quitó la cortedad y el miedo: él ya había visto al gobernador y a señores principales y ninguno se le había *reiu*, ni se lo había *comiu*, ni lo habían puesto *n'a cárcel*. Y, uniendo la

acción a la palabra, les decía cómo habían de pedir permiso para entrar en el despacho, cómo se tenían que descubrir, y cómo saludarían y alargaría la mano, y cómo se sentarían, y qué harían con manos y pies, y que le tendrían que llamar de «usía», y no sé cuántos más consejos, advertencias y monsergas embrolladoras, embarazos y complicaciones. Los pobres ediles seguían sin dormir tranquilos por la dichosa visita. A ellos les preocupaba el ceremonial, la exigencia protocolaria, la solemnidad del medio y la importancia del personaje. Para ellos el gobernador era, después de Dios y del rey, el de más mando, saber, poder, autoridad, altura y grandeza. Por lo demás no tenían que temer nada: no habían robado, no habían perdido las elecciones últimas; el pueblo vivía en paz; el secretario era buena persona y el cura un bendito de Dios; los dos ricos del pueblo tenían la hacienda arrendada; vivían en grandes ciudades y no querían saber nada del *lugar* ni de los pobres; casi iban al corriente en todos los pagos... —*¿Pa qué nos querrá el gobernador? Ichos ingenieros que van y vienen por os montes y por o río pue que'n lleven alguna bien pensada y nos amuelen, y planten pinos y no nos dejen apajentar os ganaus ni fer buchos.*

Pero el temor, su zozobra y preocupación quedaban reducidos al mal papel que tenían hacer por ser la vez primera que se iban a presentar en visita de tantas campanillas. El alcalde, después de tanto instruirlos y restarles miedo, acabó por decirles que entrarían *en ringlera*, él el primero y que todos hiciesen lo que él haría. Ya con esto respiraron tranquilos los administradores del municipio, y a Huesca fueron todos en sacrificio por el bien común, pero... con la tartana pagada y sin dejar ni una peseta en aquella antigua posada de san Lorenzo porque el secretario, que sabía mucho de estas

cosas, les aseguró que él se las arreglaría a gusto de todos; a gusto de los viajeros, claro es, de los vecinos nada tenía que decir.

El día y hora de la visita llegó. El alcalde y concejales entraron en el despacho del gobernador. Iba delante, hueco, satisfecho, distraído y sin mirar dónde pisaba, el alcalde. Sobre una alfombra que cubría todo el suelo del departamento había otra menos grande, superpuesta, gruesa, mullida, pomposa, regia... El alcalde dio en su borde un traspie y cayó entre dos grandes sillones haciendo una pirueta espectacular. Se levantó rápido y sin daño, dejando libre el suelo para su lugarteniente que hizo lo que había visto hacer a su director de escena. Cayó el tercero, y se tiró el cuarto, y no quedó uno sin hacer lo convenido y aconsejado: imitar en todo al alcalde.

Y el gobernador, que contemplaba atónito tanto rendimiento y pleitesía, tanta reverencia mayúscula, tanta humillación y tanto hincar el pico, dirigiéndose al alcalde y ofreciéndole la mano en saludo y en afecto del más al menos, le dijo: Alcalde, ver caer un burro es cosa muy frecuente; pero que caiga toda la recua.

DIÁLOGOS Y *FLAMADETAS**

En mi tierra ha habido este año buena cosecha de olivas. Si hubiese llovido en agosto y septiembre las aceitunas serían más gordas y en el Somontano hubiera habido *olivada*. Estamos a fines de febrero y todavía cogen olivas en las casas fuertes de Hoz, de Salas, de Alquézar, de Colungo, de Radiquero...

Todos los años de *olivada* me guardan mis familiares de Hoz de Barbastro un olivo sin coger. Es una *olivereta* joven, copuda; una *planzona manzanilla* que hace *corona* casi todos los años porque está en lo mejor de La Valle y allí *atura* el agua de una alcantarilla de la carretera. Desde Zaragoza hemos venido a Hoz a coger olivas de una *olivereta* baja, fácil, amable, tierna como una mata de albahaca. Hemos venido a coger olivas y a pasar unas horas felices en una *cadiera* de esta cocina alegre, luminosa, caliente y acogedora de casa Nacenta.

Hace frío en cuanto se esconde el sol por la Candelera, por el Mon de Salas Altas. En todo el invierno se ha visto nieve por estas sierras vecinas. Ahora se ven blancos los picos y las faldas de Cotiella, de Turbón, de Guara, de Peña Montañesa, de Sevil... En La Corona corre una *brochina* que nos empuja hacia la cocina bien provista de rajas de *carrasca*, de *tozas* de *olivera* y de *aliagas* bien secas.

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 2/03/1955.

Al oscurecer ¡cómo se llenan estas cocinas de gente trabajadora! *Amos*, criados, jornaleros, cogedoras montañesas, algún amigo del pueblo y el pariente de la ciudad tienen sitio preferente, pero no porque hayan ganado el jornal en los olivares, sino por bondad y atención, y cariño de estas gentes afectuosas y sencillas.

Se tardará a cenar más de una hora pero el tiempo corre entre la charla animada, *as flamadetas*, la *brasada*, el ir y venir del porrón *de a jarro* y las bromas y *pyyas* de la mocedad dichosa. Ahora callan las *cadieras* porque sus ocupantes hablan mucho y recio. Cuando se quedan solas hablan quedo y hablan serias, recuerdan hechos, rememoran dichos y resucitan historietas y cuentos.

Decía una *cadiera* a su pareja y paralela: chica, sí que estamos bien calientes y bien acompañados todos los inviernos pero esta gente de ahora no es como la de antes. ¿Te acuerdas de Franched, y de Juan Colás, y de Tomasín de Lecina?... ¡Cuánto nos hacían reír, y cómo se divertían, y qué graciosos eran!

Franched era el *amo* viejo de una casa vecina. Tenía dos hijas casaderas. Un mozo forastero pretendía a una de ellas y alguna vez venía a verla. El mozo se sentaba en una *cadiera*, el *amo* en otra y las mozas entraban y salían, cocinaban airosas, trajinaban con garbo, hablaban poco y con sensatez y solo de cuando en cuando la interesada sonreía discreta. Estaba el novio aquella tarde en que la cocina era un hervidero de cazuelas, de ollas, de pucheros, de mujeres con los brazos remangados y de tizones de *cachigos*, porque estaban de *mondongo*. El correo del pueblo trajo «el papel», un periodiquito semanal. El señor Franched se lo dio al mozo para que viera qué de particular ocurría en la ciudad. Pero este alegó que por las tar-

des no veía bien para leer porque se le *anublaba* algo la vista. Entonces la conversación marchó al tiempo, a las tierras, a los *sementeros*, al ganado y a la nieve de las montañas. Y el mozo comentó: Pues muy pronto va a nevar o a llover porque en estas *corvas* todas las tardes me dan pinchazos: Franched soltó en seguida esta *mazada*: *nino, si tiens talarainas en os ojos y calandario en as rodillas, no te casarás con a mía filla.*

Juaned y Tomasín se pasaban horas y horas en *as cadieras* los días de fiesta y las tardes y noches inclementes. Los dos eran mozos viejos, jornaleros de la casa Laspuertas, de tres pares de mulas, dos criadas y cien *onzas en o culo del arca*: Oigamos este diálogo entre un mozo y una criada:

—*Nina, mia que te s'ha caiu una camilera qu'a criada había puesto en el fuego unas ramas de olivera, secas, y había quedado en el hogaril la cuerda de esparto que ataba el fajo entero.*

—*Haigas de saber que yo no llevo fencejos pa camileras.*

—*Pos llevarás bella vaguereta u bel hiladillo retorciu, u bella sogueta d'estopa. Amás, las llevarás debajo as rodillas como as calcillas d'os viejos.*

—*Si las llevo debajo u encima, a tú no te tengo que da-te esplicaciones.*

—*Me paez que no llevas camileras. Algo a o garrón tiens hoy ichas medias: enseña-me-las.*

—*No se pintan pa tú as camileras ni as mías garras. ¿A un patantón como tú l'iba yo a enseñar as camileras? Limpia-te, majo, qu'estás de güego.*

—*Amos, qu'algo darías pa que teneses obligación de enseñá-me as camileras y de fe-me a cama toas as mañanas...*

—*Algunos más fachendosos y mejor traciaus que tú me ronden y no les foy caso, ¡pa que te creigas que te vas a reír de yo!...*

Ramoned d'o Pelaire aun no sabe si se casará con a chicota u con a grande (con la más joven o con la más vieja) de casa Solanilla. Ramoned estuvo ayer toda la tarde en a cocina con o padre d'as dos mozas apalabrando a boda. Si se quere se casar con a chicota les dará o camped d'A Cuesta y doce güellas (ovejas). Si se quere se casar con a grande sintió yo que le deciba: Nino, más te valdría llevá-te a Usebia que ye güena trebajadora en o monte; y si femos boda con ella tos daré cuatro u cinco güellas más y bel masito (cordero grande, casi carnero).

Estas *cadieras* me hubieran contado más cosas, pero ya era tarde, el fuego declinaba y la gente iba a dormir, que tenía que madrugar, como siempre, al siguiente día. Además, Carmina, un encanto de sobrina y de heredera me dice: Tío, la *tombilla* hace ya buen rato que la tiene en la cama grande del salón; y aunque se enfade, le cerraré el balcón de la galería porque está cayendo algún copo de nieve...

—¡Señor! ¿Por qué en las ciudades no hay esta psicología, y esta vida patriarcal y estas *cadieras*, y estas cocinas, y estos cariños, y esta sinceridad y nobleza, en las gentes?

Y AS ESTENAZAS D'A COCINA*

Durante estos últimos días primeros de marzo hemos *escatizau* y hemos *esferrinchonau* mucho con *as estenazas d'as cocinas*. Cuando se hacía de noche en la montaña el frío nos empujaba hacia las *cadieras*, junto al fuego, bien cerca de la *brasada* que iban haciendo, al arder *os tizons de carrasca*, *as tozas d'olivera* y *as rajas de cachigo*. Ahora, gracias a Dios y a la buena política forestal, se respeta mucho en mi tierra el pinar y se quema poca leña resinosa.

Como era el cigarro para el P. Coloma son las tenazas de la cocina para los pobladores y rellenadores de las *cadieras*, una ocupación en la ociosidad y una ociosidad en la ocupación. *Unos u otros han de estar estenaciando siempre en as cocinas pa'l ivierno: pa escatizar, pa sacar brasa, pa fe-le puesto a bel puchero, pa fer t'atrás bella toza, p'arrimar os tizons, pa fer bajar a pastura qu'hirve a gallos en o caldero, pa sacar a cobertera qu'está de recibo, u pa eslomar os perros si s'acercan t'o fogaril u t'as garras d'as criadas.*

Grandes, pesadas, serias, solemnes y brillantes estas tenazas de las cocinas patriarcales de mi tierra. El doble brazo de potencia, el mango, las dos barras cilíndricas de hierro parecen dos varillas de plata bruñida y fina por tantas manos y tanto manejo. Pero en las cocinas de las casas fuertes de labradores en el Somontano y en la baja montaña hay

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 17/03/1955.

otras tenazas, *tenacetas* y tenacillas: para poner fuego en el braserillo de las *tombillas*; para dar vuelta a la carne que se asa; para coger *brasetas* con las que encienden los cigarros, para rizarse el pelo las mozas y criadas de la casa. Los curas viejos llevaban unas tenacillas pequeñas, de plata, una moneda para el fumador aprovechado; con las tenacillas cogían el cigarrillo, apuraban las colillas hasta lo inverosímil y, además, no se pintaban los dedos con nicotina.

Las tenazas, los *badiles* y los *morenillos* de hierro nos han hecho pensar durante estos últimos días en la «soledad cósmica». Don Gregorio Marañón habla de ella en uno de sus libros recientes, y don Antonio Beltrán, en su admirable trabajo *La Edad de los Metales en Aragón*, nos ha impresionado al deducir cuántos miles de siglos ha estado el hierro hasta que se encontró a sí mismo en el mismo hombre, en la flecha, en el cuchillo, en el hacha, en la lanza, en el martillo, en la tenaza, en el *tiedero*... En cuanto el hombre primitivo supo encender fuego lo primero que haría debió ser *tiederos* y tenazas. La soledad cósmica continuaría acompañando al hombre de las cavernas miles de años todavía hasta que apareció el primer candil.

Esos *morenillos* (no los de las chocolateras ni los emplastos de curandero), esos hierros altos, fuertes, artísticos y complicados, esos soportes en servicio y en guardia permanentes que hay en algunas cocinas, en el *bogaril*, en *a tizonera* de los lares de mi semimontaña ¿serán reminiscencias, serán derivaciones de los *tiederos* primitivos?

En estos días últimos y primeros de marzo hemos pasado algunas horas en las *cadieras* del Alto Aragón y hemos manejado las tenazas de las cocinas con esa destreza que dan la veteranía y la costumbre, y hemos manipulado con los *morenillos* recordando la infancia puebleri-

na y dichosa. Por cierto que en una de las cocinas más grandes y más acogedoras por sus comodidades, instalaciones, ausencia de humo, buenos fuegos y luz clara se sacó a colación una historieta en la que tuvo principal papel, pero muy pasivo, las tenazas de una cocina.

En un pueblo del Somontano había una casa, la de Franched, a la que iban de vez en cuando dos o tres amigos a pasar un par de horas: durante las tardes y los anochecidos de los días de nieve, lluvia y frío aparatoso. También Franched pisaba alguna vez las cocinas de los amigos; el verbo «visitar» lo hacían, pues, recíproco, frecuentativo y activo. Franched, labrador también como sus amigos y compinches y un poco prestamista, era viudo, ya un poco *palomo* (bastante canoso); no tenía familia en la casa pero sí hijos fuera del pueblo, y a su servicio estaba Antonieta, moza cuarentona de buen ver, redicha, *repulida*, rebotante, habladora, alegre, desenvuelta. Claro es que en el pueblo, se decía que si sí, que si no y *que si verdes las has segau*, como se dice y como se habla en todos los pueblos... y pequeñas ciudades. Y, naturalmente, Antonieta hacía alardes de puritanismo y de honestidad tal vez exagerados, y sin venir a cuento *ni a mano*. Y, naturalmente también, sin saber si es o no de Cervantes este dicho «Di de qué blasonas y conoceré tu defecto» los del pueblo ya tenían olvidado aquello de que «cuando el río suena»...

Nevaba de firme una tarde, sábado, Marianed d'ò Portal, un casado alegre, y Ramoned de Marcelina, mozo viejo fueron a pasar un rato largo en las *cadieras*, con buenas colchonetas y pieles lanadas, de la cocina de Franched. A Marianed, que no le quitaba ojos a Antonieta, *una le'n iba y otra le'n veniba*; y *como era d'a misma piel del diablo se le ocu-*

rrió una astucia; y pensá-la y fe-la todo fue uno, aprovechando una ocasión que vino pintiparada. Franched fue a la bodega a subir clarete pa echar l'arranque, y Antonieta bajó al repostero, a la masadería, a subí-se un azafate de rosquillas y de galochinos que ella misma había hecho en a zaguero fornada. Marianed cogió las tenazas que estaban debajo d'a cadiera, entre os fajuelos, y, corriendo, fue a esconderlas poniéndolas debajo de la almohada de la cama de Antonieta. Y subió Franched con el vino clarete, y llegó la criada con su bandeja de postres caseros, y todos comieron, y todos bebieron, y todos bromearon, y cada uno soltó su picardía y su mazada. Ramoned y Marianed marcharon a sus casas y tras ellos quedó cerrada la puerta de la de Franched: la calle estaba blanca de nieve y el pueblo en el mayor silencio...

Al sábado siguiente *se volvió as tornas*. Cuando ya anochechía Franched *marchó a casa de Marianed a pasar a vilata*. Naturalmente, empezaron a *fumarriar*. Marianed cogió una brasa con las tenazas y ofreció el fuego a Franched para que encendiese él el primero. Y... ¡asociación de ideas! Franched dijo, teniendo las tenazas en una mano y el cigarro de cajilla en la otra: *Estas estenazas no son as nuestras. ¿Sabez que desde que estuvez vosotros en a cocina no himos visto as estenazas nuestras? ¿Que tos las llevez pa fer rabiar y bromiar a criada?*

Y Antonieta, ¡cuántas veces diría, en los ocho días sin poder *escatizar ¿ande, recaraja, habrán dejau as estenazas ichos patantons d'hombres?!*

Desde que los *tiederos* y los *morenillos*, y las tenazas, y los candiles... rompieron «la soledad cósmica» en la Edad del Hierro, ¡qué servicios han hecho las tenazas y qué bromas tan pesadas y tan medidas han inventado los hombres de *cadiera* de las cocinas de mi tierra!

CARTA DE UNOS SOMONTANOS*

Apreciable amigo Pedro: asabelos viejos y chovens d'estos lugares de «Villa y aldeas» himos leiu os papels que trai el correo tos os días. Ya sabes qu'el *Heraldo* lo tienen en Raiquero, en Adagüesca, en Güera, en Güerta, en Colungo, en Salas... y qu'aquí, en Alquezra, lo reciben don Martín, y Domingo d'o Molino, y don Ladimiro, y en casa de Fantoba, y Fabianed... Y en estos días d'atrás tenébanos más ganas de que venise o paquete de Zaragoza solo pa ver qué deciba iche dotor, iñor Monge Casao, don Felis, qu'ha dau tres lecciones en o Palacio d'a Deputación que ya nos pensamos que ye ande vivió aquel rey que lo llamón don Fernando o Catolico.

Nusotros no conocemos miaja a iñor Monge pero nos feguramos que tú lo tratarás y que ya l'habrás vesitau bella vez. Cuando lo güelvas a ver di-le que le damos as gracias y qu'ha feito mu bien en decir qu'hay muchos qu'escriben de nusotros sin conocé-nos y sin saber guaire cómo hablamos por estos andurriales y por estos rincons. S'inventan y se descurren as palabras como les fa goyo y como si [fue]esenos pijautos, icen que semos matracos, maromos, baturros y ranas; qu'hablamos mal d'as suegras, que tenemos deseguida n'a punta d'a lengua os morros d'a burra y que nos reimos si chuflla bel tren, cosa que no

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 14/04/1955.

veyemos nunca si no nos n'en vamos ta Balbastro pa feria a mercar bel baje. Y to icho qu'icen y qu'escriben ye mentira; son cuentos qu'ellos s'han apañau pa rei-sen de nusotros y pa fer crer a os que sacan entrega d'os pedioricos qu'aquí semos tos os más tontos que Pichote, que tenemos a mollera más dura qu'una peña de trillo, que semos unos barfulaires y unos inorantes. Pa que se les ne vaiga icha basemia y pa qu'aprendan ¿pa qué no se'n vienen bella gambada por estos lugares?

Tasamente fa una semana que nos mandés aquellas hojetas con o que deciban de nusotros y ya las han leiu casi tos os d'a Villa; y unos s'han reiu a manta y otros s'han encarrañau asabelo porque os d'as zuidades se fegulan qu'aquí semos tos os unos catenazos con cachetulo y con miaja de calitre, y con mica de monica p'hablar con presonas qu'han corriu mundo. A os d'a par d'aquí no nos cuacan ichos que pierden l'esmo descurriendo cuentos pa rei-sen y pa que nos veigan con malos ojos os que merquen bel libro de cazurros y de baturradas. Y nusotros semos tan aragoneses como todos: y de Güesca, d'a montaña u d'o Semontano, qu'hablamos entre nusotros como nos enseñón ya fa güen recau de cientos d'años, como hablón os agüelos d'os agüelos nuestros; pero tamién sabemos decí-le a o pan, «pan» y a o vino, «vino», y bien claro pa que nos entiendan mejor; y tamién nos femos entender con otras maneras d'hablar siempre que seiga menester, y, amás, no nos dejamos n'a pocha ni en os tinteros as palabras que seigan al consonante pa discutir u pa litiguiar, si a mano viene, con presonas más leídas que nusotros.

¿Sabes qué pues fer, Pedro, p'hablar d'estas cosas? Vien-te-ne a pasar tres u cuatro días con nusotros. Aún fa

frío por as tardadas; y a tú, que tanto te gusta d'estar en as cadieras, no te faltarán cocinas ande recibí-te y agüespedá-te como te mereces. Y ya verás como Nocencio nos arreglará n'o forno bel cordered pa brendar y pa fer una miajeta de lifara os amigos con tú y con os que te quieran acompañar d'astí. Y si viens por Güesca y te vaga, ves-tene a ver a o señor gobernador y habla-le d'a carretera por debajo de San Antón, porque o qu'han feito con iche alcorce no ye cosa pa o que ye menester fer. Amás, pédi-le noticias d'o pantano, que ya empezamos a escamá-nos, porque se feguran en Madrid que si cruza o Canal d'o Cinca por Pozán ta o monte de Peraltilla ya no les ye preciso en Balbastro, ni en Castellazuelo, ni en toas aquellas güertas más agua, ni otro riego, ni más cequias. Cuando estuves aquí el año pasau con o señor gobernador y con os ingenieros ya vídenos que eraz güenos amigos; y, amás, que nunca himos tenu un gobernador más servicial y que haiga feito más de güeno por estos rincons y por estas tierras qu'han estau tan dejadas d'a mano de Dios hasta qu'él ha veniu ta Güesca.

Que no dejes de vení-te-ne luego, y ya sabes que no decimos as cosas pa cumplir. T'esperan, pues, tus güenos amigos d'Alquezra: Inocencio, Valentín, Fabián, Domingo, Antonio... (y las firmas siguen).

Ni quito ni pongo comas ni puntos; ni cambio ortografía, ni modifico prosodias, ni tacho las tachas que señalaría el Código de la Lengua Española. «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor»: y mi señor es aquí el Somontano.

Envío: a don Félix Monge Casao, con la reiteración de mi amistad más afectuosa y sincera.

AYER SE CASÓ TRES PALMOS*

En estos pueblos semimontañeses tienen una ironía, un ingenio y un acierto para poner apodos y motes...

Hemos recibido noticias de un *lugar* en que tenemos familiares. Una de aquellas, seguida de explicaciones y comentarios, es esta: ayer se casó Tres Palmos. Claro es que siempre se exagera y que Andalucía no solo está en el sur de España. Y sí que Tres Palmos, mozo viejo y heredero de buena casa, es de muy poca estatura; pero eso de tres palmos, aunque sean palmos de un gigantón, poca altura dan. Bueno: pongamos que Tres Palmos es un hombre de algo más de un metro de pies a cabeza, y ya va bien.

«Amor, boda y mortaja del cielo bajan». «No hay hombre feo». «El hombre que espante y la mujer que encante». No hay mujer que no tenga su atractivo, externo, interno o medio pensionista. ¡Vaya usted a saber qué fatalismo, qué coincidencias, qué providencialismo, qué concordancias espirituales, qué imponderables, qué razones, qué sinrazones, qué cosas y qué personas hacen y des-hacen amoríos y fabrican algunas bodas!

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 27/12/1955.

Cada coyunda es un caso; pero la mayor parte de los enlaces, consorcios, leviratos, bodas y *bodocios* son producto de esta serie de causas, concausas y porqués: amor invencible, amor sereno, amor engañoso, amor intermitente...; por cerebro y cálculo, por egoísmo confesable, por impulso de la médula espinal, por una corazonada, por vanidad y ostentación, por recurso, por dureza de epidermis, por lástima, por obediencia, por tozudez y rebeldía, por el qué dirán, por el «¡a ver quién puede más!», por el concepto de la propia dignidad, por ilusión en tránsito, por espejismo, por temor a un remordimiento de conciencia, por imposición de la teoría del mal menor, *pa que no seiga pa otri*, por valentía, por cobardía, por recurso... de casación.

No hay puchero sin cobertera. Todos los que se quieren casar se casan.

«Cierta Juana Descosido
con Juan Costura casó;
de manera que encontró
el remedio en su marido».

A Tres Palmos no le iba, no le va bien el retrato del clásico en aquel conocido epigrama. Pequeño sí que es, pero es todo un hombre. ¡Cuántos grandes hombres ha habido, y hay, bien cortos de talla! No: Tres Palmos no es...

«Aquella repugnante criatura
chato, pelón, sin dientes, estevado...»

Lupercio Leonardo de Argensola, en aquel soneto que empieza así: «¿Quién casamiento ha visto sin engaño...?» abre un armario donde hay ardillas y duendes. Gracián, que no tuvo vela en este entierro, decía que las hermosas son diablos con caras de mujeres, y las feas son mujeres con

caras de diablos. Pero unas y otras tienen mañas para lograr el contrato bilateral que muchas y muchos incumplen.

Ricas, pobres, guapas, feas, buenas, medianas... Nunca falta un Tres Palmos ni un vivo, ni un estevado, ni un *chepa*, ni un mozo bravío que diga «¡aquí estoy yo!».

«Cásate y tendrás mujer:
si es rica, que contemplar;
si es pobre, que mantener,
si es muy guapa, que guardar;
si es muy fea...
... pues ¡qué le vamos a hacer!»

Sorprenden muchas bodas a los que no están en el secreto. Impulsan al connubio frecuentemente «la divina inquietud» y los complejos de Freud y de Electra, más o menos ordenados. Casi siempre el cerebro y el cálculo, el estómago y la bolsa no tienen baza en estos arreglos impulsados por fuertes fuerzas. La real hembra tiene admiradores y viste mucho: la marimacho suele hallar un domador «de potencia a potencia». De todos modos, siempre es más digno y más de hombres habérselas con un marimacho que con un macho-mari. El tipo, los ojos, la labia, los gestos, los guiños, la gracia, las líneas, las formas... Todo lo externo suele meterse en lo más interno del alma y del cuerpo del admirante. La suculencia desbordada tiene cotización alta entre *os engruciosos* de mi montaña. De la superabundancia física hace un elogio aquel romance clásico de mi tierra, el «Romance de Marichuana»:

Y si la vecindad se empeña en que Fulanico se ha de casar con Menganica, así será, fatalmente. Vendrán las cosas rodadas o con *estirazo*, pero el pueblo sale con la suya. Es histórico lo que sigue:

—*Antonieta, ya m'han dicho que te vas a casar con Peped.
¿Cuándo ferez a boda?*

—Pos, nina, yo no sé cosa. Así dice por astí, pero a yo o «misa-che» no m'hablan guaire d'icho...

El garbo, el salero, la tiesura, lo cimbreño, «virtudes» que traen las mozas de la ciudad, embaucan a los pobrecicos solteros, y no solteros, del *lugar*:

«Yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer:
como la mujer es aire,
con el aire me quedé...»

En muchas bodas, y en cortejadas largas que no llegan a gallinero, pasa lo que cuenta el cuento del sapo, aquel batracio que estuvo dos años al borde de una acequia sin decidirse a pasar a la orilla opuesta. Al fin se determinó a zambullirse, y la corriente lo llevó a una turbina donde murió despanzurrado. Decía un «filósofo» de mi pueblo: «*Antes d'ajuntar dos cabezas en una almada se tiene que pensar mucho, y dejá-lo dimpués de bien pensau*». ¡Oh, el amor firme y sin trampa en algunas bodas!

«Si me he de casar contigo
ha de ser con condición:
que lo tuyo ha de ser mío,
y lo mío tuyo, no».

Tres Palmos, Mil Hombres, Morcilleta..., pero ellos y ellas se casaron y todavía viven algunos *aconortaus* con sus ridículas fachas y con sus pequeñeces desesperantes: «amores, boda y mortaja del cielo bajan». Decía un socarrón, dos veces viudo, montañés injerto en el Somontano: *Nino, no te cases, pero si te casas fe-lo con una zagala choveneta, guapa, lambreña, drecha, limpia y poco habladera; que vieja, fea, gordota, chibosa, puerca y charradera ¡masiau que se'n golverá!*

Pero él se casó dos veces.

PA'L PILAR, OS PAJARICOS DE PINGUED*

Queremos dar la preferencia a los pájaros en el título de este escrito porque sonavecillas de paso y de actualidad. Sí que, como verá el curioso lector, los principales personajes de la comedia van a ser una viuda y un gato; pero gatos *lamineros* y aprovechados los hay en todas las latitudes, y viudas «inconsolables» se encuentran a dos por tres, que quiere decir que de cada tres viudas solo una *s'aconorta*.

Aves de paso. Las golondrinas marcharon ya hacia el Sur. Las palomas pasan por Navarra, en estos días, a oleadas. Los *tordos* concentran sus legiones cuando las aceitunas toman el color morado, es decir, lo dan. *Pa San Mateo, torda veo*, dicen en mi tierra, pero quienes invaden las *rieras*, barranqueras, huertas y zarzales son *os pajaricos de pingued*, insectívoros, fisirrostros, pero comen también lombrices, higos y *cucos de forno*. Con *alaigas* se cazan más fácilmente; y los más tontos, *os que s'echan como trapos n'o pingued* son los ruisseñores, los *rey de barzas*, los petirrojos, *os petrez*, *os papi-rois*... *Os pajaricos de pingued se cazan con verguetas bien embescadas y o pod al hombro, con cepos y con losetas*. *Os engañapastors* se cogen con grillos atados con pelos, con cerdas largas de las colas de caballos y mulos. Las gentes de la ciudad supo-

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 12/10/1956.

nen que solo hay ruiseñores a la vista y al oído en primavera. En el Somontano es en otoño cuando más abundan y cuando más gordos están; son torpes para el *pingued*; se dejan cazar con cualquier trampa.

Marianed había cogido el día anterior cuatro o cinco docenas de *pajaricos*, a *pingued*. Marianed era un chicarrón, un mozalbete de un pueblo semimontañés. Su madre, *iña Pepeta*, peló las avecillas, *les quitó as tripas*, les cortó patas y pico, y las frió con buen aceite d'Os Lumos. Casi llenó una cazuela d'*almud*; y en un *aparador*, tapada la vasija con una *cobertera d'hojalata*, dejó el guisado para comerlo al día siguiente, mano a mano, boca a boca, madre e hijo solos porque «él» (al marido se le llama «él», familiarmente), porque él, *iñor Juan*, *estaba asabelo malo* hacía días, *sin podé-se levantar d'a cama ni comer una estapencia*.

Efectivamente, *iñor Juan* estaba muy enfermo, mucho más de lo que creían las vecinas que eran las que más lo visitaban *pa fe-le compañía y p'animá-lo bella mijeta*. Tan enfermo, tan grave estaba *iñor Juan* que se les murió aquella noche sin decir *cosa* y sin que se dieran cuenta los suyos en aquel trance y tránsito. Y ya tenemos, pues, a «su desconsolada esposa», a *iña Pepeta*, reciente viuda, revolviendo cofres y arcas para encontrar *bella chambra y bella saya negras*, que ya llevó al morir su madre, y con ellas, ponerse de luto *deseguida*. Claro es que la noticia de la muerte d'*iñor Juan* se supo en todo el pueblo en cuanto se hizo de día. Y también, como es natural y corriente en aquellos y en todos los pueblos y aldeas de la montaña, la casa del muerto se llenó de gente, especialmente, de mujeres. De las casas vecinas pasaron sillas, y la alcoba donde yacía el

señor Juan, y el cuarto del mozo y la *saleta* y hasta el «rellano» no eran espacio suficiente para contener tantas mujeres que, bien *acofladas*, pasaban horas y horas en visita de cumplido y protocolo. La señora Pepeta estaba en carácter y en el sitio que exigía la escena y pedían las circunstancias. Un pañuelo grande, negro, naturalmente, le cubría cabeza y casi toda la cara pero, de cuando en cuando, miraba en todas direcciones, suspiraba en todos los tonos, gemía y lloraba cuando alguien entraba en la *saleta*, y decía en voz baja y lastimera:

¡Ay, Mundo, Mundo!
¡Cómo te lo vas llevando
de uno en uno!...

Ahora entra en escena el señor don gato. El felino, el ladino animal, la fierecilla sagaz y taimada era uno de esos gatos que tenía como suyas dos o tres casas, las que limpiaba de todo lo bueno, si era carne lo descuidado, más que todo lo malo que hay en el reino y mundo ratorniles. Y como la bestiecilla había nacido en un cofre viejo y grande arrinconado en una *falsa* (en un sobrado, diría Azorín) le pusieron por nombre «Mundo», pues en mi Somontano y en los pueblos montañeses a los grandes baúles y cofres como arcas se les llama *mundos*. El minino *laminero* y adusto, este «Mundo» ladrón, fuertote y bigotudo no se parecía en nada a la mamá, tan cazadora, limpia, tan cariñosa y tratable, aquella «gatita blanca» que dejó gratos recuerdos. Claro es que aquella blanca gatita no era la guapa y desenvuelta primera tiple de «La gatita blanca», tan ligera de cascos como de ropa, y que llevó al retortero, a principios de siglo, a medio Madrid, vejesterios y mozos.

«Mundo» entró en la cocina, en escena y en acción. Saltó al *aparador*, al olorcillo de los pájaros fritos; quitó suavemente con la patita la *cobertera*, cogió un pajarito y fue a comerlo a la mesa porque en el *aparador* no se podía dar vuelta ni recrearse con el hallazgo deleitoso. Volvió a la cazuela y sacó otro *petred* del que dio rápida cuenta. Y enseguida, otro; y al momento el cuarto *pajarico* pasaba triturado por esa terrible fórmula dentaria de las fieras, a la tripa sin fondo de «Mundo», el gatazo odioso.

La señora Pepeta veía el desafuero por el rabillo del ojo y montó en cólera y rabia que tenía que disimular. Estaba entreabierta la puerta de la cocina; y la «desconsolada esposa», que estaba frente de la abertura pero atada a su silla por las exigencias del momento y de las vecinas que la tenían rodeada y sitiada, se desahogaba en miradas fulminantes, en cerrar los puños, en maldecir y en jurar venganza en cuanto pudiese. Y la viuda seguía en su dolor y en su lastimera copla, viendo cómo el gato no daba paz a su engullir, pero ahora con más vehemencia y teatro:

¡Ay, Mundo, Mundo,
que te los estás llevando
d'en uno en uno!...

No podían faltar los consuelos, las frases obligadas, los ánimos, los estribillos más manidos y forzados por parte de la vecindad congregada y curiosa: «Que Dios le dé conformación, *ñña* Pepeta» «Dios lo tenga en su Gloria» «¡Bien dichoso *d'él* que está *n'el* cielo» «*Pa o que femos n'este mundo...*» «Llévelo con *pacencia* que son *desinios* de Dios» «*¡Que nos espere güena cosa d'años n'el cielo!*»

Cuando ya la vecindad había salido de la casa del muerto, cuando en la calleja hacían corrillo las más obligadas a papeles y a fingimientos decía una: *¿Habez visto con qué aire ha entrau Pepeta n'a cocina y qué portazo ha dau pa cerrála? Pue que s'haya iu a echá-se un tragued de vino porque le gusta asabelo empinar. Y o patantón de Marianed sin ve-se en to'l día. Estará pajariquiando, no sabe fer otra cosa... Tampoco l'han enseñau guaire a trebajar, que su padre, que esté en gloria, bien baldragas ha siu siempre.*

En estos días del Pilar no se destruyen nidos porque no los hay, pero se cazan a millares pájaros insectívoros en todos los pueblos y, también, en muchas ciudades donde las leyes protectoras debieran ser sabidas y respetadas. Y no solo son chicos y mozalbetes los inciviles que infrigen disposiciones sabias sino hombres de toda edad y condición. En las orillas de los ríos, y en las alamedas, y en los pinares, y en las huertas, y en todos los sitios donde hay humedad y vegetación frondosa cerca de nuestra ciudad se cazan pájaros *de pingued*, avecillas insectívoras que solo saben hacer bien a la agricultura y a la sociedad humana que tan inhumana es por ignorancia, por instinto y por maldad. Costa decía que escribir libros que no se leen y promulgar leyes que no se cumplen eran quiebra para la nación.

Pero estamos en días de las fiestas del Pilar. Dejemos lo serio para mejor ocasión, y permitamos también, que «Mundo», el gato *laminero* y ladrón, deje a la viuda apenas sin un *pajarico* frito. Así no podrá decir que «que los duelos con pan y buena *brenda* son menos».

«LAS LLAVES DEL REY»*

Conocí a «Barrabás» cuando tenía yo unos diez años. «Barrabás» era un hombre feo, alto, muy serio, malcarado, que quiere decir cara de pocos amigos. Llevaba traje negro no muy limpio ni muy nuevo. También las alpargatas eran negras, y negra la gorra con visera mugrienta y resobada, más mango que guarda-vista. No se le veía la camisa en el pecho y cuello porque en vez de corbata iba con un pañuelo cruzado sujeto con un alfiler grande de «cabezón». Su voz, natural o fingida, era entre ronca, cavernosa y bronca; era poco hablador y miraba a reojo, «contra Dios», decían las gentes.

«Barrabás» era *o cobrador d'a contrebución* de todos aquellos pueblos. Y es claro que tendría su nombre propio, pero por «Villa y aldeas» no tenía otro apelativo. Algunos también lo designaban por «el bigotes», que eran de duras cerdas, a lo carabinero viejo y descuidado. De todos modos aquel «Barrabás» era un pobre diablo, un empleado humilde de una oficina recaudatoria que por su tipo, idiosincrasia, facha y hurañez imponía miedo y despertaba, por partida doble, animadversión y odio.

Ya se sabía: cuando *tocaba a campaneta d'a casa d'a Villa en día de hacienda era porque había veniu Barrabás a llevá-se os pocos dineros que teneban os pobres*. Pero la llegada del cobrador ya la

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 2/01/1957.

había anunciado el día anterior el señor Blas, también hombre serio pero simpático y ocurrente, pregonero, alguacil, medidor («garrapitero» decían los navarros), ejecutor de los mandatos del alcalde y del juez alpargatero y amigo de *refito-liar*. El señor Blas, después de un toque de corneta, y no precisamente recordatorio literario de los «claros clarines» del poeta exuberante americano, poniendo la voz en grito pero potente y claro, decía así: «De orden del Sr. Alcalde / se hace saber / que mañana / en la casa de la villa / estará el recaudador cobrando. Los que tengan atrasos / de años anteriores / pagarán con apremio. Si no pagasen / se procederá / por orden superior / al embargo de muebles y cosechas / que se hallen en sus casas / y si las puertas se encontrasen cerradas / serán abiertas con las llaves del rey...» «Las llaves del rey» eran un martillo, una tenaza, un cortafrío y una palanqueta. Cuando iban a embargar, el herrero acompañaba, bien forzado y a desgana al cobrador «Barrabás», al alguacil, a un vecino obligado de comunada y a otra persona designada por el juez.

¡El embargo! ¡«Las llaves del rey»! Nos parece ver todavía al pequeño grupo, agente de un procedimiento cobratorio triste y odiado, ir por las calles de la villa, silenciosos y avergonzados como si todos tuviesen pecado, como si todos, incluso «Barrabás», temiesen represalias y fieros males. Nos parece oír todavía las lamentaciones, las protestas, las maldiciones de aquellas pobres gentes que no tenían sino día y vida, y esta miserable y penosa. Gabriel y Galán hubiese dicho:

Embargal esi sachu de picu
y esas jocis clavás en el techu,
y esa segureja
y ese cachu e liendru...
¡Ferramientas que no quedí una!

¿Yo pa qué las quieru...?
Embargal, embargal los avíos
que aquí no hay dineru...

Los desdichados, los infelices jornaleros de aquellos pueblos que solo tenían *bel burricau, un güerted, bella olivera vieja y esmochada*. . . también les podrían decir a los de la exacción en cuadrilla: *Embargaz, llevaz-os o que queraz. Astí tenez icha jadeta, icha falz, icha albarda vieja*. . . *A zarpadeta de trigo que cogié y as almendras que m'han dau astí las tenez. Si tos llevaz icho ya no me quedará cosa pa comer. Me'n iré a pedir limosna si no me llaman pa bel jornal. A mujer y os críos que se'n vayan po'l mundo t'adelante, que por mal que les vaya bella crosteta de pan y bel puchered de recau ya les ne darán*. . . *Embargaz, ya tos podez llevar a poca miseria qu'hay en casa. No ye vergüenza ser pobre: t'a cárcel nunca m'han llevau y a nenguno foy mal*. . .

¡Los embargos! ¡«Las llaves del rey» para abrir por la violencia o la destrucción las puertas de las casas que se encontrasen cerradas y sus dueños ausentes..! Yo pensaba en todo esto unos años después cuando vi en Alemania un hecho sorprendente, un acto que me emocionó. En una calle de Colonia, entre el arroyo y la acera, había una larga fila de ambos sexos y, al parecer, de bien diferente condición social. Era uno de los primeros días de julio, comienzo de semestre. La gente se apresuraba en ser los primeros en ir a pagar su contribución a fin de que el municipio y la nación pudiesen contar y disponer de antemano con los marcos, con el dinero que habían calculado para subvenir a las necesidades de la ciudad y del Estado. En las escuelas alemanas, en las belgas y en las de Suiza hallé la explicación de aquel refinamiento de educación cívico-patriótica, de aquella moral social, de aquella elegancia espiritual del vecindario todo en algunos países.

En alguna ocasión pensé en que los latifundios y el embrollo, la injusticia y los cacicatos, la ignorancia y la mala fe, tanto como la pobreza y como el desgobierno eran las causas remotas que en los pueblos míseros de mi tierra se tuviesen que abrir con «las llaves del rey» las casuchas de los jornaleros para cobrar, por la fuerza, una contribución legal pero desproporcionada a su poder y, sobre todo, a lo que pagaban los ricos.

Bien pocos días hace que estuve con un pequeño propietario, no en estatura, sino en fincas y en bienes diversos, de un pueblo de mi Somontano. El buen hombre y viejo amigo vino a la ciudad a pagar un arriendo; y con justo criterio y razonable convicción me decía: A gusto pagaría más contribución y más renta porque sería prueba de que tenía más hacienda y más trabajos para explotar y gananciar.

La justicia distributiva en pagos y contribuciones, y cargas sociales es la virtud política, y es la moral y es la esencia cristiana que más y mejor conducen a la arquitectura de los pueblos en paz de Dios. Hace unos treinta años yo pagaba por mi licencia de caza justamente la mitad de lo que pagaba por la suya el conde de Romanones. Y yo decía, desesperado en mi impotencia: en buena y elemental lógica, y en buen gobierno de la nación y en justicia elementalísima, yo debería tener unas docenas de millones, no más, las mitades del conde, o él debiera tener un ingreso anual, mondo y lirondo, de unos cuatro mil duros.

Y sin embargo..., y sin o con «las llaves del rey» que no pueden abrir las puertas de otros mundos...

«...Y sin embargo, el mundo
sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.»

**EL DIALECTO DEL SOMONTANO
Y EL DICCIONARIO DE
VOCES ARAGONESAS DE
DON JERÓNIMO BORAO***

Recientemente publicó Marcial Buj en *Heraldo de Aragón* un reportaje, una información periodística sobre el lenguaje aragonés y, más concretamente, del *Diccionario de voces aragonesas* de don Jerónimo Borao. El muy leído, releído y querido amigo (no puedo decir compañero porque yo no soy periodista) me invitaba a comentar la obra de este hombre tan sobresaliente en casi todas las disciplinas del saber: en la filosofía, en la poesía, en la historia, en la crítica, en la oratoria, en el periodismo... El Rector y Catedrático de Literatura de nuestra Universidad publicó el más extenso y completo diccionario de voces aragonesas. El prólogo y las notas de don Faustino Sancho y Gil, en 140 páginas de prosa cervantina y apretada, ya es un libro notable. La introducción, en 145 planas, otro libro. El *Diccionario*, pues, está integrado por tres libros magníficos: prólogo, introducción y vocabulario. Casi son cuatro libros los del libro porque unas notas finales, una «Colección de voces usadas en la Litera», de don Benito Coll, y otra serie de palabras reunidas por don Luis López Puyoles y don José Valenzuela La Rosa constituyen otro volumen interesante.

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 15/05/1957.

Don Joaquín Costa, Gil Berges, Peralta... fueron los conocedores y amadores de los dialectos aragoneses, pero tal vez se deban los estudios científicos y fundamentales de nuestras hablas vivas al sabio investigador francés Saroïhandy. En el volumen VI de *Archivo de Filología Aragonesa*, publicado por la Institución «Fernando el Católico», aparece un extenso, admirable, benedictino y profundo trabajo de don Manuel Alvar sobre el dialecto de Graus; en él hay referencias de J. Saroïhandy y noticias bien documentadas del gran lingüista y bibliógrafo francés a quien conocí cuando yo era estudiante: comió un día en mi casa de Alquézar; lo acompañaba don Ricardo Iranzo, director de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Yo, entonces, oía hablar «basto» como quien oye llover (cuando tanto llovía en mi tierra); yo entonces era un *pinganete-ro* y me entusiasmaban más los escritos y fotografías de los Pirineos, de Lucien Briet, y los mapas que señalaban las rutas de las montañas vecinas.

En *El Ribagorçano*, periódico de Graus, leí algunos artículos de don Joaquín Costa escritos en el dialecto del que tan bien y tan minuciosamente habla don Manuel Alvar en la publicación citada antes. También leí trabajos de don Domingo Miral comentando particularidades del dialecto de Hecho y Ansó cuando conocí y adquirí el libro de don Jerónimo Borao que me interesó porque el hablar «basto» de mi tierra tenía, al parecer, tanta importancia que que se ocupaban de él los hombres sabios y eminentes de Aragón y hasta de la nación vecina. Pero observé que en gran parte del Somontano usábamos palabras y giros que no se citaban en las «Memorias» de Saroïhandy, ni en los vocabularios de Ribagorza y de Hecho y Ansó, ni en el *Diccionario de voces aragonesas* de Borao. Entonces, hace ya más de veinticinco años, escribí en *Heraldo de Aragón* algu-

nos artículos sobre costumbres y tradiciones somontanas y montañesas en los que ponía palabras desconocidas en otros dialectos regionales. Algún tiempo después, estimulado por don Antonio Mompeón, preparé el libro *Aragón en alto*, en el que hay capítulos enteros con abundante léxico montañés, bien distinto al corriente y al primitivo de otras zonas de la provincia. Don Juan Moneva, don Eulogio Valera, don Vicente García de Diego... me advirtieron la conveniencia de publicar el vocabulario del Somontano y montañés que no aparecía en el diccionario de don Jerónimo Borao, y de la realización se encargó el Instituto «Antonio de Nebrija», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el año 1944, y *amás* me invitaron estos tres eminentes hombres de ciencia y admirados amigos míos: a reunir en un libro los refranes, dichos y *mazadas* que en el Somontano y en buena parte de los pueblos montañeses de la provincia de Huesca son de frecuente y oportuno uso expresados, casi todos, en glosario propio y casi exclusivo de aquella zona altoaragonesa: el libro, de 325 páginas, lo publicó la Institución «Fernando el Católico» hace tres años.

Un vocabulario regional es solo cuerpo estático de un dialecto, conjunto de ideas sin trama ni urdimbre que puedan expresar conceptos y juicios que reflejen la psicología y el carácter de los habitantes de una zona geográfica muy irregular y borrosa en su área de dispersión: *Ichbe no fa más qu'escatizar os tizons pa fer purnas. O crestó d'a casa d'a cleta, amás d'aguau ye un patantonizo. Si quies que s'aconorte icha misacha da-le tocho y fe-le morisquetas.* Para Borao, *tocho* es cachiporra, y para Alvar *tochazo* es bastonada. En mi tierra semimontañesa *gancha, gancheta, gayata, tricallón...* son cosa distinta. En ese romance de Marichuana:

*De ros altos Perineos
me'n baché ta tierra plana*

.....
*y en as pochás d'o gambeto
he bachato unas manzanas*

.....
Hay significados y particularidades prosódicas que no hemos hallado en los diccionarios de dialectos aragoneses. En mi tierra no hay ni una palabra esdrújula si se emplean voces dialectales y sí muchos metaplasmos: *as crabas, as glarimas, os flaires, as brispas...*

*Ayer tarde estando en brispas
te vide desde o polpito
que estabas en el organo
charrando con o mosico.*

Los artículos determinantes y los pronombres personales sufren modificaciones singulares: *Nino, en o mío tintero no ha entrau más pluma qu'a tuya.*

No saben aquellas buenas gentes preceptiva literaria, pero ¡con qué ironía, intención y gracejo manejan el tropo y la metáfora continuada! Don Andrés Jiménez Soler nos decía, cenando en una noche de nieve y *en a cadiera* de mi casa: Es una pena que se pierda tanto Baltasar Gracián como hay en estos pueblos. Ramón y Cajal también escribió aquel pensamiento, que llegó al alma de todo español culto, y que en esencia era de significado análogo: los talentos que se anulan en los yermos de la incultura y los ríos que van a hundirse en el mar sin haber dado provecho alguno.

Don Manuel Alvar transcribe una versión ribagorzana del «Cuento de la lechera», de J. Saroïhandy. Las pala-

bras de origen árabe, del bajo latín, del catalán, de la frontera ibérica, las partículas y giros del francés y del primitivo romance castellano y, especialmente, la arquitectura verbal tan distinta en los dialectos aragoneses son un permanente manantial de estudio filológico de mi Somontano y de la tierra montañesa que, en el hablar, tanto se diferencia del léxico de las regiones que rodean a la nuestra.

Conocemos la obra de A. Alonso, «Problemas de dialectología hispanoamericana», en la que se estudian equivalencias prosódicas y fonéticas entre diversidad de hablas regionales. Tenemos ideas y conocimientos, pero solo elementales, de lo que se ha publicado en Aragón relacionado con nuestro «hablar basto». Para nosotros, el *Diccionario de voces aragonesas* de don Jerónimo Borao, del que tan certeramente, oportunamente y con fortuna profesional se ha ocupado este gran inquieto periodista Marcial Buj, es no solo el más extenso y completo, sino el que primero va rodeado y enriquecido de investigación científica, de historia general y regional y de referencias oportunas, curiosas y sabias.

COSTUMBRES Y TRADICIONES EN LOS PUEBLOS DEL SOMONTANO: LOS NIÑOS*

En el anterior volumen de la revista *Zaragoza* se publicó, en lamentación jeremíaca y en reproche inconcreto, un artículo nuestro titulado «Lloran los romances infantiles». Es que se han perdido, es que se han olvidado tantas tonadillas inocentes y graciosas, tantos juegos y tantas costumbres y tradiciones de los niños de aquellos pueblos montañeses y somontaneses...

Ahora hay muchos más niños porque no mueren apenas. La *comadre*, la suciedad, el *despeño*, la *picueta* (viruela), el sarampión, la alferecía, los «ataques» (meningitis), las *calenturas* por regímenes nutritivos impropios... eran, hace medio siglo, plaga y azote en la vida rural. Pero en la actualidad —y no es paradoja, hay contradicción—, se cuentan muchos menos niños que antes en toda aquella zona altoaragonesa, porque mucha gente ha emigrado a la ciudad, a Cataluña, a tierras de regadío, a Francia, a América...

Los niños de aquellos pueblos, como los de todo Aragón, como los de España entera, no tienen tiempo para dedicarlo a actividades lúdicas, tan extensas e inten-

* Publicado en *Zaragoza*, número 7, 1958, pp. 81-91.

sas de sus padres y abuelos cuando vivían en aquella infancia encantadora y feliz. Ahora es el cine, es el fútbol, es el «surmenage» y el «malmenage», son los «deberes» (grave error de la Pedagogía moderna, enorme pecado de la organización escolar actual, marcha atrás de la Didáctica y de la Metodología...) y son los periódicos infantiles lo que los distrae, los seduce, los atosiga o los atenaza. En Suiza, en Bélgica, en Italia... las autoridades de la cultura popular vigilan, estimulan o cercenan esa prensa infantil, catapulta y espoleta de la imaginación y de la voluntad de los niños. Hemos visto publicaciones infantiles —se pueden ver expuestas al público en vergonzosa y lastimosa superabundancia— que son excelente pasto intelectual de los mayores por los conceptos morbosos y por las malicias para toda mentalidad. ¡Pobres niños a quienes se les quita estímulos y ocasión para gozos espirituales y educación integral, y a los que, en cambio, se les ofrecen medios que acarrearán quiebras y ruinas en su alma inocente! Pero volvamos, con el pensamiento y la quimera, a ser niño del Somontano y a recordar algo de lo que nos hacía vivir felices, a lo Juvenal. Esta bendita Institución «Fernando el Católico», activa y fecunda, aspira a recoger y guardar, para airearlo oportunamente y para revivirlo cuando sea preciso, todo ese tesoro inefable, por su significación y gracia, del folklore aragonés, de las costumbres, de las tradiciones, de las usanzas y prácticas en el vivir sencillo de las buenas y humildes gentes somontanasas y montañesas.

Los niños y la iglesia: a la misa mayor los domingos y fiestas importantes; al rosario y a vísperas en «días grandes»; a las procesiones; a los viáticos; a las ermitas próximas; a la «doctrina» y a las novenas durante la Cuaresma; a los entierros..., íbamos siempre en dos filas

desde la escuela o desde la Cruz de Buil. Teníamos papel importante en algunas festividades. En la tarde del Jueves Santo, en los oficios, habíamos de «matar» con *matracas* grandes o pequeñas, según la talla y fuerza del chico, a todos los judíos que habían crucificado al Señor. ¡El ruido, la barahúnda, la confusión que hacíamos en la iglesia entre tinieblas y deseos de venganza pueril! En la procesión del día del Corpus teníamos la obligación de ensordecer a todo vecino haciendo sonar, con toda la fuerza de nuestros pulmones, pitos, *chuflos*, cornetas, trompetas, silbatos... Y no hemos sabido hallar el origen y causa de esta costumbre. Alguna vez hemos supuesto que se podía derivar del gozo de David cuando cantaba y tocaba el arpa delante del Tabernáculo. La grey infantil tampoco faltaba en las faenas de poner y de quitar el Monumento en Semana Santa; en *bandiar*, en voltear las campanas en días señalados; pero en este trabajo, peligroso y duro, solo podíamos intervenir los chicos mayores, juiciosos y amigos del sacristán. Pero ni grandes ni chicos del lugar faltábamos en la tarde del Sábado Santo (Sábado de Gloria entonces) para acompañar al cura que iba a *sacar a Cuaresma*, a bendecir todas las casas, de una a una. Los monaguillos y los que llevaban las pequeñas canastas y cestos salían de la correría con cuatro o seis huevos, según su papel y trabajo. Todos los demás recibíamos un huevo, en el patio de la abadía, con una orden terminante del párroco: nos lo habían de dar frito, para almorzar, al día siguiente, Pascua de Resurrección. El día 3 de mayo, antes de ir a la escuela, habíamos de ir a la *placeta* de la iglesia d'abajo, de san Miguel, el santo que tiene al diablo bajo sus pies vencido y humillado. Allí, pegados a la verja de hierro si las puertas estaban cerradas, decíamos en voz alta:

*Apártate, Barrabás,
que conmigo no vendrás
porque el día santa Cruz
dije mil veces ¡Jesús!*

Los mayores de edad, los primeros de la escuela, llevábamos el cuento de las mil palabras; es que si hacíamos cortos, el diablo se reiría, y por la noche vendría a cogernos... Frecuentemente cruzábamos los dedos de la cuna del Niño Jesús, y de otra, la cuna del diablo, rodeada de cuchillos y puñales. Y todo esto se hacía seriamente, convencidos de que el ángel que todos tenemos sobre el hombro derecho estaba contento y propicio siempre a servirnos.

Los niños en la calle: algunos días casi no se veían más que chicos por las calles, a determinadas horas, cumpliendo órdenes de los padres o costumbres y gustos inveterados. El día 25 de marzo, el día de la Virgen de Marzo, se hacían *crepilllos* en todas las casas para comer, dar e intercambiar en significado de amistad y de afecto. Cada chico íbamos a diez, a quince o a más casas con nuestro plato lleno de *crepilllos*. En las calles nos encontrábamos con otros chicos o con chicas que venían o que iban a nuestra casa, o a la misma a la que íbamos a llevar el presente exquisito. Los *crepilllos* eran postre deleitoso: hojas tiernas y pequeñas de borraja *de bancal*, bien rehogadas en una mezcla de huevo, harina, azúcar, canela... y fritas con el mejor aceite de cosecha.

El día de Año Nuevo, todos los chicos, hasta los de casas ricas, iban a coger *cabo d'año*, los unos; a pedir *cabo d'año*, otros, los de familias humildes. Algunos chicos solo teníamos permiso para ir a las casas de parientes, de vecinos, de amigos íntimos y distinguidos, donde nos daban alguna moneda de plata, algún librito de cuentos, *bella*

barreta de turrón, una golosina de *marzapán*, un lapicero... Los chicos de casas pobres llevaban grandes cestas que volvían a sus casas llenas de frutas secas, de mostillo, duro, de caramelos, de torta, de *pastillo*; de alguna *bolseta* de arroz, de garbanzos, de sopa...

Ahora, pensando en nuestros juegos, «trabajos» y actividades callejeras, nos acordamos de una curiosa e interesante anécdota de Torricelli cuando tenía unos ocho años. También nosotros teníamos en el agua de lluvia, o en la del *vallo*, o en la del «Abrevador», un centro de interés, un motivo, un juguete que nos deleitaba. En cualquier calle teníamos *una regadura*, *una muñica*, *un chorred* de agua para *chapurquiar*, para hacer *basas*, *basetas*, *poceds*, ríos y *aguatiellos*. La política hidráulica empezó a calar hondo en nosotros cuando volvíamos a casa con el calzado y la ropa bien *chupius*. Si empezaba a llover cantábamos a coro:

*Ya caen gotas,
y pilotas
y cordones
pa mis botas...*

*Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva.
Los pajaricos cantan
y a las ocho se levantan...*

Si nos poníamos *a esgarramanchons* para que el chorro de agua del *vallo* o del temporal, si llovía mucho, debajo de los «cubiertos» nos juntábamos chicos y chicas, hacíamos puente con las piernas y cantábamos así y hacíamos los correspondientes ejercicios musculares, gimnasia tosca y sueca, sin aparatos ni cánones:

*De ría en ría,
la cortesía;
de ocho en ocho,
aquí m'acocho...*

Las chicas tenían actividades lúdicas menos violentas, más sedentarias que las de los chicos. Se reunían en corros, en grupos, muy cerca de sus casas, en una *placeta*, bajo un portal, en un patio grande. Las canciones a que hicimos referencia en nuestro anterior artículo, «Lloran los romances infantiles», eran el acompañamiento en juegos, dances, movimientos y actitudes. El saltar a la comba era el ejercicio más fuerte y más agotador, porque se sumaban dos esfuerzos físicos: el del saltar rápidamente y el del cantar poniendo la voz en grito. Modernamente se ha prohibido ese ejercicio y juego en muchas escuelas inglesas porque la taquicardia era señal de que el corazón y los pulmones de algunas niñas se ponían en trance de quiebra. Kety-Jencer, una profesora de juegos infantiles, fue la que logró que los médicos de una ciudad informasen sobre la gravedad observada en algunos casos.

Las niñas practicaban juegos para educar sus sentidos y potencias sin que ellas lo supiesen ni sus mayores lo advirtieran. La Pedagogía moderna ha descubierto cosas muy interesantes en algunas costumbres, gestos y cantos de aquellos corros de chicas en los pueblos somontaneses. Aquel juego «A colores» del ángel con la cruz y el diablo con la sartén, y, sobre todo, el jugar *a pitos* exigen una agudeza visual y auditiva, una rapidez manual, un sentido estereognóstico extraordinarios. La letra, en estribillos y sonsonetes, y en trozos sueltos, era así:

*Planté un ajo
por debajo
y una viña
por encima...
—La palma —
En dosas — hermosas
En tresas — fereras
Mis «cuatras».
—La palma —
Tengo una casa...*

Este juego con su música, letra y habilidades era mucho más movido, difícil y completo que el de la «taba» de las niñas de las ciudades, practicado con astrágalos de reses, en vez de *pitos* o de piedrecitas redondas de los cauces de los ríos bravos montañeses.

Los chicos en la plaza: Los chicos en la plaza *d'afuera*; Calle Nueva; Recholau; Cruz d'a Calle Nueva; Cruz del Ormo... Los chicos no podían ser chicos, no podían comportarse ni desahogarse como potrillos indómitos en las calles, en las *placetas* pequeñas, en los *callizos*, en los cubiertos y soportales de aquellos pueblos que rezuman arabismo y Edad Media. Aun era pequeña la plaza *d'a* Calle Nueva, y había que invadir las *fajetas d'Ayerbe*, la era de Pardina, *bajadeta* de san Miguel, el camino de san Hipólito y hasta las *costeras* llenas de *buchos* y de *leneras* (bojes y piedras calizas en rocas de estratificación discordante), para poder correr a sus anchas, trepar a gusto y esconderse según lo exigiese un juego o una travesura original.

Todos los chicos sabíamos jugar a la pelota, y a fe que dedicábamos a ese gran ejercicio, ocupación y virtud todo el tiempo que no nos lo pedía la escuela, bien vecina por cierto. Muchos niños ya se llevaban la merienda a la escue-

la, por la tarde, para no tener que ir a casa y perder tiempo. Salíamos de clase (felices tiempos, sin deberes y casi sin encierros), y a correr, a *juar a pilota*. Pero si en o Recholau jugaban mozos y en san Miguel otros chicos mayores, entonces jugábamos a otras cosas; por ejemplo: a *pajeta larga*, a «yo tengo un árbol...», a *conejitos*, a *galgo fino*, a *negro*, a *tú la llevas*, a *alforjeta Pedro*, a *burrico falso*, a *arrima costillas*, a *vino blanco*, a *marro*, a la «*patasca*», a *palmo*, a *palmo u surco*, a *gallineta ciega*, a *dar d'ebada*, a *esconder*, a *escoronar*, a *pilarres*, a *rayar más alto*, a *brincar más lejos*, a *la rula*...

Casi todos estos juegos requieren esfuerzo físico, habilidad, ligereza de movimientos, tener buen «tino» y buena vista, saber correr, tener idea del sentido del espacio... Si por lluvia o calor excesivo, o porque ya no había luz diurna, o porque otros más grandullones y forzudos habían madrugado más..., no podíamos jugar a lo que hubiésemos querido, ni en los sitios acostumbrados; y si ya estábamos cansados, sudorosos y jadeantes por tanto correr, trepar y saltar, entonces, por recurso, nos dedicábamos a actividades sedentarias casi pasivas, a distracciones y juegos mentales de adivinanzas, cálculos y parecidos. Ya entonces empezaban los maestros a iniciarnos en una gimnasia del cerebro, intelectual, y en nuestros juegos recordábamos ejercicios escolares. A nosotros nos gustaban más los que se referían a cosas de monte, sierra, río, huerta y cielo:

*Yo tengo un árbol
de cienmelicera
que tiene sus cosas
d'esta manera...:*

Las hojas son grandes, bastas y verdes; el tronco, retorcido; las ramas se rompen fácilmente; no se conoce

la flor; el fruto sale antes que las hojas y puede ser, cuando está bien maduro, verde, casi blanco, negro y morado; se come con pellejo y sin pellejo; es dulce y no tiene *güeso*... ¿Qué árbol es? Y, por turno, los chicos del corro contestaban:

- Una olivera*
- Os cergoleros*
- As pereras...*

El chico que decía la higuera (*a figuera*), decía bien y había ganado a los pequeños bárbaros el puesto de honor y el derecho a preguntar.

Para carnaval y semanas antes, —*pa San Antón, garrastolendas son*—, todos los chicos éramos trabajadores manuales, obreros en el oficio de cortar cañas, elegir trozos y prepararlos, buscar un palo conveniente y poner en un extremo cáñamo, o estopa, o lana para convertirlo en un émbolo. Nos hacíamos todos una o dos *charingas* (jeringas), que llenábamos de agua para descargarla sobre alguna chica o moza distraída, graciosidad, incivilidad que nos costaba alguna bofetada en la calle y algún castigo en la escuela. Después, cuando fuimos al instituto, supimos que aquellos ingenios fabricados y empleados en el pueblo durante los días de antruejo eran nada menos que bombas aspirante-impelentes, gran triunfo de la Hidrodinámica.

Para el verano principalmente nos hacíamos «tiradores» con trozos sin *tanos de sabuco* (saúco), una especie de cerbatana. El aire comprimido entre dos balitas de cáñamo, un palo impulsor de diámetro conveniente y nuestra paciencia y maestría en la construcción nos proporcionaban *pistoletas* que hacían ruido y enviaban «balas» a tres o a cuatro metros, donde poníamos para blanco un periódico o la espalda de

otro chico valentón. Con medias *casacas* de nuez nos hacíamos *carracletas*, y bien cantadoras, y bien molestas para las personas mayores que no tenían por qué aguantar críos.

Pero nuestras horas felices, nuestro gozar y jugar con alma y cuerpo estaban en uno, en dos, en tres partidos de pelota: «tres a un rey»; mano a mano; uno contra dos; dos a dos; tres a tres... El *ple*, «falta», «muerta», «a ellas», raso, bolea, «chapada», a bote, *a chamalandrón* (saque por bajo), saque por arriba, zurdada... en fin, toda una nomenclatura apropiada. Y si no podíamos jugar a gusto a la pelota, a correr; pero a correr, jugando; y a jugar, ganando o perdiendo en honrilla, en prestigio, en fama individual o de equipo. Después del juego a la pelota, los más practicados eran los que nos hacían sudar más aunque hiciese frío, los que más nos cansaban o rendían: *a conejitos*, *a marro*, *a galgo*, *a burrico falso*, *a alforjeta Pedro*...

Apenas jugábamos los chicos de la escuela *a arrima costillas*, *al vino blanco*, *a dar de echada*, *a pilares*, *a la rula*, *a escoronar*, porque había necesidad de dar y de recibir golpazos en la espalda, o de manejar una bufanda convertida en látigo para propinar o recibir mamporros despiadados, o emplear unas frases y un lenguaje poco académico, o hacer demasiada fuerza, o tirarse por tierra y ensuciar más de la cuenta la ropa... En fin, aquellas maneras de divertirse eran propias de los *boyateros* (boyeros), de los mozalbetes salvajillos y de los chavales incultos y zafios. Nosotros ya teníamos más refinamientos en el decir, en el hacer, en el jugar y en el vivir y convivir con amigos y compañeros; ya teníamos idea de que todos podíamos hacer y decir cosas, pero que los «selectos», los más educados, ni debíamos decirlas, ni mucho menos hacerlas. Ya entonces se conocían bien en la calle, en la plaza, en la iglesia, en el monte, en la huerta, en

el trato social, los chicos que íbamos a las escuelas de los pueblos y los que no las habían pisado jamás, que eran muchos, desgraciadamente.

«Los conejitos» del Somontano oscense tienen gran semejanza con el juego de la «herradura» en pueblos de Teruel. Hasta la literatura, los dichos, el estribillo y la muletilla que los acompaña son muy parecidos, pero en una cosa no tienen paridad: en el juego de la «herradura» intervienen chicas, no para correr, sino para «jefas» y guardianas, para dar salida a la «liebre» bípeda; en nuestros «conejitos» no había niñas, y no sería porque aquellas *moce-tas*, niñas, *zagalas*, crías, *familietas*, chicarronas... no fuesen capaces de dejarnos atrás a los chicazos, sino porque ellas tendrían otros gustos menos hombrunos, otras actividades lúdicas más sedentarias y de feminidad incipiente. En el juego a «colores», en el que los personajes eran la Virgen (una niña «mandamás» y directora), el Ángel con la Cruz (otra niña pizpireta y astuta, lista y de casa «bien») y el «diablo con la sartén» (un chico feo que supiese hacer barrabasadas, ahuecar la voz y hacerse temer), en ese juego sí que teníamos que intervenir los chicos, pero siempre tres o cuatro chicos menores que chicas, y así la Virgen siempre salía ganando, porque se llevaba al cielo a todas las chicas y a algún chico de su gusto, mientras los chicos restantes tenían que marchar llorando y gimiendo *de mentiretas* con Satanás a las calderas de Pedro Botero. En este juego, la chica que hacía de Virgen daba a cada niña del corro, al oído, en secreto, un color (azul, rosa, cielo, azucena, estrella, manto de la Virgen, manita del niño Jesús, corona de la Purísima, clavelina...), y a los chicos les imponía otro nombre de color, también en *escuchete* y sigilo (color de pecado, de culo de sartén, de cuernos de Barrabás, de *morgas*, de *fiemo de zolle* (pocilga), de *zapo*

(sapo), de tronada... y de otras lindezas). Venía el Ángel con la Cruz, pedía un color que siempre era alguno de alguna niña y, claro es, la Virgen le daba lo que pedía, y el Ángel se llevaba al cielo a la niña. Por turno se presentaba el *diablo con a sartén* y pedía un color de los suyos; y como siempre acertaba, en cada viaje arrastraba a empujones a un chico hasta sus dominios infernales. Pero alguna vez se le ocurría a un diablillo travieso pedir un color de niña angelical, y se armaba la de san Quintín. Había protestas, insultos, amenazas, lloros de verdad... y terminaba el juego como dicen que acabó aquel rosario de la aurora.

Recordamos que antes de esconderse los «conejitos», en el juego somontanés; cuando la «liebre» escondía su cabeza entre las piernas del «director» o entre las faldas de la guardiana, esta o aquel canturreaban lo que sigue:

*Herraduras pa las mulas,
claus pa los caballos...*

.... ..

*Una palmeta sin reír,
otra sin hablar.*

*Rata, ratón,
una patada y escapón,
Conejitos, a esconder,
que la liebre va a «placer»,
que sí va, que si viene.
que si alguno en cojera.*

... ..

—¿Suelto la liebre?

—¡Solte-la!

Entonces el chico que hacía de liebre se dirigía en cualquier sentido a la busca y captura de gazapos, escondidos en las *bucheras* y *barzales*, en los troncos de las *oliveras*

vecinas, detrás de los corrales, en los patios de las casas arrabaleras...; pero cuando la liebre iba hacia un escondite, los conejos corrían a «tocar» la cabeza del director o de la guardiana, y pocas veces cogía a algún «galgo corredor» y sí a algún gazapillo torpón e inocente, que iba a ser una liebre tonta e inofensiva en el juego siguiente. Y mientras los chicos nos hartábamos de «liebre» y de «conejos», las chicas, nuestras hermanas, vecinas y amigas tuyas, en una plazoleta, en una era próxima, en el *yerbín* de debajo del olmo de la Cruz y llevando unas flores, o un manojo de mies, o una ramita de *olivera*, hacían un corro, iniciaban un paso de gimnasia rítmica (semejante a uno que hace la escuela suiza de Dalcroce), cantando esto y haciendo rápidos giros y movimientos al final de la cancioneta:

*Manzanetas de Manuel,
que son güenas de comer...
Paja en as eras,
trigo en as talegas...
Que te chules, que te chules,
que te güelvas tú de culos...*

Y una curiosidad y una tradición, un privilegio y una cura milagrosa: los chicos de «Villa y aldeas» no teníamos verrugas ni en manos, cuello y cara; esos bultitos, esas excrecencias en la piel que tanto afean y molestan. Los chicos y mayores que no sabían el «truco» y el remedio eficaz para verse libres de esos estorbos antipáticos se cansaban de usar y de abusar de pócimas y de ungüentos: aceite *chinebro*; pez blanda; caldo de *letrera* (savia lechosa de un vegetal); malvaisco..., y las verrugas cada vez más grandes, más seguras y más sucias. Ríanse los lectores de esta pueril creencia y de esta superstición arraigada; pero si un chico verrugoso hace lo que vamos a decir en el año

de su primera comunión, sus verrugas desaparecerán insensiblemente sin dejar rastro ni muestra: doy fe de lo que sigue; aseguro que el hecho es cierto, y que soy el primero en no creer en insensatas paparruchas: se cogen tantas hojas y tantos *caballicos de buchera* (hojas y semillas de boj) como verrugas se tengan; se llevan a una era dos trozos de teja y se pone uno de los trozos en algún escondite de pared, de roca o de tronco de árbol; sobre trozo de teja que sirve de base y plato se ponen las hojas y fruto-semillas de boj, y se dice así:

*Verruga tengo
verrugas vendo;
aquí me las dejo
y me escapo corriendo.*

Entonces se pone para tapadera el otro trozo de teja, se vuelven cara y espalda y, corriendo cuanto se pueda y se sepa, marcha a su casa el chico. Y que no se le ocurra volver a la era de referencia si no quiere que sus verrugas no se le vayan o que vuelvan a aparecer en mayor número, volumen, fealdad...:

¡Si hubiese sabido esto Cicerón...!

EN PASAR D'AS SIETE CRUCES TODAS AS BASAS S'ESBOTAN*

Ni los viejos ni los jóvenes de mi tierra saben preceptiva literaria, ni la necesitan para hablar con buen sentido y hacerse entender. No saben retórica ni arquitectura gramatical ni lingüística pero emplean el tropo, el sentido figurado, constantemente. ¡Con qué oportunidad, ironía y gracia dicen sus *mazadas*, sus sentenciosas frases en sinécdoques, en metonimias o en metáforas...!

Tener seis, siete, ocho... cruces es contar, es tener sesenta, setenta, ochenta... años. *Nino, si tiens ya siete cruces, piensa en a cruz...*: piensa en la muerte. *Basón, baseta, basoned, basa...*, son charco, ciénaga, bache, *balsete*, estero, balsa, embalse... *As basas s'esbotan...* Las balsas se pasan, se agrietan, tienen pérdidas de aguas, se abren, se revientan, se rompe o se deshace la pared, dique o muro de contención especialmente si las balsas están hechas con tierra, con *levas* o adobes, con *bardo* de los mismos barrancos o de los arroyuelos y *chimiaiços*.

Seis, siete, ocho... cruces. Seis, siete, ocho... decenas de años; seis, siete, ocho... «X» de la numeración romana; símbolo del xenón, el gas raro que hallaron en el aire Ramsay y Travers, la icógnita más corriente en matemáticas y lo desconocido en la conversación. *Seis, siete, ocho cru-*

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 24/01/1958.

ces... de San Pedro mártir..., es decir, vejez incipiente o valetudinaria, confirmada, decrepita, ruinosa, caduca...

Ichó ye que s'empieza a esbotar a basa... Que los alifafes y dolencias, qu'as goteras, que los achaques y que los calendarios (reuma articular) aparecen ya claramente y con insistencia en las personas mayores: oigamos a unos viejos en espaldera soleada: Estas garras ya no me quien llevar. Si me chito paso apuros pa levantá-me. Este tiempo va a cambiar porque me fan mal as rodillas. Ya se me fan talarainas en os ojos. No tengo ni un güeso en a boca; si no por a folleta no podría comer ni una crosteta de pan. No veigo guaires si no fa sol. Siempre estoy en os rincons pa ichó que ye menester sacar. Esta fuenteta que tengo en o pie siempre me mana materia (úlceras, llaga que despide pus). As manos me temblan pa beber en vaso; si no fuese por o porroned... Si no m'agarro en a pared y no chalfego, no puedo subir as escaleras. Hasta as piedras me sentaban bien cuando era joven; ahora gracias qu'as sopas y bel plated de recau u de berzas pueda comé-me. As piernas no me saben llevar drecho pero l'arca d'o cuerpo (pulmones, corazón, hígado, estómago...) aun me van tarcual... ¡Luego iremos a criar malvas...! Y todo eso no son más que indicios, señales inequívocas, pruebas definitivas de que la vida ya va en precario, de que la senectud entra en barrena, de que el arco de parábola del existir va a tomar la vertical inexorable del fatalismo, de la rendición y del sanseacabó.

Estas consideraciones vienen a cuento y a cuentas porque hace unos pocos días publicó *Heraldo de Aragón* una serie de artículos de Robert J. Havighurst, «La Medicina de hoy y de mañana», uno de cuyos escritos tenía este título: «La vejez ya no es una carga vital y social».

La gerontología, esa ciencia tan moderna como optimista, esa lucecita esperanzadora para viejos y hombres en

sazón pasada, ya tiene dos partes: la médica y la social. Los que no sabemos medicina ni somos capaces de poder dar la razón a Letamendi ni podemos hablar de gerontología médica, ni de las pócimas de los nigromantes, ni de los filtros mefistofélicos de Fausto y de alquimistas, ni de las monadas en injertos de Voronof, ni de la jaleada jalea real... De la gerontología social, familiar, ciudadana y pueblerina ya podemos escribir todos los que vivimos en la zona de las calmas ecuatoriales, pero sin añadir episodios de Margarita ni comentar el poema enrevesado de Goethe.

La gerontología social quiere añadir vida a los últimos años; ayudar a los ancianos a conseguir medios suficientes para vivir con decoro y distracciones; remediar en lo posible ese pavoroso problema de la inflación económica... En algunas grandes ciudades americanas hay barrios para ancianos y sus familiares. Hay en algunas poblaciones de los Estados Unidos hasta una arquitectura y un urbanismo para la vejez; concretamente en Florida y en California existen quintas y dormitorios exclusivamente para ancianos y alguna persona que tenga que estar a su servicio y cuidado. Robert J. Havighurst habla con elogio de esas instituciones que permiten a los longevos sustentar su personalidad, su «ego», en la vida social y familiar. También en Inglaterra existen, en algunas ciudades importantes, «Comisiones para el bienestar de las personas de edad avanzada». Las actividades de estas entidades misericordiosas, de humanismo cristiano y de refinamiento en la elegancia social y cívica, se reflejan en la organización de talleres para trabajos manuales: reuniones y fiestas de cultura y de arte; veraneos y vacaciones, viajes y excursiones; clases de pintura; conciertos de música; sesiones de televisión y de cine; teatro, lecturas...

¿Qué, cuándo, cómo y cuánto de esta flamante gerontología social llegará, de hecho y no de dicho, a nuestras ciudades? Sí que la geriatría propiamente considerada, sí que la gerontología médica entrará, «subirá a los palacios y bajará a las cabañas», lo mismo en grandes urbes que en humildes aldeas porque también en los pueblos hay excelentes médicos por su saber y por su bondad; por su conciencia, experiencia y ciencia; por su espíritu de sacrificio y por estar curtidos a toda inclemencia y a toda humanidad miseria. Pero los viejos de mi tierra somontanesa no conocerán ni gozarán las inquietudes y bendiciones de la gerontología social. Cuando ya no puedan trabajar; *cuando ya no puedan valé-sen porque as garras ya no quieran tené-los drechos*; cuando sus *siete, ocho, nueve cruces* los haga pensar en la *cruz d'a fuesa*, los pobres hombres se refugiarán en un rincón de la cocina, en el extremo de una *cadiera pegada a os tizons d'o fogaril*, en un *solanero*, en o *fornaz d'o torno*, en o *recholau*, en a *branquillera*, en as *escaleretes de bella cruz* o en un portal de la *placeta vecina*.

Cuando éramos chicos le oímos decir al señor Elías, aquel talentado secretario y excelentísima persona, otro Gracián en ingenio y en ironías: un cura, libro *en pochá*; dos curas, petaca entre manos y obispo entre lenguas; tres curas, muerto al canto y tresillo a perrica; cuatro curas, repique gordo, comidón y *julepe* a no robar... De los ancianos hubiese dicho: un viejo, moquita y *gancha*; dos viejos, dos nueras en juicio de faltas; tres viejos, añoranzas e historietas; cuatro viejos, un pretérito pluscuamperfecto de aquel Aragón que no sabemos conservar y que no queremos entender.

PILARETA – PILARA – LA PILAR*

–Iña Roseta, ¿me'n entro?

–No tiens qu'entrar t'ande no te llaman. Aquí yes tan preciso como os perros en misa. En a casa mía no quiero nengún patantón...

A os pocos días *volvió el mozo a probar fortuna:*

–¿Me'n entro, iña Roseta?

–Ni pensamiento pensau que te tenga qu'aguantar a lau de yo. Ves-te-ne por ande has veniu, que tan preciso yes n'esta casa como l'agua n'as palladas. Entrarás cuando san Juan abaje o dedo, y ya sabes que lo tiene de madera.

Otro intento hizo Antonied a la semana siguiente para hablar con la madre de Pilara, y tampoco tuvo éxito su empeño:

–Iña Roseta, ¿me deja entrar una miajeta pa hablar-le d'una cosa? Deseguida me'n iré. No vengo a robá-le ni a fe-le incomodar. Os hombres de bien tenemos que fer as cosas como Dios manda y de güenas a güenas.

–Vay, bien, nino. No me vengas con rompimientos de cabeza. ¡Qué bien t'ha veniu ver a puerta batalera! Ya te'n pues ir, que me'n voy t'o corral a encerrar as crabas. Y si

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 11/10/1959, con el título «Pilareta - Pilar - La Pilar», aunque Arnal lo corrigió a mano en el texto publicado.

quies hablá-me de Pilara pa casá-te con ella, limpia-te qu'estás de güego... ¡Como si llamases a Cachano con dos tejas!

Pilara era una guapa moza, buena, trabajadora, limpia, juiciosa. Era la hija mayor de la señora Rosa. La señora Rosa, *iña* Roseta, era viuda y tenía otra hija, Paqueta, de unos doce años. Pilara, ni rica ni pobre, pero una de las mejores chicas del pueblo, era la Pilareta de casa Franched cuando era niña que iba a la escuela.

Pilareta, antes; Pilara, ahora; Pilar o la señora Pilar, después. En la montaña y en mi Somontano el nombre de Pilar solo se modifica añadiendo alguna letra para que la idea exprese más afecto familiar o más extensión en el significado. Es corriente decir «la Pilar», incorrección gramatical perdonable, disculpable entre la gente de los pueblos que no tenemos motivos ni obligación de saber tanto como las personas «cultas latiniparlas» de la ciudad ultracivilizada. Eso de Pili, Piluca, Pilarcho... es, para nosotros los de los pueblos retrasados, como una ofensa al nombre de la Virgen aragonesa por antonomasia, porque indican idea despectiva y concepto diminutivo. Nunca, nunca es agravio Pilareta ni Pilara, pero Pili y Pilarcho, sí. Y después de esta pequeña e intrascendente andanada, volvamos a ver que hace Antonied frente a la casa de la señora Rosa y el atisbo de entrar en ella *si a mano viene y... áraba* que deje de salir sin lograr sus deseos.

—Me'n entro, iña Roseta.

—¿Otra vez viens ta esta casa como un catenazo? Yes más pesau que mosca mula y más tozudo qu'o güey de casa Sanchón.

–Ya me’n he entrau, iña Roseta. Ya me vey aquí y no me’n iré sin hablá-le. Ya me pue dar bel escobazo, si quiere; pero icho no estaría bien, porque cosa sacaría y no fería más qu’alargar o que tenemos ya pensau qu’himos de fer la Pilara y yo, se ponga, como se ponga; y peor pa usté si no nos quie fer caso.

Yo y la Pilara nos queremos casar pa sanmiguelada primera, antes d’un año. Se lo alvieto pa que nunca se piense que yo no soy un hombre cabal como ichos pelafustans y señoricos que usté conoce y que de güena gana rondarían a la Pilara si no les fese yo sombra ni me tenesen miedo. Esto que le digo yo tamién le’n dirá la Pilara a cualquier hora, cuando no tenga usté n’o calitre ichos pajaricos que no sé d’ande se los ha sacau. La Pilara ye más formal y tiene más conocimiento que muchas mujeres que tienen hijas casaderas..

–A yo no me tiens qu’hablar con segunda y ya sé o que tengo que fer. Me pensaré si he de fer heredera a la Pilara u a Paqueta, que bien guapa y resalada será y le sobrarán güenas proporciones. No tendrá que sacar ella o pie pa que otra ponga a pata. Y amás que aún no sé si tú viens por la Pilara u por o que tenemos, que a hacienda, y a casa, y os bajés y os frutos que tenemos recogius ye un dote que fa morisquetas a misaches de casas güenas d’o lugar o d’afuera d’o lugar.

–Paez mentira, iña Roseta, qu’hable tan sin sustancia. Ya se piensa que «tiene a Dios d’a garra» (*no es irreverente la expresión: se dice mucho en mi tierra para indicar orgullo, vanidad, poder y ostentación*) porque han cogiu este año bel pie d’olivas u bel saco de trigo más que nusotros. L’olivar d’O Plano lo tiene usté yermo y sin espollizar; a viñeta d’As Vals, llena de charrachón y de mialcas; o Campo Alto aún está con os fornigueros sin esparcer y con torruecos como ruellos de glera. L’aceite d’esta casa

lo tienen con morgas, o vino de flor con borfollos, y o trigo con muergo. Pa pagar a contrebución y a os jornaleros, que le trebajan poco y mal, no saca usté con o que replega. A hacienda que se deja en manos d'otri ye una gusanera y una entivocación. Asabelo que se le ríen a usté n'ó lugar, y yo me carcomo; bel día pue que alguno se'n vaya ta casa con as muelas afuera. Ichos piazos de tierra que tiene no valen pa cosa porque están mal trebajaus. Con menos hacienda pue que nosotros cojamos más qu'usté. Y otra cosa quió icí-le, ña Roseta, y que no se l'olvide en jamás de los jamases: yo vengo por Pilara y no por o que usté tenga que se lo pue poner en sal. Faiga heredera a Paqueta, si icho le paez mejor, qu'a la Pilara y a yo cosa nos importa. Con o que yo tengo en casa mía, y con a salú que Dios m'ha dau siempre, y con Pilara pa mujer y con as ganas de trebajar y de traficar que tengo, a nenguno d'o lugar le tendré envidia: piense-se-lo bien todo, ña Roseta. De todas maneras, la Pilara se casará con yo aunque usté no querese, pero yo y ella queremos fer as cosas por os güenos caminos.

—¡Vay, nino! Nenguno d'este mundo s'[ha] atreviu a icí-me cara a cara as cosas que m'has dicho tú, pero ya me creigo que con güena intinción. Ya sabeba qu'a hacienda nuestra bien trebajada nos produciría más, pero, pobra de yo, ya sabes que me quedé sin mariu ya fa más d'ocho años, y a una mujer sola tos le fan momos y burlas. Yo ya me pensaba que la Pilara te teneba ley, porque a nengún mozo d'aquí ni d'afuera les ha feito caso nunca; pero casar a una hija ye perdé-la y siempre viene cuesta arriba ve-la pa otro antes que pa su madre. Y ella s'ha de casar que yo no, y por yo ya pue fer o que mejor le paezca, que siempre ha teniu juicio y formalidá...

Nosotros conocimos, cuando éramos chicos, a la señora Rosa de Franched ya muy vieja, a la señora Pilar,

la que fue Pilareta y Pilara en su infancia y en su mocedad, y, también, a Antonied, marido de la señora Pilar y padre de cuatro o cinco críos. Pero en el pueblo nadie lo nombraba, en su ausencia, con los apelativos Antonied, Antonio, Toño, Toñed. A Antonied, el *amo* de casa Franched, el marido de la Pilara y ahora Pilar y señora Pilar, todos le decían «Menentro», un apodo y un cognomen nada ofensivo, un mote que el mismo interesado y sus familiares admitían sin protestas ni aspavientos contraproducentes. El «Menentro» le recordaba al buen Antonied, al Antonio de casa Franched, todo un hombre serio, cabal, trabajador, económico, ejemplar aquellos tiempos en que, siendo un mozo y amador de la Pilara, quería hablar con la madre de la que fue su mujer y su ventura diciendo desde la puerta de la casa o desde el patio: *Iña Roseta ¿me'n entro? ¿Me'n entro, iña Roseta?*

La señora Rosa dijo un día a su hija Pilar: *Nina, yo luego me'n iré a criar mahvas; ya soy d'as viejas d'o lugar y me fa mal to'l cuerpo. Antes de morí-me quiero decí-te que tu hermana Paqueta s'había de casar con Pabled, l'hermano de Antonied, porque me paez qu'ha de ser tan güen hombre como tu mariu...*

Vivía aún la madre de Antonied. Un buen día llamó a su hijo y le habló así: *Mira Antonio, hijo mío: cualquier día me llevarez ta o cimiterio. Antes de morí-me querría ver casau a tu hermano Pabled. A yo me paez que ni en todo o lugar ni en toda a redolada hay una moceta como Paqueta, tu cuñada. No pue mentir, Dios me dice qu'ha de ser tan güena como Pilar, tu mujer, qu'imposible que no fuese un ángel que se dejó escapar san Pedro pa bajar a casá-se con tú.*

Y... ¡hay tantas Pilar y Paqueta, y tantos Antonio y Pabled en mi Somontano...!

LA CIENCIA METEOROLÓGICA ACTUAL Y LOS METEOROLOGISTAS DE CALZÓN CORTO EN LA MONTAÑA Y EN EL SOMONTANO ARAGONÉS*

Cuando éramos chicos leíamos en los libros escolares que había meteoros luminosos, eléctricos, acuosos, aéreos... fenómenos que podíamos observar a diario. Y nos interesaban ya entonces porque los chicos de pueblo casi no oíamos hablar de otra cosa que del tiempo, especialmente de la lluvia, de las tormentas, de los vientos, de las nevadas, de las nieblas, del calor, del frío, de las heladas...; y, además, porque del tiempo que hiciese dependía que hubiese cosechas o no y, por lo tanto, en función del tiempo estaban el gozo o la tristeza, la abundancia o la miseria, la vida cómoda o la existencia en precario de aquellas sencillas y buenas gentes de los pueblos agrícolas.

En el Instituto y en la Escuela Normal ya recibíamos lecciones sobre presión atmosférica, climas, magnetismo terrestre...; ya supimos distinguir «cirrus», «cúmulus», estratos y «nimbus»; ya empezamos a ver y hasta manejar termómetros, barómetros, higrómetros, anemómetros, pluviómetros...; ya teníamos idea de un diagrama, de isoyetas, de isotermas, de isobáricas... Nuestro maestro nos

* Publicado en *Zaragoza*, número 10, 1959, pp. 27-37.

enseñó a hacer un higroscopio casero, práctico y sencillo. Pero hasta hace pocos años la Meteorología y la Meteorognosia no eran sino una parte de la Física poco importante, aunque ya los estudios de Tyndall, de Kaemtz, de Dove, de Buys-Ballot, de Weyer, de Howard... tenían carácter de ciencia experimental y práctica.

En la actualidad, la Meteorología y la Meteorognosia, la predicción del tiempo y la Fenología forman un cuerpo de doctrina metódicamente ordenado que constituye una rama particular de los conocimientos humanos, fundamento y base de la aplicación de grandes inventos y progresos mecánicos en la ultracivilización de las naciones poderosas. El Ministerio del Aire; la Dirección General de Protección de Vuelo; el Servicio Meteorológico Nacional; la Sección de Climatología; la información oficial diaria sobre el tiempo en Europa, en España y en nuestra región son claros exponentes de la importancia, de la trascendencia de la ciencia meteorológica en la vida humana de relación y de adelantos.

España forma parte de la Organización Meteorológica Mundial, que tiene su sede en Suiza, en Ginebra. Esta alta institución científica acaba de publicar un *Atlas Internacional de Nubes* que es una maravilla gráfica y de contenido doctrinal. Consta de dos volúmenes: el primero es un texto descriptivo y explicativo, y el segundo es una gran colección de láminas fotográficas en blanco, en negro y en diversos colores, destinadas a ilustrar el texto. Ahora sabemos ya que en los «estados del cielo», además de aquellas cuatro clases de nubes que conocimos en los primeros años del bachillerato, estudiadas por Hloward, y que hasta en los libros de texto se decía que tenían la forma de «colas de gallo», de «rabos de gato», de

«montañas de lana», de «rebaños de carneros...»; además de esas nubes y algunas pocas más, formadas por combinaciones binarias entre gatos, gallos, borregos y arañas, en la publicación de referencia se hace el estudio de las «fibratus»; de las «uncinus»; de las «flocus»; de las «castellanus» (nubes en forma de almenas, torres y castillos, y nombre dado en honor de España); de las «humilis»; de las «congestus»; de las «vertebratus»; de las «incus»; de las «arcus», «tuba», «velum», «panus...» y hasta más de medio centenar de grupos y clases de nubes que no se conocían diferenciadas a causa de su altura, luminancia, pisos, estratificación, densidades, colorido, etc.

La reflexión de la luz solar o lunar en mares helados, en montañas nevadas, en zonas de calima, en superficies de geología uniforme y rocosa, y ciertos fenómenos ópticos como halos, coronas, arco iris, aurora boreal, paxhelios, anthelios..., son causa de que muchas clases de nubes se vean de maneras bien diferentes según circunstancias de lugar, época, tiempo y hora de la observación. La aviación, los globos-sonda, el radar, los modernos instrumentos de visión y medida, han fijado la situación, altura y evolución de las nubes, y ahora es cosa fácil y segura determinar la localización de un «piso». El Congreso Meteorológico Internacional celebrado en Munich en 1891 admitía que los cirros y los cirro-estratos podían formar techos o pisos a una altura de 9 a 10.000 metros, en conformidad con la teoría del inglés Howard. Ahora se tiene la certeza de que en las zonas templadas los «pisos» inferior, medio y superior están, respectivamente, de cero metros a 2 kilómetros de altura; de 2 a 6 kilómetros y de 6 a 13 kilómetros. En los trópicos, los pisos de nubes pueden estar desde el nivel del suelo hasta los 18 kilómetros de elevación. En las regiones polares no hay nubes en

alturas superiores a los 8.000 metros. En algunos «pisos» suelen aparecer «nubes madres» que cambian de forma, que dan origen a prolongaciones y apéndices y que, por último, hasta cambian de piso, y, si no de nombre, sí de apellidos: un «cirrus» se convierte en «cirrus-cúmulonimbogénitus» al invadir otro banco, capa o manto. La razón científica de estas mutaciones se halla en el texto del *Atlas Internacional de Nubes*. Se reconoce que hay zonas de «cielo captivo» en las que la Meteorología todavía no se ha enseñoreado.

En una conferencia de alto nivel científico que tuvo lugar, hace unos meses, en Bruselas se hizo esta pregunta: ¿Pueden las explosiones nucleares alterar la posición de equilibrio de la Tierra y las actividades meteorológicas en las altas zonas atmosféricas? Los ejes astronómico y magnético no parece que se inmutan por lo que los hombres tramam y tejen en la litosfera y en la estratosfera; pero el eje de pendulación, ¿resistirá a toda acción, a toda mala acción del «fatal cobalto 90»? Nosotros somos incapaces de comprender qué cataclismos, qué conmoción geológica, qué hechos terroríficos puede causar en este nuestro planeta tanta ciencia destructora como la que ya se posee, se almacena y se previene. ¡Bendita ignorancia! Y... no queremos salir de esta nuestra parcelita de aficionados a la Meteorología, a todo lo que Dios hizo y ordenó de tejas arriba, y a la predicción del tiempo, que más vale ir por las nubes que por los laberintos infernales del bajo mundo. Digamos de paso que en el mucho saber de España en ciencias meteorológicas; que en el trabajo benedictino, constante y serio de la Dirección General de Protección de Vuelo; que en la redacción del *Boletín mensual climatológico* del Servicio meteorológico nacional; que en la publicación anual del Calendario meteorofenológico; que en la obser-

vacación diaria de fenómenos atmosféricos y que en el estudio y ordenación de los partes telegráficos y radiofónicos sobre el tiempo en Europa y en España intervienen, más o menos directamente, tres aragoneses: el coronel-jefe Sr. Liso y los tenientes coroneles D. Ángel y D. José Biel Lucea. En nuestra provincia de Zaragoza hay unas 80 estaciones pluviométricas y termométricas. Sería muy conveniente que en muchas escuelas los maestros y niños de las secciones superiores tuviesen sencillas instalaciones para observaciones meteorológicas que enviarían a la Jefatura Provincial para su publicación en el *Boletín mensual climatológico*; y, también, otros datos tendrían interés para ser recogidos en el calendario meteoro-fenológico. Y a fe que las ciencias meteorológicas tienen doble importancia e interés. Mucha, muchísima más trascendencia para la vida de la Humanidad tiene lo práctico que lo especulativo. La aviación militar y la aviación civil; los viajes trasatlánticos; la navegación internacional y la de cabotaje; la pesca de altura, pelágica y mediterránea; los periplos de estudio y de adiestramientos marineros; las exploraciones de gran radio, oceánicas y terrestres; las instalaciones científicas e industriales en puntos distantes del planeta, lejos de núcleos de población y en climas extremados; el montañismo y el alpinismo; el turismo de grandes vuelos por aire, mar y tierra; la vida de los trabajadores del mar; los cazadores en selvas, desiertos, tundras y maniguas; los rumbos marinos trazando determinadas líneas loxodrómicas; las grandes explotaciones agrícolas y forestales; la ganadería y la granja; la experimentación de cultivos en función de los agentes edáficos y climáticos... todo eso y mucho más no pueden tener función, no podrían tener desarrollo ni actividad constante, segura y fecunda, sin el conocimiento de la ciencia meteorológica y sin saber la predicción del tiempo más o

menos próxima en una extensión, duración y dirección determinadas. Y ahora, gracias al progreso de las ciencias aplicadas, y a la telecomunicación, y a los partes radiados, y a los miles de observatorios en función constante, y a la organización de tan importantes servicios, y, sobre todo, a la inquietud constructiva y patriótica y a la competencia del personal, tanto la Meteorología fundamental como su derivación la predicción del tiempo, tienen, en España y en nuestra región, la perfección que pueda tener toda obra humana sujeta a tantos factores y circunstancias.

Nosotros hemos llamado recientemente en una conferencia «meteorólogos de calzón corto» a los viejos montañeses y somontaneses que tanto sabían de las cosas del tiempo hace ya más de medio siglo. Esa ciencia popular de la predicción del tiempo era solo producto de la observación constante, inteligente, benedictina... de los meteoros que más interés tienen en la vida agrícola de los pueblos rurales, de los fenómenos atmosféricos que más relación tienen con la lluvia o con la nieve, con las tormentas o con la sequía. El principal centro de interés, la mayor inquietud, los mejores o los peores días o momentos de aquellas sencillas y buenas gentes era el llover, el nevar, la *pedregada*, la *bochornera* prometedora de buena sazón, el cierzo que era heraldo de *serenera* y de sequía... No olvidaremos jamás la frase de un bendito viejo, labrador humilde y trabajador infatigable; no hemos oído elogio más breve, sentencioso, sentimental y dramático de la lluvia en mi tierra como esta expresión sincera y honda: *Solo siento morí-me porque no podré ya ver llover*. No menos significativa era esta reflexión sentenciosa en exageración y andaluzada: *Había de llover hasta qu'os angelicos pudiesen beber a ficamorro desde el cielo*. Más corriente, más sensato y más juicioso es este decir que se oye a cada momento en aque-

llos pueblos, especialmente cuando se inicia un temporal y cuando mi grupo de hombres del campo contempla cómo las gotas de lluvia forman, en los charcos y en *as basetas* de la plaza o de las calles *redolez*, *ambolletas* y *torretas*: *había de llover hasta que yo decidise prou*.

Aquellas buenas gentes no hablaban nunca de nubes ni de vientos; tal vez ni sabían el significado de aquellas palabras. En aquellos pueblos montañeses y somontaneses solo conocían *boiras* en vez de nubes y *aires* en lugar de vientos. *As boiras* podían ser *grasas*; *greñudas*; *valencianas*; *torres*; *boirotas*; *de tronada*; *de aire y de serenera*; *de nevada*; *boira preta*; *de pedregada*; *de calor*; *de frío*; *de mala raza*; *llovederas*; *d'andalocio*; *de fuego*; *de niebla*.

El *aire* tenía estos nombres y clasificación: *cierzo*; *bochorno alto*; *aire d'abajo*; *aire girasol*; *aire de puerto*; *aire de Guara*; *tresmontana*; *aire de tronada*; *aire d'a boira*; *falaguera* (el «foehn» de los Alpes suizos; el «favonio» de los romanos); *aire d'arriba*; *aire de Moncayo*; *aire d'Estadilla* (bochorno fino, llovedor); *airera* (huracán); *ventolera*...

En función del tiempo, especialmente de las nevadas invernales y de los temporales de otoño, estaban las ocupaciones de los labradores en sus casas, corrales, bodegas y cuadras, ya que no podían trabajar en los campos, olivares, viñas y huertas. El arreglo de aperos; el cuidado del ganado; la limpieza de las *falsas* («dos sobrados», diría Azorín); el repaso y preparado de toneles y cubas en las bodegas; el estiércol; el cosido y cuidados del calzado (abarcas, borceguíes, *pialucos*, calcillas..., y los pastores, *galochas*); el *luciar*, en la herrería, rejas y azadas; la matacía de cerdos; el abrir o cerrar las *aguaderas* de los huertos y *dembas*; *porgar*; arreglar *bel recantillo* o el *aguatiello*... Y también la meteorología era estimulante e inquietud en costumbres,

tradiciones, ritos y francachelas. En días de temporal o de nevada se reunían pequeños grupos de labradores y no labradores, de vecinos y de compinches para *brendar*, para dar buena cuenta de un *masito*, de alguna *escolaneta* (morci-llón de dos o tres quilos), de media *arroba* de patatas asa-das, de una caracolada con *ajaceite*, *de bella liebrota...*, y claro es que todo bien ahogado en *vino tinto de flor*, en garnacha «amorosa», en clarete de *alcañón* y hasta en *poncho* con «nuez moscada». La *balsurriana*, la «Marichuana», la «Bartola» y algún romance *historiau*, además, constituían, con nueces, almendras, *pansas y peras forniadas*, el postre y el complemento. Todo eso, casi todo eso lo han barrido el bar, la taberna, el cafetín, la baraja y el desamor a las cosas que fueron. ¡Qué lástima! Y no es que nos hagamos ilu-siones de que vuelvan las épocas virgilianas; ni que Ceres traiga Tesmoforias ni Eleusinas para dar lecciones sobre el cultivo del trigo; ni que Baco se presente *a esgarramanchons* sobre un tonel, con un tirso en la mano, para que los labradores oigan sus consejos y cuiden y planten más viñas; ni siquiera soñamos con que no se pierdan hábitos patriarcales en los pueblos ejemplares y en las casas fuer-tes de abolengo y prosapia. Pero es una pena, y es una quiebra social, y es una pérdida grande de valores, de recuerdos, de tesoros espirituales la desaparición de gran parte de nuestras costumbres y tradiciones, lo que ahora llaman folklore; y en la montaña aragonesa y en el Somontano, la lluvia, la nieve, la niebla (*a boira preta*), *as marciscadas* y otros meteoros eran centros de interés, moti-vo, impulso y causa de reuniones, cantos, bailes, *brendas*, *vilatas* y ritos.

En nuestro libro *Refranes, dichos y mazadas en el Somontano y montaña oscense*, publicado por la Institución «Fernando el Católico», aparecen unos doscientos refra-

nes y dichos sobre meteoros, sobre el tiempo y su pronóstico, inéditos los más, hasta ahora, porque son expresiones exclusivas de las gentes de nuestras tierras. Aragón no se ha dado cuenta todavía, y a fe que es lastimoso, de la inquietud cultural, constructiva, social y de vulgarización del saber popular que la Diputación Provincial de Zaragoza y su Institución «Fernando el Católico» sienten y desarrollan tan sin descanso y de manera tan eficaz, tan inteligente y tan provechosa para honra de la región y de España. Y estas sencillas gentes saben tanto del tiempo por su espíritu de observación benedictina mirando siempre al cielo. Para los naturalistas científicos, la temperatura es el compás de vida de todos los seres de la tierra. Para los habitantes de estas comarcas altoaragonesas son la lluvia, la nieve y la tormenta quienes rigen la existencia de plantas y cosechas, de animales y de personas; los factores de la alegría o de la pena, de la dicha o de la desventura, de la riqueza o de la miseria, del baile o del llorar.

Hemos dicho muchas veces que en estos *lugares* y aldeas de los rincones subpirenaicos y de las sierras segundonas hay y ha habido siempre, en potencia y esencia, muchos Gracián. Son ingeniosos y son discretos, son de juicio sereno y de decir breve y claro al formular su criterio y su saber con relación al tiempo. El refranero español dice: «En abril, aguas mil.» Pero estas gentes, que saben bien por dolorosa experiencia que no suele ser verdad tanta belleza, dicen esto, y con razón: *En abril, cada gota en vale mil*. Si es corriente oír o leer fuera de Aragón que... «Si marzo no marcisquea, en abril acantalea», en estos pueblos no creen que haya mucha verdad en la frase y prefieren, para acertar siempre, decir así: «Marzo ventoso y abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso.»

Recientemente hemos hablado, en unas intrascendentes y sencillas charlas y en los salones de nuestra Diputación, de la predicción del tiempo y de los meteorólogos de calzón corto en la montaña y en el Somontano aragoneses. Recordemos hoy, para esta revista, algunos refranes, y dichos, y juicios, y reflexiones sentenciosas de las conferencias indicadas. Solo de algunos conceptos haremos algún ligero comentario o una aclaración indispensable; si de cada refrán y expresión escribiésemos todo lo conveniente para fijar bien ideas y conocimientos, tendríamos que hacer otro libro más.

Los mismos viejos de nuestra tierra reconocen que gran número de refranes no son ahora verdaderos como lo eran hace cuarenta, cincuenta y más años. Las señales seguras o casi seguras del tiempo que iba a hacer hace medio siglo, o más, en la época actual no pasan del cálculo de probabilidades; son solo indicios, lejanas posibilidades, sobre todo si se refieren al llover de temporal, a las grandes nevadas, a las lluvias copiosas del otoño de aquel entonces, que desde los Argensola hasta el gañán inculto predecían, calculaban y bendecían:

*No hay cuidado que un nublado
los frutos del campo lleve,
porque, cuando llueve, llueve,
aceite clarificado...*

Y entonces, en aquellos tiempos llovía tanto, y nevaba tanto, y mentían tan pocas veces las señales...: «Cuando Dios quería con todos los aires llovía.» –Tenemos que poner la dicción y la acción en pretérito, que era pluscuamperfecto más para el campo que para la gramática—. Decían las gentes labradoras y no labradoras, los cultos y los incultos, los viejos y los jóvenes... de nuestra tierra:

—*Cielo aborregau, suelo regau.*

—*Cielo a borregos, agua a calderos.*

—*Si lleva redol el sol se le moja la capa al pastor; si lo lleva la luna, se le enjuga.*

—*Si corren as boiras, sienta-te tú (no lloverá); pero si as boiras se paran, ya pues correr (ya puedes ir a casa, porque la lluvia era inminente).*

—*Con boiras escarmenadas (deshilachadas) no tengas miedo a tronada.*

—*Si as valencianas s'asoman, luego sentirás tronar.*

—*Boira con rudio, agua blanca de seguro.* (Se refiere al ruido sordo de la tormenta que viene descargando pedrisco o pedregada.)

—*Icha boirota nos va a fer rimallos.* (Esa nube nos va a traer granizada.)

—*Tronada de mañanas y junta de tardes, no t'inamores guaires.* (Son de mal agüero las tormentas por la mañana y las sesiones del ayuntamiento por la tarde; porque en los pueblos lo corriente y natural es que las sesiones se celebren después de la misa dominguera.)

—*Moncayo con embarrada, mañana tronada.*

—*Cillo en Moncayo, ponte a caballo.*

—*Si en Moncayo hay carga, as boiras descargan.*

—*Carga en Moncayo, luego verás lleno o vallo.*

—*Puerto cargau, suelo mojan.*

—*Si en Moncayo hay carga, as boiras descargan.*

—*Puerto escaldau, monte apedregau.*

—*Pa la Candelera, güena nevera; pa San Blas, un palmo más; pa Santa Aguedeta, a nieve hasta a... chaqueta.*

—*San Vicente lo barbato rompe lo chelato, pero en pone otro más arrefinado.*

—*Si en Sevil hay ventanera no faltará ventolera.*

—*Mientras en Guara veigas nieve como a coda d'una golondrina no están seguras as viñas.*

—*No me digas uva en cesta sin pasar Santa Valdesca* (28 de abril).

—*Niebla t'arriba, llover a los tres días; y si no, a la cuarentena.* También los franceses hicieron la observación de que la niebla húmeda y alta, pero no la de invierno por valles, rieras y hondonadas, suele aparecer tres días antes, o cuarenta días antes de una lluvia intensa. Así dicen nuestros vecinos: «S'il pleut à la Saint Medard (8 de junio) il pleut quarante jour plus tard».

—*Si llueve pa l'Ascensión lloverá cuarenta días seguidos, poco o mucho.* (No hemos visto nunca confirmado este pronóstico.)

Los dolores reumáticos en articulaciones, el artritis-mo, los alifafes y *calendarios* de viejos, enfermizos y enclenques son allí, como en todas las partes del mundo, auspicios de lluvia próxima o de nieblas húmedas y frías. Se cuenta que un mozo cortejaba a una heredera, y las relaciones debían ser oficiales porque el pretendiente ya pasaba muchos ratos en la cocina conviviendo con la familia. Una noche el padre de la doncella dio «un papel» (periódico) al novio para que leyese una noticia, pero éste se disculpó diciendo que tenía *bella busca* en los ojos y que si no había buena luz no podía leer bien. Al poco

rato se habló de que el tiempo iba a cambiar pronto porque las señales de Moncayo y el aire de Estadilla *no podían mentir*, y el mozo añadió: *También a mía rodilla señala agua desde ayer*. Entonces dijo el dueño de la casa y padre de la moza: *Nino, ¿sabes o qué te digo? Que con talarainas en os ojos y con calandarios en as rodillas no te casarás con a mía filla*.

La observación de la vida de algunos animales siempre ha sido motivo para deducir que muy pronto habría cambio de tiempo, que eran inminentes la lluvia, la nieve, *a boira preta*, la *bochornera*, la *tronada*...

Si las moscas corrientes pican más de la cuenta; si las *moscas de macho* no dejan en paz a las caballerías; si los perros ladran por la noche sin que nadie los moleste ni los sorprenda; si las *falcillas* y *codalgos* (variedad de vencejos y de golondrinas) chillan mucho o vuelan a ras del suelo; si las gallinas se esponjan en tierra seca, y si *o bobón* (búho) *u o clavered* (ave de rapiña, nocturna) cantan mucho, eran pronósticos de que iba a llover pronto. Y también dicen esto los franceses: «Si vole bas l'aronde attends que la pluie tombe.» El *pintapared*, pájaro insectívoro de torpe vuelo pero de vivos colores, azul, rojo, verde y amarillo, buscador de arañitas en las grietas de las paredes viejas, casi siempre coincide su presencia en los pueblos montañeses cuando la nevada se avecina. Si el gato tiene erizado el pelo del lomo señala tormenta próxima. (Algunas veces lo que indica es la proximidad de algún perro con el que no quiere hacer buenas migas.) Si el pabilo de los candiles, cuando están encendidos, tiene «morro de sanguijuela», y si la ceniza se pega al *badil*, y si las piedras *d'o portal* se humedecen, también son, o eran, señales de que iba a llover pronto.

Se cuenta que un «fabricante» de calendarios para el año próximo, y para el siguiente, y para muchos más venideros, dictaba a un escribiente qué tiempo haría en cada semana y en cada una de las fases lunares en todo un largo futuro. —Es sabido que era para la gente sencilla, bobalicona, ignorante... de los pueblos (y de las ciudades) el calendario... de siempre y la luna eran infalibles en sus predicciones, en tiempos pasados—. El «meteorólogo» sabio, vidente y profeta, el vividor, el pintoresco pronosticador del tiempo que haría hasta años después de su muerte dictaba esto, y el amanuense escribía lo que, después de meses y de años, en la imprenta y en la encuadernación habrían de ponerlo en las hojas del calendario de pared, de pueblo y de alquería:

—Año 1960. Semana tercera de setiembre. Sol en equinoccio de otoño. Cuarto menguante. Vientos fuertes y fríos del primer cuadrante. Nieve en los altos y primeras heladas en las zonas septentrionales de las sierras paralelas a la cordillera pirenaica/ Continuará el mal tiempo hasta la luna nueva...

—Don... Fulano (interrumpió el escribiente); yo soy de «tal» pueblo y tenemos las fiestas mayores en aquellos días.

—Pues entonces escribe esto: lucirá el sol; los vientos estarán en calma y la temperatura será bonancible. El buen tiempo seguirá hasta después de la luna llena...

Y... ¿habrá todavía sabihondos de ciudad que se rían de los meteorologistas de calzón corto, de aquellos hombres sencillos y humildes de mi tierra, pero discretos, observadores pacientes, inteligentes, serios y juiciosos en

el deducir, en el calcular, en el decir y en el pronosticar? Si en la apreciación de señales aparecían criterios opuestos, nunca faltaba uno en el corro que no terminase así la discusión:

—Ninos, ¿sabez qu'os digo?: qu'este tiempo una cosa u otra ferá...

Y... acertaba siempre.

NINO, ICHA PA NA VIDÁ*

Se nos va. Se nos ha ido ya mucho de aquel Aragón que conocimos a fines del siglo pasado.

«Se nos va», «se nos ha ido», «se nos irá todavía más». Culto lector perdona la incorrección gramatical. Ya sabemos que el «se», reflexivo, no admite aquí el intransitivo del verbo «ir». Pero aquí no se trata de arquitectura ni de «duendes del lenguaje», sino de recordar algo de aquellas costumbres y tradiciones que, desgraciadamente, van desapareciendo.

En aquellos pueblos del Somontano y de la montaña oscense solo los viejos, los que tienen ya bien cumplidas las *seis y las siete cruces*, recuerdan perfectamente las *remataduras*, las hogueras de san Fabián, el *espirallar* el día de Jueves Santo por la tarde, el «matar judíos», los *crepillos* de la Virgen de Marzo, el *cabodaño*, «damas y caballeros», el ir a esperar a los reyes, el *esconjurar*, las *barracas* para cazar *tordas*, las letanías, el entierro del carnaval, las *charingas* y las *matracas*, los *chuflos* del día del Corpus, las *vilatas*, los *belulos* y la torta de matar al diablo, las *brendas* de turno, el despertar con *albadas*, las rondas, el *mayo*, las *tortas blanquiadas*, las *cabelleras*, las novenas en san Miguel, los *espaderos*, las *esquilladas*... En un libro, *Aragón en alto*, agotado ya en casi todas las librerías, se habla de todo esto que ya ha pasado a la historia.

* Publicado en *Heraldo de Aragón* el 30/12/1959.

Estos días nos sugieren un recuerdo: el de la *tronca de Navidad*. Y con el simbólico hecho, un rico y un culto, vienen a la memoria de los longevos el ayuno de Nochebuena, los *pastillos*, la cena franciscana, la misa del gallo, los pastores entrando en la iglesia con las *galochas* puestas, el cordero blanco, limpio y balador, el recental lleno de cintas, lazos, adornos y *cascahillos*, suelto por toda la colegiata durante aquella misa solemne oída, escuchada y admirada por docenas de forasteros de toda la *redolada*.

Nino, no te faigas mal con bella falca u me rompas a estral, icha, pa Navidad, ya la partirá o fuego.

¡Qué *oliverío* en aquellos Planos, Avellaneras, San Julián, Viñamatrix, Catarrones, San Antón, Las Guartas, Fuentesierra, San Marcos, Planalbar... entre Adahuesca, Barbastro, Alquézar, Salas, Hoz, Naval, El Grado...! Cuando éramos chicos había *olivada* casi todos los años. Entonces un *quintal* de aceite de cuatro *arrobas*, se vendía por cinco duros y a los jornaleros se les daba almuerzo, comida, cena y tres reales diarios. Se iba a coger olivas cuando todavía era de noche. *A punta sol* se tenía que estar en el olivar.

Ocurría con frecuencia que por la *babada*, por la niebla llorona, por el hielo o la nieve y *toscón* y por la lluvia que empezaba a caer, ni se podía coger *d'arriba* ni se podía *enmandilar*, ni se podían cambiar las escaleras de *vente* o de más *escalerons*. Cuando no se podía coger *d'arriba* ni llovía o nevaba lo suficiente para volver a casa, entonces se hacía leña recia o se hacía otros trabajos de circunstancias y del momento.

Hacer leña recia es cortar grandes *camales* de *olivera*, *tronzar* troncos gruesos de viejos olivos, de almendros, de robles (*cachigos*) o de *carrascas* (encinas), *fer estillas*, arrancar tozas. Alguna vez se empleaba la dinamita para astillar

alguna *toza* grande y difícil. La *tronca de Navidad* era una *toza* o un gran tronco de *ñudos* que se reían *d'astral*, *d'as falcas*, *d'a maza*, *d'o tronçador* y hasta de los explosivos que inventó Alfredo Nobel. Entonces, la *toza* rebelde o el tronco gigante se ponía en un *estirazo*, se llevaba a casa y una docena de brazos fuertes y forzudos, de los criados o de los jornaleros de casa rica la subían a la recocina o ya la dejaban atrás *en o fogaril*. *Toza*, *tronco*, *tizón*, *camal*, *troncón* o *garrancho* era ya la *tronca de Navidad*.

«¡La Nochebuena del poeta!». Nos acordamos de un artículo bellísimo de Pedro Antonio de Alarcón cuando pensamos en la *tronca de Navidad* de los pueblos semi-montañeses de aquel Aragón que «se nos va». Aquella retama del poeta y del campo castellano, en nuestros pueblos, en nuestras casas eran la copuda *aliaga*, el pino breoso, el boj crepitante, la *brasada*, la *flamada*, la *charada*, la *tronca de Navidad*..., cuando los lares y penates de la mitología romana tenían su trono, su altar y su hogar entre aquellas *cadieras* y entre aquellas sencillas y buenas gentes de mi tierra.

Antes de cenar, el día de Nochebuena (así escribía la palabra el gran poeta andaluz), cuando ya estaban las cocinas llenas de «gente» (*amos*, familiares, criadas, criados, jornaleros, perros, gatos...) se bendecía la *tronca de Navidad*. Un niño o niña, una chica o un chicarrón de la casa echaba sobre la gran *tronca* y sobre el fuego inicial una copa grande de *anís d'enrejadas*, de ron o de aguar-diente *escarchau*, diciendo las palabras propias del acto seriamente, respetuosamente, religiosamente, como en rito, culto y ceremonia. Una llamarada, *una flamada* surgía rápida y temible de las brasas, envolvía los leños bautizados y rezumantes de alcohol y desaparecía por la gran

campana de la chimenea encendiendo por breves instantes el hollín *d'os cremallos*. Era como un fuego sagrado que salía del altar de los holocaustos y que a todos producía una inefable emoción de contento y de esperanza. Se rezaba por los difuntos de la familia, se pedía a Dios salud para todos, buena cosecha para el año venidero, se cantaba algún villancico si había niños sin *mallar* y se empezaba la cena que era de ayuno y de abstinencia. Claro es que después de que la breve y frugal cena *ya la teneban en os talons* todos los reunidos empezaba la *colación*: tortas, *pastillos*, nueces, almendras, *peras forniadas*, higos, *enfarinaus*, *mostillo duro*, manzanas, *pansas*, uvas de colgar... En algunas casas ya hacían su aparición las castañas, *bella barreta de quirlache* y hasta el *marzapán* rumboso. Y, naturalmente, el *vino de flor*, el clarete, la garnacha, tal vez el *poncho*, el anís...

Y la *tronca de Navidá*, arde que arde. En algunas cocinas había *tronca* para muchos días porque estaba en el fuego un par de horas cada noche. Se *escatizaba* bien lo que ya había ardido. A miles y miles salían *as purnas* como estrellitas fugaces, llenando el espacio de luz, de lluvia brillante y de chisporroteo musical. Quedaba una *brasada* grande para las *tombillas* o para darle el último herbor *a pastura*, o para tajarla bien con ceniza hasta la mañana siguiente, bien guardada y gozada por los gatos y perros, frioleros y comodones.

Pedro Antonio de Alarcón se acordaba con tristeza y gozo, a un tiempo de su pueblo, en un pliegue de Sierra Nevada «a mil leguas del mundo»: «Esta noche es Nochebuena / y mañana Navidad...».

Con gozo y tristeza recordamos nosotros aquellos años de nuestra infancia feliz en aquellos rincones pire-

naicos, en aquellas *costeras* de Sevil, de Guara, de Bárcabo y Lecina, tan lejos del mundo, entonces:

«La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va;
y nosotros nos iremos
y no volveremos más...»

¡Monotonía implacable, incesante, la del tiempo que a nadie aguarda ni a nadie escucha!

Costumbres, tradiciones, vida sencilla, amable, laboriosa y fecunda la de aquellas gentes ejemplares. Ahora, ni siquiera los pueblos quedan.

Entre pasar las Navidades en la Castellana-Hilton o en el Mesón de Sevil, yo me quedaría en lo alto de aquella nevada sierra, en la *mapa*: somos inadaptados y rebeldes, gracias a Dios.

¡BENDITA ALCALDADA!*

—¿A qué no sabez vosotras qué cosa ye icha qu'os ricos la replegan y se la guardan en a pochá y os pobres la tiramos ta'l suelo? dijo Juaned, o leñero¹, mientras introducía, con o forcón, una aliaga bien cojunda y seca en o forno, lleno de tortas y de pastillos. Pero las mujeres no querían que perdiese tiempo el leñero y fogonero del horno en preguntas y en adivinanzas porque les corría prisas *desenformar as tortas pa enformar o pan, que ya había subiu a masa bastante y estaba a punto de paliá-la pa que saliese a fornada bien rusieta y bien maja*. ¿Qué dirían los forasteros si para la fiesta del pueblo, el pan blanco tuviese algún defecto de olor, color, sabor y cochura? El hornero abrió la puertecita metálica del horno, echó en la *brasada, sobre o calibo, un romered* y a la luz de la rápida llamarada vio que ya podía *desenformar a menudalla*, porque estaba bien cocida, y salieron del horno las ricas tortas de aceite y huevo, las *lagañosas*, las de moños con *azúcal*, las de jamón y tomate... y, además, algún *belulo pa bel crío*, y los sabrosos *pastillos* de miel, de calabaza de *rabiqued*, de patata con canela, de *chulletas* de tocino con granos de anís y *bella pansa*.

* Este texto permanecía manuscrito e inédito y se encuentra en el archivo de Pedro Arnal Cavero.

1.- A continuación, Arnal escribió «d'o forno» pero está tachado. [Nota del editor].

—¡A enforñar!, dijo, imperativo, *iñor* Gregorio de Castán, el hornero. Las mujeres, un poco en desorden y con prisas, iban dejando en la pala las porciones de masa en forma de pan. Al entregar la blanca y movediza pasta del mejor trigo candeal hacían con *un cañuto de caña* la señal correspondiente, propia de cada dueña de casa: *melico*, *piçco*, estrella, redondo, cruz... *O señalador*, *o cañuto de masar* de mi tierra es lo que en Murcia llaman «jeinta»; de ahí lo de «tortas y pan pintado». Y mientras el pan se cocía, otra vez Juaned, *o leñero*, empezó a provocar *as* mujeres como un *desustanciau*:

—*Que si quiés, que si quiés que me chite con tú y que te rasque hasta os pieçs.*

—*Calla, patantón. Mia que entre todas te contaremos as viejas...*

Juaned recoge del suelo un trozo de vencejo y dice a una moza: —*Toma a camilera, que te s'ha caiu.*

—*Calla, potroso. ¿Te paez que no tengo yo perras pa comprar-me güenas ligas?*

—*Pue que lleses bella baguereta en bel biladillo: A ve-las!*

—*Sí, pa tu morro. Limpia-te, majo, que estás de güego...*
Pero Juaned se aleja del corro de mujeres. Más allá en la entrada del horno, improvisa con el aprendiz de barbero una escena. Lo van a *resurar*. El mancebo le remoja la barba de quince días; y como la escotadura semicircular de la *bacenilla* no ajustase bien al cuello, el agua jabonosa regó pecho, tripa, *melico*... y algo más. Claro es que, en verano, el baño no era desagradable, y Juaned dijo con sorna al Fígaro novel: *Nino, si has de resurar todo o pelo qu'has mojan, pa rato tiens caldo...*

Mientras la hornada se cocía lentamente las mujeres hablaban del único centro de interés que había en Huerta de Vero por aquellos días: la fiesta del pueblo; la Virgen d'Agosto. Oigamos a la más decidora:

—Por este año, si a mano viene, a fiesta será a mejor d'as qu'ha habiu en a redolada. Ninguna casa güena está de luto y no nos bimos apedregau. As cosechas son bien tarcualetas y, si no viene una mala boira, habrá olivada; l'año pasau ya sabez que no cogiemos una estapencia. Os d'Artigas echarán a casa por a ventana. ¿No sabez qu'a joven está de cinco meses? Dimpués de qu'han estau incortaus tres años desde que se casón... Ya estuon en Balbastro a vesitá-se; y pa'l caso subirán dos medicos, y a comadre de Castillazuelo que ye a mejor de todas as² que vienen ta este lugar. A Sabeleta de Cadilla le traírán una torta de tres pisos que nunca n'habiu igual en Güerta, y vendrán os mozos d'as casas ricas de Salas, de Pozán, d'Adagüesca, d'Alquezra y de Raiquero. O pedricador vendrá del Pueyo ¡ya lo apalabrón ya fa más d'un mes! O mío moxed llevó a carta de mosén...

Y llegó la fiesta. Ocho días antes fueron los mozos a pedir permiso para celebrarla oficialmente al alcalde y al cura. Naturalmente, la petición se hace yendo todos los mozos con ronda y con el mayoral nombrado ya. Es de ritual cantar esto frente a la casa del alcalde:

Esta sí que es casa, casa;
estas sí que son paredes.
En esta casa que estamos
está la flor d'as mujeres.

Y en l'abadía es preciso que no falte esta canción:

El cura d'este lugar
es un cura como hay pocos;

2. A continuación Arnal añadía «d'estos lugares» pero lo tachó. [Nota del editor]

por eso lo quieren tanto
los casados y los mozos.

El alcalde era aquel año el *amo* de casa Antón Cavero, una casa buena del pueblo, de las casas segundonas. Las tres casas más ricas, la de Mairal, la de de Carilla y la de Lorén eran casas completas. Una casa completa en mi tierra entonces había de coger de ordinario más de 100 l. de trigo, más de 100 *nietros* de vino, más de 100 *pies* de olivas, y tener *en o culo del arca*, 100 *onzas d'oro*. Antón Cavero bordeaba algún ciento y pasaba en otros; era hombre serio, cabal, trabajador; era un aragonés de cuerpo entero. El *mayoral* era el mozo de casa Lorén, de rompe y rasga, *barafundero en as lifaras pero llanote*, noble y formal en un trato corriente y al frente de sus jornaleros y criados.

El segundo día de la fiesta era el más atrayente, completo y vistoso de las fiestas de los pueblos somontaneses... ¡Qué bella estampa en colorido, sabor, rumbo, gentilezas, majezas, gusto y evocaciones cuando la ronda va a coger! El *mayoral*, la mula adornada, la *servilla*, la música puramente aragonesa de guitarras, bandurrias, pandereta, requinto y aceros; los cañizos enmantelados para llevar *as tortas blanquiadas* y algún ramillete primoroso y caro, las canciones, los obsequios. El *mayoral*, magnífico, espectacular, ostentoso, bravo... va montado sobre la mula soberbia. Una colcha, una cubierta de seda riquísima tapará *os argados* y un almohadón de puntillas y de encajes será el intermediario entre los mimbres retorcidos de las angarillas y las posaderas del mozo jinete que irá tocado con un sombrero a lo indio, en algarabía de cintas, ramos y lazos. Este *mayoral*, rodeado de los mozos más significados, sembrará a voleo peladillas, caramelos y cotufas ante los balcones en que se arrimen

mozas forasteras y huéspedes. Ya está la ronda *en a place-ta* de Cadilla y le van a cantar a Sabel:

Eres la flor más hermosa
que se cría en Aragón;
por ti los mozos darían
sangre de un corazón.

El amo y los criados de casa Carilla *no pueden adubir* a sacar azafates de pastas, torta, rosquillas, sequillos, y, sobre todo, jarros de garnacha y copas de anís. Sabel, aquella Isabelita de hace unos años era ya la señorita Isabel, hermosa, rica, lista, buena, sencilla... Hacía poco tiempo que había venido del colegio, y la rondaban muchos moscones: señoritos de ciudad, médicos, militares, comerciantes... herederos de casas ricas de pueblos vecinos, mozos con buen dote... Pero Sabeleta, Sabel, Isabel era heredera de la casa, pie forzado para que el novio tuviese que ser un mozo labrador, rico, no heredero ni forastero... y al mismo tiempo joven de prendas especiales que fuesen dignas de tal pimpollo y de tal encanto.

Y llegó el cuarto día de la fiesta. Por la mañana, pero el sol ya bien alto, después *d'echar l'anís*, se oyen unos trabucazos por *a demba* de Mairal, señal de que los mozos forasteros vuelven a sus pueblos; pero se observó que aquel año que se quedaban *en as casas gúenas d'o lugar os mozos más fantesiosos y echaus p'alante qu'había habiu en a fiesta*. ¿A qué o a quién esperarían? *Algo se correba por o lugar. Sabel no fue ta ningún baile pero en su casa, en a casa Cadilla que teneban piano y forasteros que lo tocaban como ella, como Sabel, bailó la heredera con todos pero deseguida tres u cuatro forasteros ricos la robaban.*

En la tarde del cuarto día de la fiesta cuando ya se han despedido también los músicos y cantadores foraste-

ros, se reúnen *en a Casa d'o Lugar* el alcalde, el secretario, el maestro, todos los mozos *qu'han entrau en o gasto*, algunos vecinos curiosos y *bella vecina metomentodo*. Se subastan o se venden las *tortas blanquiadas*, las de bizcocho con grageas, las de aceite que sobraron después de regalar a forasteros y músicos... y el dinero que se recauda es para pagar *o gasto d'a fiesta*. Las *tortas blanquiadas*, las bizcochadas, las empeladilladas... se las quedan los mozos que festejan con la doncella donante, y pagaban dos, tres, cuatro duros... *Pero aquel año, ¡paya trapatiesta que s'iba a armar!* Ya lo decían en todas las casas, en el café, en el estanco, en la plaza, en el baile... *¿Cuánto sacarán os mozos d'a torta de tres pisos d'o ramillete de seis palmas d'alto de Sabel de Cadilla? Solo de subí-lo a pulso en una caja de listons, entre cuatro hombres, dende Balbastro, pagó ñor Manuel una onza...*

Y llegó el turno, de menor a mayor cuantía, al *ramillete* de Isabel, la bella y rica heredera de una casa fuerte de aquel pueblo. El alcalde ordenó al alguacil (*o pregonero*) *que s'echá-sen más p'atrás todos porque iban a tirar as mesas que rodaban a la torta superlativa*. Dijo el servidor municipal lo obligado en tal caso, lo que allí era uso y costumbre en casos tales:

—Por esta torta que todos tienen delante, ¿hay *alguno* que dé algo?

—Doy cincuenta duros, contestó rápido un guapo mozo del pueblo, el de casa Soro.

—Cincuenta y cinco mando yo, replicó el de Mateu de Salas Altas.

—Yo encima diez duros más, añadió el de Laspuertas de Colungo.

—Cinco *onzas d'oro*, mando, manifestó el de Salas.

–Mando cien duros, gritó, enérgico, el de Laspuertas.

–*Pues yo ciento veinte y otros veinte pa'l más pobre d'este pueblo*, prometió el mozo de Mateu.

–Mando ciento cincuenta duros.

–Pues yo mando ciento sesenta.

–*Lucino, veinte duros más que tú...*

El picadillo de los dos rivales causaba asombro y los mozos del pueblo empezaban a manifestarse por uno y por otro postor en dos bandos. Ya se iniciaban discusiones, jaleos y puyas peligrosas. Los dos mozos forasteros que pujaban en la subasta, enardecidos, tozudos, excitados, valentones y decididos a todo lo que fuese ya se miraban con ira y con rabia. El mozo del pueblo también tenía buen gato, buena bolsa, dinero abundante, pero, discreto y sensato, advirtió pronto que era lo más prudente dejar en el campo de batalla a los dos rondadores de la guapa heredera.

–Mil pesetas y el gato...

–Otras mil y otros *vente* duros mando más que tú.

–Lucino tanto.

–Mando tanto aquí y en *a* calle mandaré con este, dijo descompuesto uno de los majos llevándose la mano al ceñidor donde se asomaba el mango de nácar de un puñal.

–¡Alto ya!, dijo el alcalde dando un puñetazo en la mesa y poniéndose de pie con energía. Ahora quien manda aquí y en la calle soy yo. Y mando lo que tendréis que hacer sin chistar, sin amenazar y sin reñir. Dadme un cuchillo cualquiera de *vosotros*. Delante de todos, que el

alguacil corte en tres *piazos* iguales a torta; los arcos de turrón y de caramelo se le'n darán a mosen José, pa él y pa [a] casera que todas son lamineras; los ramos y a cinta de seda pa la Virgen, y pa vusotros tres un *piazo* de torta pa cada uno, os tres iguales, y cada uno me entregará veinte duros pa da-le-ne yo al mayoral, pa'l gasto de a fiesta. Y aun tos mando otra cosa: que delante de yo tos deis a mano y que quedez güenos amigos, que en este lugar no queremos malas caras ni fiestas de lutos. Y pa que a todos se nos pase o resquemor, que mande traer el mayoral el buen vino, tortas y mantecaus, que todo lo pagaré yo, y a gusto si tos veo salir d'este lugar con güenas caras y güenas intinciones.

* * *

Isabelita se casará con el heredero de casa Mairal. Dos casas fuertes que van a hacer una sola, la más rica d'a redolada. Los cien y cien cahíces de trigo se harán veinte vagones; y torno (molino de aceite) solo para su casa; y cuatrocientos *nietros* de vino; y vagones de almendras; y muchas, pero muchas *onzas*... en *recríos* (mulas y yeguas), en obras para regar más *dembas* y en las cuentas corrientes de algunos bancos.

Pero mejor que todo eso, dos, cuatro, seis... hijos: el ingeniero, el diplomático, el catedrático, el heredero, la señorita en la calle y muy mujer de su casa en la suya, la que todavía está en el colegio, y no faltará el seminarista que será canónigo, y tal vez obispo que no morirá de insuficiencia mitral...

SI QUIERES VENCER, AHORRA*

Aquel día, *mosén* José, el cura del pueblo, desde el pie del altar explicó muy brevemente el milagro de los «Cinco panes y dos peces», según san Juan, correspondiente al Evangelio del domingo cuarto de Cuaresma. Pero habló con extensión, con vehemencia, con dureza y con indignación contra la calumnia, la difamación, la murmuración y la injuria. Y parecía que se dirigía, acusándolas, a un grupo de mujeres que había en una capilla, medio arrinconadas. ¡Ya sabía bien lo que se hacía y por qué hablaba así el bueno de *mosén* José, ya...!

Hacía unos días que en el horno, en la fuente, en el lavadero..., donde se juntaban tres o cuatro mujeres, no había otra conversación que la boda próxima de Marieta de Toñed con el mozo de Blecua, una casa de dos pares de mulas, con muchos *recríos* y con buenos tratos (negocios). A una mala lengua se le ocurrió decir: *En icha boda hay gato encerrau*; y todas las *comadres* añadían algo malo y echaban «romericos» al fuego de la hoguera del pecado: *que si güenas tunantas as zagalas que se'n van t'as ciudades; Que si ya lo engatusó cuando o moxed estuvo soldau; que de pobre rematada teneba ahora un jobar que valeba asabelo y, amás, güenos duros*

* Este texto permanecía inédito y se conserva en el archivo de Pedro Arnal Caveró. Fue presentado al Concurso de artículos periodísticos anunciado por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza con motivo del Día del Ahorro. No está datado.

n'el banco; que su padre estaba siempre empeñau antes, y ahora se lo campaban bien; que ya s'habrá puesto güena de sisá-le a su tío y de sacar dineros de mala manera; que si la vion qu'iba bien espesa con un pijauto; que si los habrá atontau con malas mañas a o novio y a os padres; que trebajando honradamente no se podeban fer ichos alantos; que ahora as mozas listas d'as ciudades se saben sacar a carga sin que s'entere nenguno; que algunas saben fer fuego sin que se veiga o fumo...

Pero *mosén* José, como el maestro, como el médico, como todas las personas cultas, sensatas y buenas del pueblo, sabía bien la vida que llevaba en la ciudad Marieta de Toñed; y el novio y sus padres lo sabían todavía mejor. Tenía la chica unos ochos años cuando la llevaron sus tíos a la ciudad. En una buena escuela nacional se educó, se instruyó y se dispuso de manera ejemplar. Por su aplicación, inteligencia, bondad y laboriosidad le daban, en todos los cursos, el premio extraordinario de la Caja de Ahorros; y su libreta, siempre con alguna imposición mensual, crecía de manera notable. Cuando salió de la escuela, a los catorce años, la chica sabía dibujar para labores, hacer trabajos de punto, algo de corte, de contabilidad y manejaba bastante bien la máquina de coser y la de escribir. Entonces empezó a hacer trabajos que le encargaban sus maestras, las compañeras que tuvo en la escuela y algunas familias conocidas; y, además, llevaba los libros y correspondencia del pequeño negocio, de la tienda de sus tíos. Por todo esto, todos los meses, después de satisfacer sus necesidades de vestir y de ir comprando cosas para «el mañana», llevaba a su libreta de la Caja de Ahorros algunos duros, y eso que, con frecuencia, enviaba algún dinero a sus padres. ¡Qué bien sabían los *amos* y el heredero de casa Blecua quién era, cuánto valía y qué sería en aquella casa la *joven* que iba a venir, *aquella moceta de Toñed que se'n*

fue de cría, hija d'un jornalero... y que ahora iba a ser toda una señora de casa de dos pares de mulas, de muchos *recríos* y de buenos negocios!

«También los hombres buenos, inteligentes, previsores y patriotas saben hacer cálculos, manejos y operaciones que parecen milagros, a semejanza del que se lee en el Evangelio de hoy...» decía *mosén* José cuando iba a terminar su plática; y añadió: «Pronto sabréis (y se dirigía a la mujeres murmuradoras y difamadoras) los milagros que puede hacer, y que hace constantemente, una Caja de Ahorros. Claro es que solo Dios, y los santos por orden y gracia de él, pueden hacer milagros verdaderos; pero hay cosas tan prodigiosas, tan portentosas en el mundo que más parecen hechas por el Cielo que por los hombres. Y las que seáis ignorantes en cosas de la ciencia, del ahorro, de la economía, de la previsión y del crecimiento de los capitales por pequeños que sean, por lo menos no murmuréis, no injuriéis, no levantéis calumnias a nadie...» Y *mosén* José terminó su catilinaria pensando en hacer otra cosa mejor para lograr que no fuesen tan malas aquellas mujeres insensatas y oscuras y que todos sus feligreses se pusieran en feliz camino de redención.

Mosén José, el maestro y la maestra, de acuerdo y con entusiasmo inteligente, con ciencia y con didáctica, iban a dar unas charlas y lecciones, en las escuelas del pueblo, a los niños y niñas mayores, a los mozos y mozas, a los casados y mujeres todas del *lugar* sobre el ahorro y las Cajas de Ahorro y Montes de Piedad, sobre las obras sociales, y benéficas, y pedagógicas, y misericordiosas, y agrícolas, y profesionales, y económicas, y de préstamos, etc. que practican sin cesar las Cajas de Ahorro. Precisamente, *mosén* José y el maestro, un buen maestro,

habían estado pocos días antes en Zaragoza y vieron, a la entrada del Palacio de la FERIA de Muestras, un gran mapa, un gran gráfico mural que da una idea de la obra excelente que está haciendo, hace muchos años, la Caja de Ahorros de la capital de Aragón, y aquello les sirvió de guión y de estímulo para empezar en el pueblo la precisa y preciosa cruzada en favor de la virtud, de la previsión y del trabajo que eso es, en esencia, lo que persigue y logra una gran Caja de Ahorros. Ellos pensaban bien, y obraban mejor, al dar a conocer qué bendición sería para todos los pueblos y ciudades, para todas las regiones y para la nación entera si todosuviésemos la virtud del ahorro y si en todas las localidades hubiese una Caja de Ahorros. En todos los pueblos en que hay estanco, café, taberna o bar para tener ocasión de malgastar dinero, salud y virtudes, debería funcionar una modesta sucursal de una Caja de Ahorros. El cura y los maestros serían sus panegiristas, divulgadores y propagandistas de la buena nueva; serían los consejeros y también podrían ser los encargados de dirigir, de administrar y de fomentar la milagrosa Institución: una voluntad, un pequeño local, una sencilla organización y tres horas de trabajo en un día a la semana serían suficientes para dar vida a una célula; y con células se forman los tejidos, y con tejidos los órganos, y los aparatos, y los sistemas y la vida material, y la psíquica... y hasta el alma que mira al cielo. Tenía razón aquel montañés de mi tierra cuando dijo: *Ichó que fan as Cajas d'Ahorro, si no ye brujería lo ferá bel santo del cielo...*

TRADICIÓN ORAL

Abada Torturiana

De los altos Pirineos
por bache ta tierra plana
A ver un amor que tengas
que se llama Marielucana
A ver un amor.....

Je ma maza muy rolliza
Juellos negros nariz de plata
Tiene mas piedra que un queso
Y mas tela que una boca
Hicite.....

La na manga de gambote
Te bajate mis manzanas
Para que digan a mi
que te tengo Marielucana
Para.....

ALBADA MONTAÑESA [ROMANCE DE MARICHUANA]*

De los Altos Pirineos
me'n baché ta tierra plana
a ver un amor que tengo
que se llama Marichuana.¹

Ye una moza muy rolliza
güellos negros, nariz chata;
tiene más juerza que un güey
y más tetas que una baca.

En na manga de gambote
te [he] bajato unas manzanas
para que veigas o amor
que te tengo, Marichuana.

Juntaremos o godofio
y toda ra parentalla,
y as alajas que yo tengo
te las diré en dos palabras.

Tiengo una sartén sin coda
y una olla desansata,
y os espedos de asar

* Texto inédito conservado en el archivo de Pedro Arnal Caveró. Al final de mismo se lee: «Conque aquí tienes lo que deseabas. Te mandaré otra vez el [ilegible] de la Bartola que es por el estilo y está bien».

1. En las cuatro primeras estrofas se repiten los dos últimos versos. [N. del E.]

Dimitarimo o godofio
I toda ra parruntalla
I as alaja que yo tengo
Ara las dore' en dos palabras
I as alaja....

Hicigo una sartén mi coda
y una olla deansata
y or repedor de arar
y me los fare di cana
Hannian me fare di bucho
or tencedor y as cucharas
y a meca con o fuso
pa filar en las bilatas

Lo no llaman tara ilesia
Por dizon cuatio palabras
Ape dije siñor setor
Si quenta a parrichuna
Ape dije siñor setor
Loa preguntita ye curista
Ape sabe que yo la ugo
Como or buco a ra crapa

J cuando dije que se
se me cayeron as babas
pero mi mismo ta bajo
como si se comen fresca
Ja no Uman ta comen
no seion carne de cropa
quen ficando yo n dicen
toda se me acomucaba

J tambien no dicen esto
con gienza mundia adobata
J a la mitad de comen
mandaron tocar a gaita

Despues bailamos n dos
yo y yuenta Maribua
J bien fators de brincar
No se juimos trava can

Se ambian domo le de
mes estirarse los caltra

yo me los faré de caña.

Tamién me faré de bucho
os tenedós y as cucharas
y a rueca con o fuso
pa filar en las bilatas.

Ya nos llaman ta ra ilesia
nos dijón cuatro palabras;
me dijo siñó retor
si quereba a Marichuana.

Le dije siñor retor,
la pregunta ye escusata;
¿no sabe que yo la sigo
como ro buco a ra crapa?

Y cuando dije que sí
se me cayeron as babas
por o mi[s] morros ta bajo
como si ese comiu brasca.

Ya nos claman ta cenar
nos dieron carne de crapa
que'n ficando yo os diens
toda se me acorrucaba.

Y tamién nos dieron cols
con güena ensundia adobata
y a la mitad de cenar
mandaron tocar a gaita.

Después bailemos os dos
yo y querita Marichuana
y bien fartos de brincar
nos ne juimos ta ra cama.

Escambiandome le dije
m'estirazase ras calzas

y quereba y no quereba;
todo se golbeban trazas.

Mariana lo fició
y cuando las estirazaba
me le fició una gran bufa
enta mitad de ras barbas.

Ella me dijo ola Antón
paece que te esclafas
guarda ichas chanzas pa [a] burra
que tiene as narices anchas.

**DICHOS DEL MAIRAL
Y SU REBADÁN
[1918]**

Mairal

No sé cómo dar principios
para explicar los preceptos
de María soberana
aurora de este misterio

Pues como vivo a los montes
es rudo mi entendimiento
y yo de María de Dulcis
descifrar algo pretendo.

De sus maravillas grandes
y sus grandes epítetos
fuiste ejemplar en virtudes
fuiste de humildad espejo.
La admiración de los siglos
y las reliquias del cielo.

Fue tanta vuestra humildad
que llegó el divino verbo
a humanarse en tus entrañas
y ser del mundo el remedio.

El ángel os anunció
aquel tan grande misterio

de que habías de ser vos madre
del hijo del padre eterno.

Esta embajada os turbó
mas Gabriel satisfaciendo
dijo que vuestra pureza
no tendría introzumento
que del cielo era enviado
a implorar su entendimiento

Perdonadme virgen pura
disimula mis defectos
soy corto para leer
en vuestra virtud y seno.

Y humilde os suplico
si valen algo mis ruegos
que me ameioréis de vida
al rebadán que yo tengo

Que es muy mala sabandija,
que me hace perder el seso,
entre malos el peor
sin esperanzas de bueno.

Él tiene muy buenas ansias
si el bandullo tiene bueno.
Siempre va a paso de buey
en sus trazas discurriendo.

Con grande recelo estoy
aqueste honrado sujeto
deja el ganado en la sierra
y se me baja a la fiesta
sin gastar el tiempo.

Cuantas mentiras que tienes
Y que bien las has arreglato.
Lo que mas dejado tu
Es crostas en los cachigos
Y agua fresca en los barrancos.
Ayer te estaba esperando.
Subises con as alforjas
Y o botico bien preñado.
Ya hace tres dias que estoy
Como las huellas velando
Ya se me embachan as trixas
De pura hambre que tengo.
- Rebadán a Alcalde -
Señor, su paternidad
Escúcheme si quiere un poco
Que le pediré chusticia
Si me oye piadoso.
Yo le digo que me pague
Dos camisas, tres chipons,
Tambien un vestido nuevo
Que me lo habia deber dau
Desde el dia de S. Antón

Ya fa tiempo que pasó.

- Sr. Alcalde -

De que le pagueis al mozo

Es justisima razón

Porque un mozo como este

Debe llevar pantalón.

- Mairal a Alcalde -

Yo le digo que me pague

Una estral que me perdió

Y el asno, albarda y a cincha

Yace cinco meses hoy.

- Rebadán -

Del asno no tengo culpa

Que la otra vez sucedió

A ro suelo de ra villa

Cerca de casa Glorion.

Habia gente do barrio

Y entrón en casa Bescós

Jacón moseas de iehos machos

Y al asno len acogión.

Entonces apretó a correr

Hasta la peña do bicón

Rebadán

Vamos a la fiesta
quédense los perros,
si llegan los lobos
les den buenos muesos.

Mairal

¿Está borracho este mozo,
donde sales menguado
a dónde vas, a qué vienes?
Por Dios que estamos despacio.

¿Y el ganado quién lo guarda
cómo así lo has encomendado?

Rebadán

¿Quién lo ha de guardar Millor?
San Antonio lo está guardando.

Mairal

Ya lo anunciaba todo esto,
de tu cabeza lo creo
que me darás pesadumbres
con tu ruin entendimiento.

Rebadán

Pues ahora que tenez
que os paez cosa de nuevo
que vos es hombre de fiesta
que te veo así tan tieso.

Me paices un Obispo
En o fumeo colgato.

Mairal

Váyase pronto a la sierra,
llegará luego el ganado.

Rebadán

Tú que te estés en la fiesta
y yo en la sierra bien laso
a buscá-te mozo, al diablo.

Mairal

Váyase pronto a la sierra,
llegará luego el ganado.

Rebadán

Más vale estar en la fiesta,
comer morcillas y solomo,
chireta y mondonguillas
fritas con chorizo gordo.

Mairal

Vaya le digo otra vez...
Antes que le caliente el lomo
que estoy rabiando de ver
su pereza y desahogo.

Rebadán

Digo que no quiero ir,
sí no me paga aquí pronto.

Mairal

Váyase con Vercibú.

Rebadán

No emprenchie demoniorum.

Mairal

Pues toma para el camino
este poco de socorro (garrotazos).

Rebadán

¡Chusticia! ¡chusticia!, Sr. Alcalde
que me pega mi amo.

Sr. Alcalde

Téngase el buey,
que es aquesta diferencia,
quien mete aquí este alboroto
porque le pongo en la cárcel, sí,
por vida de mí solo.

Rebadán

Señor, yo soy el ofendito,
que por demandar socorro
mi amo para comer
me lo ha dado con o tocho.

Mairal

¿No te dejé cinco panes,
tres jarros de vino blanco,

un atado de morcillas,
dos piazos de solomo
y abadecho remojato?

Rebadán

Cuántas mentiras que tiens,
el tocino no era muerto
ni el abadecho pescato.
Cuántas mentiras que tiens
y qué bien las has arreglato.

Lo que m'has dejado tú
es crostas en los cachigos
y agua fresca en los barrancos.

Ayer te estaba esperando
subises con as alforjas
y o botico bien preñado

Ya hace tres días que estoy
como las huellas velando,
ya se me'n bachan as tripas
de pura fambre que tengo.

Rebadán a Alcalde

Señor, su paternidad,
escúcheme si quiere un poco
que le pediré chusticia
sí me oye piadoso.

Yo le digo que me pague
dos camisas, tres chipons,
también un vestido nuevo
que me lo había de de haber dau
desde el día de San Antón
ya fa tiempo que pasó.

Sr. Alcalde.

De que le paguéis al mozo
es justísima razón,
porque un mozo como este
debe llevar pantalón.

Mairal a Alcalde

Yo le digo que me pague
una estral que me perdió
y el asno, albarda y a cincha
ya hace cinco meses hoy.

Rebadán

Del asno no tengo culpa,
que la otra vez sucedió
a ro suelo de ra villa,
cerca de casa Glorión,
había gente d'o barrio
y entrón en casa Bescós.
Sacón moscas de ichos machos
y al asno le'n acogión

Entonces apretó a correr
hasta la peña d'O Bicón
y allí esbolustrando-se
en A Espedolla cayó.

Allí s'ha quedato muerto,
ves y replega-te-lo.

Sr. Alcalde

Pues justísima razón,
que si ha femado la faja,

que lo pague el heredero
de Pejón.

Rebadán

Bien chuzga, Sr. Alcalde.

Sr. Alcalde

Sí, como cualquier simplón.

Mairal

No ha juzgado mejor cosa
que decir que era simplón.

Sr. Alcalde

Que decís vos, insensato,
palabras sin ton ni son,
para sentenciar la causa
ya basta mi información.
Pregunto a vos como os llamáis.

Rebadán

Abodigo, señor, me exclamo.

Sr. Alcalde

¿Serás pariente de Cuba?
O tienes nombre muy raro.

Rebadán

Soy escediente de Arcusa,
nací el día de Todos-Santos,
que día tan señalato.

Alcalde a Mairal

Y vos, ¿cómo os llamáis?

Mairal

Pedro-Antón, señor, me llamo.

Sr. Alcalde

Aqueste es mi tribunal,
voy a lavarme las manos:

Mando paguéis a Abodigo, su criado,
de salarios que le debe
lo que aquí voy declarando.

Diez varas de tresmontana
de aquella del mes de marzo,
que se tape bien si llueve
cuando esté en el monte al raso.

Una chupa de caltirás
cosida con hilo blanco,
un sombrero cozorrotos
con un lazo colorau.

Un par de cabras de Bielsa,
que se usen de cuando en cuando.
De cañimo tramaced,
tres pares de alpargatas [ilegible]
y también cuatro camisas
tejidas del mismo paño.

Así lo juzgo y lo mando,
en mi corte declarando
el año 1918,
el día 15 de mayo.

Y el que más palabras hable,

a galera por diez años.
Señores, ¿ya están contentos?
Dos duros valen los gastos.

Rebadán

Señor, yo no tengo un chavo.

Mairal

No teniendo tú dinero,
ya tengo el pleito ganato.

Rebadán

Alcalde de Barrabás,
pensé que estabas somato
pa no hacer más chusticia
jamás m'ises sentenciatu.

Así vistas tú y tus fillos
con a ropa que has mandato.
Y con ella estés en invierno
en o tozal de Campo Luengo.

Rebadán a la Virgen

Adiós, soberana princesa,
yo vuestro favor exclamo,
que me percuréis salud
y me amemilloreis el amo.

Hoc opus finis coronatur
Autores: Lorenzo Sidro y un maestro «Simón»

A BARTOLA

Ya se casó la Bartola
con o dote de su madre.

(coro)

Grande cosa, grande cosa
grande cosa, cosa grande.
Como eran tantas hermanas
o dote no fue muy grande.

(coro)

Grande cosa, etcétera.

Ya le dieron un jergón
qu'hasta la paja se sale.

Ya le dieron una olla
que las patatas se salen.

(coro)

Ya le dieron un candil
sin un gancho pa colgá-le.

Ya le dieron un borrico
de trentaiséis navidades.

También le dion un cantaro
sin ansas pa manejá-le.

También le dion un puchero
arreglau con un arambre.

También le dion un cuchillo
que pa cortar ya no vale...

*Este libro se terminó de imprimir
entre almetas y totons de 2014,
año en el que se cumple el 130 aniversario del nacimiento de
Pedro Arnal Cavero, 70 años de la publicación de
Vocabulario del alto-aragonés
(de Alquézar y pueblos próximos)
y 60 años de la jubilación de este insigne
maestro y altoaragonés,
fillo preclaro d'Aragón.*